

J. BALCAZAR Y SABARIEGOS

MEMORIAS DE UN ESTUDIANTE DE SALAMANCA

PRIMERA PARTE

con 145 fotograbados

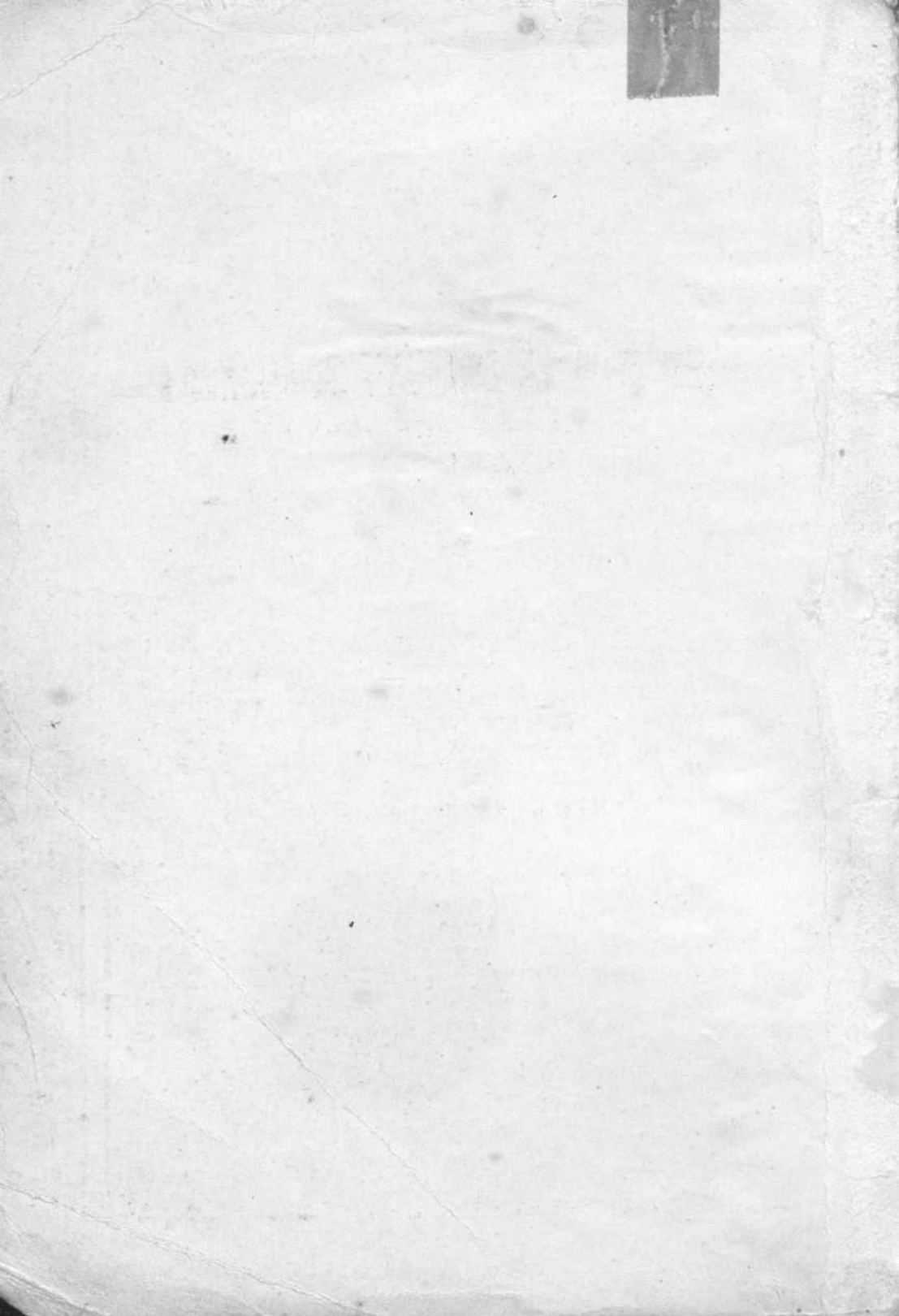
y un pensamiento inédito, a modo de prólogo,
de

DON MIGUEL DE UNAMUNO



MADRID
LIBRERIA DE ENRIQUE PRIETO
PRECIADOS, 48
1935

La Editorial Calatrava, S. A.



MEMORIAS DE UN ESTUDIANTE DE SALAMANCA

PRIMERA PARTE

(DESDE 1888 A 1911, CON 145 FOTOGRAFADOS)



Notas de la vida escolar salmantina de fines del siglo pasado.—Cómo pensaban y escribían los sabios de entonces.—Intimidades de *El Imparcial*, el gran diario madrileño, en la época de su mayor apogeo.—La extraordinaria valía de Ortega Munilla.—Viajes.—Anécdotas, observaciones, relatos, refranes en acción y episodios políticos.

OBRAS DE J. BALCAZAR Y SABARIEGOS

Historietas manchegas, colección de cuentos (agotada).

La obra de Huarte. Trabajo de investigación (agotada).

Programa de Gramática castellana.

Programa de Preceptiva literaria y composición.

Programa de Elementos de Historia general de la Literatura.

El Veraneo en la Montaña. Viajes de un cronista.

Discurso leído en sesión homenaje a Cervantes con motivo del
tricentenario de la publicación del "Quijote".

Elementos de Historia general de la Literatura (cuarta edición).

Lecciones prácticas de Literatura (agotada la segunda edición).

Claros varones de la Mancha. Primer tomo: Hernán Pérez del
Pulgar, el de las hazañas.

EN PREPARACION

Memorias de un estudiante de Salamanca. Segunda parte.

Claros varones de la Mancha. Segundo tomo.

Historia de Ciudad Real.

MEMORIAS DE
UN ESTUDIANTE
DE SALAMANCA

POR

JOSE BALCAZAR Y SABARIEGOS

CON UN PENSAMIENTO INEDITO, A MODO DE PROLOGO,

DE

DON MIGUEL DE UNAMUNO

PRIMERA PARTE

CON 145 FOTOGRAFADOS

PAGADO

11 OCT. 1935

MADRID

LIBRERIA DE ENRIQUE PRIETO

PRECIADOS, 48

1935



MEMORIAS DE
UN ESTUDIANTE
DE SALAMANCA

JOSE BALCAZAR Y SABARIEGOS

CON UN TESTAMENTO Y UNO DE NOTARIO

CON MICHIEL DE UNAMUNO

*Esta obra es propiedad de su autor
quien se reserva los derechos que
la ley le concede.*

PRIMERA PARTE

CON NOTARIO Y SABARIEGOS

MADRID

LIBRERIA DE ENRIQUE FRIED

INICIADOS A

1932



DEDICATORIA

A la Universidad de Salamanca,
gloriosa Escuela donde se nutrió mi espíritu,



con toda devoción
en este grato recordar
de antiguos tiempos escolares.

José Balcázar y Sabariego

NOTA

=

Entre los pensamientos que ilustres catedráticos de la Universidad salmantina escribieron en mi álbum, en mis años escolares, hay uno de don Miguel de Unamuno, el sabio maestro, que inserto en estas MEMORIAS a modo de prólogo.

Τὸν δὲ βραυτὸν. "Conócete á tí mismo", d²
na Sócrates con el templo de Delfos y To
mas Carlyle, el puritano, le responde "Cono
ceste á tí mismo?" Tanto se ha atormentado
ese pobre tí mismo, jamás le conocerás, dice
É! No creas que tu cuestión es conocerte:
eres un individuo inconscible; conoce lo que
puedes obrar y obra como un Hércules! Este
será tu mejor plan!"

Tiene razón el puritano; la obra, no
el hombre, merece tan chivos como es este
es aquella grande. Cuando la obra ~~es~~ vale
más que el hombre que la lleva á cabo, es
cuando este es digno de aquella.

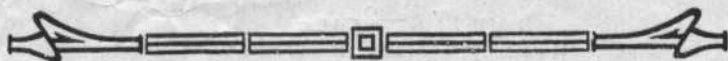
Estudiarlos es encerrarnos en la perecha
de nosotros mismos, y obrar vivir en comun
ción con muchos hermanos; la ciencia es
el principio del egoísmo y la acción el
de la caridad.

El de la sabiduría es saber ignorar y
no fin detenerse ante el misterio. Pero allí
donde el hombre se detiene, ante el abis
mo, no fe viva, madre de la obra, colma el
abismo. Esto hace la fe; la verdadera fe,
la fe viva, no el espíritu seco de la fórmu
la legada ni la confianza en la palabra aj
na, no, sino el esfuerzo vigoroso y propio
por crear lo que no conocemos ni acaso
conoceremos nunca.

A todo joven á quien se le abre el cam
ino de la vida hay que repetirle: Déjate
de tí mismo, que no vales nada, mira tu
obra, ten fe en ella, y adelante!

Miguel de Unamuno

Salamanca, 23 de mayo de 1894



I

**Visión cinematográfica de los años 88, 89, 90
y 91.—Los dos bachilleratos.—Semblanzas.—
La coronación de Zorrilla.—La feria del 90.—
Catástrofe de Consuegra.**

Lector: La vida de estudiante y la vida de periodista son, en ocasiones, páginas de la más emocionante novela, y yo, de mi paso por las aulas universitarias y de mi actuación en la prensa, guardo recuerdos amenos, sugestivos, de hechos propios y extraños que despiertan vivo interés. Puedes conocerlos si tienes paciencia para leerme. Quiero estrujar mi memoria, dar al libro lo que en ella se conserve, y aunque haya olvidado las fechas de algunos episodios y otros aparezcan incompletos, no intentaré rehacerlos para que mi obra contenga solamente la nota característica de esta clase de trabajos.

* * *

Pasan como visión cinematográfica ante mi memoria los años 88, 89, 90 y 91 del siglo último. El 88 terminé el Bachillerato en el Instituto de Orense, provincia de la cual era Gobernador mi buen padre. Muerto éste a los pocos meses tuve que regresar con mi familia a Ciudad Real donde comencé el bachillerato de la prensa escribiendo en el diario *El Labriego*, de Ceferino Sauco que me sirvió de mucho en los primeros pasos. Hice semblanzas que él corregía y que agradaron bastante, según el decir de las gentes. Aún recuerdo la primera:

Es la Venus que Fidias esculpiera
y que todos los griegos adoraron
por ser bella, graciosa y hechicera
y pura cual las auras que besaron
la casta sien de la mujer primera.

Tiene ojos garzos, de mirada viva;
sus finos labios, de raso y grana;
cintura esbelta, de presencia altiva,
y su alma tierna, cual la flor temprana,
en las redes de amor está cautiva.

Hasta há poco de luto con rigor vestía,
es de *San Antonio* muy fiel devota
y según me dijo mi *casero* un día
lee de la historia señalada nota
referente al rey noble Don *García*.

Se trataba en efecto de una muchacha muy bonita que aún vive, pero ya es abuela, y al ver ahora el cambio operado en ella por la acción del tiempo, pienso en las hondas meditaciones del marqués de Lombay.

Al hablar de semblanzas se vienen a mis mientes las que aprendí de memoria cuando era un chavale e y que publicó en *La Voz de la Mancha*, allá por el 84 u 85, don Joaquín Zaldívar, el formidable escritor republicano tan olvidado de todos. Citaré algunas para dar una idea de los que figuraban entonces en la prensa y en la política.

Conservador y andaluz
logró a un ángel engañar;
huye cuando hay que pagar
como el diablo de la cruz;
más que a un moro el cuz-cuz
le gusta el ir convidado
a comer fruto vedado,
es más largo que una sogá
y aun cuando no viste toga
sabe más que un abogado.

* * *

Este pollo, gallo hoy día,
es un punto filipino;
tiene puesta en el casino
cátedra de cuquería.
Se acuesta al rayar el día,
de noche busca el desquite,
y me dijo en un convite
una dama de respeto
que es un muchacho completo
pero que ya no repite.

* * *

Diputado provincial
y abogado ya de nota
sólo piensa en la derrota
de su enemigo mortal.
Con una rubia ideal
pela la pava de día;
ama con idolatría,
odia como un africano
y es el mejor parroquiano
de la hermana Sor Lucía

* * *

Calvo, moreno sartén,
se ríe más que el dios Momo
y jamás ni por asomo
le salió una cosa bien.
Su cabeza es un belén;
es inocente, informal,
diputado provincial
de facundia peregrina,
nada tiene de gallina
y ha nacido en un corral.

* *

Periodista campechano
por su color natural,
parece corresponsal
de un periódico africano.
No le da paz a la mano
en su noble profesión,
y aunque tiene corazón
toma el amor con tal calma
que morirá cual la palma
tras un siglo de nación.

* * *

Maquiavélico manchego
ha estudiado en el Infierno
y de intrigas de gobierno
sabe más que un palaciego.
Tira en política el pego
y de cartas y volantes
y notas interesantes
lleva repleto el bolsillo
y en un célebre saquillo
los cien mil lós de Infantes.

Carlista de pura raza,
alto, barbudo y obeso,
es hombre de mucho peso,
aunque tiene mala traza.
Entre bastidores caza
cómicar de tres al cuarto;
es versátil, muy lagarto,
en política Proteo
y de presidencia creo
que jamás le hallaréis harto.

Posteriormente, ya entrado el siglo XX se hicieron nuevas
semblanzas por un político conservador de gran ingenio y de agu-
da intención: D. José María Rueda. Recuerdo las siguientes:

Gran empaque, cerviguillo,
cabeza de mucho peso
hombre muy finchado y tieso
y personaje de brillo.
Con candidez de chiquillo
hoy cifra sus ilusiones
en seguir a Romanones.
Tiene criterio cerrado
y Dios premia al diputado,
según son sus intenciones.

* * *

Es más viejo que un palmar
y alterna con 'os traviesos
recordando los excesos
de cuando pudo gozar.
En fiestas de lupanar
se dejó las gentilezas
y hoy consuela sus tristezas
andando como una rana
mordiéndole con gusto y gana
del jamón en las cortezas.

* * *

Diputado provincial
en las peleas muy duro
jugando y fumando puro
va a gastar el capital.
Cocinero sin igual
sabe guisos más de mil
tiene apellido servil

y asegura un compañero
que por su porte severo
parece un guardia civil.

* * *

Noble a la usanza manchega
positivista ante todo
de ganar siempre halla modo
cuando en política juega
Aunque diga que se entrega
y que nada quiere ser
no lo lleguéis a creer
ni aun en su falta de oído
pues yo dudo si oye el ruido
que hace la hierba al nacer.

Los viejos de Ciudad Real, mis contemporáneos, habrán reconocido en las semblanzas de Zaldívar a los señores D. J. Gutiérrez, un Secretario del Gobierno civil que se casó en Argamasilla de Alba con una aristocrática señorita; D. José Ibáñez, D. José Cendrero, D. José María Marín, D. Leopoldo Acosta, D. Juan Fernández Yañez y D. Antonio Z. Vázquez; y en las de Rueda a D. Gaspar Muñoz Jaraba, D. José María Marín, D. Antonio Criado y D. Juan Acedo Rico, Conde de la Cañada.

El año 89 se celebró en Granada la coronación del poeta Zorrilla y yo asistí al acto en representación de "El Labriego". Fiesta inolvidable que por ser de arte y en Granada tuvo inusitado esplendor. El palacio de Carlos V en la noche de la coronación parecía una mansión paradisíaca. El viejo vate recitando poesías con la expresión que él solo sabía hacerlo, la filarmónica dirigida por el maestro Bretón, el incomparable orador ateneísta López Muñoz, pronunciando uno de sus mejores discursos y como marco especial muchas y muy bellas damas...

En el año 90 hubo en Ciudad Real una feria muy movida. El gobernador don Luis Espada, que luego fué ministro, suspendió el juego y se lidiaron por primera vez toros de Laso, de Almodóvar, por "Curro Cúcharos" y "Cacheta". Por cierto que al aparecer en el palco el gobernador fué estrepitosamente silbado. Al telegrafiar yo el hecho a un periódico de Madrid, tuve un serio disgusto con dicha autoridad por haber omitido el motivo de la silba. Mis pocos años y las indicaciones y consejos de un travieso comandante que luego llegó a la más alta categoría del Ejército me hicieron cometer tal ligereza.

El día 11 de septiembre de 1891 fué la famosa inundación de Consuegra. Enterados en Ciudad Real de la enormidad de la

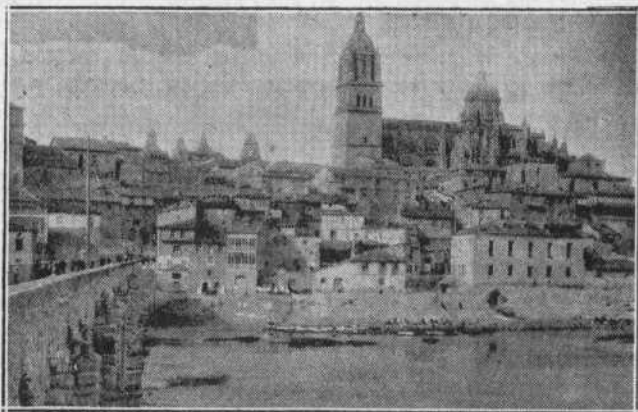
catástrofe marchamos a Urda en el tren mixto Rivas Moreno, Jacobo Maldonado, León Ruiz de León y yo. Desde la estación al pueblo de Urda fuimos en un carromato. Nos hospedamos en casa del cura Solana, que era de Ciudad Real y con él fuimos a Consuegra donde vimos al Amarguillo hecho grande y desbordado, y los efectos trágicos que en personas y bienes sufrió la población. Yo, como corresponsal de "La Iberia", le telegrafíé los detalles tan oportunamente que tiró un extraordinario y fué el primer periódico de Madrid que dió a conocer la magnitud de la catástrofe. El periódico me pagó con el siguiente despacho:

"Telegramas brillantísimos, agradecidos servicios Vd. Rogámosle continúe información. *Juan Barco.*"



II

Cómo comencé mis estudios en la Universidad de Salamanca.—Literatura general y Metafísica.—El paso por Madrid.—Buenos auspicios.— A la ciudad del Tormes.—Mi hospedaje en la calle de Sánchez Barbero.—Impresión optimista.— La personalidad del Rector D. Mamés Esperabé.— Una asignatura que no estaba en el programa trazado.—Unamuno en su clase.



SALAMANCA.—Vista parcial.

Agonizaba el año 91 y un día, de sobremesa, mi santa madre exhortóme a seguir una carrera. Adujo consideraciones económicas miradas al porvenir, deseos maternos de asegurar en sus hijos “el día de mañana”. Todo esto—añadía—me impone privaciones y sacrificios, pero no importa si consigo mi objeto.

El acento suave y persuasivo de mi buena madre me llegó al alma. Tiene razón—me dije—porque emplear el tiempo en pasatiempos periodísticos es perderlo lastimosamente, por muy halagador que parezca.

Escribo a Ramón Gascón, que era becario en la Universidad de Salamanca y a los tres días recibo la Literatura General y los

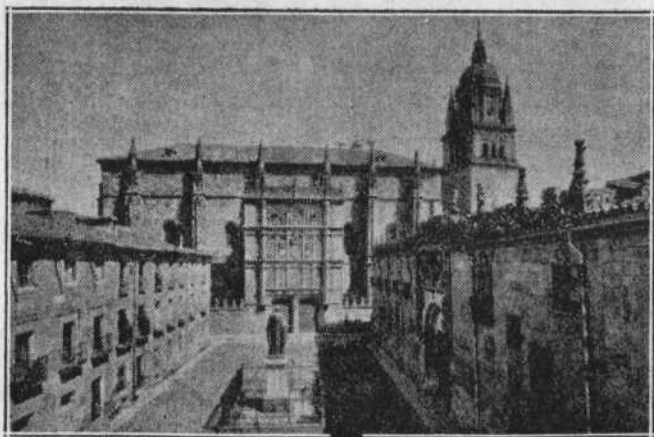
apuntes de Metafísica. Como ensayo, eran bastantes estas dos asignaturas del primer año de Filosofía y Letras.

Pongo manos a la obra. Dejo de escribir para los periódicos, apenas voy al casino y ya en marzo del 92, consigo de mi madre un nuevo sacrificio que anticipe la ida a la ciudad del Tormes para asistir como oyente a las clases.

Accede a ello. Preparo el baúl. Me despido de la Virgen del Prado a la que pido ayuda y protección. Y al hablar de esto quiero hacer patente la inmensa fe que siempre tuve y tengo en la Patrona de Ciudad Real. Antes de marchar, mi santa madre había puesto en el bolsillo una medalla de la venerada imagen.

Llego a Madrid y en el mismo día de llegada una circunstancia imprevista me augura la entrada con buen pie en la vida escolar.

Iba yo por la calle de Valverde y me topé de manos a boca con don José María Ruiz Márquez, secretario particular de don Emilio Nieto y al preguntarme qué objeto me llevaba a la Corte le referí mis propósitos de ir a examinarme a Salamanca y al momento me dijo:



SALAMANCA.—La Universidad

—No deje de ir a casa de don Emilio, y, sin decirle quién se lo indica, pídale una carta de recomendación para el Rector de Salamanca don Mamés Esperabé. Don Emilio ha sido el Consejero ponente en la provisión de una Auxiliaría de aquella Universidad y por él ha sido nombrado don Enrique Esperabé, hijo del Rector,

que precisamente es quien tiene a su cargo la asignatura de Metafísica.

No hay para qué decir que hice la visita y obtuve la carta. Pero no paró aquí mi suerte; asistía por la noche a un café donde se congregaban manchegos y fui presentado a un contertulio, don Francisco Peiró, que espontáneamente me dió otra carta para el catedrático de Literatura don Luis Rodríguez Miguel, profesor inolvidable que en la cátedra y fuera de ella fué siempre mi decidido protector.

El señor Peiró, un valenciano muy simpático y expresivo, era maestro de una escuela primaria en la Moncloa. Poco tiempo después moría de tifus exantemático, enfermedad que contrajo en el cumplimiento del deber. Dios lo tenga en descanso.

Llegué a Salamanca el 29 de marzo; me hospedé en la calle de Sanchez Barbero en una casa de estudiantes donde ya estaban desde principio de curso mi paisano Ramón Gascón; Julio González Barbillo, los norteños Paulino Mendivi y Pepe Olavide y el zamorano Esteban Fernández. La patrona, Manuela, no recuerdo el apellido, me aposentó en la habitación de mi paisano después de haber convenido el precio del hospedaje con principio y vino en noventa pesetas al mes.



**Don Mamés Esperabé,
Rector de la Universidad**

Entregué al Rector la carta de Nieto. Me recibió muy bien. Era don Mamés Esperabé una gran personalidad dentro y fuera del Claustro. Hombre recio, patizambo al andar, de mirada viva, algo apagada ya por la acción de los años, tenía el aspecto de uno de los antiguos dómines. Explicaba Literatura griega y latina pero sabía mucho más latín que griego. De ideas, muy liberal. Llevaba de Rector bastantes años. Contemporáneo y muy amigo de mi antiguo profesor de Retó-

rica en el Instituto de Ciudad Real don Maximino García Herráiz, a esa amistad debió principalmente Ramón Gascón la beca que disfrutaba.

En la casa de Rodríguez Miguel tuve igualmente cordialísima acogida, invitándome desde luego a que asistiera a su clase como oyente.

No llevaba yo en Salamanca tres días cuando conocí a Victoriano Zurdo, aventajadísimo alumno de griego, y aunque esta asignatura no estaba en el plan que me había trazado para los próximos exámenes, me instó a que me preparase también en ella y fué mi profesor particular y en pocos días aprendí a declinar y a conjugar, y conocí las enclíticas y proclíticas y la teoría de los verbos polirricos, y cuando en la práctica del análisis comprendió que estaba en condiciones hizo que asistiese a la clase de D. Miguel de Unamuno, que era el catedrático de Griego.

Unamuno tenía entonces 28 años y acababa de ganar la cátedra en reñidas oposiciones. Había tenido de contrincante al dominico Padre Cuervo, otro gran helenista, pero, según se decía por la Universidad, D. Miguel supo interpretar mejor la traducción de la poesía griega, hasta el punto de que el Presidente del Tribunal D. Marcelino Menéndez Pelayo, que veía con buenos ojos al dominico, votó también a D. Miguel.

Complazco a Zurdo y me presento en la clase del señor Unamuno y al tomar éste mis apellidos para incorporarme a la lista de alumnos, me pregunta:

—¿Sabariegos? ¿Era pariente de V. el general de las fuerzas carlistas de la Mancha?

—Hermano de mi abuelo materno—le contesté.

—Conozco bien—añadió—muchos detalles de aquella guerra fratricida y de cerca los horrores del último sitio de Bilbao.

Me siento en uno de los bancos bipersonales al lado de Casto Barahona, actualmente Director general de los Registros y entonces uno de los mejores alumnos.

D. Miguel apenas permanecía sentado. Parecía un adepto de la escuela peripatética; o paseaba por la plataforma o actuaba



Don Miguel de Unamuno
Catedrático de Griego

en el encerado, pero sus explicaciones eran tan claras y tan amenas que la clase se nos hacía muy corta y desde el primer momento quedamos entusiasmados por las enseñanzas del maestro.

¡Aún recuerdo el cuadro sinóptico de las consonantes mudas divididas en guturales, dentales y labiales y a su vez en fuertes, suaves, aspiradas y nasales que tanto me ha servido después para la enseñanza del castellano!

En la cátedra de Unamuno se aprendía de todo: técnica gramatical, filología comparada, medicina, ciencias naturales, historia, literatura. Su *causerie* siempre admirable era un surtidor de conocimientos, una sembradora de ideas. Y su complacencia y afecto hacia sus alumnos se exteriorizaba en todos los sitios, en clase y fuera de ella, en la calle cuando paseábamos con él, y en su casa cuando le visitábamos. Generoso moldeador de las almas juveniles, jamás fué avaro de su inmensa cultura. De aquí esa sugestión que ha ejercido siempre en los que tuvimos la dicha de ser sus alumnos.

Por fin llegó junio, la época temida, la fecha de los exámenes. Formaban el tribunal de griego el decano don Santiago Sebastián Martínez, don Enrique Soms y don Miguel de Unamuno y al entrar estos señores en el aula en que habían de actuar, Zurdo se acercó a Soms y le dijo:

—A Balcázar le he preparado yo, puede apretarle.

Me disgustó la recomendación porque sabía que el Decano y Soms no eran amigos.

—Mejor—replicó Zurdo—porque así le preguntará algo don Santiago y eso favorecerá a usted.

En efecto, así fué. Después de intervenir Unamuno y Soms, me hizo varias preguntas el Decano referente a las enclíticas y proclíticas que yo contesté satisfactoriamente y al calificar luego el tribunal dijo Unamuno:

—A Balcázar, sobresaliente.

—Sí, sí—musitó Soms.

—¿Por el parentesco espiritual con Zurdo?, interrogó el Decano.

Soms le replicó vivamente.

Terminados los exámenes regresé a Ciudad Real satisfecho de poder dejar contenta a mi santa madre.



III

El curso siguiente en enseñanza oficial.—Ambiente universitario.—Gil Robles y Dorado Montero.—Intensificación de la vida escolar.—El Padre Manovel.—Calaveradas estudiantiles.—Anécdotas.—La Academia de Santo Tomás de Aquino.—La tasca del tío Quico.—Las patatas fritas de la Valeriana.—Reuniones de sociedad.

El curso académico de 1892 a 93 lo hice ya en enseñanza oficial entrando de lleno en la vida salmantina. ¡Cómo olvidar aquellos días tan venturosos! ¡Fuí desde el primer momento uno más de los hijos espirituales de la gloriosa Universidad y de aquella hidalga y típica tierra!

La casa de la Manuela era una de las mejores casas de estudiantes. Comíamos muy bien y nos tomó a todos gran afecto. Fernández, Gascón y yo cumplíamos con celo nuestro cometido. Paulino y Olavide eran más amigos de las juergas, que de los libros. Un día, como tardaran en servir el chocolate, disparó Paulino un tiro en la escalera para llamar la atención de la patrona, y se armó un escándalo mayúsculo. Manuela, con toda energía, lo echó a la calle en el acto. Vivía frente a nuestra casa el Magistrado don José Delgado, que tenía una hija, Virginia, rubia encantadora de la que he conservado siempre señalado recuerdo. Fué la estrella que me guió en mis actividades académicas.



Don Enrique Gil Robles
Catedrático de Derecho
político

Hacíase intensa la vida escolar. En la Universidad lucían como astros de primera magnitud D. Enrique Gil Robles de derecho político, y D. Pedro Dorado Montero, de derecho penal; el primero, integrista; el segundo, republicano y, al rededor de ellos, giraban la mayoría de los profesores, aunque los amigos del Padre Cámara, Obispo de la Diócesis, no se llevaban bien ni con unos ni con otros. En el grupo de Gil Robles figuraban el Decano de Letras, D. Santiago Martínez, y el catedrático de la Historia del Derecho, Don Federico Brusi; y con D. Nicasio Sánchez Mata, catedrático de derecho natural, estaban los ultramontanos. El rector, D. Mames Esperabé, viejo y culto profesor, con-

taba con el respeto de todos. El P. Manovel, catedrático de Canónico, era muy famoso. Explicaba sus lecciones en una de las aulas del piso bajo. Tenía una profunda aversión a los alumnos libres que iban a su clase como oyentes y siempre les echaba la culpa del menor desorden que hubiera. Un cierto día le tiraron una bolita de papel y al preguntar con enfado quién había sido, le dijeron:

—Padre, es un alumno libre que no hace más que entrar y salir.

Y sin pararse en barras el bueno de Manovel cogió la badila del brasero y se puso en guardia al lado de la puerta. Uno de los alumnos subió entonces a la plataforma y tocó el timbre de llamada y al momento acudió uno de los bedeles y al abrir la puerta recibió un golpe del Padre Manovel. La algazara fué general, y Pascua, el simpático conserje, intervino apaciguando los ánimos.

Otro día examinaba el Padre Manovel de Derecho canónico y formaban con él tribunal Gil Robles y Brusi. A uno de los alumnos, que tenía muy recomendado el Padre le pregunta éste:

—¿Qué es la Iglesia?

—Un templo—contestó el examinando.

—Bueno sí—ya veo que ha estudiado usted, aunque simplifica las respuestas.... Vaya usted con Dios.

—Padre—dijo entonces el señor Brusi—con permiso de usted voy a hacerle unas preguntas más...

El alumno se quedó parado para atender al señor Brusi pero el Padre Manovel con la autoridad que le daban sus años, replicó con viveza dirigiéndose al alumno:

—Váyase, váyase, no ve que lo que quieren es suspenderle.

Estas y otras anécdotas se referían por entonces en aquella gloriosa Universidad.

En mi tiempo presencié yo el siguiente hecho que pone de manifiesto hasta donde llega a veces la torpeza del estudiante. Examinaba el Sr. Orea de Historia de España. El alumno iba ya con dos suspensos en el cuerpo obtenidos en años anteriores.

—Sólo una pregunta—exclamó el catedrático—y si contesta bien le apruebo para perderlo de vista: ¿Quién presidió el cuarto Concilio de Toledo?



Don Pedro Darado Montero
Catedrático de Derecho
penal

Los que estábamos en los próximos bancos apuntamos con claridad: San Isidoro; pero el alumno lo oyó sin duda mal y con la retartallita acostumbrada respondió:



Don Timoteo Muñoz Orea
Catedrático de Historia de España

—El cuarto Concilio de Toledo que como ya indica su nombre, se celebró en la imperial ciudad, fué presidido por San Isidro...

Y el catedrático, con mucha sorna, volvió a preguntarle:

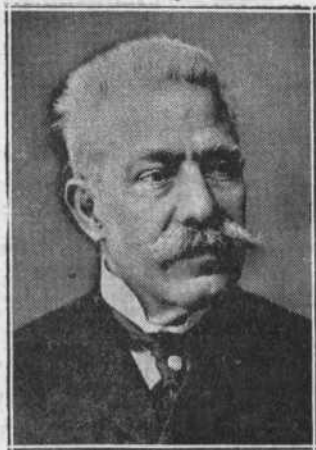
—¿El labrador o el otro?

—El otro—respondió el alumno.

Y la risa fué unánime y un nuevo suspenso el fruto del exámen.

En la clase de Unamuno era todo amenidad. Don Miguel que en el rigor del invierno nos decía: —Pueden ustedes cubrirse porque voy a abrir las ventanas para que se renueve la atmósfera, razonaba sus explicaciones con tales citas y tales alardes de erudición, usando siempre de un lenguaje claro y preciso, que cuando el bcdel daba la hora nos parecía que había sido muy corta la clase.

El Decano D. Santiago Sebastián Martínez y González explicaba Historia Universal en una aula muy pequeña del piso bajo que ya ha desaparecido. En dicha aula había dos mesas una para el profesor y la otra para los alumnos. Eramos nueve. Don Santiago hacía sus explicaciones con apuntes que siempre llevaba consigo y después preguntaba la lección anterior cada día a un alumno por orden de lista, método eficaz para que nadie dejara de estudiar por lo menos una vez a la semana.



Don Luis Rodríguez Miguel
Catedrático de Literatura

Rodríguez Miguel era el catedrático machacón, muy riguroso con la urbanidad de la clase. Sus explicaciones claras y abundan-

tes fueron fructífera sementera. A ellas debo mi iniciación en los estudios literarios que más tarde habían de hacerme catedrático.

En la del Rector revivía la figura del domine antiguo, gran conocedor de las lenguas clásicas. Don Mamés, siempre llano y francote, tuteaba a los alumnos y para facilitarnos el estudio de las literaturas griega y latina permitía que nos sirviéramos de las traducciones castellanas.



Don Enrique Esperabé
Auxiliar de la Universidad, encargado
de la Cátedra de Metafísica

En Salamanca sentíase interesadamente la vida escolar. Los estudiantes llenábanlo todo. En el convento de San Esteban funcionaba la Academia de Santo Tomás de Aquino: una asociación de alumnos universitarios presidida por el dominico Fray Justo Cuervo. Al renovarse el resto de la Junta directiva en el curso del 92, fué elegido vicepresidente Fermín Herrero Baillo y yo vocal primero. Discutíanse Memorias sobre distintos temas; se daban conferencias y eran muy interesantes las sesiones.

Pero no todos los estudiantes hacían esta labor. En una población escolar tan numerosa como la de Salamanca cada uno actuaba según sus gustos. Unos, los menos, consideraban como libros de primera el vino de Toro el clarete de Hervas y el blanco de la Nava y amigos de cuchipandas y jaranas, dejaban de asistir a clase antes que a la tasca del tío Quico en la calle de Sánchez Barbero, que era su predilecta. Tampoco faltaba entre ellos "gente moza, antojadiza, arrojada, libre, gastadora, discreta, diabólica y de humor" que se pasara el día indagando el paradero de las Esperanzas de Torralba, Meneses y Pacheco. Los había aficionados al dominó y en el café Suizo o en el de las Cuatro Estaciones invertían la tarde en ese juego. Otros formaban siempre en todas las procesiones, no pocos más por cálculo que por devoción. A los billares de la calle de Toro, acudían no pocos estudiantes atraídos por el juego de la treinta y una, del que eran verdaderos campeones

Emilio Ribera, de Piedrahita y Julio Cambón. Y al hablar del café de las Cuatro Estaciones quiero recordar que los asiduos tenían como banquero de fines de mes a Celedonio: un vejete camarero que les surtía de fondos en los pequeños apuros.

Unos y otros solían coincidir por las noches en una casa del Corrillo, mezcla de fonda y figón, donde la dueña, la popular Valeriana, atendía y consideraba a los estudiantes dándoles de comer por muy bajo precio, y con especialidad unas riquísimas patatas fritas que con huevos pan y vino costaban solo setenta céntimos.

En el arsenal de mis recuerdos conservo también algunas notas de la buena sociedad. Un día en la semana se reunían en la casa del Marqués del Vado, donde lucía sus encantos la gentil señorita Blanca Fernández de Córdoba. En la de los señores de Fabrés también se hacía música de vez en cuando. ¡Y qué hermosa estaba entonces su hija Nieves! De tarde en tarde se daba algún baile en la de los señores de Oliva, y la simpatiquísima Irene se desvivía en atender a todas sus amistades. En la casa de don Cecilio González Domingo, culto director del Instituto y

muy experto político, bailábamos alguna vez con su hija Celia, que estaba en el apogeo de su belleza y con sus encantadoras amigas. Y dejó para lo último las reuniones que los sábados se celebraban en la plaza de San Juan número 6, elegante vivienda de los señores de Rodríguez Miguel, donde se hacía música y se jugaba al Enano. Luis Martínez, estudiante malagueño, Ramón Gascón y yo éramos asiduos concurrentes. Tampoco faltaban González Calzada, Auxiliar de Ciencias y Manuel Castillo, bibliotecario de la Universidad. El bello sexo tenía también espléndida representación. La señora de la casa D.^a Rosa Secall de Rodríguez Miguel tocaba el piano con exquisito gusto y hacía los honores con admirable sencillez. Manolo Castillo "adivinaba" el pensamiento hasta que un día le "quitó" la plaza Ramón Gascón. Estábamos en el comedor y Ramón que había visto en el armario un galletero con pastas dijo de pronto:



Don Cecilio González Domingo
Director del Instituto

—Lo que hace Castillo lo hago yo también. Y si ustedes quieren voy a demostrarlo.

Y dirigiéndose a Cristina, una señorita de Arévalo muy formal, la invitó a que pensara lo que quería que hiciera. Tapamos los ojos a Ramón y cuando Cristina dijo: —Ya está, Ramón sorteando la mesa y unas sillas se dirigió resueltamente al armario, lo abrió y se comió casi todas las pastas que había en el galletero. Cristina se puso muy sofocada y para dejarlo en buen lugar tuvo que hacer suyo el pensamiento del “adivino” y todos aplaudimos la humorada estudiantil del buen Ramón.

En el casino de la calle de Zamora se dieron bailes magníficos siendo entonces moda el “pas a quatre” y los lanceros. Y al hablar de estas fiestas además de las ya nombradas recuerdo a Solita Morales, Amalia Pie de Casas, las señoritas de Núñez, las de Méndez, Victoria Salas, las de Aparicio, las de Alonso, las de Esteban y otras.

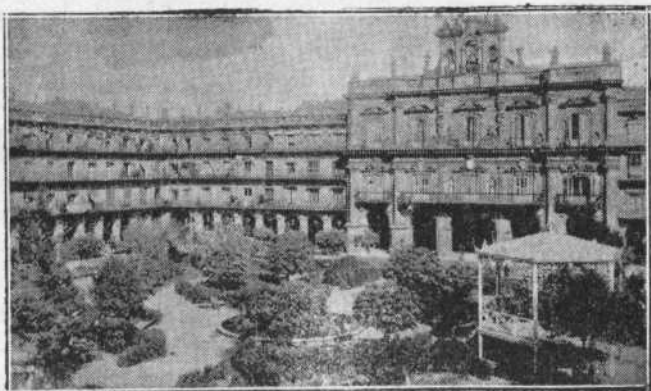


IV

Visión de la ciudad.—La Plaza Mayor como centro de la vida de Salamanca.—La Universidad.—La cátedra de Fray Luis de León.—Capilla de Santa Bárbara.—Por la Puerta de los Carros.—La casa de las Conchas.—Costumbre salmantina.—Cobrar el piso.—Resistencia escolar.—Palos y bofetadas.—La muerte del general Margallo provoca una manifestación estudiantil.—El médico Huebra.

Si para el turista es Salamanca una población de ensueño, para el estudiante es en todo momento la ciudad de sus amores, donde se contempla una Catedral magnífica, nacida en la postrera edad del arte gótico, al lado de otra venerable Catedral bizantina, que en vez de ofenderla la ampara fácilmente con su apoyo y con su sombra; multitud de casas solariegas y aún palacios ojivales y del Renacimiento; fachadas que son verdaderas maravillas y obras maestras del arte plateresco; piedras cinceladas como joyas y reco-

das como encajes y de un grano tan fino y compacto que el tiempo ha respetado en ellas los frágiles arabescos; piedras singulares estas de Salamanca—que como dice Regnier—son amarillas como el oro y rosadas como la flor del melocotonero y siempre de un tono tan cálido que, en las más grises mañanas del invierno, se diría que están iluminadas por el sol; gallardos ajimeces, finas columnatas y arte excelso, en suma, por todas partes, arte y recogimiento, arte y veneración, que la historia de Salamanca y la gloriosa vida de su Universidad sólo admiración y respeto producen.

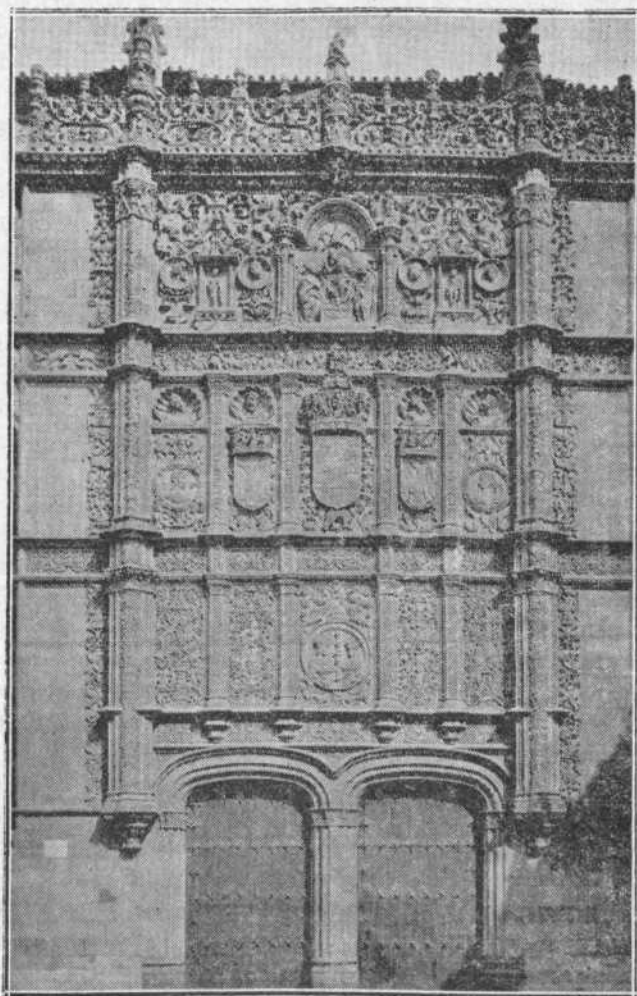


SALAMANCA.—Plaza Mayor (foto hecha en 1893)

La Plaza Mayor es el centro de la vida de Salamanca. De estilo barroco, aunque no muy recargado, forma un cuadrilátero de lados desiguales. Presenta arcos en los cuatro lados y sobre ellos tres hileras de balcones guarnecidos de pilastras y coronado el todo por una balaustrada de piedra con agujas. En el centro hay jardines. El comercio principal está en la Plaza, y por sus soportales se pasea constantemente, siendo famosa la costumbre de utilizar las mujeres la parte interior y los hombres en vuelta contraria la del exterior. En el centro del ala Norte de la Plaza, el Palacio del Ayuntamiento, cuya fachada, levantada sobre cinco arcos, tiene grandes columnas estriadas en los extremos y pilastras en el centro.

¿Y la Universidad? La Universidad, el templo de mis afanes estudiantiles, el laboratorio de mis conocimientos, merece párrafo especial... Recorríla por primera vez con mi inolvidable maestro don Luis Rodríguez Miguel, y aún creo escuchar sus sabias expli-

caciones. ¡Ycuánta emoción inundó mi alma al conocer su historia, su gloriosa historia, y el arte, el exquisito arte que encierra toda



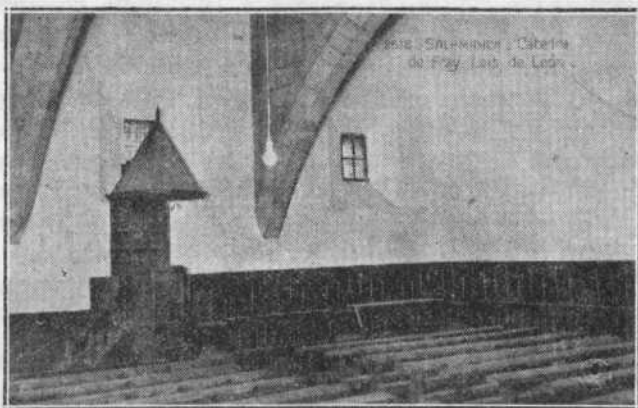
SALAMANCA.—Fachada de la Universidad

ella en sus muros, en sus puertas, en sus claustros y en sus aulas! Comenzó a construirse a principios del siglo XV y no quedó terminada hasta pasado el primer tercio del XVI; en la segunda mi-

tad del XVII arruinose la Biblioteca, que fué reconstruída en el XVIII, reformándose al poco tiempo la Capilla como hoy está y a fines del siglo XIX se levantó un piso en las tres alas del edificio. La construcción responde al tipo de la arquitectura civil del Renacimiento español: Planta cuadrada, patio central, galerías circundantes y escalera claustral. La fachada principal dá al llamado Patio de las Escuelas Menores, construído en el siglo XVII a expensas de la Universidad. A este sitio se le conocía en los siglos XVI y XVII con el nombre de *El Desafiadero*, porque en él sustentaban sus desavenencias los escolares, y se llevaban a cabo las novatadas, crueles en ocasiones y en no pocas sangrientas. Es esta fachada de la Universidad de labor plateresca y acaso la más pura de su género que existe en España, aunque—como dice Lamperez—es un enigma artístico pues no se conocen los nombres del artista que realizó la traza ni del maestro que la edificó. Corresponde al reinado de Carlos V y su ejecución es fina y de poco relieve. Abrense en el cuerpo inferior dos puertas de *arco escarzano*, separadas por un pilar, y sobre éste se asientan los tres cuerpos superiores, divididos los dos primeros en cinco recuadros. Dos repisas, a la altura de los arcos de la puerta, sirven de base a dos pilastras que ascienden hasta el coronamiento. En el primer cuerpo y en su centro un medallón representa los bustos de los Reyes Católicos asidos a un solo cetro, con inscripción latina de los nombres de estos monarcas, una leyenda en griego que corre por la orla y el yugo y el haz de flechas de sus blasones. Los espacios no ocupados por el medallón lo están por un mascarón, animales fantásticos y otras labores, siendo de extraordinaria profusión el adorno de los compartimientos laterales, separados por pilastras primorosamente esculpidas. El escudo de armas de Carlos V ocupa el centro del segundo cuerpo, y a derecha e izquierda, en otros más pequeños, las águilas emblemáticas del Emperador y de los Reyes Católicos, los bustos de Carlos V y de su esposa la emperatriz Isabel campean en sendos medallones en los últimos recuadros. Sobre estos y los dos escudos anteriormente citados aparecen cuatro cabezas en hornacinas en forma de concha. Como en el cuerpo anterior, los compartimientos del mismo se hallan también separados por pilastras. El Sumo Pontífice, en su trono, bajo un arco de medio punto, sostenido por dos columnas, forma el centro del tercer cuerpo; a derecha e izquierda, recuadros y medallones con bustos y figuras humanas, rematado el todo por una rica crestería. En la plazuela

se alza la estatua en bronce ofrendada a Fray Luis de León.

La fachada de la Universidad por el lado de Oriente no ofrece tanto interés. Sobre la puerta campean el escudo real de Castilla y el de Pedro de Luna, y a cada uno de sus lados escudos con las armas de Alonso de Madrigal *el Tostado*. En el ángulo el escudo de la Universidad, y a lo largo se destacan los contrafuertes que sostienen las arcadas del paraninfo y de la cátedra de Fray Luis de León. El claustro bajo ofrece pocos motivos decorativos. Conserva su primitiva forma la cátedra del insigne autor de *Los Nombres de Cristo*. En ella se conservan los maderos encuadrados



SALAMANCA.—Cátedra de Fray Luis de León

para los bancos y mesas de los estudiantes y el púlpito que usaba el insigne agustino. En esa cátedra no se dan clases pero nosotros la utilizamos para las reuniones estudiantiles que tenemos con alguna frecuencia. En la cátedra de Canónico hay una excelente colección de tapices y en la sala de profesores una copia del mapa de Juan de la Costa, regalo del Rector con Mamés Esperabé. En el patio llama la atención un cedro gigantesco y a la entrada de la Capilla un hermoso lienzo representando a San Jerónimo. A la derecha, entrando, la tumba, en urna de mármol, donde reposan los restos de Fray Luis de León, del sabio catedrático que tantas amarguras pasó en vida por la malquerencia de unos cuantos compañeros de claustro. Llamóme también la atención un cuadro del Caballero Caciañiga, representando al profesorado de la Universidad asistiendo al juramento del misterio de la Inmaculada Con-

cepción por los nuevos graduandos, y otros dos cuadros de Vicente González con escenas de la vida de los agustinos San Juan de Sahagún, patrón de Salamanca, y Santo Tomás de Villanueva, manchego insigne, mal llamado de Villanueva porque nació en Fuenllana y que según la tradición fueron también catedráticos de la Universidad salmantina. Los escudos real y universitario campean en placas de bronce dorado sobre las molduras de estos cuadros. Otros lienzos representan a Santo Tomás de Aquino y a San Agustín. Junto al púlpito hay un pendón de terciopelo carmesí bordado en oro que era el antiguo pendón de la Universidad. El púlpito es de mármol y la sacristía conserva su forma primitiva, con bóveda de crucería gótica, sobre repisas y follajes. En ella desemboca una escalera espaciosa con artística barandilla labrada en toda su longitud con profusión de figuras entre follajes y mascarones. Entre otras tallas sobresalen las de los caballeros alanceando toros. En la sacristía vimos descolgado un cuadro representando al beato Juan de Rivera. El claustro alto es de gran valor arquitectónico y muy notable el artesonado



SALAMANCA.—Capilla de Santa Bárbara

de la galería. En la Biblioteca, antigua librería de la Universidad, tuve ocasión de ver tres manuscritos importantes: "Las Bulas y Privilegios de la Universidad salmantina", en vitela; la "Exposición al libro de Job", de Fray Luis de León y un Códice muy

curioso, en vitela, con capitales de oro, orlas y viñetas, debido a don Alvaro de Luna y que lleva por título "Libro de las claras e virtuosas mujeres". De este último hizo un acabado estudio que le ha servido de relevante mérito en su carrera el entonces bibliotecario de Salamanca y hoy catedrático de francés del Instituto de Valencia don Manuel Castillo.

Otra visita de las que más me impresionaron fué la hecha a la capilla de Santa Bárbara, en el claustro de la Caatdral vieja; capilla muy famosa, fundada por el obispo Juan Lucero en 1344, donde, según la historia, para obtener el grado de licenciado, tenían los estudiantes, después de tomar los puntos, que estar encerrados sin dejar de estudiar, vigilándoseles desde el Claustro por un orificio. El actuante pasaba la noche sentado en un típico sillón leyendo a la ténue luz de una lámpara que pendía de una viga y que se hallaba en el centro de la Capilla. Terminadas las horas reglamentarias allí mismo tenía que contestar a las objeciones de los doctores de la misma Facultad, que sentados en los escaños laterales le escuchaban; siendo muy curiosas las notas de los grados, en las que se daba cuenta del padrino que hacía las alabanzas y del doctor que exponía sus defectos. La votación era secreta y por bolas siendo interesante el dato final. El que resultaba con más calificaciones de *Reprobatus* que *aes* salía al exterior por la puerta escusada o de los carros, situada al otro lado del Claustro y de aquí nace el dicho vulgar que se aplica a los torpes: ¡Has tenido que salir por la puerta de los carros!

Y si el actuante resultaba victorioso salía por la puerta grande y se obligaba a preparar el ágape para los maestros y compañeros.

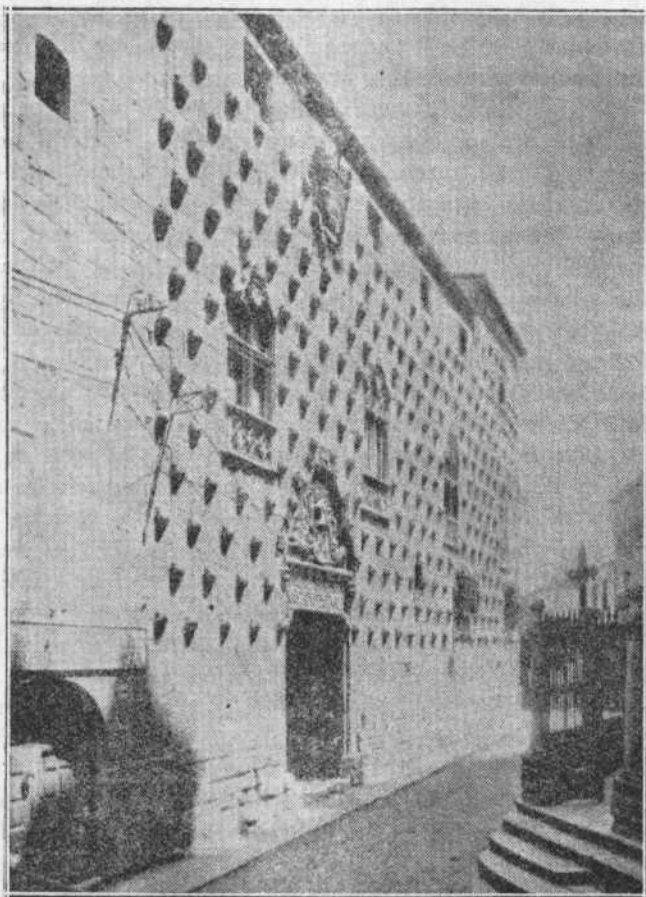
La ciudad contribuía también al esplendor del triunfo organizando corridas de toros y otras fiestas populares que duraban tres o cuatro días.

Hasta el 1844 los ejercicios de grados se hicieron de ese modo difícil, rígido y duro.

Desde la capilla de Santa Bárbara fuí a la maravillosa casa de las Conchas que se alza frente a la Clerecía y que fué construída en 1512. Perteneció esta casa a los Arias Maldonado. En la puerta de entrada se observa un artístico arco adintelado y encima de él un escudo de armas de los fundadores, sostenido por dos leones enmedio de una arcada gótica.

La fachada tiene dos preciosas rejas en la planta baja, de

un valor artístico muy elevado. En el interior del edificio, se halla un patio de excelente sabor gótico, compuesto de doble galería,



SALAMANCA.—La Casa de las Conchas

una inferior y otra superior, ésta con antepechos calados en diferentes dibujos, dándole con esto un aspecto delicioso y extraño. Para el acceso a la galería superior, se utiliza una magnífica escalera de piedra, la que tiene de remate en sus dos pilares dos leones, y en el techo de ella se observa un artesonado de saliente mérito por su talla de inmejorable ejecución y estilo.

Venía siendo una costumbre salmantina en mis tiempos escolares el cobrar por una vez el importe de medio cántaro de vino a los novios que "pelaban la pava". Y la costumbre con visos de imposición resistíanse a cumplirla los estudiantes. Puntillos de amor propio o notas que pudiera parecer de cobardía ante la mujer amada les inducían a no acatarla si los "cobradores" no eran compañeros de facultad o amigos de la familia. Con tal motivo hubo broncas y palos y riñas tumultuarias porque, para guardar las espaldas, mejor dicho los bolsillos de los estudiantes novios, hacían guardia cerca de ellos varios de sus colegas dispuestos a todo.

Yo presencié varias de estas broncas. Y fué una con el médico Fraguas que hablaba con Amalia Méndez; y fué otra con el hijo del Conde de la Patilla, novio a la sazón de la sin par Carolina, la hija del "Sastrín". En este último choque resultaron varios heridos pero fueron rechazados los "treneros" que intentaron la cobranza. Otro hecho de esta clase y muy curioso por cierto fué el sucedido al novio de una bellísima muchacha: a Fernando Vereá. Era éste bajo de estatura, muy diminuto, y él mismo incitó a sus amigos a que fueran a cobrarle el piso. —Vais— les dijo—yo no accedo y os contesto mal, vosotros entonces os retiráis acobardados y luego yo cumpliré con vosotros. Pero de este modo yo quedo a los ojos de mi novia como un valiente... Y en efecto a la noche fueron sus amigos y la primera parte resultó como se había planeado, pero lejos de retirarse después, uno de ellos, estudiante nortño, con más fuerzas que un oso, cogió al novio y se lo llevó debajo del brazo, entre las risas de todos incluso de la misma novia.

Esa misma costumbre de cobrar el piso había también en Peñaranda de Bracamonte, donde en vez del medio cántaro se pedía una cantidad por los vecinos del barrio y se daba recibo para que nadie molestase después. Y esa cantidad la pagó Marcelino Herrero al festejar con Pepita Mesonero; y D. Santiago Martínez, decano de Letras cuando lo hizo con la que después fué su mujer María Peña; y un juez, Fernando Bernaldez que se negó a satisfacer la costumbre le fué imposible "pelar la pava" por la reja y dió motivo a tales alborotos que tuvo que pedir el traslado.

En cambio asegurábase que en Peñafiel ocurría lo contrario y que en cuanto un forastero se ponía novio en el pueblo era invitado y agasajado por todos.

Al entrar un día en clase supimos que los moros de Melilla habían dado muerte al general Margallo. Y sin más detalles la sangre moza se alborotó y Méndez por los estudiantes de Medicina, Revillo por los de Derecho y yo por los de Letras improvisamos una manifestación que recorrió varias calles para protestar del hecho pidiendo en rindos carteles que se formase un gobierno nacional con energía suficiente para castigar a los indómitos rifeños.

Al desembocar en la calle de la Rúa venía ya otro grupo de jovencuelos capitaneado por el médico Huebra. Era éste muy popular entre los estudiantes porque algo desequilibrado le daba por discursar sin ton ni son siendo generalmente coreado con risas y chanzas.

Entregamos en el Gobierno nuestra protesta sin sospechar ninguno que la figura del caudillo muerto había de ser con el tiempo tan censurada por D. Juan Ortega Rubio en su "Historia de España".



V

D. Luis Maldonado, catedrático, escritor y político.—Su conocimiento de la vida charra.—Simpatías personales.—Una anécdota.—Cipión y Berganza.—Visita a las Agustinas.—Cuentos maravillosos.—“Don Quijote y Sancho en los Estudios de Salamanca”.



Don Luis Maldonado

Catedrático de Derecho Civil

alto, seco, espigado, y con gran humildad le saludó, diciéndole:

—Vengo de casa, D. Luis.

—¿Y qué quieres?

—Que me acompañe al Gobierno o que me recomiende al gobernador para que me autorice a poner cerca de la majada carne con veneno porque los lobos no nos dejan vivir y raro es el día que no hacen una entrada en el ganado... y el amo se queja y con razón.

Y como si no oyera lo que le decía, le preguntó D. Luis:

Hombre muy culto y que inspiraba generales simpatías era el catedrático de Derecho civil D. Luis Maldonado. Todos los estudiantes le querían incluso los que no estudiábamos Leyes. De trato llano gustaba de hablar con todos.

Un día que iba paseando por la plaza me llamó para preguntarme si conocía ya el famoso lienzo que se exhibe en las Agustinas: la Concepción de Ribera y al responderle que no, me dijo:

—Pues si quiere vamos a verlo ahora mismo.

Y al encaminarnos para allá le salió al encuentro un charro,

—¿Qué tal le va en el matrimonio a tu hijo?

—Muy bien.

—Lo celebro—añadió Maldonado—pero no puedo pedir “eso” al gobernador porque sé que las bajas en las reses se deben a comidas extraordinarias que habéis tenido para celebrar la boda...

El buen charro se quedó anonadado y se limitó a decir:

—En efecto, así es, D. Luis, puesto que Vd. lo sabe, pa qué negarlo, no me descubra, pero quisiera que me dijera quién se lo ha contado, porque a lo mejor el soplón es el que más ha comido...

Negóse D. Luis, pero al insistir una y otra vez el charro, le contestó por fin:

—Lo sé por Cipión y Berganza.

Y el charro, que no conocía los famosos perros de Cervantes, se fué amoscado repitiendo: —¡Cipión y Berganza! ¡Cipión y Berganza!

Y D. Luis, asomando a sus labios una sonrisa, me invitó a que fuéramos a las Agustinas.

Al final de la calle de la Compañía y frente al Palacio de Monterrey se encuentra la iglesia de las Agustinas que presenta al exterior un pórtico apoyado en áticas estriadas que finalizan capiteles corintios, sobre los que descansan cuatro arcos de medio punto. En el centro está la puerta principal, con un rótulo alusivo a su edificación por orden de D. Manuel de Fonseca y Zúñiga, séptimo conde de Monterrey. Interiormente, ofrece planta de cruz latina y en el crucero la cúpula sobre pechinas, con una linterna octogonal encima. Contiene cinco retablos: uno, en el altar mayor, y dos a cada uno de los lados del crucero, todos de mármoles de colores. La parte central del primero lo llena un magnífico lienzo con la famosísima *Concepción* de Ribera (el Españolito), con la firma del autor y del año en que lo pintó. Es una verdadera obra de arte y según datos ciertos—decíame D. Luis—parece que fué modelo de la “Concepción” la propia esposa del Españolito. Vimos además una *Piedad* también de Ribera y un Crucifijo de alabastro, y por una reja de la derecha, en el presbiterio, un relicario de extraordinario mérito arqueológico por los objetos que atesora, entre los que figura una Custodia valuada en más de dos millones de pesetas.

A la salida admiramos por fuera el suntuoso palacio de Monterrey, propiedad del duque de Alba.

Político de la buena cepa, D. Luis Maldonado, se desvivía en servir a todo el mundo pero siempre con nobleza e hidalguía,



SALAMANCA.—“La Concepción” de Ribera

pues le irritaban las injusticias y atropellos, y, muy hombre, cierto día en Medina del Campo descendió de sus alturas para luchar a brazo partido con un baratero que traía atemorizados a no pocos salmantinos.

Cuando Villaverde ocupó el Poder, Maldonado, desempeñó la Subsecretaría de la Presidencia, y aún conservo la carta con que contestó a mi enhorabuena:

"Querido Balcázar: Quedo muy agradecido a su felicitación y ya sabe dónde me tiene. Si algo necesita acuda a mí y con el mayor gusto le atenderé que yo le considero como de Salamanca y de los predilectos."

D. Cándido R. Pinilla dibujó de un modo admirable la personalidad de D. Luis Maldonado en la siguiente semblanza:

"Hombre cortés y de maneras finas,
parece un gran señor de todas veras:
con solo ver su porte y sus maneras,
sus nobles abolengos adivinas.

Y él es quien a las gentes campesinas
pinta y copia de buenas a primeras
con tintas en verdad tan verdaderas,
que pinturas no habrá más peregrinas.

Da en nuestra sabia Escuela sus lecciones,
de yo no sé qué grave asignatura,
prestando nuevo brillo a sus blasones.

Más no le atrae la ciencia sino el arte,
que pintando a la pluma, de pintura
puede bien ser maestro en cualquier parte."

Era D. Luis Maldonado un excelente escritor. Gran conocedor de las costumbres charras hizo una colección de cuentos admirables. Pertenecen a la primera época *El tío Clamores*, *El Misterio de la Santísima*, *El dómine Lupus*, *La Visita*, *La bella jurdana*, *La despedida del quinto*, *La última broma*, *Vamos con Dios*, *El tío Cavila*, *Las dos torres*, *El güe malo*, *El Ama Concención*, *Don Lionardo*, *Silvano y Gumisinda*, *El Esgarra*, *La nube negra*, *El último recurso*, *Declaración*, *El mوندongo*, *Broma charruna*, *Los hijos del tío Rejero*, y *Al ramudo*. Después publicó otros entre los que sobresalen *La canción de la ribera*, *Idilio montuno*, *María Rosa la de Aldeagomez*, *La castellana de Altuero*, *Celos montaraces*, *Las últimas comuneras*, *Los bandos de Villausende*, *Las tabas de la Endrinera* y *Don Quijote y Sancho en los Estudios de Salamanca*.

Este último es una maravilla. Parece una página arrancada del inmortal libro de Cervantes. Se trata de una nueva aventura

del Gran Caballero, yendo a Salamanca con su escudero a visitar la famosa Escuela.

Es notable el paso de D. Quijote por la Flecha y el recuerdo que el Ingenioso Hidalgo dedica a Fray Luis de León.

La entrada de D. Quijote en Salamanca la describe así:

“...Don Quijote hizo zalema de agradecerlo, y luego, el que hacía de cabeza, destacándose y llevándole a una parte, le dijo en gran reserva:

—Señor, en medio del júbilo de vuestra llegada, tenemos un gran dolor y sentimiento: sobre a quién corresponde la honra de hospedaros ha surgido gran contienda, y han resucitado los bandos que ensangrentaron la ciudad por tantos años. Monroyes, Maldonados, Anayas, Varillas y Ramos del Manzano han apelado a las espadas, y la entrada de la ciudad, donde se os preparaba el acogimiento debido a vuestra alcurnia y heroicos hechos, es un campo de Agramante.

—¡Voto va!—dijo D. Quijote, apoyándose en los estribos y requiriendo el lanzón—. ¡Voto va, y que por tan peca cosa han de reñir batalla estos salamanqueses, y que han de ser los mismos de siempre! Id, y decidles de parte del Caballero de la Triste Figura, que allá voy y que, si por razones, como aquel buen padre de Sahagún, no logro avenirles, tomaré el camino sin hacer estancia en ese humano avispero. Y, cuanto a lo del hospedaje, no lo haré en los palacios de los próceres mentados, sino en alguna posada, que por malas que sean las de Salamanca (y no es esto afirmar que lo sean), no han de hacer buenas a las manchegas.

Partió rápido el emisario, y volviéndose al concurso, gritó D. Quijote con voz de trueno:

—¡En marcha!

Metiendo espuelas, hizo dar una carreruela al pesado Rocinante, el cual apenas llegado al arenal del Angel, atollóse y paróse en seco. Llevado a duras penas por Sancho del ronzal, y cien veces malditos por el jinete los encantadores que detenían su carrera, llegó al fin a la entrada de la ciudad, descendiendo por el Rollo a la puerta de Toro.

El concurso, allí numerosísimo, gritaba con entusiasmo, disparando cohetes, tracas y arcabuzazos; y la clave de las campanas, que se concertó para las bodas de Felipe II, elevaba, sobre el griterío humano, sus solemnes acordes. Todo era júbilo

en la Roma chica, y de la pasada discordia, conocida la amenaza de D. Quijote, no había quedado el menor rastro, antes los partidarios de las distintas banderías rodearon y aclamaron juntos al ilustre huésped, como si entre ellos no hubiera mediado tan airada contienda.

Así, agasajados desde los balcones, con flores, trigo y aleluyas, llegaron a la puerta principal de los Estudios Mayores donde, descabagando a duras penas, penetró D. Quijote, llevado en volandas de la grey estudiantil.

¡Al aula magna!, gritaba el concurso, y al *aula magna* fueron a parar, y en ella entraron, precedido de los pífanos y atabalillos, al mismo tiempo que campaneaba en las alturas el címbalo universitario.

Nuestro insigne manchego, demudado el rostro, temblando de pies a manos, confuso y anodado, subió a la cátedra y, destocándose el yelmo, ofreció a la vista del auditorio aquella descarnada cabeza, aquella lánguida faz y lacios bigotes que le dieron nombre de Caballero de la Triste Figura.

No tardaron poco, rector, bedeles y alguaciles del silencio, en poner orden en aquel concurso de gente zumbona, que no sólo en aquella ocasión, sino en otras más solemnes, ensordecía el ámbito con sus gritos.

Hízose al fin, a medias, el silencio; y fué entonces cuando el rector, que era un garrido joven dieciocheno, abundante de palabras y sobrio de ademanes, dió al auditorio noticia y presentación del heroico hidalgo, quien fué acogido entre las más ruidosas aclamaciones.

Llegado el turno a D. Quijote, enmudeció el concurso, de tal modo, que se oiría el volar de un mosquito.

—Nunca tembló mi ánimo—comenzó diciendo con voz apagada—en las mayores aventuras de la vida caballeresca, y ahora me sobrecoge el pavor de pies a cabeza; y es—continuó un tanto animado—que yo he luchado con gigantes y malandrines, con mesnadas y aun con ejércitos visibles e invisibles, reales y aparentes; yo he realizado las más grandes proezas de las armas; pero mi alma impertérrita, mi brazo de hierro y mi espada invencible se rinden, anonadan y humillan ante esta excelsa institución, monumento prodigioso de las artes y las ciencias.

Un estentóreo ¡victor! llenó el aula anchurosa, y D. Quijote, ya a plena y segura voz, continuó:

—Yo tiemblo ante vuestras mercedes, maestros y discípulos;

que, aunque sea cierta la hermandad entre las armas y las letras, siempre fueron estas el hermano mayor, el primogénito, el que representa y vincula el solar y la raza a quién los menores deben honor y pleitesía. Por eso yo os pido perdón, yo, el más humilde de los caballeros nacidos, yo os pido perdón de mi atrevimiento. Y hecha esta declaración, voy derecho, por no cansaros más a decir el motivo de mi visita y la razón de esta audacia caballesca, la mayor de todas mis empresas y aventuras, de atreverme a venir ante vuestras mercedes y dirigiros la palabra..."

.....

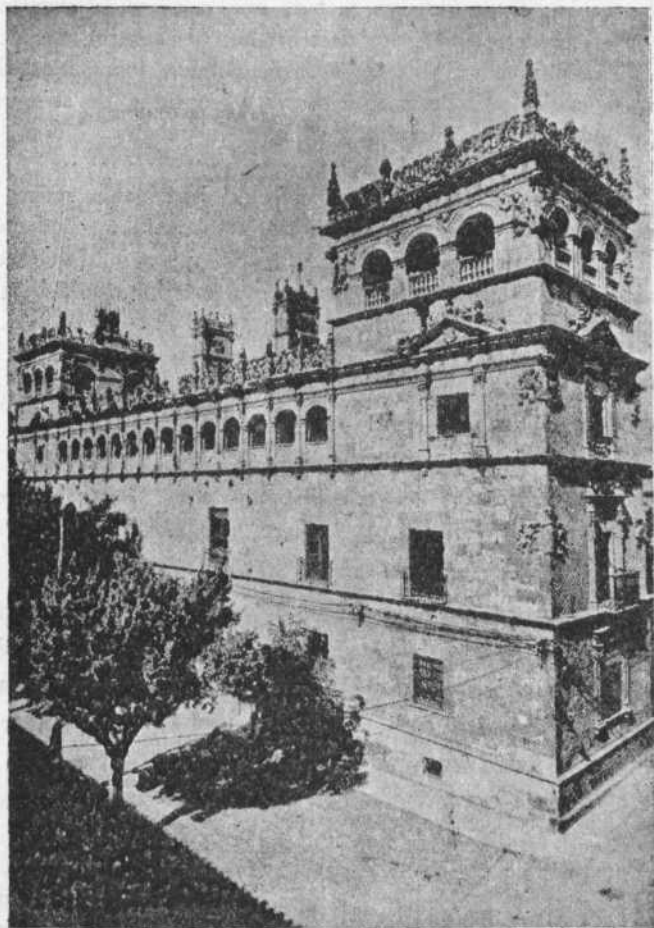
Todos estos cuentos y algunos más del inolvidable amigo los ha reunido recientemente en primoroso libro que lleva por título "Del campo y de la ciudad" su hijo D. Francisco Maldonado, heredero de su talento y en la actualidad catedrático de la gloriosa Escuela.

VI

Cambio de hospedaje.—Soms y Casteln.—Interesante libro del decano de Letras.—Agapito Fernández.—Final de curso y meses de descanso en Ciudad Real.—La tertulia del botijo.—Estreno con éxito en el Teatro de Verano.—Pataleo en el de Cervantes.—Un couplé famoso.

Por haberme cambiado de habitación sin previa consulta me mudé de hospedaje al volver de unas vacaciones. Ese fué el pretexto pero mi determinación tenía otro fundamento. Supe al llegar a Salamanca que el catedrático de Griego D. Enrique Soms y Casteln había establecido en su casa una pensión de estudiantes y yo deseoso de perfeccionarme en el idioma de Homero me trasladé a ella. Era D. Enrique Soms un gran políglota, catedrático de Griego tras brillantísimas oposiciones, había traducido al castellano la Gramática de Curtius, dominaba el sanscrito y

el latín y hablaba correctamente el alemán, el inglés, el francés, el italiano y el catalán su lengua nativa. Tocaba muy bien el piano. De costumbres morigeradas no bebía vino, ni fumaba,



SALAMANCA.—Palacio de Monterrey

pero en política y en religión significóse siempre entre los más avanzados. Vivía con su hermana Dolores que era la patrona. Comíamos todos en la mesa de ellos y nos atendían muy bien a base de un buen cocido, y la discreción de D. Enrique llegó al

extremo de no haber rozado nunca en sus conversaciones el tema de las ideas religiosas o políticas por conocer sin duda de antemano que otro estudiante y yo pensábamos de muy distinta manera. Por las tardes solíamos emplear una o dos horas en la traducción y accidentes gramaticales de La Iliada, dirigidos por el sabio maestro.

Mucho me sirvió este internado y gratos recuerdos conservaré siempre de las atenciones recibidas de D. Enrique y de su hermana.

Con el título "La crisis de la Agricultura" publicó en los primeros días del 93 un interesantísimo libro el decano de Letras D. Santiago Martínez, que no tuvo la aceptación que merecía, y eso que enfocaba admirablemente el problema de la tierra.

Partiendo del principio cristiano: *Justicia para todos; nada de luchas de clases* hacía atinadas consideraciones ante el pavoroso porvenir que se avicinaba a los labradores.

Con visión de profeta daba a entender sus temores de lo que iba a pasar y que en efecto pasó.

"Es preciso hacer comprender a esta sociedad positivista—añadía—, que no es ley del mundo la ley del interés, sino la del amor; ni hay otro medio lícito de ganarse la vida, sino el trabajo. Es preciso restaurar como lema de la vida humana el que los antiguos monjes de Occidente escribieron en los pendones de las sociedades de la Edad Media: CRUCE ET ARATRO. Lema modesto; pero sublime. Lema del que se reirá la ciencia inflada de nuestros días: pero al que se debe la civilización portentosa que ella falsamente considera como su patrimonio: sacrificio y trabajo, abnegación y frugalidad, desprendimiento de sí mismo y cultivo de los campos. Hay otra paz y otros goces, que de los sentidos: y cabe otra dicha en el alma, que la que proporcionan las riquezas. Las cuales no la llenan jamás, sino cuando son fruto de la fatiga y van encaminadas a Aquél que las sacrificó todas en el ara de la cruz en pro del género humano. Las ganancias que no se funden en esta norma, son ilícitas: son el robo. De esta ilicitud de ganancias la naturaleza misma nos ofrece el tipo en la *tierra*: la tierra, materia primaria y en la que vienen a resolverse los materiales todos del trabajo: la tierra, la única que produce substancias con el trabajo, en tanto que los demás trabajos que no sean el cultivo de la tierra, solo producen modificaciones de substancias: la tierra, finalmente, la única capaz de compensar

con sus productos el consumo, de cuya relación se determina principalmente el precio, y en la que se fundan el bienestar económico y la grandeza de las naciones. Con la cruz por lema de la vida social, y con el arado por tipo del precio de los productos, ni habría que lamentar la opresión del pobre, ni las hambres de las muchedumbres, ni serían posibles los capitales colosales improvisados; y por decirlo de una vez, no serían posibles las crisis sociales, ni mucho menos la de la agricultura."

Eternamente joven, sufragista de la capa, organizador de cantos y bailes charros, periodista, campechanote y siempre buen amigo era Agapito Fernández una de las personas que más bullían en mis tiempos escolares, y que más simpatías conquistaron. Concedor como pocos de la grey estudiantil organizaba bailes de modistas donde se bailaba la cadenciosa habanera, la polka y el chotis y muy ceñiditos pero no tanto como ahora se hace aun en algunos centros de la buena sociedad.

Eran bailes de buen humor y de mucha alegría donde el bastonero era la suprema autoridad y donde el elemento joven se olvidaba de libros y de agujas para rendir culto a Terpsícore.

¿Cómo olvidar a Inés, la bella chalequera, ni a Luisa la pizpireta modista de sombreros, ni a "Manitas", ni a Eufrasio, ni a tantos otros de los asistentes a dichos bailes?

Sería imperdonable omisión en mis MEMORIAS.

El curso de 1892 a 93 tocaba a su fin. Se verificaron los exámenes y con iguales notas que el año anterior, gracias a la bondad de mis profesores, regresé a Ciudad Real para pasar las imperiosas vacaciones del estío.

Ingresé en la tertulia del botijo, una reunión de veinticinco a treinta socios del Casino, que tomaban el fresco por las noches en aquella antiestética terraza, donde una altísima verja de hierro nos separaba de la calle y donde el polvo del Prado, se mascaba. Componíanla elementos antagónicos y muy discutidores, pero dominando al fin la más viva simpatía cuando se argumentaba sobre temas importantes de la región.

Generalmente el gasto que se hacía era consumir el agua del botijo que como emblema de la tertulia se exponía sobre un velador en el centro.

Al aproximarse la feria Rafael López de Haro me invitó a colaborar en un ensayo de zarzuela. Lo titulamos "Del Prado a la Poblachuela o la señorita romántica y el botijo del Casino".

Le puso la música el maestro Soriano, director de la compañía lírica que funcionaba en el Teatro de Verano, donde se estrenó con extraordinario éxito y se representó varias noches.

Esta victoria inesperada nos animó a Rafael López de Haro y a mí, y, juntos también, hicimos un propósito cómico con el título de "Don Quijote en el cuchitrón" que se estrenó después en el Teatro de Cervantes, un teatro que había en la calle de Toledo, en lo que hoy está Correos, y fué monumental la pateadura que nos dieron, mejor dicho que le dieron a *Haradelo* (pseudónimo que usaba Rafael) por que yo "olfateé" lo que se tramaba y no quise salir al escenario cuando al final de la función llamaron a los autores...

A pesar de todo Rafael López de Haro daba ya muestras de su privilegiado talento. Escribía en "La Tribuna" notabilísimos artículos y en una organización de Juegos florales donde más que el cultivo sano de la fiesta provenzal había una aspiración política, *Haradelo* la censuró acremente, y en un couplé que él hizo y que cantaron en el Teatro de Verano en la obra "Los Cocineros", dijo lo siguiente:

Van a ser monumentales los festejos
que se están organizando en Ciudad Real;
dos corridas con maestros de primera,
Rafael Guerra y algo más;
pero si han de organizar Juegos florales
una fiesta que resulta "com'il faut",
que no escuchen lo que dice cierto chico,
pues si al chico le hacen caso... to, ro, ró.

Este couplé por poco dá al traste con la fiesta y... se queda sin bordar un fajín de gobernador.

VI

Septiembre del 93.—A Salamanca de nuevo.—Viaje accidentado.—La casa de D.^a Hermenegilda.—D. José Bustos.—El Mariquelo.—La viuda del contable.—Tere y Veguita.—Realidades y romanticismos.—Página negra.—El famoso robo de la Torre de Juan Abad.

Septiembre se tiemble reza el adagio y en el del año 93 quedó comprobado el dicho popular, porque Febo hizo de las suyas y mandó a Ciudad Real más calor que en julio y agosto. Fué un mes sofocante, que acarreó graves epidemias y zozobras e intranquididades en las familias, y sin otra agua para los pobres que la famosa de las huertas, portadora de toda clase de microbios malos.

El 27 marchamos a Madrid Ramón Gascón y yo, y el 28 por la noche salimos para Salamanca. El viaje fué pesadísimo porque en Segovia nos tuvieron detenidos por no sé qué avería, más de una hora. Por fin arrancó el convoy y tras las paradas reglamentarias en varias estaciones llegó el momento de oír a uno de los mozos de la de Medina del Campo:

—¡Mediina treinta minutos de parada y fonda! ¡Cambio de tren para Salamanca y Zamora, Pampillosa y Oporto!

Ramón cogió su maleta y yo la mía, y nos encaminamos a la fonda, y mientras nos servían café acordamos tomar el segundo tren para entrar ya de mañana en la ciudad del Tormes.

Antes de dar la salida al convoy se unieron a nosotros cuatro nuevos colegas que acababan de llegar procedentes de Valladolid, y todos juntos nos metimos en un tercera que incómodo y

duro nos permitió dormir a Ramón y a mí como si fuéramos en coche-cama. Los compañeros de viaje convinieron en hacer más corto el trayecto jugando al tute.

Ya en Moriscos nos llamaron y a las ocho y media en punto entrábamos en Salamanca. Ramón se fué a su hospedaje de la calle de Sánchez Barbero y yo a la plaza del Peso, a la casa de D.^a Hermenegilda, una casa de huéspedes que me habían recomendado. Era esta patrona una señora sexagenaria muy gruesa y muy reumática, pero tenía una hija treintona, Joaquina, que valía un Perú por lo limpia y trabajadora.

Sólo había otro huésped: el notable médico y catedrático de la Facultad de Ciencias D. José Bustos, hombre buenísimo y muy modesto que simpatizó enseguida conmigo.

El trato que nos daban superaba a todas las exigencias.

Inauguramos las tareas escolares. E' frío asoma las orejas. Se impone la capa. La víspera de Todos los Santos, fiesta del Marqués, es un motivo obligado para faltar a la última clase. A mediodía se toca la campana del reloj de la Catedral de un modo especial e inusitado, fuerte y precipitadamente, como si fuera la señal de fuego. Se conmemora con ello un terremoto del pasado. Entonces uno o varios hombres trepan por la parte exterior de la torre y el que llega primero a la Cruz recibe como premio una onza de oro. Es de advertir que mientras dura la arriesgada acrobacia la campana arreía en sus sacudidas, repicando furiosamente mientras las gentes apiñadas en las inmediaciones de la Universidad, en la Plaza de Anaya y en el antiguo barrio de la *Latina* prorrumpen en gritos y exclamaciones. Es un espectáculo muy curioso que no pierden ningún año ni los estudiantes, ni las modistillas, congregándose todos después en los clásicos paseos de la Plaza Mayor.

En ese día fui presentado por doña Hermenegilda a la viuda de un contable y a sus dos hijas Tere y Veguita, con las que pronto trabé sincera amistad.

La viuda, doña Antonia Laborda, era una salmantina de la buena cepa, de las que marcadamente acentúan el posesivo en sus conversaciones. Las hijas eran dos señoritas de 18 a 20 años, morenas y bastante lindas, y las dos tenían marcado acento cubano. El padre había muerto en la Habana dos años antes.

—Si algún día quiere honrarnos con su visita—me dijo doña Antonia—verá una casa muy modesta, donde si no hay muchas comodidades nunca nos falta un buen brasero con carbón de en-

cina porque somos muy frioleras. Era una familia regularmente acomodada porque además de la pensión que cobraban del padre tenían un monte en un pueblo de Cáceres.

A las pocas noches que la temperatura bajó mucho en Salamanca, apenas terminé de cenar me acordé del brasero y fui a visitarlas. Habitaban el piso bajo de una casa de la calle de Bermejeros. Admirablemente recibido me instaló la madre en el sofá cerca de la mesa camilla; ella ocupaba un sillón y las niñas dos sillas alrededor de la mesa. Una lámpara de petróleo alumbraba la estancia. Desde los primeros momentos noté que apesar del parecido físico eran muy distintas en caracteres las dos hermanas. La mayor, Tere, estaba leyendo *José María el Tempranillo o los bandidos de Sierra Morena*; Veguita, diminutivo de Vega, nombre de la Patrona de Salamanca, hacía *frivolité*, y cerca de su sitio estaba un rosario. La madre inició la conversación para censurar las lecturas que tanto entusiasmaban a su hija Teresa.

—Qué cosas tienes mamá—decía Tere—yo admiro la nobleza y el gran corazón de esos hombres mal llamados bandoleros que casi siempre obran por un ideal de justicia; que son caritativos con el pobre y en el amor apasionados. ¡Ay qué gusto si yo fuese raptada por uno de esos hombres y me llevara a la grupa de su caballo y me internara en la sierra y solo viviera y actuara pensando en mi cariño!

—Calla, calla, Tere, que este amigo va a juzgarte muy mal.

—Y haría muy bien en hacerlo—añadió Veguita.

—De ningún modo—intervine yo—puedo ni pensarlo. El sentimiento de la mujer es más intenso y a la mejor Tere dice eso porque se lo inspira el ejemplo de algún hecho en que el corazón femenino se ha visto reverenciado... Yo conozco un caso que atestigua esos actos de nobleza.

—Cuéntelo, cuéntelo—me ruega Tere.

—Complázcala—dice con sorna Veguita.

Y al ver a Teresa, toda oídos para no perder detalle, comienzo mi relación.

—Hace unos pocos años, menudeaban en la provincia de Ciudad Real, mi tierra, los robos en despoblado. Había ladrones individualistas como Castrola y Farruco y los había formando cuadrillas. Una de éstas era dirigida por los Juanillones, tristemente célebres en los anales del robo. Unos y otros contaban con buenas ayudas y con expertos "santeros". Cierta día supo uno de

los Juanillones que en la diligencia de Toledo había de ir un rico manchego con crecida suma que acababa de cobrar, y en el acto dispuso una emboscada en las inmediaciones de las Guadalerzas por donde tenía que pasar la diligencia. Llegó ésta, salieron al camino los bandidos y la hicieron parar. Obligaron a que se apearan los viajeros. Eran éstos cuatro, dos hombres y una señora toledana y su hija, joven muy bella. Contrariados porque no iba la persona que buscaban, uno de los bandidos, "el Sordo", exclamó:

—Ya que no viene el de los "cuartos" apresaremos a esta joven hasta que paguen el rescate.



SALAMANCA.—Calle de Bermejeros

Y al decir esto hizo un gesto harto significativo.

Las dos señoras comenzaron a llorar angustiosamente, pero el jefe de la partida, el Juanillón, levantó el gatillo del retaco, pronto a disparar, y dirigiéndose a todos, dijo a su vez:

—Al que intente poner la mano sobre esta joven o sobre su madre le tiro patas arriba.

Y montando a caballo, después de ordenar a los suyos que le

esperasen en el recodo de Burguillos, mandó al mayoral que siguiera la marcha y acercándose a una de las ventanillas de la diligencia dijo a las viajeras que fueran tranquilas que él las acompañaría hasta Toledo para evitar cualquier tropelía que pudiera ocurrirles en el camino.

Y como lo dijo lo cumplió. Y cuando al llegar a la entrada de la imperial ciudad se despidió de ellas, la señora le preguntó por su nombre y apellidos, agradeciéndole con el alma la bienhechora acción que había realizado.

Cinco días después fué indultado el Juanillón y se retiró de su peligroso oficio.

Aquella señora, que pertenecía a una influyente y poderosa familia de Toledo, había conseguido su indulto.

—Ves, mamá, qué bonito es todo esto—musitó Tere.

También es famoso—continué yo—el robo de la Torre de Juan Abad, el señorío de Quevedo. En él tomaron parte cuarenta y cinco hombres disfrazados de carlistas. Sólo tres eran profesionales. El robado, don Juan Tomás de Frías, era inmensamente rico, tanto que, después de marcharse los ladrones con quince mulos cargados de monedas de oro, y una gallina con sus polluelos del mismo metal de incalculable valor, preguntó a uno de los suyos si habían descolgado el cuadro que había en la escalera y al responderle que no, dijo entonces:

—Pues no apurarse que aún nos queda mucho dinero.

Como detalle curioso se sabe que uno de los mulos con su preciosa carga se extravió y fué a parar a un molino cerca de Herencia, donde los vecinos del inmueble vieron con la natural sorpresa lo que llevaba encima.

Después del “golpe” los bandidos se repartieron el botín en el castillo de Montizón, a pocos kilómetros de la Torre, y no pasaron muchos meses sin que las “peluconas” entraran en gran actividad. En distintos pueblos se crearon industrias, se establecieron comercios y se hicieron casas. Sólo uno de los participantes se quedó sin nada a los pocos días por haberlo perdido en el juego.

Otro robo ingenioso se realizó por entonces en Montoro donde los bandidos se disfrazaron de guardias civiles para hacer más fácil el saqueo de la rica mansión de un sacerdote.

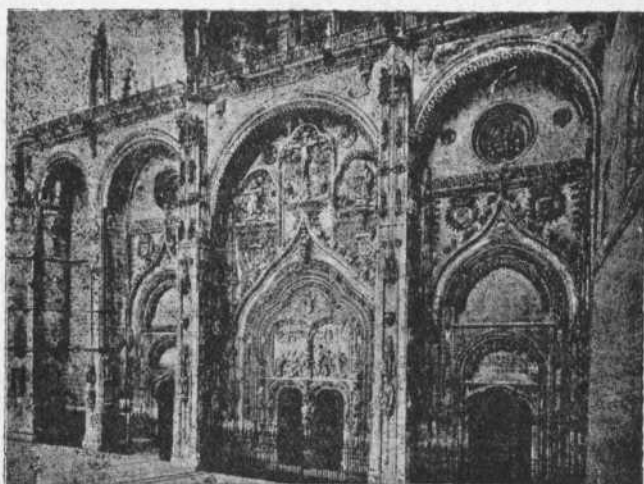
Hubo sin embargo, a poco, más indultos, y hasta se concedió una cruz a uno de ellos, dando lugar a que un periódico exclamase:

“En tiempos de las bárbaras naciones
colgaban de la cruz a los ladrones;
y ahora en el siglo de las luces
del pecho del ladrón cuelgan las cruces.”

Siguió a todo esto una pausa y dirigiéndome a Veguita, le pregunto:

—Y su ideal, ¿cuál es?

Y con meloso acento me responde:



SALAMANCA.—Catedral nueva.

—Pues sencillamente, el casarme cristianamente con un hombre educado en la Universidad de Deusto. Y no vaya a creer que pienso así porque sólo los adinerados pueden ser alumnos de ella, no; es que tengo la firme convicción de que la educación que dan los Padres de la Compañía de Jesús es la más perfecta y que aquellos que la reciben son los más útiles y mejores para la familia y para la sociedad.

La madre que hasta entonces había permanecido callada intervino en la conversación.

—Mis hijas—replicó—son unas románticas, cada una a su manera. Ni saben siquiera lo que quieren. Valiera más que se fijaran en su madre y atendieran los consejos que les doy. Han

de ser discretas, laboriosas y humildes sin romanticismos. Yo he leído mucho y sé lo que dan de sí los estudiantes, porque "si son vizcaínos es gente corta de razones, pero si se pican de una mujer, son largos de bolsa; que a los aragoneses, valencianos y catalanes hay que tenerlos por gente pulida, olorosa, bien criada y mejor aderezada, mas no saben de burlas, y cuando se enojan con una mujer son algo crueles y no de buenos hígados; que los castellanos nuevos resultan nobles de pensamiento y si tienen dan, y por lo menos, si no dan no piden; que los extremeños tienen de todo, como boticarios, y son como la alquimia, que si llega a plata lo es, y si a cobre, cobre se queda; que con los andaluces, hay necesidad de tener quince sentidos que no cinco, porque son agudos y perspicaces de ingenio, astutos, sagaces y no nada miserables; que los gallegos no se colocan en predicamento, porque no son alguien; y que los asturianos son buenos para el sábado porque siempre traen a casa grosura y mugre...

—Le ha faltado—añadí yo—el concepto que al glorioso escritor le merecen los manchegos.

—Es que yo difiero de su modo de pensar. Para mí los manchegos—y con Vd. he conocido a seis—son nobles, despejados para el estudio, pero tontos para el amor. Son amigos de aventuras y devaneos y aunque en ocasiones aparecen como raptadores, en la realidad son ellos los raptados. Conocí a un estudiante nacido en el campo de Calatrava y a otro del campo de Montiel que están en dicho caso. Y si al libro acudimos hasta D.^a Esperanza de Torralba Meneses y Pacheco que estaba cansada de recorrer mundo y de hacerlo, engatusó a un pobre diablo de Socuéllamos para que la llevara con él. Y al hablar a usted con esta franqueza es muestra de estimación, máxime cuando yo conozco sus amores y sé lo formal que es su novia. Pero la excepción confirma la regla. Yo para mis hijas quisiera dos personas maduras que hubieran ya salido de la Universidad.

Miro al reloj y veo que es la una. ¡Qué atrocidad—exclamo— a poco más sentimos las burras de leche!

Me despido pidiendo perdón por haber hecho interminable la visita y las tres a coro me dicen lo mismo:

—Nada de eso, lo hemos pasado muy bien. Hasta cuando quiera.



VIII

Prensa salmantina.—“El Adelanto”.—Mariano Núñez.—“La Información”.—Sánchez Asensio.—La tertulia de Gil Robles.—El cura de San Martín.—Un reportaje en el Teatro Bretón.—Otros periódicos.—El P. Cámara.

Cuando llegué a Salamanca figuraban como principales periódicos *El Adelanto*, *La Información* y *El Fomento*. Circulaba más el primero. Lo dirigía D. Luis Caballero Noguerol, culto profesor de muy estimables cualidades, pero el alma del periódico era su propietario, don Francisco Núñez, hombre llano, emprendedor e inteligente que contaba con generales simpatías. De sus colaboradores se destacaba Pepe González Castro (Crotontilo), un doctor en Medicina de mucho ingenio y talento.

Por entonces comenzó a escribir en *El Adelanto* mi entrañable amigo Mariano Núñez, hijo de don Paco, que con el tiempo había de ser el director y de quien atinadamente pudo decir a los pocos años un inspirado poeta:



Mariano Núñez

Tanto es su ingenio, su agudeza es tal,
que prodiga los chistes a granel;
quisicosero a su destino fiel,
lo ejerce con constancia sin igual.

Su pluma vierte en abundancia sal,
pimienta algunas veces, nunca hiel;
todo es cosa de risa para él,
que hace de la cuaresma, carnaval.

Y cumpliendo a diario su labor
lleva ya muchos años sin sentir,
ni perder su excelente buen humor.

En el arte jovial de hacer reír
no hay quien lo pueda hoy día hacer mejor:
¿lo habrá acaso en los tiempos por venir?

La Información, diario integrista, órgano de don Enrique Gil Robles, contaba también con muchos lectores. Su director don Manuel Sánchez Asensio era un formidable escritor católico y un gran maestro de periodistas. De mucha cultura y de fino ingenio hacía para el contrario una labor demoledora.

El Fomento dirigido por Bajo Cid, aunque se llamaba diario tenía algunas interrupciones en la semana. Era un periódico circunstancial.

Fuí presentado a don Paco Núñez y al conocer mis aficiones periodísticas me invitó a que colaborara en *El Adelanto*, donde escribí tres o cuatro cuentos, pero un día al salir de clase de Historia Universal me llamó el profesor don Santiago Martínez y después de hacerme varias preguntas acerca de la prensa invitóme a que escribiera en *La Información* y él mismo me presentó a Sánchez Asensio.

Nombrado redactor de este periódico, comienza para mí un fructífero aprendizaje que no he olvidado nunca.

Sánchez Asensio, con su mirada escrutadora, su eterna sonrisa, sus barbas largas y descuidadas, siempre al pie del yunque, siempre laborando, fiel a la doctrina integrista, sin miedo a nada ni a nadie, parecíame figura de apóstol, y apóstol era para la expresión de sus ideales. ¡Cuánto aprendí a su lado! ¡Y qué bien hice con sus enseñanzas mi licenciatura de prensa...!

La palabra tajante para contestar a cualquier impertinencia, el comentario zumbón para hacer resaltar la gedeonada del adversario, la exaltación de un suceso, o la preparación en el choque de las ideas del triunfo de las suyas sin aparentar interés; el esmero en el ajuste y distribución de materias y el no descuidar los reportajes que gustaban a sus lectores, eran verdaderas filigranas del maestro.



Sánchez Asensio

Por las tardes, ya al anochecer, iban a la redacción casi a diario don Enrique Gil Robles el doctísimo maestro y jefe del partido; el decano de Letras don Santiago Martínez, el catedrático de Historia del Derecho don Federico Brusi; el Párroco de San Martín (no recuerdo el nombre) que era uno de los más fanáticos del ideal integrista, y su hermano don Felipe, sacerdote también y muy sordo, y varios más.

Todos escuchábamos embelesados a don Enrique Gil Robles. Hablaba éste muy pausadamente, pero con una elocuencia y una claridad y con unos razonamientos que convencía siempre.

Con razón dijo de él un ilustre escritor, al hacer su semblanza:

Fija siempre la vista en el pasado,
un romántico es impenitente,
y el hondo amor que hacia lo antiguo siente,
el mejor patrimonio que ha heredado.

Alma de apóstol, límpia de pecado,
orador como pocos elocuente,
poseía la fe de un gran creyente,
una viva pasión de iluminado.

En la tribuna y en el aula enseña
como la más sagrada disciplina,
al par que lo que sabe, lo que sueña.

Tal vez ya rechacemos su doctrina,
tal vez ya el mundo su ideal desdena,
¿mas quién ante su sombra no se inclina?"

Guardo de don Enrique Gil Robles como recuerdo imperecedero, consejos sanísimos propios de su elevado espíritu, e infinitas atenciones personales. De los demás contertulios era figura preeminente el cura de San Martín. Delgado, de mirada viva, con alma de guerrillero, no concedía al adversario ni un milígramo de favor, pero bueno a carta cabal y esclavo de su sagrado ministerio contaba con el respeto de todos. Con él visité su iglesia parroquial, admirable modelo de estilo románico perteneciente al siglo XII, y cuya fachada al Norte reviste interés por la archivolta del arco de la puerta y el tejido y adorno de sus capiteles.

Estando viendo los detalles del interior de las capillas recibí aviso de Sánchez Asensio para que fuera a verle. La redacción estaba muy cerca de la iglesia de San Martín.

Llevado de mi interés por el oficio de periodista acudí enseguida.

—No le han dado bien el recado—me dijo—, le mandé a decir que no dejara de venir hoy por la redacción, pero en fin ya que ha venido le diré lo que de-eo. Esta noche se representa en el Teatro Bretón “La conversión del Duque de Gandía” y quiero que vaya a verla y como conoce ya a todo Salamanca que anote los nombres de las familias que ocupen plateas y palcos y a ser posible las butacas.

Cumplí el mandato. El coliseo estaba radiante de esplendor. Todas las localidades ocupadas y en las de preferencia muy distinguidas señoritas de la buena sociedad lucían sus encantos.

Llevé la lista y entonces supe que la obra estaba condenada por la Iglesia. Después me enteré que muchas de las jóvenes que estuvieron en la función fueron castigadas por sus confesores.

Regía la diócesis de Salamanca el Rdo. P. Cámara, perteneciente a la orden de San Agustín. Dotado de gran talento y de felices iniciativas, a él debe Salamanca la iglesia de San Juan de



El P. Cámara

Obispo de Salamanca

Sahagún, la restauración de las dos catedrales, el palacio del Obispado, el Círculo de obreros católicos establecido en el antiguo templo de San Isidro, y el principio de la colosal basílica teresiana en Alba de Tormes. Gran predicador fueron famosas sus conferencias en San Ginés acerca de la libertad, la razón humana y la fe católica.

Prelado de indudable mérito se “mundanizó” sin embargo más de lo debido, según mi entender. Eran entonces astros de primera magnitud en las luchas políticas como ya he dicho antes, Gil Robles, integrista y Dorado Montero, republicano, y al rededor de ellos giraban muchos otros catedráticos, excepto un grupo que distancián-

dose de uno y de otro formó cantón independiente y necesitando “un sol que les iluminara” se encomendaron al ilustre Prelado buscando su apoyo y protección.

Que el Rdo. P. Cámara les alentaba no cabe duda alguna. Díganlo si no *El Criterio*, primero, y después *El Lábaro*, periódicos inspirados por él en las contiendas que sostuvieron con otros colegas: *La Democracia* de Soms que defendía los ideales de Dorado Montero, y *La Información*, órgano de Gil Robles.

De todos modos por sus virtudes, por su talento y por su labor cultural, su recuerdo gratísimo perdurará por mucho tiempo en Salamanca, no desdiciendo su figura de las de los otros tres agustinos gloriosos: Fray Luis de León, San Juan de Sahagún y Santo Tomás de Villanueva



IX

Un día en Tejares.—La casa de Remigio.—Comida suculenta.—Pícaros por todas partes.—La sombra del pasado.—Por las calles de Salamanca. Interesante diálogo entre Lucas Fernández y Juan de Avila.—Horror a las “negras leyes”.—El Alcalde y la Carabinera.—Don Homobono.

Paseaba un domingo por la Plaza Mayor con Emilio Ribera, Juan Infante y Julio González. El día estaba espléndido. Eran las diez de la mañana, cuando de pronto nos pregunta Emilio:

—¿Queréis que vayamos a Tejares? En casa de Remigio se come muy bien y tiene un blanco de la Nava y un clarete de Hervás, que dan la hora.

—Conformes, de primera—contestamos nosotros—así como así estamos a tres del mes y tenemos dineros frescos.

Y ni cortos ni perezosos nos encaminamos a Tejares. La

casa de Remigio era una mezcla de figón y taberna, y cuando llegamos a ella aún había poca parroquia. Emilio hizo el menú: una ensalada con aceitunas, rábanos y lechuga para empezar; un tortilla de escabeche y un cabrito asado.



SALAMANCA.—Torre del Clavero

Y mientras la cocinera preparaba la comida se vino con nosotros Remigio, quien todo cariacontecido nos refirió la broma pesada que días antes le había pasado un amigo desde Madrid. Parece ser que Remigio era muy aficionado a la lotería y jugaba mucho en todos los sorteos. No sabe cómo aquél amigo se enteró del número que últimamente tenía y el mismo día del sorteo le telegrafió dándole la enhorabuena por haberle tocado el gordo, y esa misma noticia la mandó también por telégrafo con otros premios a *El Fomento* de Salamanca, con la firma de "Corresponsal", porque sabía lo escamón que era Remigio y la amistad que le unía con Bajo Cid, el director del periódico. En efecto, no fiándose Remigio, mandó a preguntar a Bajo y éste para darse pisto de que tenía servicio telegráfico le envió la lista recibida.

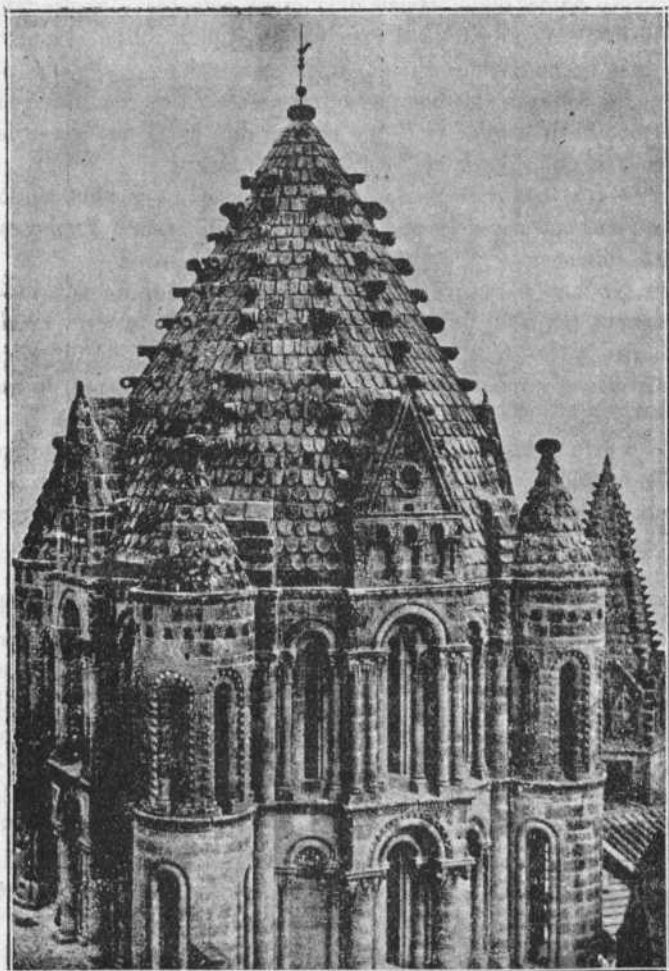
No había duda. Remigio lo creyó entonces y espléndido en demasía convidó á toda la clientela y no quiso cobrar el gasto que habían hecho cuantos estaban en la casa.

La sorpresa, la amarga orpresa vino á los dos días cuando supo toda la verdad. Lo que no nos dijo es lo que iba a hacer con "su" amigo cuando se lo echara en cara.

—Ya está la comida—dijo la cocinera—y abundando en las lamentaciones del buen Remigio, nos dispusimos a saborear el rico condimento.

No hay para qué hacer constar que dimos fin con todo lo que nos pusieron de comer, incluso con los trozos de excelente chorizo y las lonchas de jamón serrano que presentaron como entremeses, y que el vino que bebimos tenía tratamiento, lo mismo que el café que nos sirvieron después.

Fuera porque el vinillo se subió a la cabeza, o porque el día anterior había explicado en clase Rodríguez Miguel la novela picaresca, es lo cierto que, cuantos llegaban a la taberna de Remigio parecíanme personajes de cuenta, y de tal obsesión participaron también mis colegas. Aquellos dos muchachuelos que traen la baraja en la mano y vienen con unos arrieros son "Rinconete" y "Cortadillo" que a la veintiuna harán que pierdan los otros cuanto lleven en los bolsillos. Y aquél otro que mira de reojo es el mismísimo "Guzmán de Alfarache". Más fácil es —exclama Infante—que el de más allá que se ha sentado antes sea "Marcos de Obregón"; le delatan su afición al canto y la amarillez de su rostro, señal clara de que aún no está restablecido de las enfermedades graves que por dos veces contrajo en Salamanca. El chico de la taberna—añade Ribera—sí que es "Alonso, mozo de muchos amos o el Donado hablador"; fijaros bien tiene cara de hampón y de hipócrita. Pues ¿y aquéllos dos que llegan ahora? parecen amo y criado, el primero tonto y el segundo demasiado listo. A lo mejor—exclamo yo—son el rico estudiante Diego Coronel y su criado el "Buscón" Pablos, que cansados de las burlas nada limpias de los estudiantes de Alcalá se hayan trasladado a Salamanca. Lo evidente, lo auténtico es ese, al parecer matrimonio, que pasa por la puerta: sí, ellos son, los padres del "Lazarillo de Tormes", nacidos en Tejares, ellos son Tomás González "ladrón corriente y moliente a todo ruedo" y Antonia Pérez, su mujer, "zurcidora de gustos y visitadora vertinaz de aceñas y mesones". Nada chicos, que el pueblo de Tejares se las trae, paguemos y regresemos a Salamanca.



SALAMANCA.—Torre del Gallo

Así lo hicimos no sin dedicar un recuerdo al ciego y a su famoso "lazarillo" al pasar por el puente romano.

Era ya anochecido cuando entramos en la ciudad del Tormes.

Julio y yo convinimos en dar unos paseos por sus calles para acabar de despejarnos. Los otros colegas prefirieron marcharse al café.

En poblaciones como Salamanca, Toledo y Granada un paseo nocturno es siempre evocador y proporciona delicias inefables: un misterioso encanto nos lleva a otros tiempos de más arte y menos positivismo.

Julio y yo hicimos primero un recorrido por las callejas que rodean a Santo Domingo. Todo quietud. Ni la sombra de aquellos dominicos que tantos perjuicios irrogaron a Fray Luis de León, vaga por ellas. Seguimos por la calle de San Pablo, y entramos por la del Tostado, pina y estrecha. Sentimos el ruido de abrir una puerta. Salen dos personas, una a despedir a la otra. El que se va es un estudiante manchego, nacido en Almodóvar del Campo que se llama Juan de Avila. El que despide, un salmantino ilustre: Lucas Fernández. Nos detenemos a encender un cigarro, y como el diálogo que sostienen es interesante, alargamos la parada.

—Nada, nada, repito que haces mal en marcharte para no volver. Debes terminar la carrera y cambiar de vida. Con la que haces no sé cómo no te consumes. Beringuella es una moza honesta, cristiana, que no gusta de dueñas, ni de devaneos; me consta que le agradas y si tú la quisieras podría hacerte feliz.

—Siempre lo mismo, mi señor y amigo; siempre lo mismo que si Beringuella es de este modo o del otro. Bastante peca uno en esta endiablada vida estudiantil. No lo puedo remediar sólo me siento feliz cuando las voliciones de mi alma se dirigen a Dios. Hasta las "negras leyes" me tienen hastiado. Llevo cuatro años estudiándolas y cada vez me gustan menos; sólo me inspiran horror. Así pues como mañana marcha el arriero de la Mancha con él me voy a mi tierra...

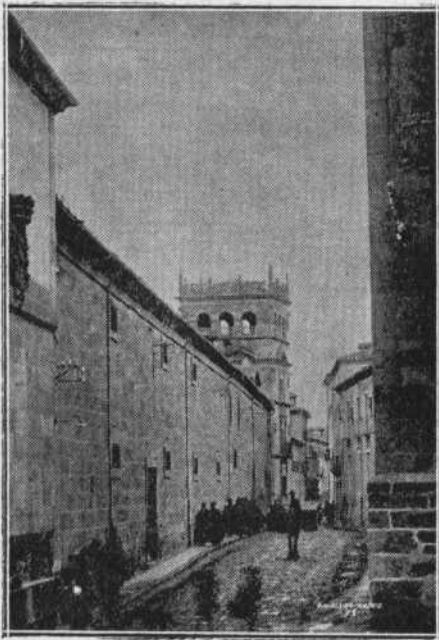
—En ese caso, saluda en Almodóvar a mi compadre don Florián de la Villa y dile que yo he hecho por ti cuanto he podido.

—Y que yo certifico y agradezco.

Y sin más marchó Juan de Avila, y se entró adentro el discípulo predilecto de Juan del Encina, contrariado por no haber podido cambiar la vocación de aquél estudiante que tanto afecto inspiraba a su compadre.

Seguimos nuestro paseo. En la plazuela de Anaya la silueta de las Catedrales nos detiene unos momentos para hacer unos comentarios de admiración. Por el lado de la Universidad vemos

la sombra de Torres Villarroel, "hombrón alto picante en seco", brujo y matemático, a quien acompañan varios grullas y pardales. Damos la vuelta por el palacio del Obispo y entramos en la típica calle de Libreros, con sus Colegios de San Millán y Santa María de los Angeles, y al llegar a la plaza de las Escuelas Menores, antiguo "Desafiadero" parécenos que se pelean estudiantes capigorriones y sopistas, y hasta vemos que llevan las de ganar Luis de Góngora y Vicente Espinel, tan fuertes de brazo como duros en las novatadas. Pasamos el seminario conciliar, la admi-



SALAMANCA.—Calle de la Compañía

nable Casa de las Conchas y ya en la calle de la Compañía seguimos recordando la gloriosa historia de Salamanca con su legión de santos, de sabios y de héroes, que de todo tuvo esta ciudad de nuestros amores. Pasamos San Benito, las Agustinas y el Palacio de Monterrey y al entrar en la del Prior nos alcanzan dos estudiantes, una mujer gordota y un guardia municipal que venían del Alto de las Campanas. Les dejamos paso. La mujer no

cesaba de gritar. El guardia le decía que callase que se le haría justicia. Nos pica la curiosidad. Los seguimos, atraviesan la acera de Correos y por el centro de la Plaza van al Ayuntamiento, y nosotros con ellos. A poco manda el alcalde que pasen a su despacho. Era el alcalde don Francisco Girón Severini, un hombre joven todavía, corpulento, con barba rubia cerrada.

—¿Qué ocurre?—pregunta a la mujer.

—Pues muy sencillo, señor alcalde, que estos estudiantes de mala muerte han usado y abusado de mis camareras y después de tenerlas empantanadas toda la tarde se niegan a pagar el gasto.

—No es cierto—exclaman los escolares—, si nos lo permite V. S. diremos lo que ha pasado.

—Sí, sí, explíquenlo—musita el alcalde.

—Pues verá. Esta tarde mi amigo y yo—dijo uno de ellos—caímos en la casa de la Carabinera—apodo con que se conocía a la denunciante sin duda por haberlo sido su marido—. Había en ella dos lindas muchachas que alegres con nuestra presencia, nos dijeron:

—Si nos convidáis a merendar, tocamos el manubrio y bailaremos.

—Si no sois muy exigentes—replicamos nosotros—no hay inconveniente. Dimos a una de ellas tres pesetas para longaniza de la calle del Toro, se asaron unas patatas y se trajeron dos botellas de vino, y enseguida nos pusimos a bailar como era de nuestro gusto. La Carabinera entraba y salía sin decir nada pero cuando ya nos íbamos a marchar se planta en la puerta para decirnos:

—Tenéis que pagar quince pesetas por haber dispuesto toda la tarde de estas jóvenes y haber hecho uso del piano.

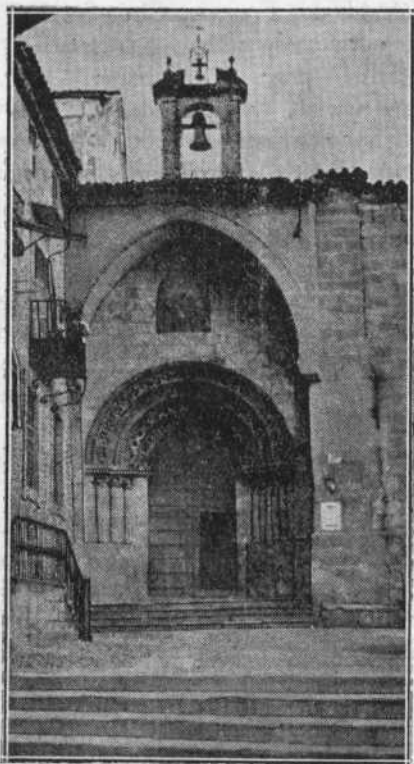
Nos negamos a ello y entonces quiso cogerme la capa y del tirón que dió me la ha roto.

—No es verdad, señor alcalde—gritaba enfurecida la mujer—, esa es una trola.

—Sí, si es verdad—contestó el alcalde—y la embustera es usted. Pueden marcharse—dijo a los estudiantes—y en cuanto a ella que pase la noche en la prevención municipal, para que le sirva de escarmiento y no quiera abusar otra vez de la digna clase escolar.

Dimos todos las gracias al señor Girón Severini y marchamos juntos a la Plaza, donde nos despedimos de los compañeros. Julio y yo nos quedamos paseando, pero no habíamos dado

una vuelta, antes de llegar a la confitería de Calama, cuando un nuevo incidente nos llamó la atención. Un viejo caballero que iba por la misma vuelta que nosotros se volvió de pronto para



SALAMANCA.—Iglesia de San Martín

increpar a los estudiantes que nos precedían en el paseo. Eran éstos los leoneses Miguel Díaz Canseco y Miguel Zaera y mi paisano Manolo Messía de la Cerda. Lo ocurrido fué lo siguiente: aquél caballero era un militar retirado con más años que Matusalén, que se llamaba D. Homobono. Habíase casado días antes con una mujer bastante guapa que estaba a su servicio y que era mucho más joven que él. Iban paseando muy amartelados delante de dichos escolares, y éstos sin aludir a ellos canturreaban:

Qué bonita eres,
qué bonita vas
y a la media noche,
y a la media noche
¿quién te bailará?

De pronto se vuelve D. Homobono y exclama:

—Yo, yo la bailaré, porque es mía.

La risa fué general y desde entonces D. Homobono se hizo famoso entre la grey estudiantil.

X

**El catedrático de Hebreo.—La bella cordobesa.
Madrigal de los claveles.—La estudiantina del
94.—Serenatas y conciertos.—Agasajos y bailes.
Gabriel y Galán.—Cómo conocí su poesía “Mi
montaraza”.**

Procedente de la suprimida Universidad de La Habana fué destinado a la de Salamanca a principios de curso el catedrático de Hebreo D. Mariano Gaspar Remiro. Joven todavía, con barba muy cuidada y muy baturro alternaba en sus funciones de profesor con las de estudiante por querer hacer en enseñanza libre la carrera de Derecho.

Antiguo seminarista de Zaragoza nos puso de texto el mismo que él había estudiado entonces: un manualeté del P. Pero Gómez que aprendimos con facilidad.

Muy sencillo en su trato gustaba de hablar con sus alumnos cuando nos encontraba en la calle. Un día tropezóse conmigo en la de San Pablo. Todos sabíamos ya que sus paseos por tal calle eran frecuentes. Una bella cordobesa de temporada en Salamanca le había sorbido el seso. Al saludarle me dijo:

—Si no tiene plan determinado acompañeme hasta Santo Domingo y volveremos enseguida.

“Llevar la cesta” a un profesor puede servir de mérito al alumno—me dije—, y no dudándolo un momento le contesté de buen grado:

—Con mucho gusto.

La conversación al principio fué variada y ni siquiera se rozó el tema de sus amores, pero al regreso, frente a la platería de los García, instintivamente dirigimos los dos la vista hacia la tienda y en la puerta estaba Elisa Jiménez, una gran belleza de Córdoba, uno de esos ejemplares de mujer que cautivan con una vez que miren. De grandes y rasgados ojos azules, con fragancias infinitas como la sierra de su país, y tipo de sultana, llevaba en su pecho un enorme clavel.

—Es entusiasta por las flores—me dijo.

—Y soberanamente hermosa—añadí yo.—Cualquiera diría que inspiró aquel madrigal de los claveles que compusiera Miguel de Castro:

“Tan rojos son tus claveles
como lengua de lebreles.
Claveles de hojas suaves,
claveles de tus vergeles
que huelen como tú sabes
y saben como tú hueles.

Prender te he visto en el velo
claveles de terciopelo
con ensangrentado broche.
Y en mis horas de desvelo,
como hogueras en la noche
los miré arder en tu pelo.

Claveles de Andalucía...
Yo sé, cordobesa mía,
que entre tu pecho, deshecho,
muere un clavel cada día.

¡Quién logrará esa agonía
de un clavel sobre tu pecho!”

Quedó don Mariano prendado de este madrigal y me hizo que se lo copiara.

Otro día íbamos de paseo hacia la puerta de Zamora cuando nos encontramos con “ella”. Venía en un cochecito descubierto que tirado por dos briosas jaquitas guiaba admirablemente Teresa García, la hija del platero, una monada de chiquilla, rubia y menudita como las mujeres que tanto alabara el Arcipreste Juan Ruiz.

Fijamos la conversación: Córdoba y los cordobeses fué el tema. Volvimos al Casino y Don Mariano como si quisiera irse “yaciendo” al ambiente de aquella tierra andaluza pidió una botella de Montilla y mandó que le trajeran de su casa una guitarra.

—¿La toca usted?—le pregunté.

—Un poco.

Y en unos de los saloncitos del Casino pasamos los dos hora y media muy agradablemente, con chatitos de Moriles y música de tierra baja.

Y al despedirnos no pude por menos de decirle:

—D. Mariano, vino, guitarra, claveles... usted se casa con esa señorita cordobesa.

Y mi profecía se convirtió en realidad.

Mes y medio antes del Carnaval surgió la idea entre la clase escolar de organizar la típica estudiantina. Se corrieron las voces, citándose para las cinco de la tarde en una casa de la calle de San Justo. Congregados en ella los que simpatizábamos con la idea, “hubo discursos” invocando tradiciones universitarias y se hizo la inscripción de los adheridos con el aditamento de músicos o postulantes. Los mismos vecinos de la casa nos amueblaron la sala que habíamos de utilizar para los ensayos. Una mesa medio rota y varias sillas desvencijadas amén de unos cuantos bancos sin respaldo y un sofá incoloro y raído, que debió pertenecer a la tatarabuela de quien lo prestó, constituía el mueblaje de la sala. Un quinqué de pared alumbraba la estancia. Quedó formada la estudiantina. El alma de ella era Andrés García Tejado, alumno de Medicina, pero se nombró director a Juanito Partearroyo, hijo político del catedrático de Internacional D. Manuel Rodríguez, porque sabía de música y no tocaba otro instrumento que el piano. A mi tuvieron a bien designarme Presidente. Entre los “tunos”

había hasta treinta alumnos entre músicos y postulantes. Las noches de ensayo eran noches de jarana porque García Tejado, el famoso Chicola como todos le llamábamos que era un excelente tocador de guitarra, interrumpía con frecuencia los ensayos con notas de música “cañí” que desesperaban a Partearroyo, muy engreído en su papel de director, y que en más de una ocasión estuvieron a punto de dar al traste con aquella comparsa estudiantil.



SALAMANCA.—Calle de Toro

Por fin llegaron los Carnavales y equipados con el clásico traje salimos a la calle y comenzamos las serenatas y conciertos.

¡Y qué serenatas y qué conciertos! Don Mamés Esperabé, el Rdo. P. Cámara, el Alcalde, los Decanos y muchos otros nos agasajaron y obsequiaron espléndidamente, y en la casa del Direc-

tor del Instituto D. Cecilio González Domingo y en otras hicimos música y baile.

Días inolvidables de tiempos pasados que no pueden volver.

El itinerario se marcaba a base de la Plaza por las calles donde habitaban las novias de los "tunos". Hubo calle como la de Toro por donde pasamos veinte veces. Y siempre entre los aplausos del público que en todo momento nos hacía objeto de su admiración y simpatía.

Conservo una nota curiosa. En el Obispado fuimos obsequiados con riquísimos "marrón glacé" y al día siguiente un periódico dijo que el P. Cámara nos "había dado la castaña" buscando una molestia en la intención de la frase.

El Miércoles de Ceniza nos reunimos los "tunos", para celebrar la terminación del Carnaval. Se merendó muy bien y bailamos con unas bellas muchachas hasta las diez de la noche. Y como alguien indicara que en el próximo Marzo se iba a celebrar en Oporto el quinto centenario del nacimiento de D. Enrique el Navegante con gran lujo de festejos y solemnidades acordamos en principio la concurrencia de la Tuna reorganizándola con otros elementos y con mejor preparación musical.

Terminada la merienda baile, Laureano Cáceres y yo marchamos al Suizo a tomar café. Al entrar nos llamaron unos amigos de la Normal que formaban corro en una de las mesas. Nos sentamos con ellos. A poco llega un joven de veintidós a veinticuatro años, saluda y es recibido por todos con grandes muestras de afecto.

—Gracias a Dios, creí que no venías, maestro—le dice uno—y he venido por ti. Sé por Jacinto que has hecho una nueva composición muy hermosa y deseo conocerla, mejor dicho que nos la des a conocer a todos.

—Qué cosas tienes—le contesta con gran modestia el recién llegado—no vale nada, un relleno de ociosidad.

—Venga, venga, que anhelo conocerla.

—No seas impaciente—interrumpe otro de los contertulios—y déjalo que primero tome café.

—Claro, claro—asentimos todos.

El normalista se calla y el maestro de Guijuelo que era el requerido inicia otra conversación mientras consume el moka. In-

siste aquél y obligado entonces saca un cuaderno y nos lee un poema en quintillas que titula "Mi montaraza", poema admirable en efecto, que nos gustó a todos por su jugosidad y sencillez. Felicitámosle con entusiasmo, augurándole días de gloria. Al despedirnos supimos su nombre: José María Gabriel y Galán.

Pasados unos años cuando la fama de este vate quedó cimentada, ví en un libro entre otras aquella poesía, y, por lo menos la primera parte, quiero incorporarla a mis MEMORIAS. Dice así:



Gabriel y Galán

"No hay bajo el cielo divino
del campo salamanquino
moza como Ana María,
ni más alegre alquería
que Carrascal del Camino.

En Carrascal nació ella,
y si antes no fuese bella
su natal tierra bendita,
fuéralo porque la habita
la rosa de monte aquélla.

No nace en tierra cristiana
flor silvestre más lozana,
ni hormiga más vividora,
ni moza más castellana,
ni mujer más labradora.

Hermosa sin los amaños
de enfermizas vanidades,
tiene unos ojos castaños
con un mirar sin engaños
que infunde tranquilidades.

Sencilla para pensar,
prudente para sentir,

recatada para amar,
discreta para callar,
y honesta para decir;

robusta como una encina,
casera cuál golondrina
que en casa canta la paz,
algo arisca y montesina
como paloma torcaz;

agria como una manzana,
roja como una cereza,
fresca como una fontana,
vierte efluvios de alma sana
y olor de Naturaleza.

¿Qué extraño que los favores
implore yo del destino,
si estoy enfermo de amores
por la reina de las flores
de Carrascal del Camino?"

.....



XI

El Centenario del infante portugués D. Enrique el Navegante.—Invitación oficial.—Reorganización de la Tuna.—El maestro Espino.—Marcelino Herrero.—Las banderas de la Universidad. A Oporto.—Recibimiento apoteósico.—Llegada de SS. MM. D. Carlos y D.^a Amelia.—Afluencia extraordinaria.

Oficialmente se supo en la Universidad de Salamanca que la ciudad de Oporto iba a celebrar con extraordinaria solemnidad el quinto centenario de D. Enrique el Navegante. Era éste hijo de D. Juan I y de D.^a Felipa de Lancaster y nació en Oporto el 3 de marzo de 1394. Educado con grande esmero fué en su juventud un valiente caudillo pero bien pronto sus talentos y descubrimientos científicos hicieron oscurecer sus hechos de ar-

mas. Ya en Africa había recogido preciosas informaciones de las caravanas que venían de Timbuctú, a través del Sahara, por Tafilite y por los valles de Susa y de Draha, trayendo oro, marfil y esclavos a los mercados de Ceuta; informaciones que habían robustecido su propósito del descubrimiento de Guinea. Estableció una completa escuela naval con astilleros y arsenales. Apasionado por las ciencias cosmográficas fué el mayor matemático de su tiempo; aplicó prácticamente el astrolabio a la navegación e inventó las cartas planas. Su divisa era *Talent de bien faire*. A él se debe el principio del engrandecimiento de Portugal.

Cuando nos enteramos de la invitación oficial que se había hecho a la Universidad para que concurriese a las fiestas enriqueñas recabamos el oportuno permiso para asistir a ellas llevando con nosotros las banderas de las Facultades. Conseguido nuestro propósito se hizo enseguida la reorganización de la Tuna salmantina con más amplia base. En lo técnico se incorporó a ella al ilustre compositor D. Felipe Espino. El aplaudido maestro accedió gustoso a nuestro requerimiento. Nombramos presidente a Marcelino Herrero. Este era ya abogado, pero siendo hermano del decano de Derecho, uno de los Consejeros más influyentes de la Compañía Ferroviaria de Salamanca a la frontera portuguesa, su concurso hacía necesario. Hubo reuniones previas y ensayos, quedando formada la Tuna del modo siguiente:

Presidente honorario, D. Manuel Herrero, decano de la Facultad de Derecho.

Presidente efectivo, D. Marcelino Herrero, abogado.

Director honorario, D. Felipe Espino.

Director efectivo, D. Jesús Pinedo.

Vicepresidente: D. José Balcázar y Sabariego.

Tesorero: D. Andrés García Tejado.

Secretario: D. Antonio Porte.

Abanderados: D. Angel Salamanca, de la Tuna; don Julián de la Rúa, de Filosofía y Letras; don Gaspar Alba, de Derecho; don Antonio Ponte, de Ciencias; y don Eusebio Camazón, de Medicina.

Flauta, don Antonio García Varela; violines, don Eloy Andrés y don Agustín Soler; viola, don Luis Martín; violoncello, don Manuel Piñuela; contrabajo, don Ricardo Mata; bandurrias, don Juan Santos Conde, don Francisco Agero de la Torre y don Valentín Guillén; guitarras, don Andrés García Tejado, don

Gerardo Parada Mateos, don Ramón Santos Morán, don Nicolás Sánchez, don Pedro Dorado, don Eudoxio de Castro, don Santiago Flores, don Juan Santiago Pérez, don Donato Bermejo, don Ricardo Castaño, don Amador García, don Francisco Iglesias, don Roque Cid, don Fermín Sánchez, don Julián García, don Delfín Camarero, don Romualdo Rodríguez, don Cayetano Diego y don Adolfo Rubio; pandera, don Juan José González Peláez; hierros, don Ildefonso Rodríguez Martín.

Postulantes, don Julio Ibáñez Moreno y don Laureano Cáceres Ponce.

Todos los "tunos" eran estudiantes de facultad menos uno que, por ser necesario para el conjunto, hubo que echar mano de él, pero al surgir la cuestión del traje y del distintivo escolar nadie quería cederle el color de su facultad en el lazo que había de llevarse en el brazo izquierdo. Hubo amplia discusión y por fin se convino en que llevara cintas de seda ceniza y café, y en que si le preguntaban cual Facultad era la suya contestase que la de Pedagogía. Y al obrar así nosotros estábamos muy lejos de suponer que andando el tiempo iba a existir un ministro o subsecretario con poderes, nuevo Juan Palomo, que convirtiera en realidad nuestro pensamiento creando en Madrid la "Facultad" de Pedagogía.

El maestro Espino hizo que la Tuna contase con escogido repertorio, además de los himnos nacionales y de una tanda de valses que él compuso dedicados a la reina Amelia.

Cinco días antes que el grueso de la Tuna fuimos a Oporto, a preparar el hospedaje, Julio Ibáñez, Laureano Cáceres y yo. Más de dos mil estudiantes portuenses con hachones de viento encendidos esperaban en la estación y nos acompañaron al hotel entre vivas y aplausos. Las calles estaban cuajadas de gente. En los balcones las señoras no cesaban de agitar los pañuelos y de aplaudir a nuestro paso. Obligado por el entusiasmo de unos y otros al llegar al Hospital Clínico subí a las escaleras que hay en el atrio para dirigir a los escolares y al pueblo todo sentidas frases de gratitud que fueron contestadas elocuentemente por el alumno portugués Miguel Texeira; los vivas y los aplausos repitieronse enéuticos.

Para los directivos y abanderados preparamos alojamiento en Iotel Continental, y en el de Novo Caxadores para el resto de la tuna.

La entrada en Oporto de la estudiantina de Salamanca fué algo apoteósico, triunfal, inolvidable, por las delirantes manifestaciones de simpatía y el estruendo de los aplausos y vivas. En las afueras de la estación esperaban millares de personas. Organizóse el desfile, en él tomaron parte dos mil estudiantes con hachas de viento y faroles de colores, pendientes de los bastones, y dos músicas. Los vivas a España y a Oporto se sucedían sin cesar. La manifestación recorrió las calles de Pinto Bessa, Bomfin, Sa da Bandeira, Praxa de don Antonio, Batalha y Entres, hasta el Hotel Continental. Puede asegurarse que pasaban de treinta mil personas las que presenciaron el desfile iluminado constantemente por poderosos reflectores eléctricos. Todos los balcones del tránsito estaban llenos de señoras que agitaban los pañuelos sin cesar y sembraban el suelo de flores. Se repetían los vivas atronadores a España y a Salamanca y a los estudiantes salmantinos. Nosotros llenos de emoción contestábamos con vivas a Portugal y a Oporto. El entusiasmo crecía por momentos, aumentando más y más cuando la Tuna tocó el pasacalle *A Oporto* del maestro Espino. Desde el balcón del Hotel habló Marcelino Herrero. Su discurso fué breve, sentido y muy elocuente, entusiasmando al público, así como el que después pronunció don Clemente Pinto, presidente de la comisión académica de Oporto.

Los estudiantes de Salamanca guardaremos siempre gratísimo recuerdo de este grandioso recibimiento, que contrasta con el dispensado a SS. MM. don Carlos y doña Amelia cuando el día primero hicieron su entrada en Oporto, acompañados del Presidente del Consejo señor Hintze Riveiro, ministros de la Guerra, Gobernación y Obras Públicas, varias damas de honor y los altos dignatarios de la Corte. Entonces los escolares de Oporto mientras los Reyes entraban por una puerta ellos salían por otra, para hacer patente su republicanismo. En cambio treinta años después, en 1924, hice un nuevo viaje a Oporto, ya implantada la república portuguesa, y ví que los estudiantes eran muy monárquicos. Fenómenos del pensar.

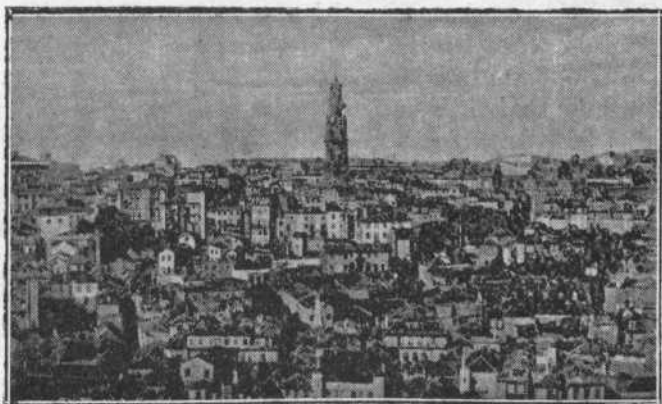
Las fiestas enriqueñas despertaron extraordinario interés contándose por millares los forasteros que llegaron a Oporto en aquellos días.

De la Universidad de Salamanca asistió el Vicerrector don Manuel Herrero.

XII

Actuación de la Tuna salmantina en las fiestas enriqueñas.—Concierto en Palacio.—Expresiones de simpatía de la Reina Amelia.—Nuestro paso por las calles de Oporto.—Los ojos de Filisbina.—Estanquera pródiga.—Branca Pinto da Silva.—Cortejo cívico.—Soberbias iluminaciones.—Conferencia de Pinheiro Chagas.—El festival del Duero.—En el palacio de Cristal.—Serenata al Conde da Lumbrals.—Alegrías del vinho verde. Un recado del Gobernador y regreso de la Tuna.

En todos los actos de la vida hace falta un padrino, un protector para salir airosos, y nosotros lo tuvimos en Oporto desde los primeros momentos en el Sr. Pinto da Costa, conde de Lumbrals, un hidalgo portugués chapado a la antigua, todo bondad, que se complacía en atender y ser útil a la Tuna salmantina.



OPORTO.—Vista parcial

Gracias a él dimos tres conciertos bastante provechosos en el Teatro del Príncipe Real y hasta creo que el dado en Palacio ante los Reyes, debióse también a sus gestiones.

De este último recuerdo todos los detalles. A las ocho de la noche recibimos un B. L. M. del Mayordomo mayor señalando la hora de las cuatro de la tarde del día siguiente para dar el concierto en Palacio. Fuimos con toda puntualidad no sin antes haber completado el aseo personal, adquiriendo en un comercio "luvas" blancos (guantes).

A los pocos minutos de aposentarnos en el salón del Trono hicieron su presentación los Reyes y sus augustos hijos que fueron recibidos por nosotros a los acordes de la marcha real portuguesa. La reina Amelia vestía de blanco, el rey D. Carlos de capitán general del ejército español; el príncipe D. Luis Felipe de cabo de infantería, y D. Manuel de soldadito de línea. La reina se colocó a la derecha del rey y yo a la diestra de la reina; y a la izquierda de D. Carlos, Marcelino Herrero. Los augustos niños delante. Detrás de los Reyes se pusieron los abanderados con las gloriosas enseñas de que eran portadores.

El maestro Espino tomó la dirección de la Tuna y ésta sucesivamente, ejecutó una sinfonía de Beethoven, la obertura de "Tosca" y la tanda de vales que el gran compositor dedicaba a S. M. la Reina y que esta augusta señora agradeció mucho. Al terminar los vales se dirigió a mí D.^a Amelia para decirme:

—Algo español, la jota, la jota.

Complacida en el acto, no dejó de terminar su ejecución, y con marcado acento francés, repitió varias veces:

—Bravo, bravo.

Sus hijos D. Luis Felipe y D. Manuel al ver el entusiasmo de la madre palmotearon también. El Rey concretóse a sonreír, haciendo una inclinación de cabeza.

SS. MM. nos felicitaron después calurosamente iniciando su retirada. La estudiantina les despidió interpretando el himno nacional portugués.

A continuación el ministro de Obras Públicas y los altos servidores de Palacio obsequiaron a los tunos con pastas, dulces y riquísimos vinos. Una fiesta inolvidable.

Nuestro paso por las calles era siempre acogido con muestras de entusiasmo y simpatía. Ese mismo día, ya anochecido, al entrar en la rua do Correio nos prodigaron una gran ovación desde los balcones. Al llegar a la casa número 32 había en una de las ventanas del piso bajo dos bellas muchachas que no cesaban de palmotear, diciendo *moito ben, moito ben*. Acerquéme a la reja,

para agradecerles el agasajo, pero una de ellas se entró dentro, y solo quedó la otra. Morena, alta, más bien delgada, con ojos negros y grandes que le brillaban en la oscuridad como dos luminarias, tenía una dulzura en la expresión que hechizaba. Llamábase Filisbina Vidal y su recuerdo no lo he olvidado nunca. No supe más de ella y eso que pensé varias veces en el cantar:

Una reja es una cárcel
con el carcelero dentro
y con el preso en la calle.



OPORTO.—Avenida de Boa Vista

Frente al Hotel de Novo Caçadores donde se alojaba el grueso de la Tuna había un estanco que regentaba una viuda otoñal bastante agraciada. Gustaba de hablar con los estudiantes salmantinos, obsequiándoles repetidamente con charutos (cigarros) de marca. Con este aliciente no le faltaba tertulia, pasándolo muy bien los estudiantes salmantinos de dicho Hotel.

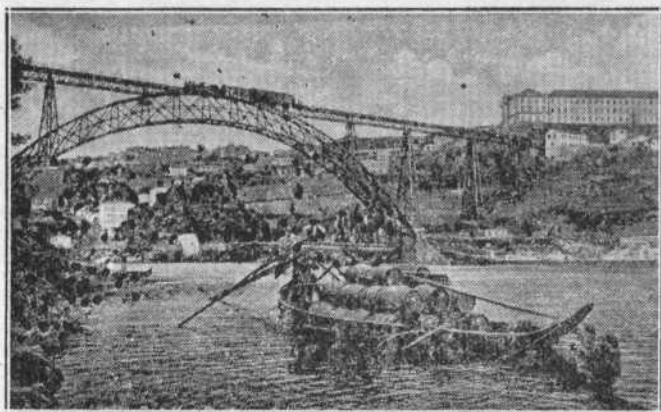
Tampoco los que nos alojábamos en el Continental lo pasábamos mal. Siguiendo la costumbre de Oporto se almorzaba a las diez y se comía a las cuatro de la tarde. Otro detalle que nos pareció raro es que en el almuerzo el último plato fuera el de huevos. El cha (té) se tomaba en el hall y si distraídamente dejaba uno la cucharilla dentro de la taza, volvía a llenarla el camarero con la aromática infusión. En la hora del hall nos acompañaban un grupo de muchachas de las que se hospedaban en el

Hotel. De ellas sólo recuerdo dos: Julia Argüelles, oriunda de Asturias, y Branca Pinto da Silva, de distinguida familia portuguesa que residía en Santa Cruz do Douro. De ésta tuve noticias el año 24. Era ya abuela.

El día tres, en las primeras horas de la tarde, recorrió las principales calles de Oporto el cortejo cívico organizado por representantes de todas las clases sociales con innegable acierto. En él iban también el comandante y oficiales del crucero de guerra británico "Ballona", en representación de la armada inglesa; y la Tuna salmantina, saludada por todos con estrepitosos aplausos.

Se inauguró después una lápida conmemorativa en el sitio en que nació D. Enrique el Navegante.

Por la noche lucieron soberbias iluminaciones en toda la ciudad.

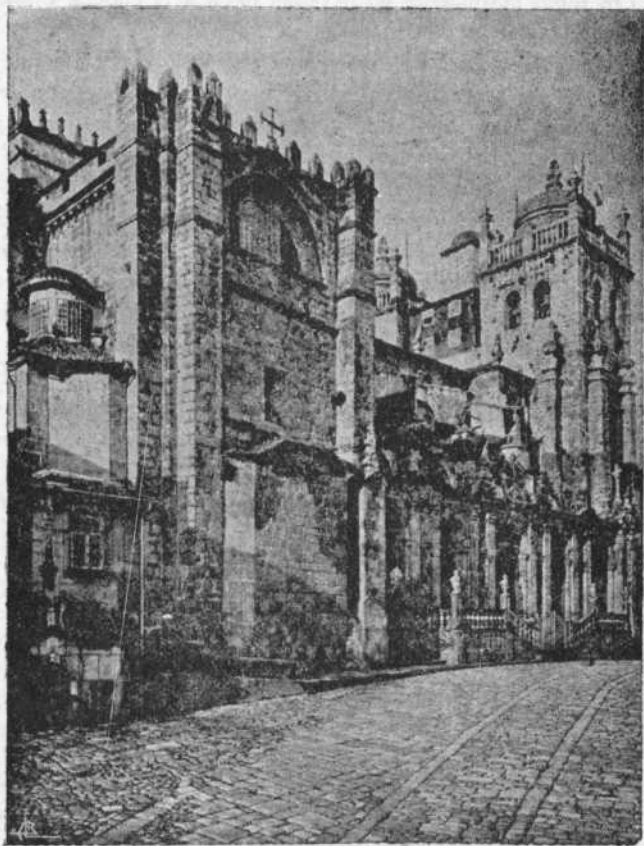


OPORTO.—Magnífico puente de María Pia

En el palacio de la Bolsa dió una interesante conferencia Pinheiro Chagas haciendo resaltar la influencia que el infante D. Enrique ejerció en el engrandecimiento y prosperidad del reino lusitano.

Digno de toda loa fué el magnífico festival organizado en el Duero. Una carabela del siglo XIV remolcada por un vaporcito trajo desde la barra la primera piedra del monumento que, frente a la casa en que nació el Infante, había de erigirse a su memoria. El aspecto de la ría era hermosísimo. Tripulaban la

carabela marinos y soldados con trajes de época, y la escoltaban otros buques que a la vez remolcaban centenares de lanchas llenas de elemento oficial invitado. En una de ellas iba la Tuna. En la escolta figuraban también dos buques de la marina de guerra. Las azuladas aguas del Duero estaban materialmente cubiertas de botes y esquifes llenos de curiosos.



OPORTO.—La Catedral

La familia real presenció el desfile desde la corbeta "Sagres", escuela de marinería.

Al pasar frente a ella los vapores, los marineros subidos en las vergas, dieron los vivas de ordenanza, y el crucero inglés

“Ballona” que estaba anclado muy cerca saludó con sus cañones.

Todo Oporto estaba en ambos márgenes de la ría.

Terminada esta fiesta la Tuna salmantina visitó el Palacio de Cristal y en los jardines tocó una preciosa jota del maestro Espino, siendo ovacionada. Con ella alternó la Tuna de Oporto que nos dio a conocer sentidos fados.

Los tunos portugueses no llevaban nada a la cabeza y usaban amplísimas capas.

A la noche siguiente dimos una serenata al Sr. Conde de Lumbrales, por cierto que al ir hacia su casa, que estaba lejos, íbamos dando vivas al Conde y el abanderado de la Tuna, rendido del ajetreo del día, nos hizo reír con un ingenioso viva:

—¡Viva el conde pero que viva... cerca!

Al otro día cuando más tranquilos estábamos los directivos en el Hotel Continental recibimos aviso de que en el de Novo Caçadores habíanse originado unos disturbios con rotura de platos y copas por los “tunos” allí hospedados. Fué enseguida Marcelino Herrero y nada... todo tuvo su origen en las alegrías del vinho verde... Pero del hecho debió enterarse el gobernador Don Bernardo de Pindella porque muy discretamente nos llamó la atención. De acuerdo los directivos suspendimos el viaje a Lisboa y Coimbra, regresando al día siguiente a Salamanca.

En Oporto quedamos Cáceres, Ibáñez y yo para despedirnos de las autoridades y Prensa.

Dos días más tarde estábamos también en la ciudad del Tormes.

XIII

Peregrinación a Roma.—Requerimiento para ir en ella.—Por qué no acepté.—Semana Santa en Salamanca.—El lunes de aguas.—Notas de un peregrino.—Solemne beatificación de Juan de Avila.—Interesantes detalles de su vida.—Famoso discurso del insigne manchego.—Su vaticinio de la radio.

No había descansado aún de mi viaje a Portugal cuando supe por un colega que figuraba mi modesto nombre en la lista de los ocho alumnos salmantinos que habían de ir en la peregrinación a Roma que venía organizando el Cardenal Arzobispo de Sevilla con el concurso de otros Prelados para el mes de abril, peregrinación de obreros y estudiantes con motivo de la Beatificación del venerable Maestro Juan de Avila.



Juan de Avila

(Cuadro del Greco que se conserva en Toledo)

El viaje a la capital de Italia era completamente gratuito y halagador en extremo pero junio estaba muy cerca y tenía que

atender a mis estudios. Formé, pues, el decidido propósito de no aceptar y así se lo expuse a los catedráticos que dieron mi nombre, agradeciéndoles con el alma su cariñoso recuerdo.

Pasé la Semana Santa en Salamanca, fiesta muy solemne y de recogimiento en la ciudad del Tormes. Fueron muy notables los Oficios de la Clerecía y de la Catedral y algunos de los sermones, porque otros... me hicieron recordar a Fray Gerundio de Campazas.

También celebré a mi modo el "lunes de aguas" salmantino que se basa en que antiguamente al llegar la Cuaresma eran expulsadas de la ciudad las mujeres de vida "non sancta" y luego al día siguiente del Domingo de Resurrección se les permitía la vuelta, haciéndose con tal motivo excursiones campestres, donde se comía y bailaba. Invitado por una familia amiga estuve el "lunes de aguas" en "La Flecha" la posesión agustiniana, donde pasamos un día muy agradable. Siempre gusté de las tradiciones salmantinas, y, acaso por eso, compré el 3 de Febrero las "gargantillas" de San Blas, y el 5 del mismo mes di unas monedas, pocas, porque pocas son las que puede dar un estudiante, a las "Aguedas", un grupo de bellas modistillas, que me abordaron en la Plaza Mayor.

Pasaron varias semanas y al salir un día de clase me llama Angelito Vázquez para decirme:

—El Padre Juan ha regresado de Roma y quiere verte.

Voy enseguida a la Clerecía y el sabio jesuita me recibe en el acto.

—No puede imaginarse—dice apenas me vé—cuánto siento que no haya venido a Roma, pues hubiera quedado absorto de lo grande, extraordinaria, emocionante y sublime que resultó la beatificación de su paisano el insigne predicador Juan de Avila...

Y a grandes rasgos me relata la inolvidable ceremonia. La Basílica madre de la cristiandad estaba adornada con las riquísimas colgaduras de damasco y de terciopelo encarnado con franjas de oro que se hicieron en tiempos de Alejandro VII, y los artistas más famosos de Roma dispusieron la fastuosísima iluminación propia de tal fiesta. Al pie de la admirable capilla de San Pedro véase el altar espléndido elevado al nuevo beato Juan de Avila; sobre la cátedra o silla del Príncipe de los Apóstoles, el cuadro, obra del pintor romano Luis Grillati, representando la elevación a los cielos, alzándole los ángeles del ilustre almodo-

vareño; del propio artista había otros dos lienzos reproduciendo los dos milagros debidos a la intercesión del Beato: la salvación de una enferma desahuciada después de darle la comunión, y la de un obrero sepultado en profunda y peligrosa mina. La estatua



Juan de Avila en 1568

(De un cuadro que hay en el Vaticano)

de bronce de San Pedro estaba revestida con la preciosa tiara, regalo de una reina de España, y el manto pontifical, esmaltado de brillantes, zafiros y esmeraldas. El primer templo del orbe ca-

tólico presentaba soberbio golpe de vista. Presenciaron la fiesta más de sesenta mil personas, de ellas veinte mil peregrinos españoles. Dióse lectura a la Bula pontificia por el archivero vaticano relatando los hechos y virtudes del venerable Juan de Avila, y evocando toda la causa de su beatificación, que León XIII tuvo la dicha de ultimar. Después de unas frases de rito, dichas por el cardenal Aloisi, celebró misa el vicario de San Pedro Monseñor Fansh, y al entonar el *Gloria in excelsis* la capilla del maestro Meluzzi, fueron rasgados los velos que cubrían el cuadro del Beato ascendiendo a los cielos. El momento fué de intensa emoción y los peregrinos de España prorrumpieron en frenéticas aclamaciones. Pero lo magnífico, lo inenarrable, lo que produjo la mayor emotividad, fué al aparecer en el templo en su silla gestatoria al Vicario de Jesucristo: León XIII. La gente se apretó más y más para verlo bien. Ni los suizos armados con alabardas y picas, ni los canónigos del cabildo romano, ni los camareros de capa y espada, ni el Sacro Colegio, ni los guardias armados con montante... llamaron la atención. La egregia figura del Sumo Pontífice lo llenaba todo. Iba inclinado hacia el respaldo de la silla, pálido, demacradísimo, con los ojos medio cerrados, los labios entreabiertos, haciendo un movimiento de respiración difícil e iniciando una sonrisa. Extendía en el aire su mano derecha, con los dedos colocados formando cruz, y bendecía inclinándose a un lado y a otro. León XIII manifestaba la más viva emoción. Sonó un vitor general: ¡Viva el Papa! Y el entusiasmo de los peregrinos se expresaba en repetidos vivas, en aclamaciones, en aplausos, en lágrimas... en palabras de admiración y amor. Así llega Su Santidad al altar del nuevo Beato, se arrodilla, reza, entona un *Te Deum*, recibe los homenajes de los postuladores de la causa del beato Juan de Avila, y después las ofrendas: un relicario con memorias del Santo, el libro de su vida, las auras jaulas con pájaros cantores, y un monumental ramo de flores que León XIII coloca a su lado al ascender de nuevo a la silla gestatoria, desde donde bendice al pueblo, delirante en sus manifestaciones de amor y respeto al Vicario de Jesucristo. Fué un espectáculo inenarrable, grandioso, sublime que no podremos olvidar nunca los que tuvimos la dicha de presenciarlo.

La salida por las puertas de Constantino y Carlomagno se hizo ordenadamente gracias a los *gendarmi* y *bersaglieri*. Pude ver entonces uniformes de maestrante y de las órdenes militares;

estudiantes de las distintas universidades españolas con sus típicos trajes; divisas de gentiles hombres y de las Academias, y representantes del episcopado y del ejército.



La Emperatriz Isabel de Portugal
(Cuadro de Tiziano)

Conociendo el cardenal Rampolla—sigue diciéndome el culto profesor de la Clerecía—la devoción que Juan de Avila inspiraba al Padre Bengoechea le hizo donación de interesantes documentos que tenía en su poder acerca de la vida del insigne Beato. Dichos documentos pertenecieron a Fray Luis de Granada y aclaran muchas dudas y dan noticias nuevas. Yo he tenido ocasión de verlos y tengo anotadas unas fechas. Como sabe usted, Juan

de Avila nació en Almodóvar del Campo en 6 de enero de 1500. Sus padres Alonso de Avila y Catalina Xixona quisieron que fuera abogado y lo mandaron a Salamanca para que estudiara. Desde 1514 al 1518 estudió en nuestra gloriosa Universidad pero su horror a "las negras leyes" como llamaba a los estudios de Derecho le hicieron regresar a su tierra sin terminarlos. Dos años pasó en Almodóvar haciendo severísima penitencia. En 1520 fué a Alcalá a oír Artes y Teología y allí tuvo por maestro al célebre Domingo Soto que lo distinguió muchísimo. En 1525 se ordenó de sacerdote y fué a su pueblo a decir la primera Misa. Repartió cuantos bienes tenía entre sus paisanos pobres y en 1527 marchó a Sevilla con ánimo de embarcarse para las Indias en calidad de misionero, y ya había obtenido permiso del Obispo de Tlascal para ser su compañero de viaje cuando le retuvo en Andalucía el Arzobispo de Sevilla e inquisidor general don Alfonso Manrique. También hacían falta misioneros en Andalucía por su vecindad con los moros y larga residencia de éstos en aquél hermoso país. Predicó por primera vez el 22 de julio de 1529 y lo hizo en la Colegiata de San Salvador de Sevilla. Desde su primer sermón adquirió un prestigio que en vez de decaer creció en toda su vida. En 1532 fué denunciado a la Inquisición como reo de luteranismo y estuvo preso en la cárcel de Sevilla hasta el 5 de junio de 1533, en que salió absuelto por unanimidad, festejándolo el pueblo con música y aplausos. Recorrió predicando como un apóstol muchas ciudades andaluzas, particularmente Córdoba, Granada, Ecija, Baeza y algunos lugares de Extremadura, terminando su vida en Montilla, donde su cuerpo yace, en 10 de mayo de 1569. Algunos detalles de su vida son muy curiosos. En 1537 su popularidad era ya inmensa y sus virtudes conocidas de todos pero hubo tres desalmados del camino del Albaicín que quisieron reírse a su costa, cuando no prepararle una encerrona, y convinieron en que uno de ellos, el más joven, se metiera en la cama y los otros dos reclamaran la presencia del venerable Maestro para que le confesara. Juan de Avila como siempre, enterado del caso, cogió el manteo y se dispuso a seguir a los dos visitantes pero al llegar a la esquina próxima paróse de pronto diciéndoles:

—Es inútil, llegamos tarde. El enfermo ha muerto.

Se miraron los dos desalmados haciéndose un guiño de inteligencia como si estuviera descubierta su trama, y algo corridos

se marcharon para avisar al otro de lo mal que había salido el intento. Y la sorpresa de ellos fué enorme cuando al llegar a la casa vieron con estupor que realmente había dejado de existir el que por broma se había metido en la cama. Les entró seria preocupación y al día siguiente se confesaron en la próxima parroquia y desde entonces fueron buenos cristianos.

El mismo año después de oírle un sermón al ínclito manchego se hizo santo el portugués Juan de Dios.



Muerte de Juan de Avila

(Cuadro de Caparoni pintado en Roma en los días de la beatificación)

Escribió Juan de Avila el tratado *Audi, filia, et vide*, un conjunto de meditaciones acerca de la Pasión de Cristo; y el *Epistolario espiritual para todos estados* que es una notabilísima colección de cartas en su mayoría ascéticas. Mantuvo correspondencia con San Ignacio de Loyola y Santa Teresa de Jesús, que le consultaban algunos escritos; fué su hija de penitencia la venerable Sor Ana de la Cruz, Condesa de Feria; y Fray Luis de Granada formó su elocuencia y estilo estudiándole y oyéndole. No admitió Obispados, ni Arzobispados y siempre se excusó de ir a la Corte. Formidable orador sagrado, dicen que cuando predicaba parecían temblar las bóvedas del templo y salir chispas de su boca que incendiaban el corazón de sus oyentes. Sus contemporáneos le comparaban con San Pablo. Fray Luis de Granada elogia con verdadera admiración todos sus discursos, y muy especialmente, el

que pronunció en la Catedral de Granada en Mayo de 1539, que califica de maravilla. Veamos porqué. Ya sabe usted, amigo Balcázar—continuó diciendo el sabio jesuita—que Carlos I de España y V de Alemania casó en Sevilla en 1526 con su prima doña Isabel de Portugal, nieta como él de los Reyes Católicos, y que la emperatriz y reina que era hermosísima murió en Toledo trece años después, muy joven todavía. Apenado su esposo quiso que recibiese sepultura con toda solemnidad en la catedral de Granada y comisionó al Marqués de Lombay para que ejecutase su real voluntad. Formóse el cortejo fúnebre y se tardó varios días en llegar a la ciudad del Darro. Al abrir el féretro ante el cabildo granadino el hedor insoportable que despedía el cadáver hizo retroceder a todos. Una gusanera horrible había ya carcomido el bello rostro de la emperatriz. Juan de Avila estaba presente. Era el encargado de la oración fúnebre en los suntuosos funerales organizados para el día siguiente. Dos horas duró su discurso y dice Fray Lui de Granada que jamás se hizo, ni se hará una pieza oratoria tan sublime. Comenzó invocando la gracia divina para realizar su cometido. Hizo un admirable diseño de la augusta difunta. Joven de soberana belleza, reina, emperatriz, esposa idolatrada, madre cariñosa, poseedora de dilatados dominios, parecía sonreírle la vida y serlo todo en este mundo y sin embargo cae enferma y de nada valen las eminencias médicas de la Corte, ni los cuidados de su poderoso marido, ni los desvelos de sus servidores, le había llegado la hora y muere como el pobre leñador que fallece en las escabrosidades de la sierra por carecer de auxilios y de recursos. Y es que solo Dios es grande—exclama—porque solo El es inmortal... Se extiende en consideraciones acerca del supremo amor que es la suprema felicidad. Censura ciertas vanidades humanas de mal entendidas grandezas “que así como los que son de este mundo no tienen orejas para escuchar la verdad y doctrina de Dios, antes la desprecian, así el que es del bando de Cristo no las ha de tener para escuchar ni creer las mentiras del mundo”. Elocuente, persuasivo, con citas y razonamientos tenía absorto al numeroso auditorio que llenaba el templo. San Juan de Dios lloraba. El marqués de Lombay lívido, cadavérico, no perdía palabra. Juan de Avila seguía creciéndose en su maravillosa oración exhortando a todos a serias reflexiones sobre el amor divino. *¿Por qué no habrá llegado la hora de que podamos escucharnos unos a otros, los que viven cerca y los que están lejos?*

—se pregunta—. Yo quisiera que mi pobre palabra vehículo de mi pensamiento, expansión de mis convicciones, la oyeran en todas partes los ricos y los pobres, los altos y los bajos, los que habitan en palacios y los que se cobijan en cabañas, los del valle y los de la sierra, todos, para que haciendo suyas mis ideas vieran que la única verdad y el único bien está en Dios Nuestro Señor."

Terminados los funerales se retiraron los fieles y el marqués de Lombay marchó al domicilio del venerable Juan de Avila. En su entrevista acabó de convencerse: "No más servir a señores que en gusanos se convierten" y desde aquel momento renunció a sus cuantiosos bienes y puestos de elevada alcurnia para consagrarse de por vida a la mayor gloria de Dios, llegando a ser San Francisco de Borja. Y cuando llevó a cabo tan magna empresa solo contaba 29 años de edad.

Dí las gracias al Padre Juan por su bondadoso relato y me despedí de él.

Y ahora cuando ordeno mis notas para publicar estas MEMORIAS, en tiempos tan populares para la radiodifusión, veo en el famoso discurso del insigne manchego, en las líneas subrayadas, el vaticinio de la radio.

XIV

Mañanas de Mayo.—Los pianos de manubrio.—Tardes del Casino.—D.^a María la Brava.—Una puesta de sol.—Excursión a Peñaranda.—Final de curso y terminación de la Licenciatura.—Rápido viaje en Septiembre.—Buen comienzo en los estudios del Doctorado.—Adiós a Salamanca.

Estamos en Mayo. Las mañanas de Mayo en Salamanca tienen para el estudiante un encanto indefinible. Suaves, bañadas siempre por el sol, sensacionan la alegría del vivir y son acicate seguro para desterrar la abulia e intensificar el repaso de los libros estudiados. Madruga uno sin pereza, y, aún tiene algo de expansión mientras desayuna, oyendo el bailable tecleo de los pianos de manubrio que desde muy temprano acondicionan en las

calles, frente a las casas de estudiantes y talleres de modistas, los organilleros de la ciudad del Tormes.

Después a clase, a dar el último toque a las asignaturas, un par de paseos por la plaza y a comer.

Por las tardes había una tertulia en el casino de la calle de Zamora y allí iba todos los días a tomar café. Formaban parte de dicha tertulia Saturnino Zufiaurre, un ingeniero de Caminos muy culto y muy buena persona, y César Real y Domingo Hernández, dos excelentes compañeros de estudios. En una de las tardes surgió como tema de la conversación: la inflexibilidad de la mujer salmantina. Zufi y Hernández respiraban por la herida. El primero había pretendido varias veces, y siempre con resultado negativo, a Solita Morales, bella y distinguida señorita de



SALAMANCA.—Casa de Doña María la Brava

la que estaba locamente enamorado, y otro tanto había sucedido a Hernández con Fanny Díaz, una linda muchacha de la plazuela del Peso. Y hablamos del tesón de la mujer, de su fortaleza en el pensar, y sacamos a colación desde las valientes hembras que en los tiempos de Aníbal, escondían armas entre las ropas para favorecer a los suyos, hasta Doña María la Brava, dama de temple varonil que puso muy alto el nombre de madre.

Es una historia trágica que merece recordarse. La cuenta un cronista local, D. Alfonso Maldonado, contemporáneo de D.^a María. Era la época de los famosos bandos de Salamanca. D.^a María, joven y hermosa, estaba viuda del caballero salmantino D. Enrique Enríquez de Sevilla. Tenía dos hijos y una hija. Los varones riñeron un día con dos mozalbetes de la familia de Manzano; ayudados éstos por sus criados dieron muerte con ensañamiento a sus rivales. D.^a María recibe la noticia sin inmutarse, les dá sepultura, pero al llegar la noche elige veinte escuderos y dirigiéndolos ella misma sale en persecución de los matadores que habían huído a Portugal. Un mes dura la cabalgadura sin encontrarlos. Arenga a los suyos diciéndoles "que vive para la venganza, y que hasta que no la sacie no tendrán luz sus días, ni reposo sus noches ni manjares su cuerpo, ni su lengua palabras". Es inflexible. Por fin dá con ellos, lucha y los mata y con sus cabezas en la mano izquierda torna a Salamanca al galopar de los caballos. "Va derecha a la iglesia en que están enterrados sus hijos, deposita sobre las sepulturas las cabezas de los Manzanos, y ya tranquila se reintegra a su casa como si nada hubiera pasado". "Y este hecho—añade el cronista—puso gran espanto en toda la tierra". Aún se conserva en la plaza de los Bandos la solariega vivienda que habitó D.^a María la Brava.

—Variemos de conversación—dice Zufe—y si os parece podemos ir a dar un paseo para ver la puesta de sol, que a mí me encanta en Salamanca por lo mismo que soy de país abrupto y montañoso.

—Y a mí también—contesto yo—porque se parece a la de mi tierra, de dilatadas llanuras e inenarrables horizontes.

—Vamos allá—musita César—pero antes veamos quién talla hoy en el bacarrat.

Entramos en el saloncito de recreos. Hay una partida modesta de la gente joven del Casino. Es banquero el simpatiquísimo abogado Nicolás Oliva, que aún está soltero y no ha sido todavía senador. Tira con mejor deseo que suerte y eso que se cruzan pocas pesetas.

Salimos de paseo por las afueras de la puerta de Zamora y habla que te habla nos retiramos bastante pero tuvimos la suerte de ver admirablemente la puesta del sol, con la belleza inimitable de sus diversos colores, con las tonalidades de sus claro-oscuros que hacen pensar en la grandeza de la creación.

Con motivo de la inauguración oficial del ferrocarril de Salamanca a Peñaranda fui a esta última población en rápida escapada invitado por la familia de Liaño para hacer un día de campo.

El elemento oficial iba en el breac de la Compañía. En la estación esperaba el pueblo en masa. Las calles estaban atestadas de forasteros y adornadas con gallardetes y los balcones con colgaduras. Muy bellas mujeres lucían sus encantos. Hubo recepción general en el Ayuntamiento y después un banquete en el Teatro, donde, según me dijeron, pronunciaron elocuentes discursos entre otros el alcalde de Peñaranda D. Fernando Sánchez de la Peña; D. Mamés Esperabé; el presidente de la Diputación, D. Juan Fernández Vicente; D. Cecilio González Domingo, D. Félix Mesonero, D. Salvador Liaño y el Párroco D. Teodoro Rodríguez.

Yo lo pasé muy bien. estuve con Marcelino Herrero en casa de su prometida Pepita Mesonero, en compañía de María Liaño y de otras lindas muchachas, y, después de bailar un rato, fuimos de gira a una finca inmediata, recibiendo atenciones y agasajos inolvidables.

Llega Junio, el mes temido y esperado. En la Universidad aumenta la animación estudiantil con el numeroso contingente de Deusto, que viene también a sufrir exámenes. Se forman los tribunales. Nerviosos los escolares salen de uno y entran en otro. Los que aprueban gozosos y satisfechos; los suspensos cabizbajos como aquellos otros que buscaban la calle por la puerta de los Carros. Días típicos de vivo recuerdo, que sirven de remate a los afanes de todo un curso. Yo despacho con felicidad mis asignaturas y entro en el Tribunal del Grado; lo forman D. Santiago Martínez D. Luis Rodríguez Miguel y D. Miguel de Unamuno, y esos queridos maestros coronan sus innumerables atenciones para conmigo otorgándome la nota suprema. Paso el verano en mi tierra y aun vuelvo a Salamanca en Septiembre, en rápido viaje, a opositar al Premio extraordinario de la Licenciatura y hacer las visitas de despedida. Actúo con el mismo tribunal. Es el tema, sacado a la suerte: "Influencia de los benedictinos en la civilización europea". Dan dos horas para contestarlo. Pasa el tiempo estatuido, se reúne el tribunal y su benevolencia es infinita al concederme tan alta distinción. El de la Facultad de Ciencias lo obtiene el mismo día mi

uen amigo Arturo Pérez Martín, hoy Catedrático de Física general en la Universidad de Valladolid. En las facultades de Derecho y Medicina no hubo opositores. Abrazos, felicitaciones, enhorabuenas. Falta lo más enojoso y de más emoción: las despedidas. Comienzo por el viejo Rector, el muy respetado D. Mamés Esperabé, que me recibe con los brazos abiertos:

—Bien, muy bien—me dice—celebro tu triunfo y ya sabes que te queremos y donde nos dejas.

Su hijo D. Enrique, que le acompaña, manifiesta así mismo su contento. Yo también les reitero mi agradecimiento, al primero por sus sanos consejos de siempre, y al segundo por la sinceridad de su afecto demostrado en todo momento.

Profesores queridísimos, camaradas, compañeros de prensa, familias amigas, a todos estrecho las manos y les digo adiós. Por si me he olvidado de alguno doy un paseo por la plaza en vuelta contraria. Me ven D. Enrique Gil Robles y D. Santiago Martínez, que iban con un señor bajo de estatura y grueso, y me llaman y dirigiéndose a dicho señor le dicen:

—Este es el alumno de quien le hemos hablado.

—Celebro mucho el conocerle—me dice entonces aquel caballero—y me honro mucho en ofrecerle una plaza de preceptor en mi casa, con alojamiento en ella si usted quiere, y horas libres para asistir a sus clases del Doctorado.

—Este señor, un buen amigo nuestro—interviene Gil Robles—, es D. José Campos, director del Colegio de San Miguel, reputado Centro de 1.^a y 2.^a enseñanza de Madrid.

—Encantado y agradecido—contesto yo—y nuevo motivo de gratitud hacia ustedes, mis nobles amigos.

Sin duda alguna, soy un hombre de suerte: título de Licenciado gratis, matrícula de honor en las asignaturas del doctorado, alojamiento espléndido y una plaza remunerada en la enseñanza. No se puede entrar con mejores auspicios en la nueva vida escolar. Mi Virgen del Prado no me olvida.

Con tan econtradas emociones, horas después, tomo el tren de Madrid, no sin decir antes:

¡Salamanca, abandono tu recinto, pero no me separo de ti, te llevo en el alma, y siempre tendré presente que nutrí mi espíritu en tu gloriosa Escuela!



X V

En la Universidad Central.—Otro ambiente estudiantil.—El doctorado de Filosofía y Letras.—Menéndez y Pelayo.—Sus explicaciones.—Nuevos camaradas.—Mi labor en el Colegio de San Miguel.—El invierno del 95.—La gripe.—Convalecencia en Ciudad Real.—Aprobación del curso.—Veraneo en Santander.—El Presidente del Tribunal Supremo.—Excursiones inolvidables.—Las fiestas de mi Patrona.—El Ciudad Real antiguo.

Al pisar por primera vez la Universidad Central hago comparaciones con la de Salamanca con ventajas para la "mía". El ambiente estudiantil en Madrid me parece muy distinto. Hay menos unión entre profesores y alumnos. Se tratan con más etiqueta, según veo aun en clases de los antiguos. Cuatro asignaturas comprenden el periodo del doctorado. Explica Estética D. Francisco Fernández y González; Historia de la Filosofía, D. José Campillo; Historia de la Literatura española, D. Marcelino Menéndez Pelayo; y Sanscrito, D. Enrique Soms y Castelin. El primero es el Rector y cuenta con gran reputación científica. Al segundo le acompaña una excesiva bondad. El último está recién llegado de Salamanca y ha tiempo que me honra con su afecto. La atención principal fijase desde los primeros momentos en la cátedra de Menéndez Pelayo. El elevado espíritu del maestro nos cautiva enseguida. Su cultura extraordinaria, el detallismo de sus explicaciones, nos obliga a ser puntuales en la asistencia a clase. Asombra su labor, el método en la exposición de los conocimientos, la extensión de sus notas bibliográficas y sus comentarios claros y precisos. Están entre los nuevos camaradas Adolfo Bonilla San Martín, Miguel Asín Palacios, Gabriel Callejón, Alberto Gómez y otros, que pocos años después fueron glorias de la cátedra. Bonilla trae el premio extraordinario de la Universidad Central; Asín el de Zaragoza, y Callejón el de Granada. Todos somos asiduos concurrentes a las clases de Literatura y de

Sanscrito. No así a las de Estética y Filosofía, y eso que la de Estética hacía la muy amena D. Francisco Fernández y González.

La cátedra de Menéndez Pelayo era de verdadera investigación. Baste decir que el insigne maestro empleó todo el curso en explicarnos la "personalidad y producción literaria de Fernán Pérez de Guzmán, señor de Batres".

Mi obligación en el Colegio de San Miguel reducíase a dar lección de hebreo y de griego a José María Campos, hijo mayor del director, que era alumno libre de Letras. El Colegio de San Miguel, venía siendo uno de los más importantes de Madrid. Establecido en una casa de la calle de las Torres, contaba con alumnos, pertenecientes a muy distinguidas familias y sus profesores eran casi todos, auxiliares del Instituto de San Isidro. Actuaba de subdirector un maestro muy vivo y muy listo llamado D. Eladio, no recuerdo el apellido, que llevaba muy bien la organización del Colegio. Como alumnos internos figuraban entre otros los hijos del Conde de Fontao; Manolo Biencinto y Alberto Ranz.

El invierno del 95 fué muy crudo en Madrid y hubo como aditamento una gran epidemia de "trancazo", que así se llamaba la gripe entonces y que ocasionó muchas víctimas. Yo estuve a punto de liarla, pero a los quince días de guardar cama con elevada fiebre resolví marchar a Ciudad Real, en contra de la opinión facultativa y de la familia Campos. Dos meses tardé en reponerme y volver a Madrid. Perdí la plaza de preceptor, pero aprobé el curso del Doctorado, si bien no pude graduarme hasta bastantes meses después por no tener hecha la tesis.

Buscando el total restablecimiento fuí a últimos de junio a Santander con objeto de pasar el rigor del estío en sus hermosas playas. Hospedéme en el Hotel Hoyuela, del Sardinero, y allí conocí y traté a D. Juan Francisco Bustamante, muy digno presidente del Tribunal Supremo, a su hijo Alejandro y a su nuera Anita, una familia encantadora por su sencillez y simpatía; al Dr. Polidura; a la familia de Rivas, de Sevilla; a Esperanzita Infante, de Toledo; a los hermanos Ponsac, de Barcelona; al Dr. Vélez; a la Sra. de Delgado y otras. Como aún no había tranvías eléctricos a Santander y el otro servicio era limitado hacíamos por la noche vida de Hotel con reuniones familiares, pasándolo muy bien. De vez en cuando se organizaba una excursión a Solares o la Fuente del Francés, a Liérganes o simplemente al

Astillero para ir a comer las ricas sardinas envueltas en hojas de parra en el Cordón Bleu. Fué una temporada inolvidable.

A primeros de Agosto regresé a Ciudad Real para pasar con la familia las fiestas patronales, que, sencillas y muy pueblerinas como siempre, tenían el encanto de la intimidad y el entusiasmo



CIUDAD REAL.—El Prado en 1895

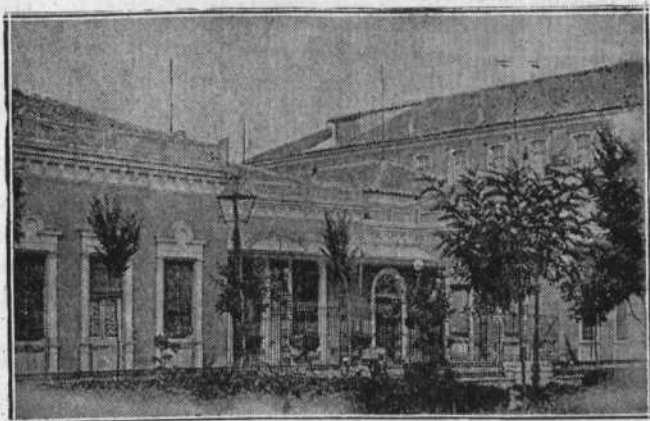
de la patria chica. Era alcalde D. Manuel López, un militar retirado de mucho respeto, y síndico D. Felipe Carnicero, de la misma carrera. Nada de singular mención hubo en las fiestas, aparte de las delirantes manifestaciones populares al paso de la Virgen del Prado en las dos procesiones, y a su salida y entrada en el templo.

Con inmensa fe íbamos cuatro cofrades al lado de la carroza haciendo que ésta caminase despacio para que todo el mundo pudiese rezar y exponer sus cuitas a la excelsa Reina de los cielos. En la procesión del día 15 íbamos en esa guardia de honor cuatro Pepes: Alcázar, Martín Serrano, Medrano y yo.

La terraza del casino a pesar de su verja jaulera tenía sus encantos, porque el centro de reunión en las noches del verano era entonces el Paseo del Prado.

El juego atraía mucha gente al Casino y aún recuerdo que no obstante triplicar una tarde de toros el 32, ganó la banca una fortuna. De Enero a Enero el dinero es del banquero.

Escurridos mis pobres bolsillos una de las noches, en vez de blasfemar como otros, fuime a uno de los bancos que había dentro de los jardines y me puse a soñar despierto pensando en el Ciudad Real de otros tiempos, en el Ciudad Real antiguo, en lo que fué y es el pueblo de mis mayores, y veía a la villa de Alfonso el Sabio, ciudad después por Juan II, con sus gruesas y elevadas murallas y sus ciento treinta torres. Doy un paseo in mente después de comer, y veo la puerta que dá al camino real de



CIUDAD REAL.—El Casino en 1895

Granada que cuenta con dos torres un poco separadas pero de recia fortaleza, sigo por un camino de rastrojos, y paso por la de Alarcos que mira a la antigua Larcuris y que forma con sus torreones un cuadrángulo muy anchuroso; tiene las armas reales por escudo y cuatro soberbias guardas en la "quaternion" de sus torreones. Avanzo en el paseo a la derecha hasta llegar a la de Santa María, una de las más sencillas aunque con naturales defensas que indica el principio del camino que conduce a la antiquísima población de Santa María del Guadiana. Continúo pegado a la muralla, y me encuentro con la de Toledo, que es la única que hoy dá idea de lo que fué. Avanzo en el paseo y el tufillo de los terreros me hace taparme las narices pero aun así contemplo la hermosa puerta de Calatrava con su anchurosa torre

que guía al viejo recinto de sus caballeros, y en la cual hay dos tránsitos divididos o una puerta dilatada del más bello estilo; sigo a ras de la muralla y llego a la de la Mata, que mira al sol que sale, y es una de las más principales, a la que guarnecen dos torres, y en su mediación al exterior de la ciudad está también el escudo de nuestros Catholicos Reyes, y por la parte de dentro, encima del arco de la puerta un altar donde se dice misa los domingos. En la continuación de la muralla diviso dos enormes torreones, pero es la caída de la tarde y penetro en la ciudad. Es la hora del chocolate conventual. Llego a Santo Domingo, antigua sinagoga mayor, y haciendo uso de la invitación que tengo voy a penetrar en el convento. En la puerta está parado el Conde de Montes Claros chicoleando a una bella beata que sale del templo y que con pasos ligeros y menuditos se dirige hacia la calle de Loaisa (hoy Lirio). Ambos entramos juntos. Nos recibe el P. Velázquez quien con sonrisas y zalemas nos lleva al sitio de la merienda. Se han anticipado a nosotros tres caballeros y dos señoras. Es gente principal, D. Angel de Coca y Reguera y su esposa D.^a Mencía Bermúdez y Mexía, y D. Rodrigo Treviño Villaquirán y sus hijos Pedro y María de Alarcos. Saboreamos el rico chocolate con rica tarta y bizcochos del prior. Agradeciendo el yantar vespertino a la atenta comunidad, me despido y por la calle de las Madrilas entro en la espaciosa plaza del Torreón (hoy desaparecida) con sus cuatro gigantescos álamos y cinco o seis acacias. Unos pequeñuelos corretean por allí y yo me dirijo a mi casa para descansar, y otro día continuaré la excursión a través de los siglos con la sombra del pasado.



XVI

Daimiel, pueblo acogedor.—Don Mariano Pinilla.—Don José Silvestre.—La Pitacúa.—El tresillo de Laliga.—Porrazos y bailes.—Una pretensión justificada.—La primera “caricia” de “mi” Claustro.—Una frase de Cánovas.—Victoria final.

Aunque afirma un antiguo dicho popular que “de Daimiel ni hombre, ni mujer, ni el polvo si “pué” ser”, yo certifico lo contrario, alabando la hidalguía de aquel gran pueblo, acogedor como pocos, y donde el forastero es objeto en todo momento de halagos y consideraciones de imborrable recuerdo. Un patricio daimieleño de respeto y autoridad, don Mariano Pinilla, llevóme de profesor al Colegio de segunda enseñanza. Dirigía este centro estudiantil don José Silvestre, dómine moderno, fiel cumplidor de sus deberes en el difícil cargo que le estaba encomendado. Entre él y yo dábamos las clases de Letras. Desempeñaba las de Ciencias D. Gregorio Villagrasa, un baturrico muy culto y muy afi-



DAIMIEL.—Plaza Mayor

cionado al baile de la jota, que hoy es catedrático en el Instituto de Albacete. Y como el daimieleño por regla general es

inteligente sacamos una buena hornada de alumnos. El Colegio estaba entonces instalado en la magnífica vivienda que hoy habita Joaquín Pinilla, en la calle del General Espartero.

Villagrasa y yo nos hospedábamos en casa de la "Pitacúa", en la calle de la Tercia, casa sin pretensiones, donde una suculenta y abundante comida hacía olvidar la de los mejores Hoteles. La "Pitacúa", viejecita bondadosa, hacíanos objeto de infinitas atenciones, lamentándose siempre en sus charlas de que su hijo se hubiera hecho veterinario y no "cratedático". La pobre mujer que tan alto concepto le merecía nuestra carrera, estaría satisfechísima si viviera hoy al ver que su nieto D. Francisco Hernández Borondo es sabio catedrático y Rector de la Universidad de La Laguna.

Con más cultura que vista era juez de instrucción D. Mariano Laliga, y en sus habitaciones particulares reuníanse por la tarde algunas de sus amistades y se jugaba al tresillo. El docto juez y su bella señora hacían con gran esquisitez los honores de la casa.

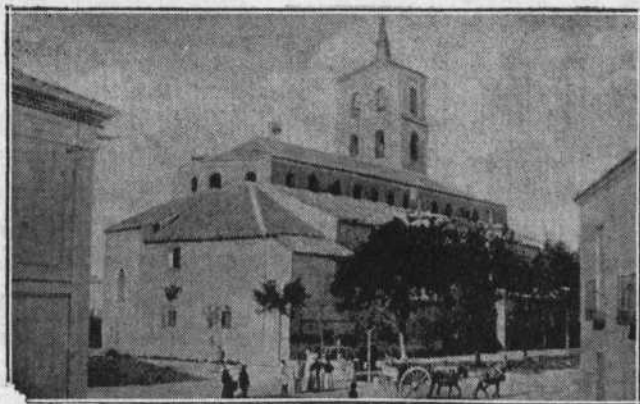
La estancia en Daimiel resultaba agradabilísima. Había mucha sociedad, improvisándose con frecuencia bailes y reuniones, siendo manjar obligado el porrazo, sabroso dulce de almendra, especialidad del pueblo.

Anunciada a concurso una plaza de profesor auxiliar supernumerario gratuito en el Instituto de Ciudad Real la solicité, a pesar de su importancia negativa, por el deseo de entrar en un escalafón del Estado. Creía sumamente fácil este asunto y no me preocupé de él, y sólo por cortesía escribí una carta al director del Instituto D. Federico Galiano, antiguo catedrático mío. Pasó algún tiempo y en uno de los viajes a Ciudad Real inquirí noticias y mi sorpresa no tuvo límites. Habíamos concursado la plaza un Sr. Huertas, de Cádiz, D. Francisco Mauri Vera, de Daimiel, y yo. Los tres éramos Licenciados. Tenía yo de ventaja sobre ellos el expediente académico, el tener aprobadas las asignaturas del Doctorado, y contar con servicios en la enseñanza privada, y, sin embargo "mi" Claustro me hizo la primera "caricia", poniéndome en último lugar, en la propuesta que elevó a Madrid. Y es que estando en la Mancha, país de típicos refranes, pensaron sin duda en el que dice "quien bien te quiere te hará llorar... o por lo menos tener contrariedades". Y yo a mi vez recordé "que nadie es profeta en su tierra", pero como "no hay mal que por bien no venga" decidí "deshacer el agravio, y ende-

rezar el entuerto". Conté el caso a Silvestre, y este noble amigo con su gran corazón animóme a ello dándome permiso ilimitado para ir a Madrid a realizar las oportunas gestiones. Perdí las esperanzas en la Dirección General: era cosa de Nieto, cacique máximo de la provincia, ayudado por el poderoso magnate conservador Sr. Conde de Vilana. Fuí a ver a Luis Felipe Aguilera y prometió ayudarme, recomendándome en carta que firmaron los otros diputados y senadores ministeriales que eran aliados suyos. Regresé a Ciudad Real, donde estaba de gobernador don Juan Fernández Yañez, y este insigne manchego que, como dijo Zaldívar, "había estudiado en el Infierno", se indignó también pero todo sonriente escribió una carta y me tranquilizó diciéndome:

—Vuelva a Madrid y entregue esta carta a Morlesin, secretario particular del Sr. Cánovas, Presidente del Consejo de ministros, y de paso visite otra vez a Luis Felipe Aguilera, para que él y los otros representantes en Cortes insistan personalmente en la recomendación.

En la carta escrita por Yañez, de su puño y letra, decía a Morlesin que yo era persona de su mayor efecto y que se trataba de una venganza política.



DAIMIEL.—Iglesia de Santa María

Hice lo que me dijo D. Juan, pero antes de ir a casa de Aguilera fuí a la Dirección General donde supe que Vilana había ido en persona a recomendar a Mauri Vera y que estaba acordado su nombramiento.

Cuando se enteró Luis Felipe Aguilera soltó un terno y citó a urgente reunión a los diputados y senadores conservadores, con excepción del Sr. Conde de la Cañada que estaba inteligenciado con Nieto, conviniendo en ella el ir juntos a entrevistarse con el Presidente del Consejo. Cuando Cánovas los vió y supo lo que pretendían no pudo por menos de exclamar:

—Tanto aparato para cosa tan pequeña. ¡Ni que se tratase de la mitra del Priorato!...

Y malhumorado los despidió asegurando que estudiaría la petición.

Pero al marcharse los representantes en Cortes "remachó el clavo" Morlesin explicándole la entraña del asunto, y... yo fui nombrado y se me concedieron las prórrogas que pedí para poseionarme del cargo. El conde de la Cañada no intervino para nada en esta cuestión. Entregóme la credencial el diputado por Almagro señor Gómez Robledo, y el 4 de marzo del 97 abandoné Daimiel para ocupar la nueva plaza.

De mi actuación en ella, y de lo que aconteció después daré cuenta en el siguiente capítulo.

XVII

Clases a granel.—Trabajos periodísticos.—Oposiciones a cátedras.—Navarro y Ledesma.—Su valía.—Primera edición de mi "Hernán Pérez del Pulgar".—El grado de Doctor.—Mis relaciones con "El Imparcial".—Catástrofe de Caracollera.—El Director de la Compañía ferroviaria Mr. Nathán Sús contesta a mi información.—Réplica de Eduardo Muñoz.—El chasco de un comerciante de Cózar.

Tomé posesión de la Auxiliaría supernumeraria gratuita del Instituto de Ciudad Real y desde primero de octubre tuve clases a granel por ausencia o enfermedades de los catedráticos. Al

principio hacía a gusto pero la ardua labor llegó a cansarme. Normalizada la situación pude atender a mis aficiones periódicas, sin desatender mis deberes profesionales. Era ya correspondiente de *El Imparcial*, el gran diario madrileño, escribía en *La Tribuna* y otros colegas locales sin olvidar a mi semanario *El Adalid Manchego*. Recuerdo una croniquilla que me insertó *La Tribuna* que dió mucho juego por una molestia inconcebible. Se trataba de una orquesta mixta organizada para los bailes de máscaras que yo titulé "La bandi-orquesta", por componerse de instrumentos de cuerda y de metal; pero los músicos se incomodaron mucho por creer que yo la llamaba "Orquesta de bandidos".

Casi sin preparación y sólo por entrenarme tomé parte en las oposiciones a las cátedras de Literatura de los Institutos de San Isidro, Badajoz y Teruel. Firmamos setenta y ocho, y aprobamos los ejercicios veintidós, de los cuales veintiuno, en sucesivas oposiciones, fuimos catedráticos. Destacóse entre todos y ocupó, muy merecidamente, el número uno Francisco Navarro y Ledesma, perteneciente al doctísimo cuerpo de archiveros y notable escritor.



**Don Francisco Navarro
y Ledesma**

Paco Navarro hizo unos ejercicios verdaderamente extraordinarios que causaron la admiración de todos. En el escrito desarrolló tan magistralmente el tema tocado en suerte "Lope de Vega como autor dramático", que al aproximarse ahora el centenario del glorioso Lope no estaría de más que se publicase para darlo a conocer. Serviría de homenaje a Lope de Vega y al propio Navarro y Ledesma. ¡Lástima grande que la vida de este insigne toledano fuese tan breve que dejara sin terminar su "Historia de España" que hubiera sido una joya más de su brillantísima producción literaria!

Con Paco Navarro me unió siempre estrechísima amistad. Primero colaborando en uno de sus periódicos donde publiqué, pedido por él, un trabajo acerca de la mujer manchega con la foto de una bellísima señorita de Tomelloso: la Srta. María Cañas; y después cuando ya fué catedrático de San Isidro y yo Auxiliar

del mismo Instituto identificado por completo con su método de enseñanza.

En dichas oposiciones se dieron también a conocer Julio Nombela, Manuel Sandóval, Eloy García de Quevedo, Fernando Romero, Heliodoro Carpintero, Braulio Tamayo, Victoriano Poyatos, José Rogerio Sánchez, Luis Alvarez Morete y Juanito Fernández Amador de los Ríos, que luego fueron valores positivos de la enseñanza.

Deseando enaltecer a uno de los prestigios de mi tierra hice mi obra "Hernán Pérez del Pulgar, el de las hazañas", hijo ilustre de Ciudad Real, obra que dió a la publicidad la Diputación, y, desdeñando otros temas de más lucimiento, de ella saqué mi tesis doctoral, uniendo así el nombre de la Mancha al remate de mi carrera.

Fué ponente en el grado de Doctor, D. Fernando Brieva y presidente del Tribunal D. Juan Ortega Rubio.

Volví a Ciudad Real satisfecho y con encargo de *El Imparcial* de hacer breves crónicas con los progresos y necesidades de los pueblos más importantes de la provincia, reanudando de este modo mis tareas periodísticas.

Al regresar de uno de estos rápidos viajes ocurrió la catástrofe de Caracollera: un descarrilamiento con vuelco de coches de viajeros cerca de dicha estación. Murió una mujer y resultaron varios heridos. Mandé a *El Imparcial* amplia información, y llevé a la mano otros datos complementarios. En carta dirigida a *El Liberal* rebatió lo dicho por mí el propio director general de la Compañía de M. Z. A. Mr. Nathán Sús, quien aseguró que las traviesas eran nuevas y los railes estaban en perfecto estado.

Al leerlo Ortega Munilla, el llorado maestro, encargó a Eduardo Muñoz que hiciese la réplica y este ingenioso compañero después de referir lo dicho por Nathán Sús, terminó con el siguiente comentario:

—Quedamos, pues, en que la catástrofe ha ocurrido por estar la línea demasiado bien.

Este y otros hechos hicieron más íntimas mis relaciones con *El Imparcial* y mayor la estimación que el gran diario me dispensaba.

En estos viajes a Madrid solía hospedarme en una fonda barata que había en el 80 de la calle de Atocha, donde concurrían otros manchegos. Una tarde al entrar en la fonda me dió

cuenta un camarero del timo por el procedimiento del entierro que aquella mañana habían dado en las inmediaciones a un comerciante de Cózar, que se hospedaba en la casa. No había terminado la explicación cuando se presentó la víctima, y todo compungido me relató el hecho. Basta que se tratara de un manchego para que haciendo mío su natural interés me propusiera indagar el paradero de los timadores.

—Véngase conmigo—le dije.—Y me lo llevé a la Delegación del distrito del Hospital. Era secretario de ella Ramón Fernández Luna, manchego también y muy especializado en su carrera policíaca.

Enterado del asunto Fernández Luna mandó retirarse al timado indicándole la conveniencia de que en unos días no se diera a vistas. Y ya solos los dos me llevó a una taberna que había a la entrada de la calle de San Eugenio. Vernos el tabernero y hacer la mar de saludos y zalemas a don Ramón todo fué uno. Tenemos que hablar—le contestó Luna—y al instante pasamos a la trastienda.

—¿Qué “pájaros” había esta mañana por aquí?

—El Perico y el Bocanegra—musitó el tabernero—.

—¿Y no había ningún otro?

—No.

—¿Seguro?

—Segurísimo.

—Pues eso es lo que quería saber. Adiós—dijo Luna.

Y al marcharnos aún insistió el tabernero en que tomáramos algo.

—Gracias, no puede ser—contestó don Ramón—tenemos mucha prisa.

Ya en la calle me comunicó Fernández Luna su impresión, diciéndome:

—No vamos a rescatar el dinero, o por lo menos lo creo muy difícil pero lo intentaremos. Vaya enseguida a visitar a Liniers, que es el Gobernador civil. Diciendo usted que es periodista le recibirá en el acto, y le pide, después de enterarle de todo, que le recomiende a Machero, el Delegado del distrito de la Inclusa, que en ese distrito está la clave... y con lo que hagan o le digan viene a verme a mi Delegación donde le espero.

La cosa salió como estaba planeada. Liniers con todo interés habló por teléfono con Machero y a los cinco minutos me re-

cibía éste. Siguiendo las instrucciones de Luna le dije que el robado había regresado al pueblo y me guardé muy bien de indicarle quien era el inspirador de los pasos que yo daba. Machero se espontaneó conmigo diciéndome:

—Tengo en esta Delegación un inspector el señor A. que seguramente conoce el asunto en sus intimidades. Voy a llamarlo y usted repite que el timado se fué ya al pueblo, y lo descubriremos todo.

A la llamada de Machero se presentó en su despacho dicho inspector y con cara de extrañeza escuchó el relato, pero parecióme que se le alegraba el semblante cuando se enteró de la ausencia de la víctima. Pues si no manda otra cosa—dijo el inspector—voy ahora mismo a realizar pesquisas.....

—Sí, sí vaya enseguida—le contestó Machero. Apenas salió el inspector A. ordenó Machero a un ordenanza de su confianza que le siguiera para averiguar quiénes eran los ladrones, porque estos—añadióme Machero—estarán ocultos y el otro vá de seguro a decirles que salgan ya a la calle porque no hay cuidado de que nadie les delate.

Así fué. Media hora más tarde sabía Machero que se trataba del "Perico" y el "Bocanegra" y fácilmente pudo prenderlos.

Ya en su presencia y antes de hacer comparecer al secretario que había de formalizar el atestado, les instó a que dijeran la verdad:

—Pues la verdad es—le contestó el "Perico"—que esta mañana por nuestro sistema del entierro hemos afanado la cartera de un hombre en el paseo de las Acacias, aunque comenzando el engaño en la calle de Atocha...

—Y que la cartera contenía tres mil pesetas—añadió Machero.

—Cá, no señor objetó el "Perico"—sólo encontramos en ella cinco mil reales, de los cuales hemos dado quinientas pesetas al Inspector señor A., cincuenta duros en la taberna del Manco, de la calle de Embajadores, que debíamos de cocidos, veinte duros a las parientas y cuatrocientas pesetas que tenemos aquí y que ponemos a su disposición... pero hemos de advertirle que el pajarraco desvalijado creyó hacer un buen negocio por entender que nosotros le dábamos en cambio dos mil duros en billetes franceses... que eran de anuncios.

—Bien, bien—dijo Machero.—Y dirigiéndose a mí añadió:
—Ya vé lo que hay. Indagaremos, inquiriremos hasta agotar el palo y... veremos.

Fuí a contar lo ocurrido a Fernández Luna y luego supe que en la declaración oficial que prestaron los timadores, éstos negaron en redondo.

—Apuremos el cáliz—añadióme Fernández Luna.—Vaya al Juzgado de Guardia para pedir que se ordene un registro domiciliario.

Fuí al Juzgado. Estaba de guardia el de Palacio. Eran las dos de la madrugada. Y al decir al alguacil mi pretensión éste me contestó:

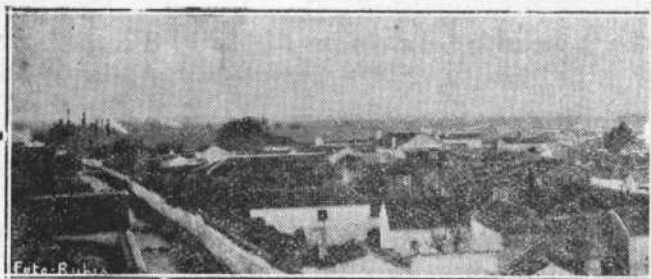
—El señor Juez está descansando y me ha dicho que mientras no haya sangre o fuego que no se le llame.

Nervioso y rendido ante las cosas que veía fuí a cenar y acordándome de mi amigo Alejandro Bustamante, abogado fiscal de la Audiencia de Madrid, que vivía en la calle del General Castaños, cerca del Juzgado, opté por no acostarme y a las ocho de la mañana le visité y me dió una carta para el Juez de Guardia. Este comisionó por fin al Inspector Sr. Puebla, que luego se hizo famoso porque fué el que acompañaba a Cánovas cuando le mataron, para que en mi presencia se hiciera un registro en los domicilios del "Perico" y el "Bocanegra" situados en los barrios bajos. El "Perico" habitaba en la calle del Mediodía y tenía una casa admirablemente puesta y había en ella una mujer hermosota, típicamente chulona del Madrid castizo. Ni en uno, ni en otro domicilio encontramos dinero.

Total que el incauto comerciante de Cózar se llevó soberano chasco porque hizo un mal negocio y que yo pasé una noche tolerable por querer servir a un manchego.

XVIII

Argamasilla de Alba.—Eclipse de sol.—La galera de Pérez Cabello.—El astrónomo Mr. Deslandres.—Don Luis Montalbán.—Personajes del "Quijote".—Trenes especiales desde Madrid.—La Infanta Isabel.—El general Martínez Campos.—Desidia manchega.—Presenciando el eclipse.—Regresan los expedicionarios venidos de Madrid, y yo retorno a Argamasilla.—Los guisos de Durand.—Luis Gabaldón y sus cuentos.

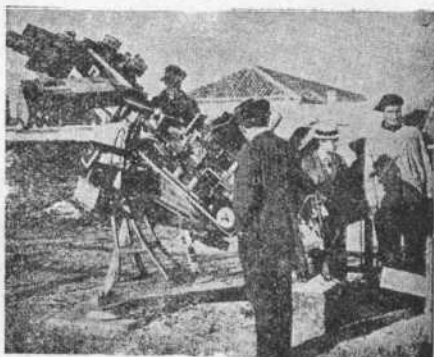


ARGAMASILLA DE ALBA.—Vista parcial

Inspirábame Argamasilla de Alba, antes de conocerle, la más viva simpatía; de aquí que cuando *El Imparcial* me ordenó que fuese a dicho pueblo a presenciar el eclipse de sol, anunciado para el 28 de Mayo de aquel año (1900), en funciones de corresponsal, hice el viaje contentísimo, no obstante llevar reciente luto. Salí de Ciudad Real en el mixto del 26, y en Manzanares tuve la suerte de utilizar la comodísima galera del opulento propietario don Joaquín Pérez Cabello, galantemente invitado por su dueño, galera que tirada por briosas mulas nos llevó en muy poco tiempo.

Cuando llegué a Argamasilla estaba ya instalando sus aparatos en el huerto de Amat el sabio astrónomo francés Mr. Deslandres.

...ra alcalde de Argamasilla don Luis Montalbán, hombre muy culto y activo, pero algo neurasténico, que me ayudó mucho en el desempeño de mi cometido. Con él, se puede decir que visité

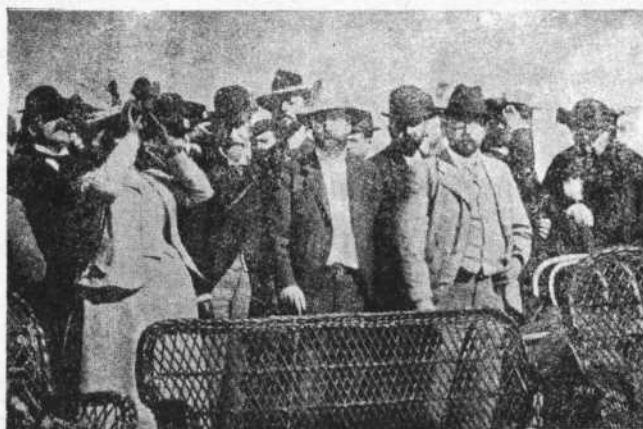


ARGAMASILLA DE ALBA.—Mr. Deslandres instalando sus aparatos

el pueblo todo y conocí de carne y hueso a no pocos personajes de la inmortal obra de Cervantes. Había un administrador de consumos, cuyo nombre no recuerdo, que era la efígie del gran Caballero. Hablé varias veces con el teniente de alcalde don José Valverde y saqué la impresión que departía con el propio Sancho Panza. Sus dichos, sus agudezas, sus refranes eran los mismos, Pues, y aquel otro que luego habló con don Luis y conmigo no cabía duda que era Maese Nicolás, y hasta dos zafias y desenvueltas mozas que deprisa caminaban hacia las afueras parecieronme la Tolosa y la Molinera y hasta creí escuchar la reposada voz de Don Quijote y decirlas: “non fuyan las vuestras mercedes, ni teman desahuisado alguno.....”

En la misma galera que me trajo a Argamasilla fuí el 28 a la estación del ferrocarril. A poco llegaron dos trenes especiales de Madrid. El primero era de lujo y en él venían a presenciar el eclipse la infanta Isabel, el ministro de Hacienda Sr. Fernández Villaverde, el general Martínez Campos y otros distinguidos viajeros. El segundo tren sólo traía coches de segunda y tercera. Sentíase un calor estival y sin embargo por la desidia manchega en los andenes no había ni un puesto de refrescos. La infanta Isabel, llevada de su democrático carácter y teniendo sed alzó

con sus manos el pequeño botijo que vió en la puerta de la sala de aparatos y después de beber a chorro lo ofreció al ministro y a Martínez Campos que bebieron también.



ARGAMASILLA DE ALBA.—Terraza del Sr. Disdier en la estación del ferrocarril desde donde la Infanta, su acompañamiento y los periodistas presenciábamos el eclipse

En la terraza de la fábrica del Sr. Disdier se acomodaron parte de los viajeros del tren de lujo entre ellos la Infanta y su comitiva. En la foto que publico se vé á Doña Isabel preparándose a ver el eclipse; detrás está el Ministro y a su lado el Sr. Alonso Coello, y los periodistas llegados de Madrid y Ciudad Real. A Martínez Campos le ofrecieron una silla pero prefirió ver el fenómeno sentado en una cuba. Llegó el momento. El espectáculo era imponente, inenarrable; los tonos de luz, las sombras que proyectaban nuestros cuerpos, la carencia de los rayos solares producían cierto desasosiego, aún sabiendo lo pasajero del hecho.

Los viajeros de Madrid regresaron satisfechísimos y nosotros tornamos al pueblo de Argamasilla, invitados a un vino de honor por el alcalde. Cené con Mr. Deslandres. Este sabio astrónomo francés tenía las simpatías por arrobas y era un refinado gourmet. Además de los diversos aparatos de su profesión, un soporte ecuatorial para mover doce instrumentos y una serie de telescopios de gran potencialidad, traía un largo bajaje de viandas y bebidas y un

excelente cocinero, Aquiles Durand, que luego fué fondista de la Estación del Mediodía de Madrid. En el menú se vió su exquisitez: un potage, conchas de mariscos, salsifi, el rico salsifi parisién, avutarda guisada con cognac, y pollo asado; chánmpagne Cordon Rouge; dulce, postres, café y benedictine. Hubo brindis entusiasmas por España y Francia. Deslandres con modestia y afabilidad nos dió cuenta de sus observaciones.

Después de cenar fuimos a la señorial mansión de D. Juan Antonio Millán donde pasamos una inolvidable velada, que se prolongó más de lo debido por que algunos de los concurrentes tenían que hacer hora para ir a tomar el expreso. Se habló de todo un poco con la discreción que aconsejaba la presencia de distinguidas damas. Hizo el gasto con sus ingeniosa charla Luis Gabaldón, el notable escritor madrileño, y nos dió a conocer una serie de cuentos que agradaron a todos. El último fué el que más intrigó, especialmente a las señoras. Lo referiré a mi modo.

En nuestro días hubo en Madrid un señor de barba blanca, de grave continente y elevada alcurnia—decía Gabaldón—que tenía un perro de caza y... nada más, y al decir esto, daba a entender que ocultaba algo.

—Siga, siga—exclamamos todos.

—Pues como he dicho—repitió Luis—que recientemente había en Madrid un señor respetable, con el rostro cubierto de nieve, que ocupaba preeminentes puestos y que tenía un perro de caza... Nueva parada y nueva intriga. Y en el gesto y en la voz y en el ademán Luis incitaba nuestros deseos de que continuara, hasta que por fin dijo:

—Pues nada que he conocido en Madrid un simpático vejete de elevada posición que tenía un perro de caza. Este es el cuento.

“Pá” matarlo. Bien nos tomó el pelo Luisito. Y la risa fué tan grande como la decepción.

A Deslandres y á los periodistas nos obsequió al otro día el Ayuntamiento con una suculenta comida en el huerto de Amat, comida que dirigió también el cocinero del astrónomo.

Recuerdo imborrable tendré siempre de mi breve estancia en Argamasilla.

XIX

Veraneando en la llanura.—Una excursión a Fuensanta.—Elena Fons.—Paseos nocturnos por la villa de Alfonso el Sabio.—El barrio de la judería.—Recuerdos.—Los Terreros.—Su desecación.—La obra del cardenal Lorenzana.—Don Agustín Salido.—Sus tres ideas sublimes.—El Ayuntamiento del 68.—Nuevas Casas Consistoriales.—Cuadro histórico.—Una fecha memorable.—Hay que honrar la memoria de Ernesto Walter.—Extraordinario de “El Eco de la Mancha”.—Dos redondillas de don Federico García.—Página manchega de la revolución del 68.

Aunque parezca un contrasentido el veraneo en la llanura manchega tiene también sus encantos, siempre que se haga a gusto, como turista, sin necesidades apremiantes. El atardecer, la serenidad de la noche, la incomparable madrugada son momentos de intenso goce estival, como no se siente nunca a dichas horas en la montaña, ni a las orillas del mar. Y aún en el centro del día cuando el sol atosiga, si se busca la sombra de una alameda, oyendo los cánticos de los pájaros, ante un panorama de abundante luz, entre grandes horizontes, se conforta el espíritu con las múltiples tonalidades que contempla la vista.

Así me hablaba, en el regreso de Argamasilla, un distinguido escritor francés conocedor como el que más de las mejores playas y de los pueblos más veraniegos de la sierra.

Y participando yo de su opinión decidí pasar en Ciudad Real los meses del estío. Y si he de decir la verdad me fué muy bien.

En julio, invitado por un amigo, hice una excursión al balneario de Fuensanta donde me presentaron a la bella y eminente diva Elena Fons, que cantó varias romanzas de un modo magistral. Hubo después animado baile, que se prolongó hasta bien entrada la noche.

En las notas de mis recuerdos tengo también fiestas campestres en las alamedas de Sancho Rey y Villadiego, matinales en Torrecilla y amaneceres deliciosos en la terraza del Casino y en el paseo del Prado. Algunas noches discurrí por las calles de la antigua villa de Alfonso el Sabio recordando detalles históricos, mientras la población dormía. Una de esas noches la dediqué al barrio de la Judería. Entré por la calle de Calatrava en la de Leganitos (hoy Castelar), seguí por



CIUDAD REAL.—Puerta de Toledo
(Interesante foto de mediados del siglo XIX)

la de la Libertad, que antes se llamó de Barrionuevo, no sin echar antes una mirada al Compás de Santo Domingo donde estuvo la Sinagoga mayor. Se ha dicho sin fundamento serio que en dicha calle del Lirio estuvo el Tribunal de la Inquisición en los dos años, de 1483 a 85, que duró ésta en Ciudad Real, y tal aserto

lo rebate con razones Ramírez de Arellano. Al pasar por la de la Cruz Verde, representóseme el típico carácter de las viviendas judías, de construcción singular, de aspecto miserable y sucio; y creía ver al clásico hebreo con su larga túnica y su gorro a la cabeza, y a las mujeres de la raza con pañuelos de vivos colores al cuello, tomar repetidas píldoras de antimonio para ser gruesas; y me pareció que cuestionaban los judíos de "señal" con los conversos y que éstos decían:

"Por la señal
de pito canal
comí tocino
no me hizo mal..."

Pero no, no había nadie, el silencio era absoluto. Parecía que tornaban los tiempos de antaño en que sólo aire de muerte se respiraba por el barrio, por las defunciones que producían las lagunas de los Terreros y por la dureza de aquél Inquisidor que se llamó D. Fernando Sánchez de la Fuente, que luego fué Obispo de Córdoba, y que en los dos años que estuvo en Ciudad Real mandó quemar a cincuenta y dos judaizantes.

Ante la iglesia de Santiago, y aprovechando la luz de la luna contemplo por unos momentos el templo más antiguo de Ciudad Real, con su torre, que en tiempos debió ser torreón de defensa y con su campana primorosa del siglo XV, y con sus dos portadas no por ser sencillas carentes de interés. Recuerdo el interior, lamentando el que aún sigan incólumes las antiestéticas bóvedas de carrizo que tapan el suntuoso artesonado o armadura de lazo de a cuarto, del siglo XIV, que de estar al descubierto sería esta iglesia una de las más notables de la Mancha.

Sigo el paseo. Salgo al campo por la calle de Calatrava. No existe todavía la Granja, pero hay bancos de piedra no lejos de unos álamos. Canta el ruiseñor, sopla ligero cierzo, descanso un rato reconcentrando mi atención en el cambio operado en aquellos terrenos que durante siete siglos fueron pestilentes y mortíferas lagunas..... Pasan y cruzan procesiones de galeras cargadas de mies que van a las eras, produciendo su paso ensordecedor ruido con el estridente choque de sus chapas.....

Regreso a la ciudad sin olvidar la histórica tragedia de los Terreros. Conozco detalles, pero quiero completarlos...

Al día siguiente en cuanto dan las nueve de la mañana voy al

archivo municipal, donde se guardan las actas del Concejo. Pepe Alcázar, el culto y laborioso Secretario, me dá facilidades para buscar lo que deseo, con la particularidad de que no sólo encuentro lo que busco, sino que hallo también el historial de las Casas Consistoriales y como lo conceptúo interesante lo anoto asimismo en el libro de mis recuerdos.

La primera Casa Consistorial que se conoce estaba situada frente por frente al actual Ayuntamiento, en la llamada Alcaná de San Antonio, edificio que ardió en 1396, quedando el pueblo sin casa solariega. Los ediles reuníanse para celebrar sesión en el trascoro de San Pedro.



CIUDAD REAL.—Plaza de la Constitución en 1895

La manzana de casas, de la que formaba parte el edificio devorado por las llamas, constituía en sus pisos bajos las tiendas del comercio en su mayoría propiedad de los judaizantes, y se caracterizaban porque, sobre las puertas de entrada y debajo de los balcones, había tejadillos de medio metro de largo. La casa y tienda que forma esquina con la calle de Correhería (hoy Pablo Iglesias, donde está la farmacia de Calatayud) fueron confiscadas al judaizante Alvar Díaz y por donación de los Reyes, de 18 de noviembre de 1484, se dieron al pueblo para que construyera en ellas la Casa Consistorial, obra que tardó en realizarse por falta de recursos.

En el último tercio del siglo XIX, y aquí entra lo nuevo para mí, desde que fué nombrado Gobernador civil y Alcalde corri-

dor de Ciudad Real el insigne manchego don Agustín Salido y Estrada, planeó y ejecutó el hacer entre otras beneficiosas reformas, una nueva Casa Consistorial, la que hoy existe, y una vez realizados los trámites necesarios, el 23 de enero de 1868, organizó el Ayuntamiento un acto cívico, con asistencia de toda clase de elementos para poner la primera piedra del edificio. Interesante, curioso y digno de anotarse es el hecho de que entonces cuando se trataba de beneficios para la población se prescindía del matiz político y se contaba con todos y así se explica que en este acto como luego en lo de la desecación de los Terreros fueran unidos los isabelinos, con los carlistas y con los liberales que, como mi padre, formaban ya parte del Comité revolucionario que meses después había de dar al traste con la monarquía de Isabel II.

En la sesión celebrada por el Ayuntamiento el 29 de abril se hizo constar en acta los inmensos beneficios que venía reportando a este pueblo la feliz actuación de don Agustín Salido y se acordó con el mayor entusiasmo nombrarle hijo adoptivo de Ciudad Real, levantar un monumento que perpetuara su memoria y que se colocara su retrato en sitio preferente de las Casas Consistoriales.

El 6 de mayo leyóse también en sesión lo que contestó don Agustín Salido al anterior acuerdo. Es un escrito muy notable en el que resalta la sencillez y el patriotismo. Sólo transcribo sus tres ideas sublimes que en letras aureas debieran esculpirse en el salón de sesiones. Dicen así:

“Mi pensamiento al proponerme la desecación de los pantanos abrazaba tres ideas que con alegría veo como realizadas. Era la primera la de librar a este pueblo de ese foco de infección que tantas enfermedades originaba y tantas víctimas ha llevado al sepulcro. Era la segunda la de dar trabajo a tanto pobre como me lo demandaba para llevar pan a sus hambrientas y desconsoladas familias; y por último era mi tercera idea procurar el aumento de la población y de su riqueza urbana, que vienen en decadencia hace muchos años por esas malhadadas lagunas, padrón de ignominia y de descrédito para la ciudad, quedándome aún la esperanza de ver completado mi pensamiento con la transformación de aquellos insalubres lugares en frondosos y amenos paseos y alamedas”.

Los terrenos donde estaban las lagunas malditas eran riquísimas canteras de donde se estrajo la piedra para construir las

murallas, formándose aquéllas en el enorme barranco que quedó.



D. Agustín Salido

Varias veces se intentó cegarlas desistiendo siempre de la idea por la falta de recursos. En 29 de noviembre de 1775 se hizo por el Ayuntamiento una gran plantación de árboles en las inmediaciones y el Cardenal Lorenzana, gran protector de Ciudad Real, dió principio a las obras del terraplén que fueron continuadas por la ciudad, teniendo que suspenderlas a poco, y en 11 de mayo de 1777 se acude en razonada petición de numerario al Consejo de Castilla, pero ni el Cardenal, ni el Ayuntamiento, lo consiguen.

El Cardenal D. Francisco Antonio de Lorenzana, nació en León en 1722 y murió en Roma en 1804. Fué nombrado en 1772 Arzobispo de Toledo y desde entonces demostró con hechos su predilección por Ciudad Real. Cuéntase de él una anécdota a los pocos días de llegar a Toledo. Alguien que sin duda tenía miedo a

su inflexibilidad formó un anagrama con el apellido y escribió en la puerta de su Palacio:

Ya está aquí Ana Lorenza
¿hará aquí lo que en Sigüenza?
Y dicen que al leerlo él mismo escribió debajo:
No me llamo Ana Lorenza
que me llamo Lorenzana
haré aquí lo que en Sigüenza
y más si me dá la gana.

Los primeros pasos de D. Agustín Salido para acabar con las mortíferas lagunas produjéronle hondo pesimismo. El presupuesto hecho por los ingenieros elevábase a tres millones de reales. ¿De dónde iba a sacar tan enorme suma? Tuvo entonces una idea providencial; se avistó con D. Ernesto Walter, Inspector Jefe y

representante de la Compañía ferroviaria de Ciudad Real a Badajoz, y aquél señor, obrando con un interés que no le agradeceremos nunca bastante los vecinos de este pueblo, dió toda clase de facilidades e informó en tal sentido al Consejo de Madrid. El resultado fué estupendo. La Compañía cedió desinteresadamente la locomotora número 1 que lleva el glorioso nombre de Miguel de Cervantes para que porteara las tierras necesarias para la desecación, economizando así los gastos del transporte, y además proporcionó el material necesario para hacer una vía provisional que partiendo desde el paso a nivel del camino de Miguelturra y cruzando las alturas del Calvario llegase hasta las lagunas, facilitando el acarreo de las abundantes tierras de dicho altozano. La noticia fué recibida con delirante entusiasmo. Al fin, después de siete siglos, iba esta ciudad a verse libre de un foco de infección y de muerte, que era padrón de ignominia de sus habitantes. El 26 de enero del 68 se echó la primera paletada de tierra por D. Agustín Salido, con asistencia del Regidor síndico D. Ruperto Lozano y precedidos de músicas y pasando bajo arcos improvisados por el mismo pueblo entre vivas estruendosos y entusiasmo inenarrable, manifestaciones populares que siguieron hasta la madrugada disparándose cohetes y bengalas y tocando hasta enronquecer los músicos. Al día siguiente se dió ocupación a más de seiscientas personas. La locomotora arrastraba en cada viaje catorce vagones. El primer tren llegó el 16 de febrero. El 9 de junio desapareció por completo el agua de las lagunas. El 24 de julio conduce la "Cervantes" el último tren de tierra a la lagunilla titulada "La Longuera", y al día siguiente se dá remate a la obra, convirtiéndose en realidad lo que parecía un ensueño. Declárase "voto de ciudad" esta fecha en sesión memorable y el 26 pronuncia elocuentísimo sermón el párroco de Santiago D. José María Toledano y después de la función religiosa el pueblo todo, ricos y pobres, hombres, mujeres y niños después de engalanar la locomotora, van con ella hasta la estación en vibrante manifestación de entusiasmo tributando un homenaje apoteósico a D. Ernesto Walter, alma de esta grandiosa obra y hoy totalmente desconocido de esta generación. ¿No le parece al Ayuntamiento actual que es hora de perpetuar su memoria? El beneficio recibido es de tal magnitud que cuanto se haga es poco.

Igualmente debe conservarse en una lápida los nombres de los que formaban aquel Ayuntamiento: Alcalde corregidor, Don Agustín Salido; Regidor síndico, D. Ruperto Lozano; regidores,

D. Cayetano Clemente Rubisco, D. José María Rueda, D. Fernando Fernández, D. Vicente Trujillo, D. José Alcázar Pérez, D. José Vallhonrat, D. José Delgado Sevillano, D. Antonio Marina y D. Juan B. Borja; secretario, D. Tomás Hervás.



CIUDAD REAL.—Cuadro histórico

Fechado en 26 de julio de 1868 y firmado por A. Galbien hay en el Ayuntamiento un cuadro dedicado a D. Agustín Salido, en prueba de simpatía y admiración. Es un cuadro verdaderamente histórico donde se vé a la locomotora "Miguel de Cervantes" en el momento de llegar a los Terreros. En ella van D. Agustín Salido (1); D. José María Toledano, cura párroco de Santiago (2); D. Ernesto Walter (3); D. Fernando Vázquez Orcall (4); don Antonio Z. Vázquez (5); D. José Gabriel Balcázar (6); D. Federico García Laguna (7), y a su lado su padre D. Antonio, reputado médico de entonces; D. Cayetano Clemente Rubisco (8); D. Basilio Díez (9); D. Jacinto Díez (10); D. Pedro Saucó (11); y D. Ruperto Lozano que no he podido precisar cuál es. Junto a la máquina está D. Juan Obón y el autor del cuadro D. A. Galbien, sintiendo no saber quienes son los otros. La pareja de caballería son Coraceros de la Reina, del regimiento que guarnecía a Ciudad Real. Este cuadro estaba en el despacho presidencial y un alcalde lo "sacó" a la galería porque "era muy feo", como si en lo histórico influyera la belleza. Hace algunos años con motivo de una fastuosa verbena de Santiago se

levantó un arco alegórico en la plaza de Agustín Salido y se exhibió este cuadro agradando a todos. Honremos nuestras glorias para honrarnos nosotros y ser verdaderos representantes del pueblo. En Valladolid ocupa lugar preferente Pedro Ansures, y aquí Hernán Pérez del Pulgar, el de las hazañas, no ha pasado del despacho del Secretario, donde está también el de don Agustín Salido, a pesar del acuerdo de aquel benemérito Ayuntamiento del 68, y menos mal que está allí que, cuando se implantó el nuevo régimen, lo ví tirado en un cuarto trastero, ligereza cometida, sin duda alguna, por quien desconocía el valor de lo realizado por don Agustín Salido, hombre meritísimo que remedió como nadie el paro obrero, dando trabajo a todos y que al llevar a cabo su gran obra de saneamiento favoreció principalmente a las clases proletarias que en su mayoría son las que han habitado siempre el barrio de Santiago. Los retratos de Hernán Pérez del Pulgar y de don Agustín Salido y el cuadro de Galbien deben ir al salón de sesiones, por lo menos los dos primeros, donde está el del general Aguilera, a no ser que la Historia no sirva para nada y que se desdeñe a los que en tiempos antiguos tanto enaltecieron la patria chica.

El 2 de agosto del 68 un importante semanario *El Eco de la Mancha*, que comenzó a publicarse el 61 hizo un extraordinario dedicado a la gran obra que había transformado a Ciudad Real. De él entresaco las dos redondillas de don Federico García:

“Salido y Walter: sin cuento
gracias os dá mi emoción
a éste por la ejecución,
a aquél por el pensamiento.
Gracias también especiales
a los que enterrando el cieno
extinguieron el veneno
que causaba tantos males”.

También insertaba otras poesías de Joaquín de Zaldívar, Pedro Saucó, Fernando Merás, F. Moral Cañete y Carlos Mestre y Marzal, todas ellas de elogio y entusiasmo.

En un número del mismo periódico del mes de julio de 1862 encuentro interesante noticia acerca del desarrollo de las enfermedades producidas por aquellas pestilentes lagunas en los meses de excesivo calor. Dice así:

“Empieza la enfermedad con calenturas intermitentes, hacien-

dose perniciosas en algunas ocasiones, y degenerando otras veces en fiebres continuas que con facilidad toman el carácter tifoideo o dan lugar a infartos del hígado o del bazo, como consecuencia del empobrecimiento de la sangre. De una y otra forma originan numerosas víctimas.”

En septiembre de 1868, después de la batalla de Alcolea quedó triunfante la revolución y derrocada la monarquía de Isabel II. En la Capital fuera de un exaltado que burlando la vigilancia penetró en las Casas Consistoriales y arrojó por un balcón el retrato de la Reina no hubo nada digno de mención. El Presidente del comité revolucionario de Ciudad Real don Joaquín Ibarrola, siguiendo instrucciones del Gobierno provisional, dirigió una comunicación a los munícipes para que abandonaran el cargo, como así lo hicieron, quedando sólo los de matiz liberal, y entrando como nuevos don Juan Obón y don José Ruiz de León. Mi buen padre, don José Gabriel Balcázar fué a Soria de Gobernador civil; y don José Peñalver, Notario de este Colegio y asimismo Vocal del Comité revolucionario, a Zamora de Secretario del Gobierno.” Callos y caracoles” era la contraseña que tenían los del Comité de Ciudad Real para entenderse con los emisarios que venían de Madrid.



“El Imparcial”.—Gasset, ministro.—Impresión en el público.—La política hidráulica.—El pantano de Navarredonda.—Inauguración de las obras.—Recibimiento clamoroso en Fernancaballero.—Don José Ibáñez.—Banquete de la Diputación.—Anécdotas.—Regreso de Gasset.—Sus primeras contrariedades.

Venía siendo *El Imparcial* un gran periódico, de amplia información, austero, serio y enjuiciando todos los asuntos con la más firme serenidad. De ahí su inmenso valer y su extraordinaria importancia. Los Gobiernos sin distinción buscaban por todos los medios su apoyo y ninguno lo conseguía: aplaudíanse unas cosas y censurábanse otras, según el recto parecer del articulista. Cuando el crimen de la calle de Fuercarral en que murió alevosamente

doña Luciana Borcino, *El Resumen*, *El Pais* y otros periódicos buscaron el aumento de sus lectores armando ruido con la acción



popular. El diario de la calle de Mesonero Romanos permaneció en su puesto, sin torcer sus actuaciones, y a la postre recibió el asenso de una gran popularidad por su conducta. Otro asunto

muy discutido por entonces fué la cuestión foral de Navarra. *El Imparcial* pensaba en español, sin privilegios para nadie. Quemaban los paquetes del periódico al llegar a Pamplona. Era igual, *El Imparcial* siguió su campaña, y después no pocos navarros acabaron por darle la razón.

Pero surgió en la jefatura de un partido D. Francisco Silvela, fino, cortés, suave y melifluo en apariencia, pero ambicioso y de intención acerada en el fondo, hasta el punto de que alguien lo tituló la "daga florentina" por la finura con que hería al adversario.

Conocedor Silvela de la importancia de *El Imparcial*, quiso aprovecharse de ella al ocupar el Poder, ofreciendo la Alcaldía de Madrid a Rafael Gasset, director del gran diario. Gasset agradeció el ofrecimiento pero no lo aceptó, excusándose en sentida y patriótica carta. Esta decisión cayó muy bien en el público que vió con claridad la independencia de su periódico favorito. Pero llegó un día en que... Silvela atrajo a Gasset a la cartera de Agricultura. Publicó *El Liberal* breve artículo comentando el hecho, y el daño que se hizo a *El Imparcial* fué enorme. Devolvían los paquetes sin abrirlos, y gracias al talento macho de Ortega Munilla, periodista único, incomparable, se contuvo la catástrofe y volvió *El Imparcial* a ser lo que fué, demostrando que el nombramiento de Gasset era solo un episodio, que en nada influiría en los juicios del periódico.

De otra parte Gasset, con sus treinta y tres años y pletórico de nobles ideales, entró en el Gobierno, no para ser un ministro más, si no para desarrollar una labor constructiva que había de beneficiar a todos. Conocía de antemano el plan general de riegos del ilustre Cuerpo de Caminos y, comprendiendo su trascendencia y necesidad, lo hizo suyo. Había que aprovechar en beneficio de la agricultura el agua de los ríos que hasta entonces venía perdiéndose estérilmente. Y como ha dicho muy bien el conde de Gimeno, en un artículo publicado en "A B C", tan penetrado estaba Gasset de este ideal "que hablaba a todas horas de aquél despilfarro y de los medios de evitarlo. Soñaba con pantanos extensos como lagos, sólidas presas ciclópeas, canales kilométricos y miles y miles de hectáreas de terrenos esteparios e infecundos que el riego habría de convertir en llanuras lozanas". Al tremolar con tanta fe la bandera de la política hidráulica visibles simpatías le rodearon desde los primeros momentos, y todos esperaban mucho de

su gestión ministerial. Los primeros en aplaudir sus propósitos fueron el Presidente del Consejo y los compañeros de Gobierno, aplausos estos más de efecto que sinceros como demostraré después.



D. Rafael Gasset

Por suerte para la Mancha puso Gasset sus ojos en esta cenicienta provincia y hablando primero con el señor Terán, ingeniero jefe de Ciudad Real y después con D. Bernardo Granda encargó a éste que desglosase del plan general el pantano de Navarredonda, en Fernancaballero, y que el proyecto se ultimase e hiciese viable lo antes posible. Había que alimentar con urgencia las sedientas tierras de la Mancha. El encargo fué realizado, y, en septiembre, a los tres meses, se inauguraban las obras.

El recibimiento que se dispensó a Gasset en Fernancaballero fué realmente apoteósico. Todo el pueblo, no obstante distar dos kilómetros, le esperaba en la estación, prodigándole clamorosas ovaciones y entusiásticos vivas.

Al pie del sitio en que se iba a construir la presa habló en nombre de Fernancaballero el notable abogado de Ciudad Real D. José Ibáñez, quién emocionado pronunció elocuentísimo discurso agradeciendo la bienhechora iniciativa del ministro. Si Gasset hubiera vislumbrado entonces que, a pesar de tantos aplausos, rencillas de localidad, cuando no bajas pasiones, unas veces, y otras dilaciones o torpezas de las alturas, habían de hacer infecunda su idea o fosilizar sus buenos deseos, acaso hubiera desistido de su pensamiento o buscado otra provincia más sensible a los beneficios. Pero a Gasset le perdió siempre su nobleza.

La Diputación dió un banquete al ministro pronunciándose discursos entusiastas. Uno de los comensales que estaba a mi lado, no conocía por lo visto las ostras y quiso partirlas con tenedor y cuchillo como si fueran trozos de carne y... claro las conchas saltaron del plato, y fué tal la risa que me dió que por poco "descomo" lo comido. Hablando después de estas cosas me enteré de otras anécdotas de la casa que no dejan de tener gracia. Habían pasado muchos años. Discutía la Diputación el implantar o no en el Hospicio un gimnasio para los asilados. Defendía la implantación en extenso discurso Rivas Moreno. "Aquéllos niños—decía el orador—necesitan con verdadera urgencia la educación física, las prácticas de gimnasia". Pasóse a votar la moción y unos diputados contestaron que sí y otros que no, pero hubo uno, del distrito de Almadén por cierto, que nada decía y entonces el Presidente se dirigió a él preguntándole:

—¿Y usted, Sr. ¿qué vota?

—Que haiga títeres.

Transcurrió algún tiempo, era ya distinta la Corporación y había otro diputado, conservador, que se equivocaba siempre en las votaciones. Discutióse un asunto de primordial interés para su partido, en que había de decir "no" y él dijo "sí". Un correccionario le advirtió el error, aconsejándole que rectificara exponiendo su equivocación. Así lo hizo y el presidente siguiendo la fórmula volvió a preguntarle:

—Por fin ¿qué vota usted: sí o no?

—Yo, que sí.

Y volvió a equivocarse.

Refiérese de otro diputado que trataba de aumentar los haberes a un empleado, pariente suyo, y confundiendo el significado de las palabras, dijo "el sueldo de Fulano es *inícuo*", en vez de decir *exiguo*. Y ¡claro! no prosperó el ascenso.

Gasset regresó muy satisfecho a Madrid de su viaje a la Mancha, pero no tardaron en amargarle la existencia. No obstante los elogios y plácemes de sus compañeros de Gobierno ante su programa a desarrollar, al discutirse los presupuestos, el ministro de Hacienda primero, y el Presidente del Consejo después, le mermaron considerablemente la consignación de su departamento, por la imperiosa necesidad de hacer economías. De nada valieron sus elocuentes razonamientos, ni el demostrar que aumentando la riqueza del país sería mayor su potencialidad económica. No hay peor sordo que el que no quiere oír. La negativa árabe se repitió de nuevo. Espere—le decían—acaso pronto podrá quedar complacido.

Y es que Gasset no contaba con la huésped y la huésped era la falsa política que todo lo envenena. Y él, hombre de buena voluntad, y de nobles ideales, que sólo se inspiraba en el bien del país, no cabía dentro de esa política.



X X I

El Almanaque de "El Imparcial".—Crónicas desde Valdepeñas, Criptana, Socuéllamos y Alcázar.—Nueva "caricia" de "mi" Claustro.—Burell, Gobernador de Toledo.—Su actuación.—Campaña moralizadora.—Baile improvisado.—González Simancas.—El Cardenal Sancha.—Un acto de humildad.—Las perdices de Granullaque.

Encargóme Ortega Munilla que recorriera varios pueblos de la provincia para hacer crónicas breves. Y aprovechando unos días de asueto fui a Valdepeñas, Criptana, Socuéllamos y Alcázar. Utilicé el viaje para hacer otro servicio a "El Imparcial". Acercábase la publicación de su Almanaque y creí de oportunidad buscarle anuncios en la Mancha. En Valdepeñas me ayudó mucho Manolo Yáñez, quien puso a mi disposición su coche para recorrer los cercados y bodegas, y él mismo me acompañó algunas veces. Lo mismo hizo en Alcázar Geminio Martínez, Contador del Ayuntamiento, y entre esos pueblos y Tomelloso, Argamasilla y Manzanares llevé cerca de cinco mil pesetas de anuncios para el Almanaque de "El Imparcial", labor que me valió un cálido elogio de Pepe Gasset, administrador del periódico, y una cariñosa reconvención de Ortega Munilla por haberme "excedido" en la finalidad del viaje.

Poco después me ordenaron que ampliara mi información por algunos pueblos de Jaén, y por último recibí un telegrama para ir a Toledo, donde estaba de gobernador D. Julio Burell, el ilustre escritor, haciendo una moralizadora campaña y quería "El Imparcial" que fuera conocida por sus lectores.

Cuando preparaba el viaje llegó a mis oídos la nueva "caricia" de "mi" Instituto. Por una ausencia breve dentro de la provincia, formáronme expediente proponiendo mi separación. Y era de "agradecer" tal predilección porque por entonces el auxiliar numerario de Letras vivía en Madrid desempeñando un destino en el Ministerio de Hacienda, haciéndolo compatible con el del Instituto, y nadie "se acordó de él"; y posteriormente al cesar yo, en mi cargo, por traslado a la Corte, obtuvo al fin la plaza Pa-

quito Mauri Vera que residía en Cáceres, donde era Secretario de la Junta Administrativa de Primera enseñanza, y tardó mucho en abandonar voluntariamente la Auxiliaría. Minucias y "cariños".

Fuí a Toledo y como tenía que estar varicos días busqué una buena casa de huéspedes y la encontré, si mal no recuerdo, en la calle de los Alfileritos. La patrona, de nombre Ramona, era manchega. Cuando iban a Toledo los sacerdotes de Daimiel D. Adrián Pintado y D. Modesto Dopazo, paraban también en dicha casa. A Ramona, una romántica de leyenda, le agradaban las charlas de sobremesa. Muchas veces, obligado por la cariñosa amistad de Julio Burell, quedábame a comer en el Gobierno. El ilustre escritor tan liberal y demócrata en su vida social y política, tenía gustos aristocráticos en la intimidad. Para servir a la mesa obligaba al ordenanza a que se pusiera guantes blancos y jamás le apeó el tratamiento. D. Julio era además muy friolero; en su despacho no se podía parar cinco minutos, gustaba de tener la estufa muy cargada y al rojo. Cuando había de escribir algún trabajo periodístico no estaba para nadie y se aislaba cuatro o cinco horas, sin perjuicio de rehacer lo hecho al día siguiente. En la noche del sábado marchaba a Madrid y no volvía hasta el lunes.



Don Julio Burell

Uno de esos sábados a su sobrino Arturo y a Antonio Navarro, cajero de la Diputación, se les ocurrió una idea diabólica. En cuanto despedimos a Burell, entraron en el Gobierno una orquesta de ciegos, hicieron subir a los salones a dos hijas de un portero de Hacienda y a Socorrito, hija del portero del Gobierno, muy lindas las tres, y con ellas estuvimos bailando y comiendo bocadillos hasta bien entrada la noche. Una velada inolvidable.

Burell había iniciado una gran campaña moralizadora en la Diputación, pero fuera porque no tenía razón o porque tropezara con intereses políticos, invencibles siempre, nada consiguió, y un día mandó por telégrafo su dimisión irrevocable, diciendo al ministro de la Gobernación:

—Si mi bastón de borlas no sirve para nada, mi pluma de escritor acaso sirva todavía.

Conocí en aquellos días a D. Manuel González Simancas, capitán de Infantería, que era profesor del Colegio de Huérfanos y muy competente en asuntos de arte. Con él visité un día la Catedral, el palacio del rey D. Pedro, Santo Tomé, el palacio de los Condes de Fuensalida, la sinagoga del Tránsito, el pozo amargo, la casa y el museo del Greco, Santa María la Blanca y San Juan de los Reyes, admirando infinitas bellezas o notas históricas del mayor interés.

Por un hueco que se abría en uno de los altares de la iglesia de San Román, entramos, y Burell con nosotros, en el pequeño recinto donde se conservan las famosas momias, imponiéndonos sus gestos de terror.

Era un espectáculo macabro.

Otra mañana la empleamos recorriendo el Alcázar toledano y desde allí fuimos a ver las paredes humeantes del palacio del Conde de Benavente, que nos hicieron recordar la famosa leyenda del duque de Rivas. Por la tarde fuimos a la Posada de la Sangre o

Mesón del Sevillano y más tarde a visitar El Cristo de la Vega, para enaltecer la memoria de Miguel de Cervantes Saavedra y José Zorrilla.

Pero si inolvidables e interesantes resultaron estas excursiones no lo fué menos el paseo nocturno que hice con González Simancas por las callejas toledanas y por sus famosos cobertizos de Santa Clara y Santo Domingo el Real, y más que nada en la plaza de este nombre, uno de los rincones más típicos de Toledo. Había luna y todo convidaba a soñar. De noche



Toledo.--Zocodover y el Alcázar

especialmente esta maravillosa plaza es un encanto. Gustavo Adolfo Bécquer pasaba en ella largas horas, deleitando su espíritu, como lo han hecho y lo harán otros soñadores y poetas en esas noches románticas para oír a las doce las campanillas de la espadaña del convento, y luego las preces aladas y místicas de las hijas de Santo Domingo de Guzmán, mientras el astro de la noche forma en el suelo, sobre un lienzo de plata, la silueta de las columnas, pórticos y aleros.....

Era arzobispo de Toledo el cardenal Sancha y le visité como periodista. Quería que me diera motivo para hacer una crónica, y lo conseguí. Me recibió con suma afabilidad. Poseía esta cualidad en grado máximo. Tocó diferentes temas y no sé como vino a cuento el de los templos. Yo gusto más—me decía—de la tosca iglesia de la aldea, que de esas capillitas aristocráticas de vuelillos rizados. Aquella inspira más devoción y aumenta el misterio de la fe. Aproveché la idea y me despedí de él. Le visité otras dos veces y siempre estuvo conmigo amabilísimo. Por cierto que ahora que hablo del ilustre cardenal Sancha voy a referir lo que me pasó con él uno de los veranos siguientes. Recorría yo los balnearios de la provincia de Santander haciendo crónicas para *El Imparcial* y al llegar a Puente Viesgo ví en uno de los paseos al simpático arzobispo de Toledo. Acompañábale el señor Reig, que luego fué también cardenal. Acerquéme a saludarle. Me conoció enseguida, pero al besarle el anillo cogió mi mano derecha estrechándola entre la suya. En aquel momento se acercó al grupo la respetable señora de Díaz Cordovés, diputado o senador de Toledo y al incorporarse para hacer lo que yo, el cardenal Sancha le presentó mi mano que sin darse cuenta besó la dama, añadiendo el eminente purpurado:

—Un acto de humildad, señora.

Luego supe que el señor Sancha tenía esa y otras bromas con sus feligreses.

Hice otro descubrimiento en Toledo: un guiso de perdices, especialidad de una casa, que resultaba verdadero "bocatto di cardenale". Me refirió a las perdices que aderezaba a base de cebolla Granullaque, y que en el plato eran manjar apetitoso que satisfacía al gusto más delicado. Yo no comí nunca nada tan rico y justo es, por tanto, que les dedique un recuerdo.

XXII

Album de Salamanca.—Páginas de oro.—Pensamientos inéditos de sabios maestros de la gloriosa Escuela, y de otras personalidades de la ciudad del Tormes.—Un pensamiento de Gil y Robles.—De Toledo a Madrid.—Oportunidad en la información de sucesos.—Un encargo difícil.—Mr. Deroulede.—La Providencia vela por mí.—Redactor de plantilla.—Satisfacción íntima.—Primeros consejos de Ortega Munilla.

Cuando escribí mis notas escolares de Salamanca, en el comienzo de estas MEMORIAS, busqué con afán el Album que me sirvió en 1894 para reunir pensamientos inéditos, poesías y dibujos, de sabios maestros y entrañables amigos de la ciudad del Tormes, y hasta una página musical del famoso compositor Felipe Espino, y lo busqué con afán para darlo a conocer a mis lectores. No quería escamotearles páginas tan valiosas. Revolviendo ahora un viejo baul doy por fin con el preciado Album, que en éste y otros capítulos daré a conocer.

Invitábales yo diciendo:

Dejad en estas páginas amigos muy queridos,
siquiera cuatro líneas de sincera amistad,
consejos, pensamientos, notas y coloridos,
para formar con ellos recuerdos reunidos,
que hagan no olvide nunca la histórica ciudad.

Escribió primero el sabio catedrático de Derecho político Don Enrique Gil y Robles, de quien ya hablé oportunamente. He aquí el pensamiento inédito del inolvidable maestro:

"Nunca será sobrado, ni mucho menos perdido, el trabajo que se emplee en animar y sostener en el heroico combate a esa porción escogida y dichosa de la magnánima Juventud, que, al abrazarse hoy denodadamente a la Verdad y a la Justicia, acepta,

de antemano, con la serena y alegre resignación de los mártires, la oscuridad, la persecución, la calumnia, el sacrificio sin aplauso, ni terrena recompensa; y precisamente en los años en que es más falaz la voz del sofisma, más tentadora la seducción de la vanagloria, más sugestivo el halago de los falsos bienes que muy pocos hombres elegidos quieren y saben hollar aun en la edad madura y al borde mismo del sepulcro.”—*E. Gil y Robles*.—Salamanca 24 de enero de 1894”.

Desde que estuve en Toledo hacía frecuentes viajes a Madrid. Muchas veces mis crónicas toledanas las llevaba yo mismo para hacer acto de presencia en “El Imparcial” y era tal mi suerte que nunca iba solo; con mis informaciones de la ciudad del Tajo coincidían otras noticias de interés de la villa y corte de las que me enteraba por verdadera casualidad. Un día al llegar a Madrid estaba ardiendo la fábrica de harinas “Las campanillas” situada en las inmediaciones de la estación, y fui el primero que llevó amplios detalles a “El Imparcial”. Otro día regresando de hacer una visita en la calle de Martínez Izquierdo, de la Guindalera, casi presencié un crimen horroroso: acaba de cometerse, y mucho antes de que avisaran del Juzgado a la redacción ya sabían en ésta el relato completo. Estas actividades, aun sin mérito alguno, acrecentaban mis simpatías en “El Imparcial”. Cierta noche dejó de ir por enfermedad Carlos Montañés, el escribiente a quien dictaba sus trabajos Ortega Munilla. Me ofrecí a éste para suplirle y aceptó. Gran satisfacción experimenté con ello, pues solo deseaba ser útil de algún modo al gran diario. Al abrir Ortega uno de los telegramas que llegaban, me dijo:

—Voy a encomendarle un servicio. Mañana por la noche llega en el exprés de Francia Deroulede, el famoso político de la vecina república, que viene a batirse con Orleáns. Salga a la estación y celebre con él la interview consiguiente.

—Encantado—le contesté—, así lo haré.

Aquella noche no dormí pensando en ello, y recriminándome a mí mismo por haber aceptado un encargo que no podría cumplir. Ni conocía a Deroulede, ni sabía francés ¿cómo iba a interviewarle? Por otra parte, tenía fe en mi buena estrella, y era tan grande mi afición periodística que no titubeé un momento más.

A la noche siguiente con una hora de anticipación fui a la estación del Norte. La noche era crudísima. No había nadie en

los andenes. Sólo los empleados iban o venían pero muy deprisa para atender los más urgentes servicios ferroviarios. Estaba yo haciendo la mar de cábalas para salir airoso en mi empresa cuando ví entrar en el andén de viajeros a un caballero bien portado y con el cuello del gabán hasta las orejas, signo del frío que se dejaba sentir. Me hice el encontradizo y muy cortés le pregunté cuánto faltaba para que llegara el exprés de París.

—Si viene a la hora, diez minutos—me contestó—yo también le espero.

Por el acento comprendí que era francés y ya decidido quise saber si conocía a Deroulede.

—Precisamente vengo por él. Soy redactor de "Le Patrie" y muy amigo suyo.

Ví el cielo abierto. Hícele mi presentación y ya como camaradas acordamos hablarle juntos. Estaba salvado. Llegó el tren. Con Deroulede venía su correligionario Marcel Habert y la hermana de éste. Nos citó para media hora después en el Hotel París y allá fuimos, y con tan buen intérprete logré una información detallada, y al entregársela luego a Ortega Munilla con la indicación en ella de que al famoso político le esperaba el redactor corresponsal de "Le Patrie", se sonrió el gran periodista diciéndome:

—Está incompleta. Hay que añadir—"y el redactor de "El Imparcial" señor Balcázar". Ayer me reuní con mis cuñados y acordamos confirmarle en el cargo de redactor. Enhorabuena.

—Y muchas gracias a ustedes—le contesté yo.

Era tan grande mi satisfacción que no me hubiera cambiado por nadie. El cargo llenaba todas mis ilusiones y todos mis anhelos. Ser redactor del gran diario de la calle de Mesonero Romanos. ¡Mi doctorado de prensa! La felicidad existe en la tierra. Yo lo era entonces. Don José se dignó además darme un consejo:

—Ya sabe que a Federico Marqués—otro de los redactores—le llaman aquí el fiscal, por su afán de comentar las actuaciones de unos y otros. Sea usted su antítesis: vea, oiga y calle y se llevará bien con todos.

Y el consejo del maestro lo seguí siempre y aún no lo he olvidado.

XXIII

Hospedaje en la calle de San Miguel.—Una atención de Pepe Ducazcal.—La Bella Iven.—Antonio Viergol.—Sus espárragos.—La Cervecería de Candela.—Cómo conocí a la Fornarina.—Páginas de mi álbum.—Pensamientos de tres Decanos de la Universidad de Salamanca.

Asegurada mi estancia en Madrid tuve la suerte de encontrar, cerca de la redacción, en la calle de San Miguel, una casa donde vivir en familia como yo deseaba, cansado de las comidas de fonda. Me la proporcionó una peinadora, mujer de un ordenanza de "El Imparcial". Era la dueña una señora andaluza ya ajamónada que en su juventud había sido novia de Pérez Martos, famoso médico de Málaga. Llamábase María Martín y con ella habitaba su madre que en realidad era la que dirigía la casa porque doña María pasaba el tiempo poniéndose inyecciones de morfina o dormitando. Al mes de estar en la casa vino de Málaga una sobrina suya, chatilla pero muy salada, jovenzuela todavía, que se llamaba Cándida y era una verdadera profesora de bailes andaluces. Como en la casa no había más ingresos, aparte de una modesta pensión de la dueña, que el importe de mi hospedaje, me instaron a que colocara a Cándida en un cuadro artístico. Dirigía el Japonés, teatro del género frívolo instalado en la calle de Alcalá junto al café Suizo, Pepe Ducazcal, buen amigo de los periodistas. Le hablé con interés y logré que fuera contratada la niña con el sobrenombre de "Bella Iven". Este teatro había sucedido al de Actualidades que hubo en el 4 de la misma calle y que fué coliseo predilecto de no pocos vejetes que iban a solazarse con "La Pulga" canción picaresca que popularizó Amalia Molina.

Conocí por entonces, e intimamos enseguida, porque aparte de sus ideas era muy buena persona, al notable escritor Antonio Viergol "El Sastre del Campillo". Vivía en el 1 de la calle de Barbieri y gustaba de comer con sus amistades una vez por semana, figurando siempre como plato obligado los espárragos de

jardín, frescos o de lata. Decía de ellos que era manjar de dioses. Uno de los días figuraba entre los comensales un escritor muy de derechas y mientras tomábamos café nos leyó Viergol varias escenas de una obra tendenciosa que iba a estrenar en breve.

—¿Qué le parece?—preguntó sonriendo al nuevo comensal.

Y éste, sin inmutarse, contestó:

—Que me gustan más los espárragos.

Entre las nuevas cervecerías estaba de moda la de Candela, montada a la inglesa y servida por señoritas. Concurrentes asiduos a la hora del café eran no pocos estudiantes manchegos, que tenían mesa reservada en el turno de Antonia unos, y otros en el de Gregoria, dos bellas muchachas que poco después se casaron, haciendo buenas bodas.

Hay que advertir que dicha cervecería, aunque servida por señoritas no se parecía en nada a los típicos cafés de camareras, donde todo es juerga con mezcla de turgio y de baile. Era un establecimiento muy moderno donde su dueño Gabriel Candela empezó a servir excelente café exprés. Y estaba siempre muy concurrido.

Iba yo un día por Montera a mi domicilio cuando al llegar al final de la calle vi una muchacha de 16 a 18 años, rubia bellísima, con una caja de taller al brazo, que estaba hablando con un guardia civil de bastante más edad que ella y con barba. Me sedujo la expresión de la joven y me detuve unos momentos para esperar a que se separaran o ver el camino que seguían. No transcurrieron cinco minutos cuando cada uno se fué por un lado y como ella llevaba mi dirección avancé hasta alcanzarla para bendecir su hermosura. Y como en el carácter de Madrid la llaneza forma parte de la simpatía no me fué difícil entablar conversación y saber que aquel guardia civil era su padre, que su nombre era el de Consuelo, y su oficio oficial de sombreros de un taller de la calle de Fernando VI. Quedamos en vernos a la salida y como los quehaceres periodísticos me lo impidieron no pude cumplir la promesa. No volví a verla, pero al mes, aproximadamente, fué una noche a Romea y con la sorpresa consiguiente la vi trabajar en escena. Debutó la noche anterior. Era la Fornarina, entonces muy guapa, pero muy sosa, hasta que andando el tiempo su amigo y maestro Pepe Cadenas logró hacer de ella, en el vestir y en la escena una artista de relieve. ¡Cuántas veces Consuelo, Pepe y yo, reunidos como bue-

nos amigos, recordamos aquella aventurilla de la calle de la Montería, y con qué ganas se reía del caso la malograda artista "La sinventura" del Caballero Audaz!

Y ahora, para que en este capítulo haya más que frivolidades o ingenuas andanzas de los años juveniles, daré a conocer lo que escribieron en mi album los Decanos de Letras, Ciencias y Medicina de la Universidad de Salamanca.

El pensamiento de mi querido maestro don Santiago Martínez, Decano de Filosofía y Letras, es como sigue:

"Dichoso el joven que en la elección de estado sigue los dictámenes de su conciencia! La alegría y la paz no le abandonarán en todos los días de su existencia, y la libertad y la pericia se reflejarán en los actos de su voluntad y en las obras de sus manos. Y lejos de turbar el concierto social como astro fuera de su órbita, será su más firme sustentáculo. ¿En dónde se reclutaron la mayor parte de esos odiadores del género humano, cuyo paso por el mundo se marca en la historia por las lágrimas que causaron, la sangre que vertieron y las ruínas que ocasionaron, sino en el montón de los que erraron en su vocación? La pesadumbre de la vida, agravada por el desierto en sus empresas, los arrastró a la desesperación, convirtiéndoles en tortura de sus semejantes.—*Santiago Martínez y González*.—Salamanca, 5 de mayo de 1894.

Era Decano de la Facultad de Ciencias, en aquella época, don Juan José Villar y Macías, sabio Doctor en Farmacia y químico ilustre que consagró toda su vida al estudio. De su fama y valer dan clara idea el siguiente hecho: Visitó en uno de sus viajes la célebre Academia de Ciencias de Roneu (Francia), en el preciso momento en que comenzaba a explicar su clase de Química cierto ilustre profesor de la vecina república. El Dr. Villar se unió a los alumnos y se sentó entre ellos para oír las lecciones del maestro. A los pocos minutos alguien que le conoció dió aviso al Profesor y al enterarse éste de que el oyente era tan docto compañero, descendió de la tribuna y saludando con gran afecto a su colega de Salamanca, le invitó a que continuara la explicación, y Villar y Macías en correcto francés pronunció tan elocuente y amena conferencia, que produjo extraordinaria sensación y recibió entusiasta homenaje de cuantos le escucharon. Villar y Macías había traducido al castellano la Química de Liebig, de quien era muy amigo. Este insigne maestro de la Universidad salmantina escribió en mi álbum el siguiente pensamiento:

“Conocer la naturaleza en su magnífico esplendor y aprovecharse de las sublimes lecciones que a todas horas nos enseña es un estudio sublime a que el hombre debe consagrar incesantemente su inteligencia.—*J. José Villar*.—Salamanca 5 de mayo de 1894”.

Prestigio muy grande de la ciencia española y gloria de mi Universidad era también el Decano de la Facultad de Medicina D. Pedro Sánchez Llevot. Su reputación como médico era inmensa y maravillosos sus aciertos en el diagnóstico y curación de las enfermedades. Su ojo clínico no tenía rival. Decíase de él que cierto día estando en la librería de Calón, vió a un señor muy conocido en Salamanca, y al parecer muy sano, asomarse al escaparate por la parte de afuera, y sin poderse contener exclamó enseguida: —Qué malo está don Fulano, mañana nos dá un disgusto. Y en efecto así fué. Al día siguiente aquel señor dejó de existir “repentinamente”.

Y por el contrario si en la asistencia a un enfermo, por su gravedad había consulta de facultativos, cuando Sánchez Llevot se mostraba optimista, tranquilos podían quedar el doliente y sus familiares.

Este glorioso médico honró mi álbum con el siguiente pensamiento, que no por ser breve es menos valioso:

“La verdadera medicina consiste en la observación.—*Pedro Sánchez Llevot*.—Salamanca 5 de mayo de 1894”.

Así pensaban y escribían aquellos sabios.

XXIV

La casa de “El Imparcial”.—Interioridades de la redacción.—Ortega Munilla, alma del periódico.—El ayer de Ortega.—Su extraordinaria valía.—Momentos de una actividad emocionante.—Horas inolvidables.

La casa de “El Imparcial” era la número 31 de la calle de Mesonero Romanos. En la fachada leíase el título del periódico sobre un balcón corrido. A la entrada en el bajo izquierda estaba la Administración; y en el fondo la maquinaria de la imprenta y el cierre. En el primer piso el local de ordenanzas y

entrando por un pasillo inmediatamente a la derecha el despacho del secretario, donde se recibían ciertas visitas, y casi enfrente la gran sala de redacción donde había seis mesas de trabajo, otra redonda para la prensa de provincias, y en la testera la biblioteca. Siguiendo el pasillo a la izquierda un cuarto muy pequeño con una mesa donde se aislaba el redactor jefe en las horas de mayor actividad; a la derecha el guardarropa y el teléfono, y más allá otro local de trabajo, preferido por Ortega Munilla. Más dentro las cajas y las máquinas "Linotyp".

Aunque a todas las horas había redactores por ser varias y distintas las ediciones, la principal era la de la mañana, que se hacía por la noche. Los primeros en llegar eran los encargados de las "tripas". En el argot periodístico de entonces se conocía por "tripas" a lo aprovechable de otras ediciones y al sumario de la "Gaceta" y de los centros oficiales. Antes de las diez ya estaba en su puesto Ortega Munilla, y con él algunos redactores. Angel R. Chaves que daba forma a los telegramas de provincias, de interés corriente; Sánchez Ramón, a cuyo cargo corrían los del Extranjero; Fernández Miguel traductor de la prensa de Europa. También era muy puntual don Manuel Troyano. Saludaba a unos y otros, y después de cambiar impresiones con Ortega Munilla, se encerraba en el cuarto aislado, hacía un artístico gorro de papel con el que cubría su cabeza y enseguida a escribir el fondo, el maravilloso fondo... Después iban llegando los reporteros, los revisteros de teatros, el de Salones, otros articulistas, los noticieros políticos... Pero de todos y sobre todos el alma del periódico era Ortega Munilla, el mayor maestro del periodismo, el que sobresalía y dominaba en sus distintas fases, el que distribuía el trabajo, el que encauzaba la labor, el que conocía mejor el gusto del público, y el que en momentos decisivos lo hacía todo. Nadie como Ortega Munilla, Troyano, Burell y otros grandes escritores tenían que aislarse para hacer sus trabajos de prensa. Ortega dictaba sus artículos, y a cada instante tenía que interrumpir sus dictados por la llegada de un telegrama importante (él los abría todos), o porque el revistero de teatros le daba cuenta del estreno o porque los reporteros le pedían parecer para extender o no el resultado del reportaje; y Ortega atendía a unos y otros, daba la medida de lo que realmente era de importancia o cercenaba la noticia de poco interés, y a continuación daba una chupada al puro, cada chupada le costaba una

cerilla, y siempre sonriente decía al amanuense, a modo de chacota ¿y cómo dice que le vá?, y seguía dictando como si no hubiera habido ninguna interrupción. Y el trabajo así escrito resultaba como de Ortega Munilla: maravilloso. Después hacía los telegramas que merecían ser destacados, o los que enviábamos los redactores cuando salíamos fuera de Madrid. Un breve charloteo de camaradería en la sala grande y enseguida a dirigir el ajuste... Y el periódico salía cada vez mejor, su texto era insuperable, y el público lo prefería a todos.



Ortega Munilla, a los 44 años, cuando se encargó de la dirección de "El Imparcial"

Antes de seguir adelante quiero hablaros del ayer de este portentoso maestro, de lo que fué hasta que se hizo cargo de la dirección de "El Imparcial", para que después cuando se forme el completo historial de su vida se aprecie su verdadero valer, tan injustamente olvidado.

Nació D. José Ortega Munilla en Cárdenas (Cuba) el 26

de octubre de 1856, donde su padre servía importante cargo del Estado. Fué su nodriza la negra Clotilde: un robusto ejemplar de la raza de color, que le tomó gran afecto. De niño vivió en Madrid con la familia, dando comienzo a sus estudios. Siguiendo los viajes del padre estuvo en Cuenca, y en aquel Seminario fué discípulo predilecto del eminente humanista Antonio Cantillo. A los 10 años de edad ganó un premio creado para los "jóvenes latinistas" por el Obispo de Cuenca señor Payá. Luego vivió en Gerona y en el Seminario Tridentino tuvo por maestro al sabio presbítero Mosén Antonio Riera. Al llegar los turbulentos días del 68 Ortega Munilla abandonó sus estudios religiosos, y ya en Madrid se hizo Bachiller y más tarde abogado en la Universidad Central. Alternaba en sus tareas escolares con sus aficiones periodísticas, por las que sentía creciente predilección. Muy joven fué redactor de "La Iberia", "La Patria" y "El Parlamento". Con Miguel Moya escribió en "Los Debates", y siendo redactores de este periódico presenciaron los dos desde la puerta del Suizo en la calle de Alcalá el paso de Don Amadeo, el caballeroso rey que a su llegada a Madrid, desde la estación, fué a visitar el cadáver del general Prim inicuamente asesinado días antes. De este hecho hizo Ortega Munilla una hermosísima crónica. Fundó con Moya "La Linterna" y más tarde el periódico taurino "El Chiclanero", con gran pericia y elevación de estilo. En mayo de 1879 entró Ortega en la redacción de "El Imparcial". Don Eduardo Gasset y Artime, que conocía los méritos del nuevo redactor dió la noticia a un amigo, diciéndole:



Ortega Munilla, a los 10 años, cuando ganó un premio del Obispo de Cuenca. En la foto aparece también su hermana Purita

—He hecho una gran adquisición porque Pepe Ortega es un muchacho que escribe muy bien.

La labor de Ortega se destacó enseguida. En 1880 iba cierto día dando un paseo a caballo, y al espantarse el noble bruto tuvo Ortega una caída que le produjo graves heridas. Al enterarse Gasset y Artime, que estaba de temporada en Alicante se interesó mucho por él y le instó para que en cuanto estuviera en disposición de viajar fuese a reponerse a su lado. Aceptó Ortega sentándole muy bien los días que estuvo en Alicante. Como con Gasset y Artime estaba su hija Dolores, tuvo Ortega Munilla ocasión de conocer las virtudes que atesoraba la que después había de ser su santísima esposa.



Ortega Munilla, a los 24 años el día de su enlace con doña Dolores Gasset

En 11 de junio de 1881, cuando Ortega tenía poco más de 24 años contrajo matrimonio con doña Dolores Gasset y Chinchilla, hija de su director.

Dos años después creó Ortega la hoja de "Los lunes de El Imparcial" por cuyas columnas pasaron todos los escritores de mérito viejos y nuevos. Supo Ortega dar a esta revista semanal un carácter de neutralidad en el que no había pasiones, ni odios. Por eso Fray Ceferino González que escribió también en ella pudo decir: "Como este campo es libre entro en él sin tener que remangarme los hábitos".

Las novelas de Ortega Munilla tienen también un mérito grande. En 1879, meses antes de entrar en "El Imparcial", publicó "La Cigarra", que alcanzó gran éxito. Revilla la conceptuó de "conmovedora poesía de la realidad". El capítulo en que describe a Solita, la triste Solita, descansando al pie de una puerta en la calle de Fuencarral es de una emotividad sublime.

Y es que los personajes de las novelas de Ortega son de un realismo admirable.



Ortega Munilla, a los 28 años
ya director de "Los lunes de
El Imparcial".

las mejores y más sentidas, y en 1897 la bellísima colección de cuentos "Tremielga". Este era el insigne maestro que al hacer ministro a Rafael Gasset ocupó la dirección de "El Imparcial", época en que yo le conocí y tuve la honra de entrar a servir a sus órdenes.

En sucesivos capítulos hablaré de la inmensa labor que después realizó, y de las horas inolvidables que estuve a su lado, en el trabajo diario de la redacción, y sobre todo en los momentos de más emocionante actividad.

Desde el 79 al 84 escribió "Sor Lucila" (continuación de "La Cigarra"), "Lucio Trelez", "El tren directo", "Don Juan Soto", "Viñetas del Sardinero", "Panza al trote", "El Salterio", "El fondo del tonel", "Idilio lúgubre", "El fauno y la driada", "Pruebas de imprenta", "Cleopatra Pérez" y "Orgía de hambre", novelas o colecciones de cuentos de innegable valor literario. En 1887 reunió en un tomo con el título de "Mares y montañas" varias de sus notabilísimas crónicas insertas en "Los lunes de El Imparcial", y en 1892 publicó sus interesantes "Viajes". En 1895 dió a luz su novela "La viva y la muerta" una de

XXV

Las noches de "El Imparcial".—Recordando el pasado.—Serenidad de Rafael Gasset.—Fernández Miguel y Nicanor Rey.—Una broma pesada.—Cantín.—Manías de Sánchez Calvo.—Una equivocación de Chaves.—Muerte de Campoamor.—Voy a sus entierro con Ortega Munilla.—Ventajosa proposición de Luca de Tena.

La más simpática familiaridad era una de las características de la redacción. Aún dentro del inaplazable trabajo que a diario nos imponía el ajetreo del periódico, teníamos momentos de expansión, de alegre camaradería, de tertulias y corrillos. La estúpida incomunicación de otros colegas no existía en *El Imparcial*. Y eso que a interés en servir bien al público desde nuestro diario no nos ganaba nadie. Una de las noches estábamos en la gran sala Chaves, Bermúdez, Gimeno Vizarra, Tejero y yo, y de fuera de la casa el médico Zofio y Blanco Coris. Recordaba Bermúdez viejas campañas de *El Imparcial*, su noble ejecutoria, lo que hizo cuando las inundaciones de Almería, los terremotos de Murcia y la catástrofe de Consuegra; los servicios prestados a los repatriados de las guerras coloniales, su interés por el soldado, los viajes de los redactores a Cuba y Filipinas y el enorme desembolso que tuvo que hacer para recibir por cable el famoso discurso de Mackinley. Citábanse otros viejos episodios de la casa, entre ellos la serenidad de Rafael Gasset en la noche que precedió a su desafío con el conde de Xiquena, reputado maestro en el arte de la esgrima, y certero tirador de sepada. Y añadían que a pesar de las graves condiciones en que estaba planteado tal duelo, tenía el pulso tan firme y tranquilo que por diez veces colocó derecho sobre el suelo su bastón. Y ya puestos a contar cosas, Luis Taboada, que entró en aquel momento, refirió la broma pesada que dieron a don Bernardo Fernández Miguel y a Nicanor Rey. Era el primero un redactor muy estimable y competente en la traducción de periódicos extranjeros, serio y poco comunicativo; y Nicanor Rey, poeta

gallego, que había obtenido la plaza en "El Imparcial" en un concurso circunstancial, reunía parecidas condiciones de carácter. No se sabe por qué riñeron un día y eran los únicos redactores que no se hablaban. De acuerdo los demás compañeros convinieron en ocupar todas las mesas, dejando sólo una libre para que aquellos tuviesen que servirse de ella, no sin echar antes debajo de esa mesa bolitas de asafetida. Llegó primero Rey y se sentó, y a poco D. Bernardo, no viendo otro sitio vacante, hizo lo propio en la otra silla. Se pusieron a trabajar sin darse las buenas noches y al principio no pasó nada, pero en cuanto uno de ellos pisó las bolitas y percibió el mal olor creyó que era producido por un desahogo de su compañero exclamando para sí, pero en alta voz: ¡los hay cerdos! De pronto recoge el otro igual olor y dirigiéndose a los compañeros les dice: veis como tengo razón para quejarme, uniendo a la expresión el taparse con el pañuelo las narices. Viendo el cariz que tomaba la cuestión, y muertos de risa, intervinieron los autores de la broma y enseñaron a los dos el origen de todo y les obligaron a darse las manos, terminando así la desavenencia.

Son las doce. Entra Melchor Cantin. Viene de un banquete. Chaves al verlo le dice: qué suerte tienes Melchorcete, siempre de servilleta prendida. Y Cantin le contesta: suerte que tiene uno. Era el encargado de representar al periódico en las comidas de invitación. De ahí la cuarteta que por entonces se hizo:

Y asistieron al festín,
que fué una fiesta completa,
por "El Imparcial", Cantin;
por "El Liberal", Trompeta.

Sánchez Calvo estaba apartado del corro, "afanando" periódicos raros y revistas gráficas, para llevárselos a casa, donde ya tenía dos habitaciones totalmente ocupadas con dichos impresos. Y exclamaba el buen Felipe: ¡todo esto me valdrá con el tiempo mucho dinero!

En esto aparece en la gran sala Ortega Munilla y dirigiéndose a Chaves le invita a que repase un telegrama que le entrega y que ya había mandado Angelito a las cajas. El telegrama redactado por Chaves decía:

"Lugo (12 9 m.)—Acaba de fondear en esta bahía la escuadra inglesa.—Corresponsal."

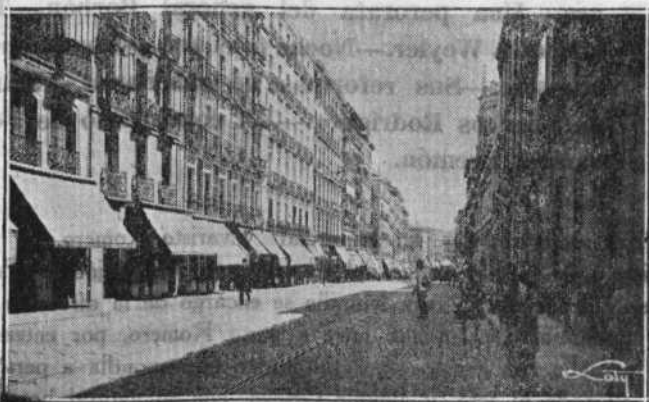
Con la conversación de los tertulianos había escrito "Lugo" en vez de "Vigo".

Un chaparrón de chistes y bromas cayó sobre Chaves, siendo la risa general.

Ortega Munilla estaba impresionado con la muerte del gran poeta Campoamor. Dictóme el elogio fúnebre que dedicó al autor de las "Doloras" y que fué una maravilla. Al terminar preguntóme si quería ir al entierro y al asentir desde luego, dijo:

—Encargue al Casino que vaya mañana un coche a mi casa y allí le espero para ir juntos.

Fuí puntual y con el gusto de siempre acompañé al maestro y al ir a entrar en la casa mortuoria para firmar en las listas salía D. Torcuato Luca de Tena, y al ver a Ortega le saludó efusivamente diciéndole: Gracias a Dios que le veo, tenía la mar de ganas de charlar con usted. ¿Va usted hasta el cementerio? ¿quiere venir en mi coche?



Del Madrid de entonces.—Calle de Fuencarral.

—Con mucho gusto—contestó Ortega—y dirigiéndose a mí me indicó que siguiera en el coche del Casino y que a la vuelta vendría conmigo.

Y a la vuelta el inolvidable maestro me refirió la ventajosa proposición hecha por Luca de Tena para asegurar la popularidad de "El Imparcial", encauzando su administración.

Creo—añadió—que pensando en el mañana nos sería muy conveniente, pero ya verá usted como no la aceptan. Guarde secreto.

Y estimando en lo que valía la confianza que yo le inspiraba lo reservé siempre, y eso que poco después supe que se habían cumplido las predicciones del maestro.



XXVI

La Secretaría de "El Imparcial".—Visita de un loco.—Una chula de rompe y rasga.—Dos bellas suscriptoras.—Bailes en los Centros regionales.—La boda de la Princesa.—Incidentes y desórdenes.—Una perorata del general Borbón.—Temiendo a Weyler.—Noche toledana.—Romanones, ministro.—Sus reformas de enseñanza.—Labor de Francos Rodríguez.—Un comentario de Fernández Bremón.

Era secretario de "El Imparcial" Evaristo Romero, un periodista andaluz muy amigo del administrador del periódico, Pepe Gasset. Desde que Ortega Munilla se encargó de la dirección de "El Imparcial" no andaba muy a gusto Romero, por entender —y pensaba con acierto— que tal puesto correspondía a persona muy allegada al jefe, y aunque Ortega, con su natural bondad, habíale ratificado su confianza, no le satisfizo por completo. De otra parte Romero tenía otras ocupaciones. La confección de un periódico semanal, "El Cortador", órgano de los carniceros, que se lo pagaban muy bien, le robaba mucho tiempo. Fuera por esto o por enfermedad como él mandó a decir, es lo cierto que no fué en varios días.

Entonces Ortega me pidió que le reemplazase durante su ausencia. El cargo de secretario de un periódico es muy entretenido. Despacha la correspondencia que se manda al director; ordena las notas de reuniones de gremios y recibe las visitas.

A la segunda noche de servir yo la secretaria entra Iglesias, un ordenanza, y me dice:

—Señor Balcázar, un caballero pregunta por el director.

—Que pase—le contesto.

Y se me presenta un señor de unos sesenta años, elegantemente vestido, que traía un rollo de papeles en las manos.

—Usted me dirá—le digo, ofreciéndole asiento.

—Pues mi sencillo, señor—me responde—. Soy arquitecto, autor de un invento prodigioso y deseo que de él se ocupe "El Imparcial". Y al decir esto extendió sobre la mesa el croquis de una casa.

—Esta casa que vé aquí tiene la particularidad de que carece de escaleras y de cocinas, y está llamada a causar una revolución en el mundo de la arquitectura...

No lo dejé terminar, comprendí de lo que se trataba y le seguí la corriente. Pedíle datos, le felicité, poniendo en mis palabras el más cálido entusiasmo, y asegurándole que el fondo del número próximo se dedicaría en su elogio.

—¡Gracias a Dios—exclamó entonces—que encuentro un periodista competente capaz de comprenderme! Y se despidió apretándome fuertemente la mano, y yo salí con él hasta la portería, pero salí... para decirle a los ordenanzas: mucho ojo, que es un loco y si vuelve, decidle que no estamos ninguno de los redactores.

Otra noche entra Iglesias y me dice:

—Una señora desea ver al director—. Iglesias llamaba caballero o señora a todos los que iban de visita.

—Que entre—le contesto.

Y oigo una voz femenina que pregunta:

—¿Hay permiso? ¿Se pué pasar?

—Desde luego—le replico.

Y con paso menudito y cimbreando su cuerpo avanza hacia la mesa una de esas típicas mujeres de los barrios bajos de Madrid con mantón de pico, y pañuelo de seda a la cabeza. No tenía más de treinta años y sin ser una belleza estaba bien.

—Una servidora—me dice—es la Victoria, prendera de la calle del Fúcar, y como he visto hoy en "El Imparcial" que en el robo de San Andrés aparece complicado el "Chulo del Calcetín", que es mi hombre, vengo a desmentirlo. El "Chulo del Calcetín" habrá sido antes lo que fuera pero ahora es un ciuda-

dano honrao, vamos al decir, que no carece de un pápiro cuando lo necesita, pero no por malas artes, sino por donación mía, porque la Victoria tié mucho garbo pá ganarlo, sabe usted....

—Bien, bien—la interrumpo—celebro que así sea y se aclarará la noticia.

—Pues entonces gracias y que usted dispense.

En esa misma noche tuve una visita muy agradable: Carmen y Antonia, dos bellas muchachas, verdaderas modistillas de la villa y corte. Carmen vivía con sus padres en una portería de la calle de la Madera, y Antonia habitaba con su madre un cuarto del piso quinto en la misma casa. Ambas, aduciendo que eran suscriptoras de "El Imparcial", venían a pedir entradas para el baile de la Prensa.

—Por esa condición—las dije—y además por su atrayente palmito y por sus lindos ojos tendrán lo que desean. Y tomando nota de su domicilio, envié las apetecidas entradas, y luego ellas me buscaron en el baile para darme las gracias y bailar conmigo.

Llegó la víspera del Carnaval. Se recibieron un sin número de invitaciones para asistir a los bailes de máscaras, y Ortega Munnilla me ordenó que fuese a los Centros regionales y diese la referencia oportuna. En el Centro Riojano antes de rendir culto a Terpsícore, Lucrecia Arana, dejó oír su potente voz, cantando al piano populares canciones de su país. Con ella estaba D. Tirso Rodríguez. La genial artista fué homenajeadá por cuantos tuvimos la dicha de escucharla. En los Centros Soriano, Extremeño y Gallego estaban ya en pleno baile. Fuí agasajado por las Juntas Directivas y tuve el honor de ser presentado a muy bellas muchachas ataviadas con elegantes disfraces, y aún bailé con algunas. En el Centro Andalúz cuando yo llegué bailaban sevillanas y corría el vino. La animación era extraordinaria y la fiesta se prolongó más de lo debido, pero eran tantas las bellas chicas que allí había, que nadie se marchaba y si yo lo hice a las dos y media fué por tener que ir al periódico, y aún no he olvidado las atenciones que recibí y lo bien que lo pasé aquella noche.

La boda de la princesa doña Mercedes con don Carlos de Caserta no gustó al pueblo. En los días que precedieron al enlace hubo en Madrid manifestaciones de protesta y serios desórdenes que rápidamente cortó la policía. Desde un balcón del Centro del Ejército y de la Armada habló a la multitud que se había congregado

en la Plaza del Angel, el general Borbón, diciéndoles:

—Dejaría yo de ser hijo del Infante don Enrique, tan liberal hasta su muerte, si elogiara esa boda...

Después extendióse en otras manifestaciones aplaudiéndolas sus oyentes.

En la calle de San Bernardo la cosa se puso más seria porque intervinieron los estudiantes.



MADRID.—Calle de San Bernardo

En uno de esos días publicó "El Imparcial" un fondo algo fuerte para la autoridad militar, y ya al marcharnos de la redacción pensó Ortega en las consecuencias que podría traer, tratándose como se trataba del general Weyler, y previniéndolo todo quiso que se quedara un redactor para solucionar cualquier contingencia. Me ofrecí voluntario y lo aceptó con agradecimiento Ortega, diciéndome:

—Si a las once de la mañana no ha pasado nada, váyase y descanse hoy, no viniendo a la noche; y si por el contrario se presenta alguien de Capitanía general o le hablan por teléfono me lo dice enseguida.

Pasé una noche, mejor dicho una madrugada del corte toledano, y cuando a las ocho y media me eché sobre el diván, quedándome adormilado, me despertó el ordenanza Iglesias, que conmigo hacía la guardia, para avisarme el requerimiento telefónico de Capitanía General. Acudí al aparato, dije que era un redactor y escuché un serio apercebimiento del propio Weyler. Contesté ar-

gumentando que no habían interpretado bien el artículo de "El Imparcial". Volvió a decirme que no se repitiera el caso, y no hubo más. Llamé enseguida a la calle de Goya comunicando lo ocurrido a Ortega y éste dándome de nuevo las gracias, insistió en que descansara, sin ir por la redacción hasta el día siguiente.

Por entonces entró de ministro por primera vez el Conde de Romanones y entró con deseos de trabajar. Tardó poco tiempo en acometer sus reformas de enseñanza, y por lo que respecta a los estudios del Bachillerato fué tal su acierto que, pese a ciertos institucionalistas libres que sólo ven con los "ojos" del extranjero, ninguno de los planes posteriores fué tan beneficioso en la práctica. Bien, es verdad, que intervino en la reforma el gran Navarro y Ledesma. Las galeradas de los planes del Conde llevábalas a "El Imparcial" el inolvidable Francos Rodríguez, quien contribuyó asimismo al mayor éxito.

No faltaron, sin embargo, comentaristas. Fernández Bremón, con su gracejo acostumbrado, hizo el siguiente:

"Reciba nuestra alabanza
el Conde de Romanones,
que en sabias disposiciones
nos dá el pan de la enseñanza.
Salgan de él ricos molletes
y roscas de gran tamaño,
y en mucho pan, no es extraño
que salgan muchos zoquetes."

XXVII

Ortega Munilla, académico de la Española.—
Entusiasmo de la Prensa.—Visitas y felicitacio-
nes.—Sus propósitos.—Un banquete.—Maniobras
de las Academias Militares.—Fiesta en los Vive-
ros.—La langosta en la Mancha.—Campaña de
“El Imparcial”.—El asunto de la señorita Ubao.
Reportaje afortunado.—Muerte de Gamazo y
Pí y Margall.

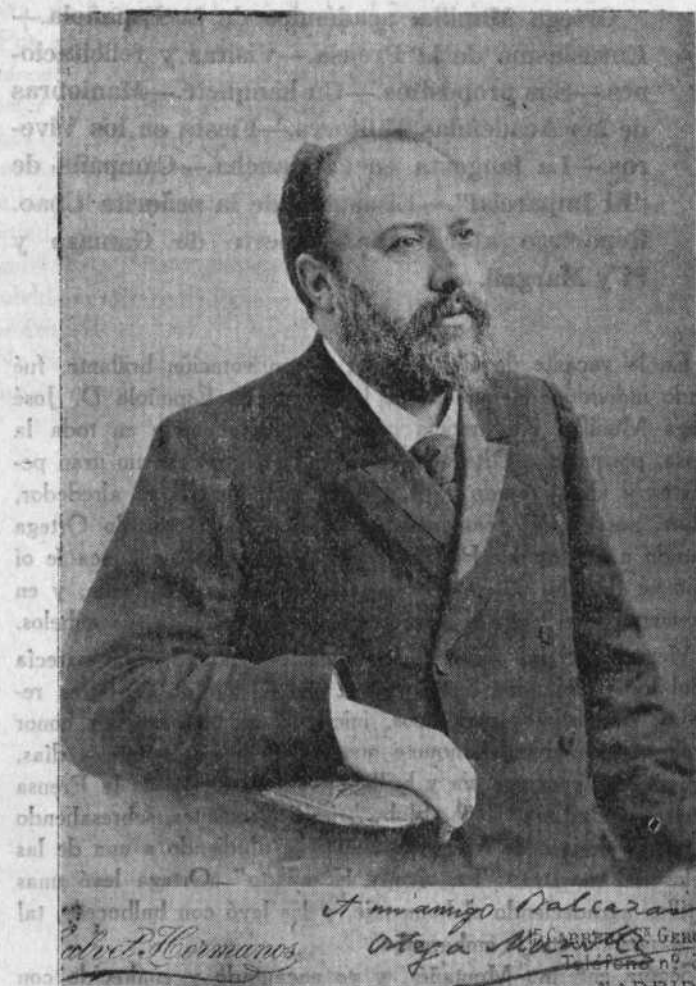
En la vacante de Campoamor, y con votación brillante, fué elegido individuo de número de la Academia Española D. José Ortega Munilla. Tal noticia causó excelente efecto en toda la Prensa, porque con Ortega entraba en la docta casa un gran periodista; y al interesado, y a cuantos estábamos a su alrededor, también nos produjo satisfacción vivísima. Venía siendo Ortega diputado a Cortes por Padrón, y con acta segura, y nunca le oí felicitarse de ello, y, en cambio, al llegar a la Academia, y en el concepto que llegó, le puso contentísimo, colmaba sus anhelos.

Menudearon las visitas y felicitaciones. La redacción parecía un jubileo. Alejandro Saint Aubin, del “Heraldo” y otros redactores de distintos periódicos, iniciaron un banquete en honor del electo académico, banquete que se celebró a los pocos días, con numerosa concurrencia y brillante representación de la Prensa e intelectualidad madrileña. Hubo brindis elocuentes, sobresaliendo uno muy ingenioso de Mariano de Cavia, aludiendo a una de las novelas del maestro: “La viva y la muerta”. Ortega leyó unas cuartillas agradeciendo el homenaje, y las leyó con balbuceos, tal era la emoción que le embargaba.

Seguía enfermo Montañés, y yo encantado y enaltecido con seguir siendo el amanuense del maestro, ¡tanto se aprendía a su lado! En una de esas noches estaba dictándome uno de sus artículos, eran ya más de las dos y media, cuando se presentó en la redacción pequeña, donde estábamos nosotros, Marcos R. Blanco Belmonte, poeta y periodista, gran amigo mío desde el año 89

en que asistimos juntos en Granada a la coronación de Zorilla.

—Vengo—le dijo a Ortega—para felicitarle, mejor dicho para decirle que nos felicitamos nosotros de su designación para



Ortega Munilla cuando fué elegido académico de la Española

la Academia Española, porque ya era tiempo de que llegase a ella un periodista.

—En ese concepto voy—contestó Ortega—hasta el punto de que si no reemplazase a Campoamor sería el tema de mi discurso: “La literatura en el periodismo”.

—¿Y qué propósitos lleva? ¿Sobre qué versará su discurso?

—Ya sabe que voy a la silla señalada con la letra E, silla que fué ocupada el día de la fundación de la Academia. 6 de julio de 1713, por el Rdo. P. Fray Juan Interian de Ayala, religioso de la Merced, teólogo y orador famoso, autor de “El pintor cristiano”, obra muy curiosa, en la que se daban reglas para la pintura de vírgenes y santos. A este reverendo padre sucedieron: D. Casimiro Ustariz; el crítico y poeta D. Ignacio de Luzan; el Marqués de Monte Hermoso; el Conde de Campomanes; Don Antonio Ranz Romanillos; D. José Castillo y Ayensa, y D. Ramón de Campoamor. Mi discurso—añadió Ortega—versará sobre el genial poeta de las “Doloras”, sobre Campoamor y su obra. Me propongo pintar al hombre, con su cabeza de nieve, su apacible rostro, sus características patillas y su frente iluminada por sus grandes pensamientos. Intento hacer un retrato; deseo que oyendo mi voz digan: —Ahí está; ése es D. Ramón. Por lo que respecta a su obra—continuó el querido maestro—busco estudiarla desde un punto de vista que se me figura interesante y que desde luego es original. Voy a presentar, a mis compañeros de Academia, los viejos, los niños y las mujeres de Campoamor. Rosa, Rosaura, Rosalía; el cura del Pilar de la Horadada; aquel Juan “que era tan bueno que daba risa”; la chicuela que no sabe “para qué sirven los nidos”; la que se acusa de haber dejado de dar al pajarito “migas de pan revueltas con alpiste”; en una palabra, los héroes cantados por el creador de “El tren expreso”, serán objeto de mis predilecciones, y de mi discurso haré cinematógrafo para que por él desfile ese mundo poético, con sus risas inocentes y sus filosofías amargas.

Ortega terminó su expresiva charla enseñando a Blanco Belmonte la carta que había recibido de D. Juan Valera, en la que el insigne autor de “Pepita Jiménez”, decía al nuevo académico:

“Querido Ortega: Contestaré a su discurso de ingreso, que ni la falta de vista, ni la sobra de años me arredran para hacerlo, ni pueden privarme de ese gusto”.

Despidióse Blanco, le acompañé hasta la salida, y continuó Ortega dictándome su artículo, no sin encender antes dos o tres veces el puro.

Habían despertado gran interés las maniobras de las Academias militares combinadas con fuerzas de Madrid que transcurridos unos días habían de celebrarse en la dehesa de Carabanchel.

Designado por Ortega Munilla para ir a ellas pasé primero por el Ministerio de la Guerra para obtener el necesario permiso. Recibiómelo el General Jefe de la Sección D. Enrique de Orozco, quien con una amabilidad sin límites me dijo:



Foto obtenida en el "campo de batalla" por Blanco Asenjo

—No sólo le concedo permiso, sino que será usted uno más del Estado Mayor, y tendrá tienda de campaña y asistente.

Ante tanta atención le dí las gracias más expresivas en nombre del periódico y dispuesto a no hacer mal papel me equipé de ropa y utensilios para "la vida militar en campaña".

A los tres días recibí aviso para ocupar puesto en un auto del centro electrotécnico y en él marché a la dehesa de Carabanchel. El campamento estaba ya instalado. Se hicieron unas operaciones preliminares por los regimientos de Wad-Ras y Ceriñola, Cazadores de Madrid y fuerzas de Artillería. Después vivaquearon las tropas.

En el segundo día, y antes de que llegaran los alumnos, los jefes y oficiales de Covadonga dieron un almuerzo en honor del general Orozco, al que asistí galantemente invitado.

La entrada de las Academias fué algo inenarrable, por la gentileza de la marcha y el orden y disciplina de los cadetes. Mandaba la de Infantería el coronel Díez Vi-

cario; la de Caballería, Andino; la de Artillería, Azuela; la de Ingenieros, Casatmijana; la de Administración militar, Pescador, y la de Sanidad, Fuentes y Crespo. A las 8 tocaron fajina y yo, invitado por el general, ocupé un sitio en la mesa.

El toque de diana a la mañana siguiente fué para mí algo grande. Me levanté enseguida, fui a saludar al general Orozco que estaba en la tienda inmediata y después a comer las famosas migas de los infantes. Se hizo un supuesto táctico en el que tomaron parte las tres armas. A las operaciones de la tarde asistió el Rey y en uno de los movimientos del escuadrón de alumnos dirigidos por el coronel Andino, que se realizó con matemática precisión, D.^a Cristina repitió por dos veces: ¡bravo! ¡bravo!

Al otro día hubo misa de campaña y reparto de premios a los alumnos más distinguidos.

Al llevar una orden un oficial de Estado Mayor se cayó del caballo, resultando sólo con ligeras lesiones. Es el único accidente que hubo que lamentar.

Todas las Academias funcionaron de un modo admirable. Más que jóvenes alumnos parecían veteranos del Ejército.

Se concedió a los "combatientes" dos días de descanso, descanso que aprovechó el Ayuntamiento de Madrid para darles una comida en los Viveros, que fué muy bien servida y en la que se pronunciaron patéticos discursos.

El asistente, un muchacho bastante culto del Ministerio de la Guerra, me ayudó en mis informaciones, y por la noche utilizando los autobuses que iban a Madrid llevaba mis crónicas militares a la redacción de "El Imparcial". Del general Orozco y de los demás jefes recibí innúmeras atenciones, de las que guardo imborrable recuerdo.

A los pocos días de terminarse las maniobras de Carabanchel recibí en "El Imparcial" de que una enorme plaga de langosta hacía "de las suyas" en la Mancha. Recibí orden de Ortega Munilla de ir a visitar los pueblos que sufrían las consecuencias del voraz insecto. Me puse en camino, tomando la directa de Ciudad Real. En la estación de Madrid, un amigo, me pidió que, hasta Algodor, fuese con él en tercera. Así lo hice. Compañeros de departamento eran cuatro pardillos, tres de ellos verdaderos filósofos del vulgo. Iban refiriendo refranes, adagios, decires populares. El de más edad, con tipo de tratante, lamentábase de haber sufrido un engaño en Guadalajara, de donde venía, por

desconocer esos refranes. Pero ya nunca olvidaré—decía:

No compres mula en Tendilla,
ni en Brihuega compres paño,
ni te cases en Sigüenza,
ni amistes en Marchamalo.
La mula te saldrá falsa,
el paño te saldrá caro,
la mujer te saldrá etcétera,
y hasta el amigo contrario.

En mi pueblo—exclamó otro—también tenemos lo nuestro y decimos:

Ajofrín y Sonseca
Orgaz y Mora:
estos cuatro pueblos
ponen la olla;
Ajofrín la patata
Sonseca el nabo,
Mora la berengena,
y Orgaz el caldo...
y Yébenes la cuchara
para catarlo.

—¿Y por qué se dice eso de Yébenes?
—Por lo aprovechados que son en dicho pueblo.

Al oír esto el pardillo que viajaba solo, y que venía comiendo desde que salimos de Madrid, hizo un gesto de contrariedad y sin poderse reprimir, preguntó al que tal dijo:

—¿Y usted, amigo, de dónde es?
—Yo, de Ajofrín.
—Pues ya sabe:

De Ajofrín...
ni con dín.

—Esos son decires de Toledo—replicó éste—y eso que Toledo hoy día, según dice el secretario de mi lugar, sólo es "un alcázar trasunto del pasado y un pueblo "bobo" que dormita al pie".

Viendo el cariz que tomaba la conversación, que después de todo era muy interesante, intervinimos mi amigo y yo para cambiarla y que los pardillos depusieran sus enojos. Yo les pregunté si había langosta por la provincia de Toledo y me contestaron que no. En esto llegamos a Algodor, donde quedó mi amigo y yo marché a mi departamento de primera, y a las doce y media llegué a Ciudad Real y en el Casino recogí las primeras noticias enviando a "El Imparcial" tres extensos telegramas.

Conocedor de las voracidades del feroz insecto no me extraño el daño que causaba, y al día siguiente, tras breves horas que pasé con mi madre y hermanas, salí para los pueblos más castigados. En Valdepeñas sobre todo daba pena ver el campo; sembrados, viñedos, olivares, huertas, estaban sin fruto y sin ropaje: parecía que una mano misteriosa los había pelado. El daño era tremendo; las pérdidas incalculables. "El Imparcial" tuvo por telégrafo un amplio relato de todo e inició intensa campaña para que se buscara la manera de extinguir tan terrible plaga que tanto mal producía.

El regreso lo hice por Alcázar, y aún recogí más coplas con letra de seguidillas, que sintetizan esas típicas malquerencias entre pueblos vecinos:

Villafranca se quema

y Herencia llora...

porque no se ha quemado

antes de ahora.

Vale más la chopera

que tiene Huete,

que todo el balconaje

de San Clemente.

También parecióme muy interesante la que presenta el "exclusivismo" de Villarrobledo:

Aunque soy de la Mancha

no soy manchego,

soy de un pueblo que llaman

Villarrobledo.

Porque el "exclusivismo" de este pueblo es de tal índole que nadie cede la vez. En las procesiones de Semana Santa por si la "Marcha fúnebre" de Marqués debía tocarse en dó o en ré armaron una trapatiesta de mil diablos las dos bandas de Villarrobledo: la municipal y la de tinajeros; y vinieron a las manos por sostener cada una su modo de pensar.

De vuelta ya en Madrid transcurría el verano sin aparecer el "suceso" que en la época estival viene a ser el "cebo" de la gran prensa. De ahí la importancia que dieron al llamado asunto de la señorita Ubao: una distinguida y adinerada señorita que estaba en un convento del que quería sacarla un hermano suyo por asegurar que estaba sin querer estar, no obstante decir ella lo contrario. Era abogado del hermano D. Nicolás Salmerón, y de ella y la madre D. Antonio Maura. Y como en esta información íbamos a la zaga del "Heraldo", Ortega Munilla sentíase molesto por la poca diligencia de los reporteros de tribunales. En la noche que narro publicó el "Heraldo" el escrito de Salmerón y al leerlo Ortega puso el grito en el cielo lamentándose de que nuestro periódico no pudiese publicar nada nuevo. Leí yo lo dicho por el "Heraldo" y al ver que en el asunto intervenía, con papel destacado, un antiguo condiscípulo de Salamanca, con quien me unía estrecha amistad, quise jugármelo todo, y, confiando en mi buena estrella, le dije a Ortega Munilla:

—Si me autoriza voy ahora mismo y le traeré noticias nuevas.

Al oírlo los reporteros, que estaban presentes, se sonrieron, como diciendo: ¡pobre hombre y qué planchazo se vá a tirar! ¡No ha pensado que son las once de la noche!

Pero Ortega Munilla que desde el primer momento tuvo fe ciega en mis actividades periodísticas, contestó en el acto:

—Sí, sí, tome un coche y vaya enseguida.

Llegué a la casa de mi amigo, llamé al sereno, le puse dos pesetas sobre la mano y le pregunté: ¿Usted sabe si está en casa D. Fulano? (el nombre de mi amigo que quiero ocultarlo aunque ya no vive). Seguramente—me contestó el sereno—porque no sale ninguna noche. Entonces—le repliqué—suba conmigo hasta el piso porque he de darle un recado urgente. Subimos, llamó él a la puerta y después de preguntar quién era desde dentro, abrió mi amigo. Hola Pepucho—me dijo—¿que te trae a estas horas? Despedí al sereno y pasé y le conté ce por be todo lo ocurrido. Pero hijo—me replicó—pretendes un imposible, ¿tú sa-

bes a lo que me expongo? Le recordé tiempos pasados, afectos del alma, le puse de manifiesto el triunfo que yo podría obtener y la seguridad de que yo no diría a nadie nada, garantizándole también que nada tampoco le pasaría. Total, que a los quince minutos estaba de vuelta en la redacción con el escrito de Maura y ciertas actuaciones del Juzgado, no publicadas por nadie. Al leerlas Ortega, radiante de júbilo, díjome en la sala grande, delante de todos:

—Confiaba en su éxito. Así tiene que ser el periodista.

Y dirigiéndose después a Troyano:

—Don Manuel, mañana "Electra" para Balcázar.

"Electra" era la última obra de Galdós, estrenada dos noches antes, y lo que indicaba a Troyano que me diera eran las localidades del periódico, pues por tratarse de tan famosa obra de D. Benito teníanlas pedidas no pocos redactores.

Después enteré a Ortega de los medios que empleé para hacer la información, lo celebró mucho, y a mi amigo nada le pasó porque a una indagatoria del Juzgado contestó el maestro que ignoraba el origen de las noticias publicadas por haberlas recibido en el buzón del periódico.

Con siete días de diferencia murieron por aquel entonces dos ilustres personalidades de la política: D. Germán Gamazo, que tanto impulso había dado a los problemas agrarios; y D. Francisco Pi y Margall, el austero e ilustre republicano, autor de "La Historia de América". Ambas pérdidas fueron muy sentidas.

XXVIII

Más notas de "El Imparcial".—Amenas tertulias.—Nuevos literatos.—Opiniones de salón.—Generosidad de Ortega Munilla.—Don Manuel Troyano.—Alhama Montes.—Su "Alrededor del Mundo".—José de Laserna.—Mariano de Cavia. Luis Taboada.—Eduardo Muñoz.—Las crónicas "De sobremesa" de Jacinto Benavente.

Algunas noches, en las horas de menos trabajo, solían formarse animadas tertulias en la redacción de "El Imparcial", sobre todo cuando nos visitaban Ramiro de Maeztu, Manuel Bueno y

Luis Bello. Otras noches iba Ramón del Valle Inclán. Casi siempre coincidían los tres primeros. Maeztu sentábase poco, y bien fuera porque tuviera frío o por un movimiento nervioso, daba uno o dos paseos de prisa por la sala, frotándose con fuerza las manos y produciendo un ruido macabro al roce de los dedos. Bueno usaba al hablar de una "posse" en él característica. El más modesto era Bello. Debatíase el último estreno, la originalidad de la obra o los méritos artísticos de las primeras partes. Otras veces hablábase de la novedad en librería o de la aparición en el palenque de las letras de otro escritor. Bueno decía, juzgaba y comentaba interesando a cada momento la opinión de Troyano o de Laserna. Ortega casi nunca estaba presente. Maeztu aplaudía las nuevas tendencias literarias, y Bello discrepaba en algunos puntos; pero los tres estaban de completo acuerdo cuando hablaban del pasado, "de la inconcebible notoriedad" que se había dado al "Quijote", obra que a ellos les parecía muy mala o cuando criticaban a Cervantes o a Lope. Entonces Troyano sonreía, y Laserna y Muñoz, queriendo llevarlos a otro terreno, les preguntaban:

—¿Y por qué no dicen eso en sus artículos?

Y Sánchez Calvo repetía por lo bajo:

—Ahí le duele.

Tampoco los políticos viejos salían muy bien parados con la opinión de estos llamados intelectuales del 98. Esas momias—decían—son un dique para todo progreso. En cambio dedicaban elogios a ciertos ministros jóvenes.

Bello y otros escritores de su generación no citados visitábanme algunas noches en la Secretaría.

—¿Balcázar, quiere pasar esto a don José?

Y lo que me daban era un artículo para "Los Lunes", y el recibo que habían de cobrar al día siguiente para que Ortega pusiera el "páguese".

Y el Director al recibirlo exclamaba:

—¡Pero si tenemos original para veinte siglos!

Y al salir para devolverlos me detenía diciéndome:

—Espere, Balcázar, espere; ¡pobrecillos! a lo mejor les hace falta, les precisa. Y aquel hombre, tan bueno y tan santo, firmaba el "páguese" aunque el artículo no se publicara después.

Y es que Ortega Munilla, según frase feliz de Navarro Ledesma, fué siempre amparador generoso de todo esfuerzo intelectual.

Ortega quería mucho a la nueva generación literaria. Azorín publicó por entonces en "El Imparcial" su famosa "Ruta del Quijote". De Baroja y Maeztu alababa sus pensamientos literarios. A Valle Inclán le llamaba el estilista de la nueva generación, y de Bueno tenía un alto concepto y sólo grandes elogios oí tributarle. El día que aceptó Jacinto Benavente el escribir las crónicas "De sobremesa" para "Los Lunes" se puso Ortega muy contento, diciendo:

—¡Menuda adquisición hemos hecho!

Alabando el talento genial de Benavente, refiriéndonos "Monte-Cristo", el revistero de salones, que en cierto corro hallábanse un día Gloria Laguna, la procaz aristócrata, y el insigne dramaturgo, y de pronto aquélla, espetóle al maestro: —"Tu cabeza es hermosa, pero sin seso". Y Benavente sin inmutarse replicóla en el acto: —Eso está muy bien dicho, pero falta el principio: "Dijo la zorra al busto..."

Aparte de tan excelentes colaboradores, tenía "El Imparcial" prestigiosísimas plumas en su redacción.



D. Manuel Troyano

Redactor jefe

El redactor jefe D. Manuel Troyano, hombre muy modesto y de mucho mérito, era un formidable articulista, claro, conciso y poniendo los puntos sobre las íes—apelo al dicho vulgar—en los asuntos que trataba. No tenía el estilo florido de Suárez de Figueroa, ni la elocuencia en la fina agresividad de Burrell, pero su prosa pesaba más, era más comprendida y en todo momento con sentido práctico. Lo que no podía soportar D. Manuel eran las suplencias en la dirección. El cargo de director le asfixiaba.

Conocí en Granada el año 89 al entonces redactor de "El Imparcial" D. Manuel Alhama Montes (Wanderer) que asistió como yo a la coronación de Zorrilla. Nos hicimos muy amigos.

En la fecha de mi ingreso en "El Imparcial" ya no estaba Alhama Montes. Había dejado la redacción para fundar su "Alrededor del mundo", revista que le dió mucho dinero.

A Pepe Laserna le traté también en Granada y de entonces es el retrato suyo que publico. Era en aquella época redactor de "El Resumen", aquel gran periódico de Augusto Suárez de Figueroa que fué como una estrella de mucho brillo pero de vida fugaz. Escribía crónicas muy saladas, y como en ocho días no mandara ninguna se le ocurrió al maestro Suárez de Figueroa, decir en "El Resumen": "Representando a este periódico ha ido a Granada Pepe Laserna, para hacer la reseña de la coronación de Zorrilla, y como no sabemos qué es de su vida y hay casos de amnesia fulminante rogamus a nuestros lectores de la ciudad del Darro le busquen y se interesen por él." Al leerlo Laserna escribió enseguida, haciendo uno de sus mejores artículos. Su silencio era debido a un empalme de las leilas del Carmen de Calderón, con sesiones de fiestas gitanas...



Alhama Montes

(Wanderér)



José de Laserna

En "El Imparcial" tenía Laserna a su cargo el estreno en los teatros y una "mesa revuelta" hecha con mucha gracia e ingenio.

Además siempre estaba inventando "diabluras". Un día vió en "El Siglo Futuro" una serie de adhesiones de colectividades obreras, no recuerdo con qué motivo. Laserna redactó otra y desfigurando la letra estampó al pie quince firmas pero formando un anagrama con la primera letra de cada nombre, y la mandó por correo. "El Siglo Futuro" publicóla al día siguiente y no hay para qué decir la

tomadura de pelo que hizo el gran Laserna. Ya conoces, lector, la manía de Sánchez Calvo, de arrapar con toda clase de periódicos. Había otro redactor, D. Antonio Sánchez Ramón, veterano periodista que parecía un infeliz y tenía más conchas que un galápago. De las pocas contrariedades que teníamos en la casa era una de ellas la distribución de las localidades de espectáculos. Las del Real pedíalas casi siempre Rafael Gasset, pero un día se supo que no eran para él sino para su secretario y pariente Sánchez Ocaña. Al enterarse Laserna hizo el siguiente saladísimo ovillejo:

Con los teatros se ensaña

Sánchez Ocaña;

no deja papel a salvo

Sánchez Calvo;

es un viejo camastrón

Sánchez Ramón.

Meterlos en un serón

y mandarlos a Montánchez,

a estos tres... señores Sánchez:

Ocaña, Calvo y Ramón.

Mariano de Cavia era uno de los hombres más grandes que ha tenido el periodismo español. Su figura se agiganta cada día más. El recuerdo de sus admirables crónicas, sus ingeniosos "Despachos del otro mundo" las iniciativas de su elevado espíritu, fueron y serán incomparables. Era tan propio su estilo, que nadie ha sabido imitarle, que murió con él. En "El Imparcial" era el único redactor que no tenía sueldo fijo. Mensualmente presentaba su cuenta y en el acto se la pagaban.

Cavia iba poco por la redacción. Mandaba los trabajos con su escudero García, hombre noble y servicial que le acompañaba a todas partes. García era sereno en Madrid y un día Cavia lo encontró dormido y le quitó el chuzo costándole el destino, pero el gran escritor lo hizo su ayuda de cámara y escudero,



Mariano de Cavia

siéndole muy útil en la vida. De las contadísimas veces que se le veía por el periódico a Cavia, coincidió una con la visita de Cándido Lobera, capitán de Artillería y corresponsal de "El Imparcial" en Melilla, que tenía vivos deseos de conocerle. Don Mariano agradeció la deferencia y le invitó a una copa de cognac. Correspondióle Lobera con otra, y habla que te habla se multiplicaron las copas, y a la hora el buen melillense dormitaba en uno de los divanes, mientras que Cavia permanecía indemne, exclamando:

—Ni a eso me gana nadie.

Cuando murió Vico encargóme Ortega que fuera a casa de Cavia para que hiciera el artículo necrológico. Estaba acostado. Me recibió enseguida y enterado de mi embajada, llamó a García requirióle la mesita de trabajo sobre el lecho y sentado en la cama escribió una crónica magistral. ¡Con qué facilidad y qué bien exteriorizaba sus admirables pensamientos!



Luis Taboada

Formaba también parte de la redacción de "El Imparcial" el ilustre escritor festivo Luis Taboada. Sus notabilísimos artículos cómicos eran buscados con deleite por el público, y es que Taboada se había impuesto la obligación de crear buen humor para esparcirlo entre sus semejantes. En el trato particular era muy caústico y se burlaba hasta de su sombra. ¡Cómo olvidar las saladísimas crónicas veraniegas que mandaba desde Portugal! Dejó escritas varias novelas cómicas pudiendo servir de modelo en su género "La viuda de Chaparro", "Pescadero a tus besugos" y "Las de Cachupín".

Escritor de gran talento y con simpatías generales era Eduardo Muñoz, revistero taurino y crítico del Teatro Real. No hubo ninguna otra redacción con tantos escritores taurinos de renombre en la fiesta nacional. Ortega Munilla, fundador de "El Chicleño", había demostrado conocerla a fondo. Cavia hizo famoso el pseudónimo de "Sobaquillo". Laserna fué en otro periódico el

temido "Aficiones" y Angelito Chaves pasó muchos años escribiendo revistas taurinas con la firma de "Achares". Por eso el papel de N. N. pseudónimo de Eduardo Muñoz, cuando de los toros hablaba, era más difícil, pero su colosal talento lo vencía todo. Cuando murió el duque de Veragua fué tan notable la crónica que le dedicó, que entre las muchas felicitaciones recibidas, tuvo una muy expresiva de D. Segismundo Moret.

Tomó parte muy activa en la campaña realizada por "El Imparcial" cuando la catástrofe de Consuegra. Acompañó a Gasset en cierta ocasión en sus propagandas por el país de D. Quijote y con singular grajejo decía:

—Contad conmigo para todo, soy vuestro, soy manchego del lado izquierdo, que por algo fué de aquí la compañera de mi vida.

Cuando Martínez Campos fué a Marruecos, Eduardo Muñoz formaba parte de la expedición como redactor de "El Imparcial" y aún se recuerdan sus ingeniosas crónicas.

Ortega le quería mucho, pero una noche en que era abrumador el trabajo, y escaseaban los redactores, se presentó Eduardo un poco mareado, después de una ausencia injustificada de siete días. Al verlo Ortega con una seriedad más aparente que real se encaró con él, diciéndole:

—He pensado que esto no puede continuar así, de modo que presente la dimisión.

Y Muñoz tirando el sombrero al suelo se le ocurrió contestar:

—Eso mismo venía cavilando respecto a usted, D. José. Por tanto dimita si quiere, porque Yo no dimito.

Soltó la carcajada Ortega, le dió un abrazo Eduardo y se acabó de despejar.

Representando a "El Imparcial" estuvo también Muñoz en Algeciras, para transmitir detalles de la famosa conferencia que allí celebraban los diplomáticos. Y al regreso comentando con



Eduardo Muñoz

ingenio ese farrago de discusiones internacionales, nos decía:

—Mucha etiqueta y mucho banquete, y lo único práctico de la Conferencia... mi boda.

Porque en aquellos días se hizo novio y contrajo nuevo matrimonio en la bella ciudad andaluza.

Y al hablar de los redactores de entonces quiero también citar, además de los ya nombrados a Vicente Vera tan ameno "croniqueur" de viajes; Francisco Alcántara, exquisito escritor de arte; Miguel Jordán y Tabanera que con Bermúdez, Marqués



Jacinto Benavente

y Jimeno Vizarra eran noticieros políticos; Alfredo Ribera, entusiasta reportero de sucesos; Eduardo Peña y Nicolás Leyva, autor de "Cuentos de autos". Más tarde entraron Pepe Cuartero, el notabilísimo escritor que a poco pasó a la redacción de "A B C", donde continúa; y en época más reciente Graciano Atienza, subdirector hoy de "Blanco y Negro".

Las crónicas "De Sobremesa" publicadas en "Los Lunes" por Jacinto Benavente constituyeron una joya literaria de inestimable

valor. El mejor elogio que de ellas se puede hacer es decir que estaban escritas por el inmortal autor de "Los intereses creados".

XXIX

Ligereza imperdonable.—Desandando el mal paso.—Un ruego de D. José Gasset.—Visita a Marsal.—Se recuperan los Almanques mal vendidos.—Cómo terminó la segunda "caricia" de 'mi' Claustro.—Traslado a Madrid.—Ascenso en San Isidro.—Página de mi Album.—Consejos del catedrático D. Francisco de Casso.

Aunque mi trabajo era nocturno, algunas tardes iba también a "El Imparcial" a escribir cartas o leer la Prensa, y después pasaba un rato en la Administración del periódico de charla con

los empleados. El cajero, Ricardo Elías, un muchacho culto, activo y desenvuelto, contaba con generales simpatías por su modestia y afabilidad. Su padre D. Simón Elías, vejete de loca fantasía en el recuerdo de aventuras juveniles, desempeñaba el cargo de archivero y un día se le ocurrió vender, mejor dicho mal vender, los dos mil Almanaques de "El Imparcial" que quedaron de la edición. El buen hombre no calculó seguramente el daño que iba a ocasionar. Lo cierto es que al pasar por la Puerta del Sol D. Eduardo Gasset oyó pregonar:

—¡El Almanaque de "El Imparcial", a veinte céntimos!

Y como su precio era una peseta se quedó estupefacto ante el descrédito que aquello suponía para el periódico. Telefonó a su hermano Pepe y éste se presentó en la Administración nervioso y descompuesto, en ocasión que yo estaba de tertulia.

—¿Quiere usted, amigo Balcázar, tomar un coche y ver el modo de recuperar dichos ejemplares?

Pregunté detalles y partí enseguida.

Fuí primero en busca de Marsal, el hombre del puro, como le llamábamos los periodistas. No estaba en la Delegación, ni en su casa, pero al fin lo encontré en el café del Pilar. Le conté el caso, subió a mi coche y juntos fuimos a la calle del Peñón, al domicilio del "Tribalque" un industrial con ribetes de pícaro que se dedicaba a la venta ambulante por plazas y plazuelas. Al principio negábase a deshacer el trato, sin previa indemnización, pero ante las razones del policía admitió su dinero quedándole de ganancia los veinte o treinta ejemplares que vendió aquella mañana.

Y de este modo contuvimos el perjuicio que hubiera producido la imperdonable ligereza del archivero del periódico.

Ahora voy a relatar en lo que quedó la segunda "caricia" de "mi" Claustro. El expediente inicial no se despachaba ni en el Rectorado, ni en el Ministerio, con gran contento mío: pero un día, después de varios meses, el Dr. Calleja, Decano de Medicina, que era el ponente en el Consejo Universitario me vió en la calle y me dijo que estaba resuelto el asunto, dándome por entero la razón. Aún así no me satisfacía porque al tramitarse dicha resolución tenía que contar entre el regreso a Ciudad Real o el abandono de la plaza de Auxiliar. Pensé la cuestión y fuí a ver a Romanones. Al verme el Conde, que ya tenía noticias de todo me dió muy ufano:

—Lo de usted ya está solucionado.

—Pero con solución difícil—le repliqué yo—porque no voy a dejar el periódico para ir al Instituto de Ciudad Real con una plaza sin sueldo, y de no ir me formarán otro expediente. Y por otra parte no quiero renunciar a la Auxiliaría.

—La muerte es lo único que no tiene arreglo—añadió el Conde—. Dígame cuál de los dos Institutos de Madrid prefiere y le traeré en comisión y así no pierde la plaza.

Ví el cielo abierto, tuve una inspiración divina, mi Virgen del Prado, cuya protección he visto tantas veces, y contesté que el de San Isidro. Se cumplió la oferta del Conde y tuve una elección acertadísima, porque al mes, una de los Auxiliares numerarios de dicho Instituto, el Sr. Miras, fué nombrado por concurso catedrático de Barcelona. Corrí al Ministerio buscando el ascenso, pero el subsecretario D. Federico Requejo, me echó un jarro de agua fría, diciéndome:

—Eso es imposible.

Y esa "imposibilidad" consistía, según supe después, en que él, de acuerdo con Tortosa, Burillo y Llarden, del Instituto de San Isidro, tenía interés en reservar la plaza vacante para el profesor de enseñanza privada D. Manuel Reinante.

Resignéme y por la noche se lo conté a Ortega, y este involuclable y queridísimo amigo sin decirme nada escribió a Romanones una carta de su puño y letra, en papel personal suyo, recomendándome con el mayor interés. El resultado no se hizo esperar. Al día siguientes contestóle a Ortega diciéndole que me presentara a Requejo. Lo hice así y lo encontré totalmente cambiado. Aquella "imposibilidad" había desaparecido.

—Oiga, amigo Balcázar—me dijo—, como usted razonará muy bien su petición en una instancia, hágala y le daremos la plaza.

Total que fuí nombrado, que me puse muy contento y que hasta pensé hacer un viaje a Ciudad Real para dar un abrazo a mis "acariciadores". Una vez más se había cumplido aquello de "por querer hacerte daño, sólo te hicieron provecho". Y se patentizó mi buena estrella porque si en vez del Instituto de San Isidro, elijo el del Cardenal Cisneros no hubiera podido ascender en muchos años por carecer de vacante.

Hubo más. Desde que tomé posesión de la Auxiliaría del Instituto de San Isidro me hice cargo de la cátedra de Historia Universal que desempeñé todo el tiempo que fuí Auxiliar.

Era catedrático de Derecho en Salamanca, cuando yo estudiaba, y catedrático muy culto, D. Francisco de Casso, que luego pasó a la Universidad de Sevilla.

En mi álbum escribió lo siguiente:

"Mi querido Balcázar: ¡Transijamos! Usted, tratándome con un mimo y dispensándome un honor que de todas veras le agradezco, me pidió un recuerdo de amistad para su álbum; y yo, no hay para qué decirlo, accedí felicitándome de figurar *urbi et orbi* en el número de los escogidos. Mas ahora resulta que quiere usted cifre mi recuerdo en un *consejo* porque eso exige la gravedad ya casi impuesta por los años (¡por Dios, Balcázar, ¿de cuándo acá se es viejo a los 40 mayos bien criados y conservados?) y la egregia alteza de mi prosapia profesional. Hágase, pues, el gusto de usted, puesto que así lo quiere; pero admitiéndome usted la excusa que terminantemente formulo para dar consejos por mi cuenta, por la muy poca que merecían y porque de antiguo, aunque no de *ogaño* y *plus ultra* para cada prójimo son las almohadas y la buena conciencia; ha de contentarse con que transcriba aquí lo que me recuerde de un viejo manuscrito, que la buena suerte trajo ha tiempo a mis manos, y que como una de tantas tareas cotidianas me ocupa en los ratos de libérrimo empleo a descifrar, esclarecer, comprobar y completar hasta que llegue al pie de fecha de tan interesante pliego y me posesione y connaturalice con el alma del difunto, el cual según la firma hubo de llamarse Prudencio Benigno Fuerte, nombre que, en verdad, a juzgar por las muestras de sabiduría, experto tino, bondad y constancia de voluntad rectamente ordenada que su escrito reproduce, vendría pintiparado a las dotes y cualidades del sujeto. Como a fuerza de manosearlo está muy desgastada la parte que hasta ahora he hecho legible del preciado papelito, copio aquéllas moralejas o avisos, que más fácilmente vienen a mi memoria. Hélas aquí:

"Fortuna te dé Dios, hijo, que—más que el saber prospera: el mejor amigo es Dios—y un duro en la faltriquera."

"En buena y mala fortuna—esfuérzate por vencer—; en la buena tus apetitos—, en la mala tu timidez."

"De flores y de abrojos—llena la vida está": "los abrojos son Trabajo: las flores Felicidad."

"Si flores tu dicha anhela—y bien quieres merecer— trabaja, sufre y espera—, y coronarás tu sien."

Y la Verdad es un tesoro—; la Virtud es talismán:" "Toda Mentira es pecado; y el Pecado es la maldad."

"Verdad y Virtud—corren parejas"; "La una sin la otra—jamás se encuentra."

"Haz esas flores prenda—de tus afanes"; "Que a los hombres su esencia hace inmortales."

"Mas si Virtud y Verdad—de cierto quieres tener, no sonámbulo las palpes; despierto, *investiga* y ve."

"La Verdad para el hombre tiene dos caras", "La una lo Increado delinea, la otra Creación destaca: atento estudia una y otra; que si no, no has de alcanzarla."

"No a disputas ni a contiendas—la Virtud has de traer".
"Con ella viste tu alma; ama mucho y haz el bien."

"Aunque de vanas palabras lleno está el mundo—, guárdate de llamar necio—a hermano tuyo."

"Y si argüir es tu oficio—en todo tiempo; hazlo siempre enseñando—, nunca riendo."

No más, mi querido Balcázar: el enamoramiento que sin poderlo remediar siento por las *reglillas de conducta* de este mi buen Sr. D. Prudencio Benigno Fuerte, con quien, desde que le conocí con los ojos del entendimiento, he procurado *hacer buenas migas*, ha sido causa de que haya perpetrado un verdadero abuso de confianza, ocupando nada menos que dos hojas y media de su álbum: ¡usurpación gravísima, amigo mío, de papel, atención y tiempo!... y aún más ahora que, como vivimos al vapor y a la electricidad, es verdad aquello de que *the times is money*: pero, en fin, pues que el mal ya no tiene remedio, perdóneme en gracia de lo bueno. De la intención y del gusto *bien probado* de complacerle.

"Me despido de usted, aconsejándole, ya esto por cuenta propia, que si alguien a usted o usted a alguien hiciese mal de ojo se reprima o consuele cantando "en una alforja al hombro llevo los vicios: los ajenos delante, detrás los míos".—Vale. Suyo afectísimo amigo, *Francisco de Casso*.—Salamanca, 7 de mayo de 1894."

XXX

Batida de la policía.—Buscando a un evadido de la Cárcel Modelo.—Fernández Luna en acción. La “Delega” del Hospital.—Un confidente por agradecimiento.—Aparece el criminal.—Un suceso de interés.—Detalles novelescos.

Un telefonazo de Fernández Luna anunciome que la policía del distrito del Hospital iba a ponerse en movimiento para buscar a un peligroso criminal evadido de la Cárcel Modelo, y me lo decía mi paisano por si quería acompañarles. Previa autorización de Ortega Munilla acepté complacido. Esperábame Fernández Luna con los agentes Blanco y Sagrario en una taberna de la calle de Santa Isabel, famosa por la gente que la frecuentaba y por las dos hijas de los dueños, que luego se casaron con toreros y eran verdaderas preciosidades. Con ellas vivía también una prima, huérfana de uno de los jugadores que asesinaron en el Huerto del francés, en Peñaflores. Cenamos muy bien en una de las habitaciones interiores y después tomamos café muy despacio para que las sombras de la noche favoreciesen los registros domiciliarios.

Fuimos primero a la calle de Ministriles número 4. Abrió el sereno. Llamaron al piso. —¿Quién es?—preguntaron desde dentro. —La policía y abra pronto—contestaron—. Se franqueó la puerta y apareció a nuestra vista una mujer escuálida y de mirada aviesa. Habló con ella Fernández Luna y aunque ella negó en redondo que allí estuviera la persona que buscaban, se la dió orden de que guiara a los dormitorios y demás habitaciones de la casa. En el primer dormitorio estaban acostados un hombre y una mujer. Dos ladrones—me dijo por lo bajo D. Ramón. Y enseguida le preguntó a él cómo se llamaba. Teófilo Martínez—le respondió—. Eso no es verdad—replicó aquél—y le dijo su verdadero nombre—, y para demostrárselo, vístase y vamos a la “Delega”. Entonces intervino ella para decir: Tiene usted razón, D. Ramón, se llama como usted dice, pero ahora no ha hecho nada... Fernández Luna le dió un pequeño achuchón y le dejó. Pasamos a otro cuarto y estaba el Condesito, conocidísimo carterista, a quien acompañaba una mujer muy guapa. En otra

dormía un torerillo de invierno y en la siguiente un vendedor ambulante y afamado descuidero. El hombre que se buscaba no estaba allí. Abandonamos la casa no sin antes hacer ciertas indicaciones a la dueña. Lo mismo nos pasó en otra casa de la calle de Zurita y en las covanchas que hay frente a la estación del Mediodía donde tuvimos que pasar linterna en mano para reconocer a los refugiados en ellas. Fuimos a continuación al 12 del Paseo de las Delicias. Entramos en la taberna y la clientela se reducía a unos rapazuelos de 13 a 15 años que jugaban a las cartas. Al entrar D. Ramón se levantaron todos como movidos por un resorte, y casi a coro le preguntaron: —D. Ramón, ¿qué desea? ¿qué busca? ¿les somos útiles?— Habló con uno de ellos y algo debió indicarle porque desde allí nos encaminamos a la calle del Amparo. Se hicieron registros infructuosos en dos casas, pero al llegar a la tercera ordenó Fernández Luna a los agentes que se quedasen en la puerta para que no saliera nadie. Y usted, amigo Balcázar—me dijo—quédese también por si hay peligro; voy a subir solo. —Y yo con usted—repliqué a mi vez—. Y ascendimos al piso. Con facilidad franquearon la entrada deshaciéndose en cumplimientos el hospedero. A las preguntas del experto policía negó rotundamente, diciéndole: —¡Si tengo la casa vacía! ¡Si esta noche no sé qué pasa que no viene nadie a dormir! —Vamos a verlo—musitó D. Ramón—. En el primer cuarto había dos camas, registró y en efecto comprobó lo dicho por el patrón. Entramos en el segundo y una de las camas estaba algo en desorden, y el hospedero se anticipó a decir: —Ahí estaba yo echado cuando llamaron a la puerta. Miró D. Ramón debajo de ella y no vió nada pero conocedor sin duda de los trucos que emplea la gente maleante o algún detalle que le pusiera en guardia trasladó la linterna a la mano izquierda y con la diestra sacó la pistola y poniéndose de rodillas volvió a mirar debajo de la cama y negado el cuerpo al sommier, en una postura inconcebible, estaba el que buscaba. Sacólo fuera, le puso las esposas, y deteniendo también al patrón marchamos a la "Delega".

La Delegación de policía del distrito del Hospital habíala organizado admirablemente D. Ramón Fernández Luna. No en balde era éste considerado como una de las glorias del cuerno de vigilancia. Archivo de señas dactilares, registros de tanguistas y camareras de cafés cantantes, retratos distintos de gente maleante, anotación de gremios por calles, historial de sucesos, de todo había

en ella. Apenas entré presentóme Luna a uno de sus confidentes. Tratábase de un quincenario conocidísimo por todos los agentes como ladrón perspicaz y de extensas relaciones en el hampa madrileño. Debíanse los servicios que prestaba a un favor recibido de Fernández Luna. Una de las veces que D. Ramón lo mandó a la cárcel pidióle el randa que no lo llevara por tener enferma a su madre. —Tu delito exige castigo—le contestó Luna—pero si es verdad lo de tu madre no faltará quien la cuide. Y el ratero fué a cumplir su quincena y el culto policía conocedor de la verdad pagó la asistencia de la enferma y hasta una pequeña operación que se la hizo. El ladrón, buen hijo en medio de todo, no olvidó nunca esta delicada atención de Fernández Luna.

Después conocí a la "Nincha", una "chula" muy guapa, temida de la policía por su protección a tiros de la gente maleante, y que andando el tiempo fué muy amiga de un travieso maestro republicano de Ciudad Real a quien hace poco, por cierto, han dedicado una calle en la capital de la Mancha.

Ya en el despacho de Fernández Luna, sentados vis a vis y mientras fumábamos un cigarro, oíle referir un interesante suceso en el que había intervenido meses antes.

—Cierta día—decíame Luna—recibí una súplica para acudir con urgencia a un palacio señorial. Fuí enseguida y recibíome el dueño, un título de Castilla emparentado con lo más rancio de la nobleza española. He sido víctima de un robo que se ha cometido en mi casa, Sr. Fernández Luna—decíame—y le llamo para ver de descubrirlo. Tenía la colección numismática más completa en monedas de oro. Una chifladura de mis antepasados. Había monedas muy raras y de un valor incalculable y precisamente de esas monedas me faltan siete. —¿Y cuándo ha notado la falta?—le pregunté. —Hoy mismo, momentos antes de llamarle. —¿Y no sospecha de alguien de dentro de la casa? —De nadie, mis criados son antiguos y tenemos de ellos el mejor concepto. De todos modos he pensado instalarle en la casa con toda libertad y usted entra, sale, come, duerme, lo que quiera y si es preciso le conseguiré licencia ilimitada para que sólo dedique sus inteligentes servicios a este asunto. Después me dió un llavín y me enseñó la habitación donde había de instalarme. Comencé mis trabajos. En la caja que se guardaban las monedas no se veían señales de fractura, ni de violencia. Inquirí, indagué, pregunté a la servidumbre y obtuve la seguridad de su inocencia, seguri-

dad que confirmé aún más con las pesquisas realizadas fuera de la casa. Seguí otra pista. El noble señor tenía dos hijos y uno de ellos era bastante tarambana y de vida irregular. Frecuentaba las casas de juego y tenía una amiga francesa de historia. Me pareció ver indicios en el camino emprendido, creencia robustecida cuando supe que esa francesa sostenía correspondencia y mandaba dinero a cierto apache de París. Hice un viaje a la capital de Francia. Me presentaron a Goron, el famoso detective, y en las entrevistas que tuvimos con el apache, éste nos justificó los giros recibidos, que venían a ser iguales cada semana, y sin que en ninguna carta hiciera alusión al asunto que nos interesaba. Vuelta a Madrid. El enigma del robo llegó a preocuparme. A todo esto el noble señor me invitaba a que no dejase palillo por tocar, ni me detuviera ante ninguna consideración, llegando a decirme que si se descubría el autor o autora del robo hiciese cumplir el peso de la ley aunque se tratase de la "persona de sus más caros afectos". El otro hijo era muy formal, ni jugaba, ni bebía, ni nunca se le vió en ninguna juerga. Novio hace años con una prima suya, sólo pensaba en sus amores y a ellos consagraba su vida. Hay que dar el último paso—me dije—y logré que una doncella de la casa de su novia se despidiera y que tomaran una de toda mi confianza. La estratagema dió sus efectos. A los pocos días vió la nueva doncella que las buscadas monedas estaban en poder de su señorita. Lo curioso del caso es que antes de que yo diera cuenta del descubrimiento al noble prócer se me presentó una dama: su propia esposa, a entregarme las siete monedas y a rogarme que nada dijera de la procedencia. Por lo visto el hijo sospechando del próximo descubrimiento, confesó todo a su madre y la interesó para que diera aquél paso.

Y yo conseguido el objeto y en evitación de una escena trágica de familia dije al título de Castilla al entregarle las monedas que nada pude averiguar respecto al robo y que las había recibido misteriosamente por correo interior.

XXXI

Ortega Munilla en la vida íntima.—Su mesa.—Gustos del maestro.—Predilección por los platos manchegos.—Familia ejemplar.—Doña Dolores Gasset.—Sus perfecciones.—El niño de Consuegra.—Ortega y los pobres.—Interesantes campañas de Ortega.

Varias veces tuve el honor de comer con Ortega Munilla y su familia. Con cualquier pretexto citábame el maestro en su casa de seis a siete, y ya no me dejaba marchar. Tenía que quedarme. Vivía entonces en el 6 de la calle de Goya. Sentábase D. José frente a su esposa, D.^a Dolores Gasset, y a derecha e izquierda del matrimonio los invitados, sus hijos Rafaela, Manolo, Pepe y Eduardo, la mujer de éste María Chinchilla, una tía muy vieja de Ortega, otro tío del maestro, D. Julián Munilla, que era excelente persona, y alguna noche Ramón Gasset y su esposa y doña Pura Ortega y su marido D. José Yandiola. Se hablaba de todo pero con una discreción admirable. En aquella casa no entró jamás el reproche, ni la censura, ni la murmuración. Nunca oí hablar mal de nadie. El ideal cristiano era completo. El único apasionado era Eduardo, el hijo mayor, y el único que hablaba de política. Pepe ocupaba una de las cabeceras y aun comiendo hojeaba libros o leía. Muy pocas veces intervenía en las conversaciones. Gustaba Ortega de los platos caseros. Un día me invitó para que comiera un guiso explicado por él a la cocinera: patatas con nísalos. El nísalo es la seta del pino y dicen que no puede ser venenosa. Y la bondad de ese guiso es que se hace sin aceite, ni manteca, sólo con trocitos de tocino de jamón con corteza y el condimento preciso. Una especie de ajo de patatas con setas que decimos en la Mancha pero que estaba muy rico.

Una Semana Santa les llevé una caja surtida con latas de asadillo, pisto, fritada y otros guisos de mi tierra que encantaron a todos especialmente a Ortega, quien ponderaba siempre las excelencias del verdadero pisto manchego. Una de esas noches conocí a Lolo, aquél niñito de mantillas que cuando la catástrofe de Consuegra arrastraron las aguas del Amarguillo, salvándose mila-



grosamente, niño que prohió D.^a Dolores Gasset, y a quien ella y su esposo hicieron un hombre y le dieron carrera, ¡que la caridad de aquella casa fué siempre inagotable! Los padres de Lolo eran pastores y murieron en la catástrofe. Merece un respetuoso recuerdo en estas MEMORIAS la que fué dignísima compañera del maestro, que aún vive y que Dios haga larga su vida. Era y es D.^a Dolores Gasset, una gran cristiana en la que se vinculan todas las perfecciones del alma. Virtuosísima, piadosa, caritativa, con la bondad por escudo y la afabilidad por temperamento, su trato inspira respeto y simpatía. Jamás conoció el orgullo: hija y hermana de ex ministros y sobre todo viuda de aquel gran hombre que se llamó Ortega Munilla, es la modestia personificada, no ambiciona nada, ni quiere otra cosa que el cariño de los suyos. Al lado de su hija Rafaela, heredera en vida de sus virtudes, sólo piensa en la tranquilidad del hogar, en sus nietos (a Miguel, imagen viva del abuelo, lo adora), en sus atenciones piadosas, en sus actos de caridad y en permanecer fiel a la memoria de su idolatrado esposo. A pesar de sus 75 años aún pasa largos ratos en su cuarto de la calle de San Vicente metida en la biblioteca del maestro repasando sus escritos, organizándolos y rindiendo culto fervoroso a su recuerdo. Sea para ella en este capítulo el testimonio de mi mayor admiración y respeto.

Ortega tenía también un corazón de oro. Idolatraba a su esposa, quería mucho a sus hijos y conservaba vivo el recuerdo de su madre. No olvidaré nunca el viaje que con él hice a Marruecos, y que oportunamente reseñaré. Era en Tánger, ante el Obispo de Fesea, en una capillita que dicho Prelado tenía dedicada a la Virgen del Pilar. Oró Ortega fervorosamente y después dirigiéndose al Obispo le dijo:

—También a mí me inspira mucha fe esa Virgen.

Y uniendo la acción a la palabra sacó del bolsillo del chaleco que cae al lado del corazón una medalla de la Pilarica que besó, añadiendo:

—Esta medalla después de muerta mi madre estuvo sobre su cadáver hasta que recibió sepultura.

Y se le humedecieron los ojos.

¡Desdichados los que no saben de estas grandezas del amor filial!

Muchas noches estando dictándome Ortega, entraba el ordenanza y le decía: —El señor Hevia.

Y sana Ortega al pasillo, hablaba con él dos minutos y regresaba. Nada me decía el maestro de estas visitas, pero una noche iba yo al teléfono y al pasar cerca de ellos ví que Ortega le daba unas pesetas. Y al marcharse me explicó entonces el por qué de aquéllo. Y resultaba que era una de tantas socaliñas como tenía. Inspirado en un deseo benéfico habíale prometido colocarle, conocíalo desde la niñez, y como no llegaba el nombramiento, le daba unas monedas para que comiera.

Hay más. Yo me quedaba en el periódico hasta última hora. Y cuando Ortega había dado por terminada la edición y funcionaba la estereotipia se despedía de Angelito García, el veterano regente de la imprenta, entraba en la sala grande y tocaba el timbre:

—Iglesias, el coche.

Y el ordenanza iba enseguida al punto inmediato y casi siempre nos traía el mismo simón, y digo nos traía porque yo acompañaba a Ortega hasta su casa y luego el coche me llevaba a la mía. Servíalo Luis, un simpático auriga que hacía volar al caballo. Al llegar a la calle de Goya de cinco a seis de la mañana, en todo tiempo hiciera frío o calor, esperaban a Ortega Munilla a la puerta de su casa ocho, diez y hasta doce pobres de distintos sexos y edades que llorosos o con acento lastimero le decían:

—Para comer hoy, D. José, una limosna...

—Para la cama, que tengo mucho sueño.

Y Ortega vaciaba materialmente sus bolsillos no sin decirles:

—Yo quisiera tener mucho para atenderlos, pero soy pobre, yo vivo de mi trabajo, todo sea por Dios, mas no puedo...

Pero ninguno se marchaba sin algo.

Y cuando al día siguiente le decía yo que tanta petición era un abuso, sólo me contestaba:

—¡Pobrecillos!

Y es que Ortega era así: todo corazón.

De otra parte lo demostraban también sus interesantes campañas periodísticas. El defendió con noble empeño el mejoramiento del cuerpo de Correos y logró beneficiosas reformas. El hizo un gran bien a los serenos de Madrid. El sintetizó en admirable artículo la noble misión de la Guardia civil, benemérito Cuerpo digno de todas las simpatías de la gente honrada. El ensalzó con entusiasmo a los viajantes de comercio, esos peregrinos

nos de la economía nacional que se pasan la vida en malos trenes, cuando no en tartanas o carromatos de la peor especie, y hospedándose en fondines o posadas donde toda incomodidad tiene su asiento...

XXXII

Ingeniosa caricatura de Xaudaró.—D. Isidoro Fernández Flores.—Hundimiento en la Catedral de Cuenca.—Interesante foto de la Chelito.—Muerte del rey D. Francisco de Asís.—Fiestas de la Jura.—Días de prueba.—La batalla de flores.—El crimen de Cecilia Aznar.—Emilio Zola.—Estrenos en Eslava, Lara y la Zarzuela.—Un viaje a Salamanca con Romanones.

Las medidas dictatoriales adoptadas por el general Weyler con la Prensa y que dieron origen a incidentes como el relatado por mí en el capítulo XXVI, dieron motivo a una ingeniosa caricatura de Xaudaró que lleva por título "El guardia dictador y el periodista desenvuelto" (fábula traducida del catalán):



Ortega.—Yo redacté mi opinión...

Weyler.—No existe en esta nación
el derecho de opinar.

¡O se deja usted dictar,
o andando a la prevención!

Gran sentimiento produjo a Ortega la muerte de D. Isidoro Fernández Flores, notable escritor y académico, con el que le unía cordialísima amistad. En el artículo necrológico recordó Ortega, enalteciendo su figura literaria, la labor de Fernández Flores en "Los Lunes de "El Imparcial", antes de reorganizarlos Ortega Munilla.

En la noche del 13, recibióse una sensible noticia: el hundimiento de la hermosa y esbelta torre denominada "la Giralda" de la Catedral de Cuenca, ocasionando al derrumbarse numerosas desgracias personales. Para el lugar de la catástrofe salió el redactor de "El Imparcial" Ricardo Hernández Bermúdez, quien hizo una brillantísima información.



La Chelito en febrero de 1902

Entre las notas y recuerdos que conservo del 902 figura un retrato de la Chelito que considero de interés incluirlo en mis MEMORIAS, por ser la primera foto de su vida artística. Era una tarde del mes loco. Iba yo por la calle de Hortaleza y ella y su

madre venían en sentido contrario. Consuelo era una nena muy guapa. Conocíala yo de Ciudad Real, donde su padre, D. Isidro Portela, había estado de comandante de la Guardia civil. Al verme, después de saludarnos con el mayor afecto, invitáronme a la función de aficionados en que iba a tomar parte Consuelo, y que por ser la primera vez que había de presentarse en escena manifestó deseos de que asistiera el mayor número de amigos. Verificóse la función en el Teatro de Variedades. Asistí a ella y se aplaudió con entusiasmo a la bella artista y al día siguiente me envió dicha foto, con expresiva dedicatoria.

Tras breve enfermedad muere en Epinay, a pocas leguas de París, el rey D. Francisco de Asís, esposo de Isabel II. Su cadáver fué traído a España recibiendo sepultura en el Panteón de El Escorial.

El Ayuntamiento de Madrid echó la casa por la ventana para conmemorar la Jura del Rey. Hizo un programa de festejos verdaderamente atrayente que se desarrolló en todo el mes de mayo, mes de prueba para los redactores encargados de hacer información. Hubo festejos para todos los gustos, desde los populares fuegos de artificio y verbenas de barrio hasta las más aristocráticas reuniones y fiestas en el Real y en el campo del Moro, amén de los salones de la alta sociedad.

Referir ahora uno por uno todos los números del programa sería tarea difícil y fuera de lugar. Hablaré sólo de los intervenidos por mí, entre ellos la grandiosa batalla de flores. Se celebró el día 20 y asistieron a ella más de sesenta mil personas. La fiesta fué admirablemente preparada. No sólo se aprovecharon las galas de la primavera levantina, sino la habilidad imponderable de los artistas valencianos, que en esto de manejar flores y hacer con ellas verdaderas filigranas son únicos.

Todas las tribunas estaban engalanadas.

Por la pista circularon diez preciosas carrozas presentadas por el Ayuntamiento y numerosos coches de particulares artísticamente engalanados.

La batalla fué magnífica, cruzándose millones de flores y siendo completo su éxito, y eso que la tarde estaba nubosa y algo desapacible.

Formaban el Jurado, el Sr. Duque de Lécera, como presidente; y como vocales D. Luis Bermejillo, Sr. Conde de la Quinta de la Enjarada, D. Valentín Menéndez, D. José Moreno Car-

bonero y el autor de estas MEMORIAS, designado como redactor de "El Imparcial", por el alcalde Sr. Marqués de Portago.

Para distribuir los premios, consistentes en una copa de plata, un juego de café de plata dorada, una bandeja de plata, otra copa del mismo metal, un centro de mesa y un jarrón de cristal y plata, deliberó largamente el jurado. Tal era el número de coches adornados con exquisito gusto. Se concedió el primer premio a una "corbeille" a la media d'aumont, de la Sra. Marquesa del Aguila Real, y eso que el Sr. Menéndez hizo gran hincapié para que se le diera dicho premio al coche de la Marquesa de Torrelaguna, pero se quedó solo. Se dió otro premio a un precioso "coche de palomas" de la Sra. de Urcola, y por fin se adjudicó otro al coche de la Marquesa de Torrelaguna que representaba un "tocador Luis XIV". Recuerdo también una "tetera de claveles rojos y blancos" ocupada por la Sra. de Pérez Caballero y Sra. y Srita. de Benlliure; y una "ánfora griega" formada con claveles y alelíes, que merecieron nuestro aplauso. lo mismo que una hermosa "falúa de claveles blancos" ocupada por las Marquesas de Tenorio, Valdefuentes e Inestrillas, y señoritas de Alameda y Díaz, presentada fuera de concurso.

Notable fué también la corrida regia celebrada el día 21 con reses de Veragua, y caballeros en plaza apadrinados por los Sres. Duque de Medinaceli, Duque de Montellano y Marqués de Tovar, siendo los rejoneadores D. Antonio Lucinaris, D. Manuel Romero de Tejada y D. Gabriel Benito, oficiales del Ejército. Fueron lidiadores Reverte, Quinito, los hermanos "Bombita", Conejito y Machaquito. La corrida resultó soberbia.

El 24 fué el banquete a los alcaldes de España que asistieron a la Jura, y el 25 el de las Diputaciones, y al día siguiente la fiesta en honor de la Ciencia, actos a los cuales también asistí yo.

Pasó junio y surgió el suceso del verano con el horroroso crimen cometido por Cecilia Aznar en la persona de su amo D. Manuel Pascual Pastor, primo del Dr. Rodríguez Abaytua. Las circunstancias que concurrieron en este hecho, y la sangre fría y audacia de su autora, unidas a su enigmática fuga, le dieron extraordinario relieve, y produjeron tremenda impresión en el público, que esperaba ansioso la salida de la Prensa. Mariano de Cavia dedicóle una de sus admirables "Chácharas" y diciendo, ante las noticias contradictorias que se recibían de su detención

y fuga, que la gente llegaría a cantar en italiano chulapiforme:

Cecilia e móbile
qual piuma al vento;
¡a cá momento
muda de ti!

A fines de verano recibióse la noticia de haber fallecido en París, asfixiado por los gases de una chimenea, el insigne novelista Emilio Zola, autor de "La débacle", "Germinal" y "Su Excelencia Eugenio Rougón", que contaba en su historial aquel "Y'acusse" que rehabilitó de un infamia al comandante Dreyfús.

En este año se estrenaron con gran éxito en Eslava, "El respetable público" de Paso, Gabaldón y Cánovas; en Lara, "Ciencias exactas", de Vital Aza; y en la Zarzuela, "Piquito de oro" de Sáenz, Barrera y Guervós.

Al llegar octubre quiso Romanones testimoniar su admiración a la Universidad de Salamanca, presidiendo como ministro de Instrucción su apertura de curso. Con Romanones ocupábamos el breac de Obras Públicas, el subsecretario señor Requejo, íntimos amigos suyos, entre ellos Ranero, Ortueta y Celso Lucio y varios periodistas.

El viaje fué delicioso. A las once se retiraron a descansar Romanones y Requejo, conviniéndose entonces en pasar un rato jugando al tresillo o al julepe.

—Qué tresillo ni qué julepe—argumentó Pepe García Plaza, el redactor del "Heraldo"—al monte y así jugamos todos. Se echaron ases y nos tocó a él y a mí, y aquello fué el acabóse. Se comenzó apuntando una peseta y hubo puntos como Ranero y Ortueta que llegaron a poner veinte duros de salto, pero la suerte estaba por nosotros y sólo venía la descargada. Total que al levantarnos contamos de ganancia mil cuatrocientas pesetas. Pero lo interesante del caso es que la improvisada timba funcionó a petición de los que perdían, hasta bien entrada la mañana, en que hizo su aparición en el coche el Obispo de Plasencia que pasó a saludar al ministro y se quedó admirado al ver el "espectáculo". Y cuánto reía después Romanones cuando supo la "paliza" que habían recibido sus amigos. Entre Pepe García Plaza y yo pagamos el desayuno a todos los expedicionarios y aún nos quedó una porra de pesetas. Viaje inolvidable.

En Salamanca se le hizo al Conde un entusiasta recibimiento

y después hubo recepción general en las Casas Consistoriales. La apertura del curso de 1902-903 fué muy solemne. El discurso estuvo a cargo de D. Manuel González Calzada, catedrático de Ciencias, y el Conde de Romanones pronunció elocuentes y sentidas palabras ensalzando el historial de la gloriosa Universidad.

A mediodía los doctores salmantinos le dieron un banquete en el que hubo brindis patrióticos. Aún recuerdo lo dicho por el ilustre Rector D. Miguel de Unamuno:

—En la Universidad de Salamanca a nada, ni a nadie se excluye, por tener cabida en ella cualquier sincero esfuerzo de investigación y no pedirse más profesión, que la de amor al saber y a la enseñanza, sintetizando a continuación las necesidades del Centro.

Contestó Romanones con un discurso ofreciéndose para todo cuanto redundase en beneficio de la Universidad salmantina.

Por la noche celebróse un banquete popular en el Teatro del Liceo, y al día siguiente el ministro acompañado del Sr. Unamuno recorrió los centros de enseñanza, regresando después a Madrid.

El Conde de Romanones, durante su estancia en Salamanca, se hospedó en el domicilio del ilustre Rector.

XXXIII

Excursión a Guadalajara con el general López Domínguez.—Banquete en el Colegio de Huérfanos.—Crisis total.—Entrada en el Poder de los señores Silvela y Maura.—Gasset no es ministro.—¿Hubo veto?—Razonamientos de Troyano.—Agresiva actitud de Burell.—Propaganda política.—El meeting de Ciudad Real.—Cómo se organizó.—El Conde de la Cañada.

Era presidente del Consejo de Administración de los Colegios de Huérfanos de la Guerra establecidos en Guadalajara el general López Domínguez y como recientemente se hicieron notables mejoras en su funcionamiento, para darlas a conocer a la Prensa de Madrid, organizóse una excursión a Guadalajara. Ortega Munilla recibió expresiva carta de López Domínguez, recabando su asistencia y con igual objeto le visitó su buen amigo

D. Torcuato Luca de Tena. A uno y a otro les expuso la imposibilidad de complacerles, diciéndoles:

—Mi salud y mis métodos de vida me impiden madrugar. No puedo, pues, acompañarles, pero irá Balcázar, como redactor de "El Imparcial" y llevando mi propia representación.



El general López Domínguez y los periodistas que le acompañamos a Guadalajara

Comunicóme Ortega su acuerdo, ordenándome que fuese a descansar para ir temprano a la estación. Lo hice así, uniéndome a los expedicionarios numerados en la foto que publico: (1), el general López Domínguez; (2), D. Vicente Sanchiz, ayudante del general y redactor de "La Epoca"; (3), D. José Francos Rodríguez, director de "El Globo"; (4), D. Torcuato Luca de Tena, director de "A B C"; (5), D. Alejandro Saint Aubin, redactor del "Heraldo"; (6), D. Conrado Solsona, director de "La Correspondencia de España", y (7), el que estas líneas escribí como redactor de "El Imparcial". También nos acompañaba el redactor artístico de "A B C" Sr. Blanco Asenjo. En Guadalajara nos esperaban las autoridades militares y el director de "El Ejército Español". Visitamos detenidamente el suntuoso palacio del Duque del Infantado donde están instalados los Colegios de Huérfanos, admirando las mejoras realizadas. El ilus-

tre general López Domínguez nos obsequió con espléndido almuerzo, recibiendo los excursionistas innúmeras atenciones. Yo tengo que recordar con gratitud que tanto en el banquete como en la foto que se hizo el general López Domínguez me otorgó el honor de colocarme a su derecha como homenaje a mi periódico.

Por la tarde regresamos a Madrid.

En diciembre, al finalizar el año 1902, se produjo la crisis total del Gobierno, entrando en el Poder D. Francisco Silvela que dió a D. Antonio Maura la cartera de Gobernación, y al Marqués de Vadillo la de Agricultura. Gasset, en contra de la creencia general, no fué ministro. ¿Por qué? Nadie se lo explicaba. Hablóse de un veto de Maura. Yo no sé si hubo o no ese veto. Lo cierto es que Silvela o tenía muy poca personalidad como presidente del Consejo para imponer un ministro, o no quiso cumplir su compromiso. La noticia cayó como una bomba, pero Troyano, siempre firme y sereno, recomendó la calma, más necesaria que nunca en tales circunstancias. En cambio Burell incitaba a la lucha, cuanto más violenta mejor, diciendo: si a uno le maltratan y tiene un arma en la mano, ¿no va a servirse de ella? Yo en mi modesto juicio, teniendo en cuenta lo que era y debía ser "El Imparcial", pensaba como Troyano. Pero triunfó el criterio contrario y D. Manuel marchó a Bilbao una temporada para escribir crónicas de aquella cuenca minera, dejando a Burell que se despachara a su gusto en los fondos políticos con aquellos famosos artículos "Espuma de cerveza" y "Fogata de virutas", en que satirizaba discursos de Maura, no viendo que la figura de D. Antonio iba a su apogeo y que en la lucha entablada sólo la Prensa habría de sufrir rudo golpe con menoscabo de su categoría ordinal en los poderes del Estado...

Una noche de las primeras de febrero de 1903 llegué al periódico más tarde que de costumbre y al entrar en la redacción me dijo el maestro Ortega Munilla:

—Rafael, mi cuñado, está en el cuarto del pasillo y quiere hablarle.

Acudí al momento. Con D. Rafael Gasse: estaba el señor Burell. Me mandaron sentar.

—Le he llamado, amigo Balcázar—me dijo D. Rafael—, para saber si es factible organizar en Ciudad Real un meeting agrícola al que concurren personalidades manchegas que le den

relieve e importancia. Y si es factible para rogarle que se ponga en camino y que vaya a organizarlo lo antes posible.

Yo, que en aquel momento hubiera ofrecido hasta la Luna, contesté que sí y después de recibir otras instrucciones, y pensando a la vez en ser útil a D. Rafael y a mi tierra, salí del cuartucho de trabajo más contento que unas Pacuas. Comuniqué a D. José Ortega Munilla la alta misión que se me había confiado y me despedí de él para emprender el viaje.

A la mañana siguiente, ya en el tren de Ciudad Real, reflexioné acerca de mi ligereza: ¡Un meeting en Ciudad Real y un meeting importante!... Ahí es nada... Y pensé, pensé, y me dije: Solo el Conde de la Cañada puede salvarme.

Anuncié mi visita al Conde y me recibió en el acto. Le expuse el proyecto, le hablé de los beneficios que en su día podría reportar a la Mancha la política de Gasset, del compromiso en que yo me había metido...



D. Juan Acedo-Rico y Medrano, Conde de la Cañada

Y el Conde que sostenía con la mano el auricular derecho, como en ademán de oír mejor, me interrumpió afablemente, diciendo:

—Comprendo lo ocurrido. No se apure, amigo Balcázar, quedará usted bien. Habrá meeting y meeting de importancia.

Y aquel hombre tan noble y tan popular, que tenía amigos en

todas partes, dictó a su fiel secretario don Liberato Saavedra unas cartas para varios pueblos de la provincia, y quedó constituida la Junta organizadora del meeting con el Conde de la Cañada, don José Ibáñez, don Daniel Castillejo, Marqués de Treviño, don Felipe Aguilera, don Enrique Sánchez Cantalejo, don Jacobo Maldonado y el autor de estas Memorias.



Entusiasta recibimiento dispensado a D. Rafael Gasset a su llegada a Ciudad Real

En la noche del 14 llegó a Ciudad Real, en el tren rápido, don Rafael Gasset a quien acompañaban los señores Burell, Duque de San Fernando, Neira, Bourgón, Cámara, Medina (don Pedro) y los periodistas García Plaza, del "Heraldo"; Maeztu, de "El Diario Universal"; Tur, de "El Globo"; y Blanco Asenjo, de "A B C". El recibimiento que se hizo al joven exministro fué apoteósico. En el andén había más de dos mil personas. La estación estaba iluminada con bengalas, lo mismo que todo el trayecto hasta la casa del Conde de la Cañada donde se hospedaban Gasset, Burell y algunos otros expedicionarios. A su paso por Malagón fué saludado por el Ayuntamiento en pleno con la banda municipal y numeroso gentío. Igual sucedió en Fernancaballero, donde le esperaba el pueblo en masa no cesando de darle vivas y disparar cohetes. Artística iluminación completaba el cuadro, leyéndose en arcos de follaje: "Fernancaballero a don Rafael Gasset", "Gloria al protector de la Agricultura".

En la mañana del domingo oyó misa en la Catedral ante la

excelsa Virgen del Prado, yendo acompañado por el Conde de la Cañada, Emilio Bernabeu, director de "Don Quijote de la Mancha", García Plaza, Bourgón y otros.



El Sr. Gasset, acompañado del Conde de la Cañada y de varios periodistas saliendo de la Catedral de oír misa ante la excelsa Virgen del Prado

Y por la tarde se celebró el meeting en el Teatro de Verano (hoy Cervantes), que resultó imponente, magnífico, con un lleno absoluto. Hablaron, el Marqués de Treviño, que dió lectura a las numerosas adhesiones recibidas; Conde de la Cañada; Ruiz de León, alcalde de Ciudad Real; don José Ibáñez; don Daniel Castillejo; don Bernardo Marín y don Pedro Arias; que fueron muy aplaudidos. Al levantarse a hablar don Rafael Gasset fué acogido con formidable ovación y conforme avanzaba en su discurso exponiendo con sencillez sus ideas redentoras para la agricultura creció el entusiasmo y se iba adentrando en el corazón de los manchegos. Al final la ovación fué inenarrable. Se dirigieron telegramas a Palacio y al Presidente del Consejo dándoles cuenta del acto realizado y diciendo que los agricultores cifraban todas sus esperanzas en el programa hidráulico del señor Gasset.

Por la noche, y en el restaurant del Círculo de la Unión, se celebró el banquete popular organizado en su honor y al que asistieron trescientos comensales. Inauguré los brindis haciendo ver lo que significaba para la Mancha la protección de Gasset, sus entu-

siasmos y su voluntad y la valía de su periódico puestos al servicio de esta querida patria chica. Hablaron después Burell, Maeztu, Maldonado (don Jacobo), Castillejo, González López, y el alcalde que interpretando el deseo de todos nombró a don Rafael Gasset, hijo adoptivo de Ciudad Real. El elocuente exministro dió las gracias y prometió, dada su profesión de periodista, ser en Madrid el corresponsal de la Mancha. (Ovación).

Total un éxito rotundo, completo; un gran triunfo para Gasset, (más que las campañas periodísticas de Burell), y la inauguración de una era memorable para la Mancha, pero el alma del éxito de aquel gran meeting fué don Juan Acedo-Rico y Medrano, Conde de la Cañada, uno de los hombres más ilustres y prestigiosos de la Mancha de entonces. Político insigne, aristócrata de sangre y demócrata por sus hechos, era popularísimo en toda la provincia y cuantos fuimos sus amigos sentíamos por él una intensa devoción, nacida al calor de sus nobles proceder, de su lealtad inmaculada y de su mancheguismo sano. De carácter franco y simpático, era propenso a secundar toda iniciativa provechosa para la provincia y jamás negó sus favores o protección a quien de él los demandaba.

Sirvan estas líneas de sentido homenaje a la memoria del ilustre patricio.

XXXIV

**Un día en Almagro.—Notas y recuerdos.—
Evocando su pasado.—Fiestas inolvidables.—
Apuntes de un carnaval.—Las venus de mi carroza.—El Rosario.—Comida en el convento de Santo Domingo.—“Micerere” del Padre Roldán.—
Don Alejandro Alcaide.—Páginas de mi álbum.—
Pensamiento inédito del sabio Fr. Justo Cuervo,
Presidente de la Academia de Santo Tomás de
Aguino de Salamanca.**

He pasado un día en Almagro, la ciudad de los encajes, la típica ciudad de rostro altivo pero macilento que vive del recuerdo de sus grandezas... Y al recorrer sus calles y visitar sus monumentos afluyen á la memoria notas de su pasado poderío y pareceme ver á los Procuradores del Reino reunirse en Cortes en 1273, por orden de don Alfonso X; más tarde ser Almagro el punto de partida de

las tropas cristianas para ir a pelear con la morisma, y oigo el trotar de los caballos de las huestes de Don Pedro de Castilla llegar en avalancha a la plaza mayor para destituir al irascible Maestre de Calatrava D. Juan Núñez, en provecho de su allegado D. García López de Padilla, y percibo las idas y venidas del codicioso D. Pedro Giron para juntar mesnadas de la Orden en número de siete mil jinetes y otros tantos peones en perjuicio de D. Alvaro de Luna; y admiro las nobles enseñanzas



CALATRAVA LA NUEVA.—Puerta de la clausura

de aquellos sabios maestros de su Universidad, y el desprendimiento de la gente rica para hacer obras benéficas y el desarrollo de su industria. Pero..., desgraciadamente, Almagro, ya no cuenta con la poderosa Orden de Calatrava, ni con el favor de los reyes, ni con las disciplinas de su Escuela de estudios mayores, ni siquiera con esperanzas de capitalidad o resurgimiento... Todo pasó. La ley de la vida se cumple de un modo inexorable.

Lo único que aún existe es la belleza espléndida de sus mujeres y su acogedora simpatía.

Hace ya algunos años pasé en Almagro un Carnaval y pare-

cióme la ciudad de los encajes un Niza en pequeño. Y es que el buen humor surge por igual en todas las épocas, y más si va hermanado con el amor al terruño. Y Almagro en ese punto figura a la cabeza de todos los pueblos de la Mancha. Díganlo sinó sus corridas de toros. Hubo en aquel carnaval unas fiestas, unas mascaradas y unos bailes sorprendentes y un entierro de la sardina con carrozas alegóricas, hechas con tal arte, que el forastero quedó maravillado y creyendo siempre que habían gastado un capital. Y no era así, por que el labrador puso sus yuntas y galeras, el almacenista los tablones, el carpintero su trabajo, el comerciante las telas y los ricos sus donativos y con muy poco dinero se hizo todo.

Aún recuerdo la suerte que tuve. Iba en una carroza con cinco grandes bellezas de Almagro: Josefica Quesada, Margarita G'l, Pepita Múgica, Feliciano Ruiz de León y Lola Huertas. ¡Una tontería de mujeres! Algunas han muerto ya y otras son abuelas.



ALMAGRO.—Plaza de la Constitución

Pero sigue habiendo muchachas muy bonitas de las cuales podría decir como Campoamor:

Las hijas de las madres que amé tanto
me besan ya como se besa a un santo.

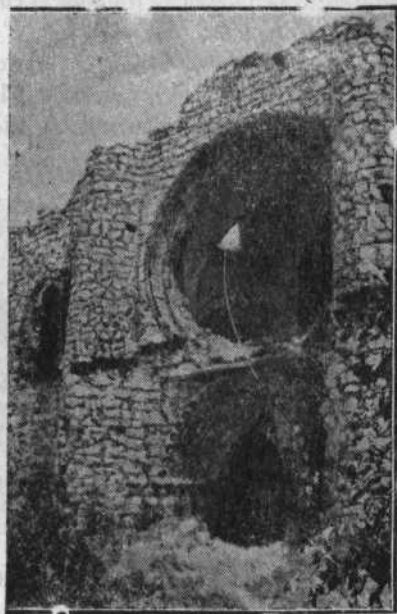
Años despues estuve en Almagro un cuatro de Octubre. Por feliz coincidencia hubo fiesta tal día en los conventos de dominicos y franciscanos y se pasó muy bien. Invitado por los hijos de Santo Domingo de Guzmán comí con ellos, y aun creo saborear los filetes riquísimos de pavo que pusieron á modo de ternera. Despues de la comida, pletórica en manjares y vinos, se hizo música por el Padre Roldán, un dominico de Jerez que tenía especial gracejo. Dejó oír

una jota y los aires de su país y á continuación los couplets de *La gatita blanca*, entonces de moda, pero cuando estaba ejecutándolos al piano alguien le advirtió que entraba en el salón el Padre provincial y pasó á otra cosa. El Padre provincial desconociendo lo que había oído quiso saber lo que era y el P. Roldán contestó:

—Nada, un "micererillo" que estaba enzayando.

La salida nos hizo gracia á todos.

En aquella época conocí al Padre Gerard, eminente sociólogo, y al Padre Ballarin.



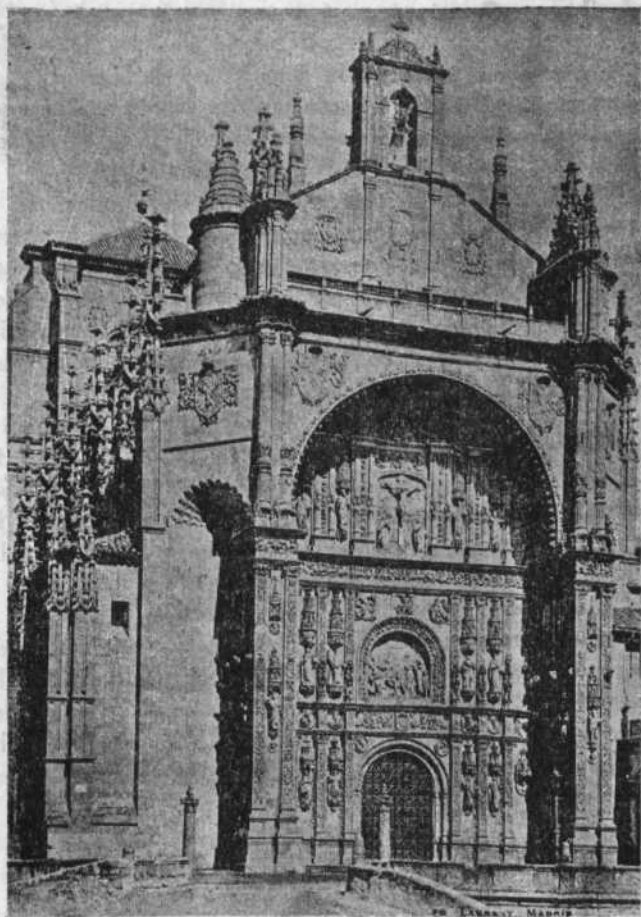
Más restos de CALATRAVA LA NUEVA.—Puerta de la Estrella

Calatayud y yo, en unión de dos padres dominicos fuimos por la tarde al otro convento donde celebraban la fiesta de San Francisco de Asís.

En época más reciente estuve otra vez en Almagro para asistir al homenaje que se tributó á don Alejandro Alcaide, una de las verdaderas glorias del magisterio manchego. Insigne pedagogo, infatigable educador, preparaba tan bien á sus alumnos que luego en los exámenes eran la admiración general.

Asombra el ejemplo que ofrece este maestro, trabajando á todas horas en pro de la cultura almagreña, y digno por tanto de recordarse siempre.

Y al hablar de Almagro y de los hijos de Santo Domingo de Guzmán que tan unidos van a su historia voy a transcribir lo dicho



SALAMANCA.—Iglesia de Santo Domingo

en mi album por uno de ellos, por el insigne Presidente de la Academia de Santo Tomás de Aquino de Salamanca y sabio helenis-

ta Fr. Justo Cuervo, que fué contrincante de Unamuno a la cátedra de Griego que éste ganó.

Dice así:

Οὐ τὸ πνεῦμα κυρίου, ἐκεῖ
ἐλευθερία·

"Donde está el espíritu del Señor, allí está la libertad."

"¡Libertad! Palabra hermosa, cuya existencia es para nosotros tan amada, produciendo en nuestros corazones ecos de hermosura sublime.

"Pero no nos dejemos engañar de las ondulaciones del aire. Con la mente fija en lo infinito, preguntemos ¿qué es la libertad? En boca del asesino es el crimen; en boca del ladrón, la injusticia. En boca del hombre honrado es el símbolo de las grandes ideas, de la verdad, del bien, de la justicia, del heroísmo, de la santidad. Por eso el gran Apóstol, con profundo sentido filosófico exclama: Donde está el espíritu del Señor, allí está la libertad.

"Nuestro siglo, en la historia de sus extravíos, presentará falseada la idea de la libertad. Persigue el bien, busca la verdad, fuentes purísimas de la libertad; pero fascinado por los triunfos sobre la materia cree hallarlas donde no están, olvidado de la primera fuente y raíz de todas las cosas. Por eso dá lástima oírle gritar: ¡libertad! Sin querer desabrazarse de la materia.

"Donde está el espíritu del Señor, allí está la libertad".

"Remontemos nuestro vuelo, salgámonos de las prisiones de la carne, y nuestro espíritu respirará con libertad. Busquemos la libertad en el bien, manifestación radiante del espíritu, y hallaremos la libertad. Porque donde está el espíritu del Señor, allí está la libertad.—Fr. J. Cuervo.—Convento de San Esteban de Salamanca, 18 de junio del 94".



XXXV

A Jerez de la Frontera.—Preparando otro meeting hidráulico.—Amalio Sáiz de Bustamante.—Aunando elementos antagónicos.—Llegada de Gasset.—Colosal recibimiento.—Suspensión del meeting.—El motivo.—Dificultades surgidas.—Se celebra al fin.—Exito rotundo.—Una indiscreción de Casa Pavón.—Contestación adecuada de Burell.—Final inolvidable.

A los tres días de regresar a Madrid indicóme Ortega Munilla que don Rafael Gasset quería mandarme a Jerez de la Frontera para que organizara otro meeting hidráulico, satisfechísimo como



D. Amalio Saiz de Bustamante

estaba del organizado en Ciudad Real.

—Es que en todas partes no hay Condes de la Cañada,—le contesté—pero sin negarme a ello.

Aquella misma noche vino a la redacción don Rafael y él mismo me lo indicó, repitiéndole yo mis dudas acerca del resultado. Insistió Gasset alabando mis actividades e interés con cuanto se

relacionaba con el periódico, añadiendo que en Jerez podía hacerse el pantano de Guadalcacín y ser esta obra el nexo de unión para aquel pueblo.

Acepté el encargo y marché a Jerez. Me hospedé en el Hotel de los Cisnes y comencé mis gestiones. Una verdadera casualidad—mi buena estrella—me puso en relación con don Amalio Sáiz de Bustamante, joven abogado republicano, de gran talento y cultura, uno de esos valores positivos que suele haber en los pueblos y que si no medran es debido a sus condiciones de carácter o a las dificultades que le ponen en su camino los mangoneadores, para evitar el que "lleguen". Con Sáiz de Bustamante hice el plan a seguir. Visité a Barrón, jefe de las fuerzas republicanas, y se me ofreció en absoluto por entender que el meeting pudiera ser la iniciación de una obra que convenía a todo Jerez. Igual ofrecimiento tuve de Luqué, jefe de los canalejistas, y de los liberales del Duque de Almodóvar del Río. Faltaba lo más difícil: aunar a Moreno Mendoza, jefe de los ácratas, portavoz de la clase proletaria, muy importante en aquella población andaluza, con la familia de los siete hermanos aristócratas (Casa-Pavón, Mochales, Casa-Bermeja, etc.) que representaban las fuerzas conservadoras. Publiqué varios artículos en la prensa local, celebré varias entrevistas con dichos señores y por fin Moreno Mendoza, aconsejado por la cordura y con gran espíritu de nobleza, que siempre recordaré con gratitud, puso a mi disposición todas sus fuerzas para la celebración del meeting en la forma que fuera. Faltaba el concurso de aquellos nobles. Se negaron a darlo y yo entonces les dije:

—Para que Gasset venga a dar el meeting y a prometer la realización del pantano de Guadalcacín, es necesario el concurso de todas las fuerzas políticas y de no ser así no vendrá, pero yo diré después en letras de molde que si no hay pantano en Jerez como todo el pueblo anhela, es por la divergencia de ustedes.

La amenaza hizo su efecto. A la hora de cenar recibí en el hotel una breve y expresiva carta de adhesión al acto de aquellos rezagados señores.

Lo principal estaba conseguido. Faltaban los detalles de la organización: lista de oradores, día en que había de celebrarse el meeting y otros complementarios, pero de fácil acoplamiento.

A todo esto habían pasado diez y seis días y casi no conocía Jerez. Escribí todos los detalles a D. Rafael y aquella tarde acepté una cariñosa invitación de Jorge Brochetot, contable de

González Byass para asistir a una merienda en sus bodegas en compañía de dos jóvenes y bellas francesas, viajantas de sombreros de señora, y que como nosotros se hospedaban en Los Cisnes. ¡Y que merienda y qué tarde más deliciosa pasamos! La fiesta bodeguil se prolongó hasta bien entrada la noche.

Señalado el día de acuerdo con Gasset, todo se hizo a pedir de boca, haciéndosele un gran recibimiento al que contribuyó todo el pueblo. Gasset mostrábase muy satisfecho pero cuando llegó a su hospedaje y leyó la prensa local y vió el revuelo que se había armado en Madrid porque un policía dió muerte violenta a un maleante apodado el "Hospicia" se sobrecogió pensando que aquel suceso constituiría la novedad del día y que quitaría importancia al meeting y manifestóme su decidido propósito de suspenderlo.

Hícle ver los trastornos que ocasionaría su decisión, pero nada conseguí. Unicamente convinimos ocultar la verdad y decir que el aplazamiento era debido a un telegrama urgente que había recibido Gasset y que precisaba su inmediato regreso.

Nadie lo creyó y yo me ví negro para calmar los ánimos. Unos intentaron romper el pacto, otros organizar una silba, y tuve que centuplicar mis buenos oficios con unos y con otros y ayudado por Sáiz de Bustamante se arregló todo.

Por fin se dió el meeting a la semana siguiente sin que hubiera tibieza por parte de nadie.

Todos los oradores fueron muy aplaudidos y D. Rafael Gasset clamorosamente ovacionado sobre todo cuando dijo:

—Yo prometo haceros el pantano de Guadalquivir, tan necesario para Jerez, y sobre todo para esas masas doloridas, flageladas por la penuria y anhelosas como nadie de que la grata visión de soñadas prosperidades se conviertan en realidad tangible, que tengo por ideal predilecto que estos campos infecundos, ricos en sol, pero calcinados y sedientos sean regados para que se transformen en vivero de incalculable riqueza.

El inmenso gentío que llenaba el teatro al oír las últimas frases del insigne exministro prorrumpió en frenéticos vivas y estruendosos aplausos.

Después en el té ilustrado con que nos obsequió Casa Pavón hubo un incidente algo desagradable. Al hablar el dueño de la casa y citar a los periodistas nos llamó ¡esos pobrecillos! y Burrell con gran elocuencia recogió la frase ensalzando el oficio, nuestra labor y la misión que desempeñábamos comparándola con otras.

Tras la obligada visita a una de las bodegas se celebró el banquete, que resultó tan bien como el meeting. Los actos de Jerez tuvieron para mí un excelente remate. Después del banquete tomamos café en el Casino Jerezano y yo entré un momento en la sala de ruleta y un treinta y dos triplicado me proporcionó tres mil pesetas, que fueron como una recompensa providencial a mis trabajos y desvelos, pesetas que me vinieron muy bien y que no pude perder por regresar a Madrid con los expedicionarios.

La despedida que se tributó a Gasset, fué como el recibimiento: una vibrante manifestación de simpatía y entusiasmo.

Y luego me decía Ortega que don Rafael estaba muy contento conmigo y que yo era "un especialista" en la organización de actos de propaganda política.

XXXVI

La gitana de los ojos glaucos.—¿Te la digo...?
—Fotos artísticas.—Una historia de amor.—Entre húngaros.—Camino de Almudévar.—Aprovechando el viaje.—Costumbre aragonesa.—Cómo se concierta una boda.—El "ponderador".—Décimocuarto Congreso internacional de Medicina.—Su importancia.—Visita al Hospital Militar de Carabanchel.—Fastuoso banquete ofrecido en Lardy por el doctor Castillo Piñeiro.

A mi regreso de Jerez iba yo un día por la Carrera de San Jerónimo y al ver un grupo de gente acerquéme a él. Una bella gitanilla debatía con un caballero de pequeña estatura y de cabeza muy grande. Reíase el caballero y ella despidiéndole diciendo:

—Vaya, vaya con Dios que ni pa rey servía osté.

—¿Y por qué?—preguntó algo amoscado.

—Porque no le iba a caber la cabeza en la monea.

La risa fué general.

Al volver del Congreso y pasar por la Puerta del Sol fuí a la fotografía de mi amigo Amador a recoger un encargo. En el portal viendo los retratos estaba la gracil gitana y en el acto con palabra zalamera y acento muy dulce preguntóme por dos veces:

—¿Te la digo, bigotillo?

Y yo que estaba de buen humor la repliqué:

—Te falta la segunda parte: “si te doy unas monedas pá los churumbeles”.

Rióse la gitana, añadiendo con singular gracejo:

—Como quíes que diga eso si soy mosita.

Y la expresión de sus ojos glaucos y la dulzura de su charla y su porte fino y desenvuelto convidaban al diálogo. Era un bello ejemplar de su raza y a lo sumo tendría diez y ocho años.

Comprendiendo su deseo la propuse que subiera a retratarse y aceptó. Amador hizo de ella unas fotos muy artísticas, y yo, para entrevistarme de nuevo con ella, la indiqué que fuera a



Agustina, la gitana

“El Imparcial” a recogerlas, y le dí una tarjeta con mi nombre y el día y la hora en que podía visitarme.

Había olvidado el encuentro. Acababa de llegar a la redacción cuando el ordenanza Iglesias me anunció que una gitana deseaba verme.

—Que pase, que pase—le contesté.

Y la gitana, ataviada con su típico traje, entró en la secretaría no sin hacer antes una graciosa zalema. Supe entonces que se llamaba Agustina Montoya y pude apreciar en la conversación que tuvimos su valer intelectual. La dí sus fotos, que le gustaron mucho, y un pequeño donativo en metálico, sellando entre los dos

una buena amistad que me sirvió de mucho para el periódico. Agustina desde aquella noche fué nuestra confidente de cuantos hechos de algún relieve se desarrollaban en su tribu.

Transcurrieron unos días y se me presentó de nuevo:

—Tengo que hablarte—me dijo—de un asunto que me toca muy de cerca.

—¿De qué se trata?

—De “él”.

Y “él” era su novio, un gitano de igual edad que ella, que había sido “raptado” por unos nómadas húngaros, influídos por una poderosa señorita que vestida de húngara iba con ellos.

El asunto, cambiando los papeles, me hizo recordar el de la famosa novela de Cervantes y pareciéndome de interés le pedi detalles para comunicarlos a mi director. Ortega Munilla pensando como yo me mandó salir para Aragón hasta encontrar la caravana húngara. Con informes fidedignos supe que estaban en Almuédvar y a dicho pueblo me encaminé. Acompañóme el alcalde y cuando llegamos a las tiendas donde se albergaban aquellos nómadas vimos entre ellos una escena de duelo. Nos recibió el jefe de la tribu, Dimitrif, un húngaro con luengas barbas ya canosas, que entre sollozos nos dijo que dos días antes el gitanillo que iba con ellos como oficial de calderero y con buen jornal, se había fugado con su hija Elia, sin que supiera su paradero.

—¿Pero no viene con ustedes una señorita española y es ella la que ha huído con el gitano?

—Cá, no señor. Es mi bella Elia. Esas son trolas de la antigua novia de Agustín.

Nos enseñó documentos y quedamos convencidos de que decía la verdad.

El alcalde, muy atento me invitó al concierto de una boda, conforme a la costumbre aragonesa. Presentóme al padre de la novia y esperé con él a que llegara el del novio. Este fué puntual. Le acompañaba el “ponderador”, o sea el encargado de “valorar” los méritos, capital y otras circunstancias del pretendiente.

—Que Dios esté con nosotros—musitó el visitante.

—Así sea—contestó el padre de la novia.

—Ya sabe usted—añadió aquél—que los chicos se quieren y que es menester señalar la fecha de la boda. Mi José cuenta con una viñica...

—Viñica, has dicho?—objetó el “ponderador”—, viñaza diría yo, pues en ella se coge vino pá todo Aragón.

—Y un olivarico...

—¿Olivarico? ¿Pero se puede llamar olivarico—añadió el “ponderador”—a centenares de olivos en plena producción que dan el mejor aceite de la comarca aragonesa?

—Y en cuanto a sus condiciones morales y físicas no son malas salvo que es algo corto de vista—añadió el padre del novio.

Pero el “ponderador”, entendiendo que también debía ensalzar esta circunstancia, exclamó:

—¿Corto de vista? sí, sí... ¡ciego del todo!

Y yo no pudiendo reprimir la carcajada me salí de la habitación.

Después hubo regalos y obsequios y se bailó la jota, cantándose coplas alusivas.

Regresé a Madrid y como al día siguiente se inauguraba el XIV Congreso internacional de Medicina, al que se habían ins-

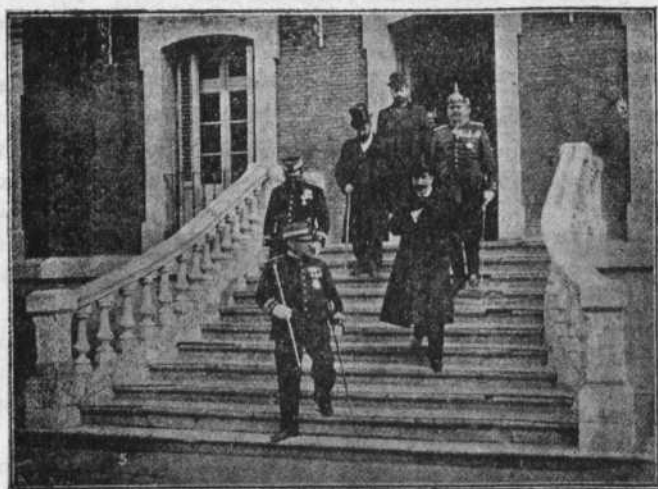


Azcárraga, Sánchez Toca y periodistas en la visita al Hospital Militar

crito los más eminentes médicos de Europa, entré en funciones para hacer el reportaje.

La inauguración fué solemnísima y se hizo en el Teatro Real con asistencia del Gobierno y autoridades sanitarias. Interesantes por demás fueron todas las sesiones, debatiéndose problemas de suma importancia.

Organizóse una visita al grandioso Hospital Militar de Carabanchel, que fué calificado por todos como el primero del mundo en su clase, y que honra por igual al Cuerpo de Ingenieros del Ejército que lo construyó y el de Sanidad que lo sirve.



El delegado de Alemania y otros médicos extranjeros

Hicimos la excursión a Carabanchel los doctores extranjeros Sres. Netzler, Tauber, Bondesen, Palnaw, Shereiber, Smith, Senn, Reed, Gómez Ribeiro, Martha, Normann, Pert-Schy, Delorme, Aufert, Sforzza y Coletti, y varios periodistas.

En la puerta del Hospital esperaban a los excursionistas el ministro de la Guerra, el de Marina, los generales Azcárraga, Villar, Despujols, Gómez, el jefe del Hospital señor Berenguer, y otros.

Los médicos extranjeros, acompañados de los españoles, recorrieron todos los departamentos, admirando la perfecta separación que existe en sus servicios y haciendo grandes elogios de los quiró-

fanos, laboratorios de radiografía y radioscopia y análisis químico y bacteriológico.

Hubo lunch y brindis muy entusiastas en español y en francés.

Al terminar el Congreso el Dr. Castillo Piñeiro ofreció un banquete en Lardy a los ginecólogos extranjeros. Fué un banquete magnífico al que asistí también como periodista, y desde luego el mejor que he conocido en mi vida, y baste decir que el Dr. Castillo Piñeiro pagó por cada cubierto treinta y cinco duros.

XXXVII

Un viaje a la capital de Francia.—Carreras de automóviles.—Caravana de turistas.—De París a Madrid en auto.—Deliciosa excursión.—Atenciones y agasajos.—La ruta por las carreteras francesas.

Recibióse en "El Imparcial" atenta invitación para que un redactor del periódico fuese a París y viniera en la caravana automovilista organizada por el Club parisién. Sólo dos periódicos españoles fueron invitados. Designóme Ortega Munilla para representar a "El Imparcial" y yo acepté entusiasmado, confiando en mi buena estrella ya que el francés casi lo desconocía en absoluto. Se telegrafió al corresponsal en París Alberto Mar para que se pusiera a mis órdenes y ya con esta ayuda emprendí el viaje.

Dióme una lección preliminar y necesaria Hernández Bermúdez y las señas del Hotel en que había de hospedarme, el Hotel de la Terrasse, en el boulevard Montmartre y como allí iría a buscarme Alberto Mar todo quedaba solucionado. En Hendava tomé el directo de París y va en la estación de Quai D'orsay dí a un cochero las señas del Hotel:

—Boulevard Montmartre.

—Ne comprende—me contestó el auriga.

Volví a repetirle: boulevard Montmartre, pronunciando todas las letras, y nada, hasta que en un acto de nerviosismo dije "buvard" y me entendió al fin.

Llegó la hora del almuerzo y como Alberto Mar no parecía decidí hacerlo en el Hotel. Entré en el comedor. Me dieron la

lista del menú y pasé los grandes apuros hasta que el camarero, vislumbrando la realidad, me dijo:

—Hábleme en español, si quiere, que yo soy compatriota suyo.

Y la mayor alegría invadió mi espíritu.

—De dónde es usted?—le pregunté.

—Manchego, de un pueblo inmediato a la capital que se llama Miguelturra—respondióme atentamente.

Y no hay para qué decir las gracias que dí a la Providencia por aquella casualidad. Ahí es nada tropezar con un medio paisano en un momento tan preciso. Comí muy bien y ya a los postres se me presentó Alberto Mar que me acompañó a todas partes.



Le Voiture de la presse (carruaje de la prensa)

Tomamos el aperitivo en el café Napolitano y comimos en un Duval. Más tarde me llevó al Teatro y a media noche a la Cueva de Olympia, donde ví un espectáculo totalmente desconocido para mí. Grandiosa fué la impresión que saqué de París. Por algo se la llama la capital del mundo.

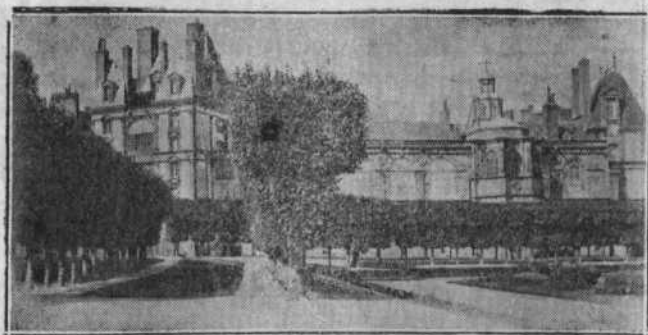
Al día siguiente hice mi presentación en el Automóvil-club parisién y asistí al banquete maravilloso que organizó dicha sociedad.

Me equipé de ropa y utensilios en el magnífico establecimiento de Mr. Strom y sólo por el reclamo que suponía citarlo en el telegrama que Mar envió al periódico me hizo una rebaja del cincuenta por ciento.

Después comí con Mr. Houry, organizador de la excursión, y me enteré del programa del viaje que había de comenzar el 13 de mayo para llegar a Madrid el 27, día en que se realizarían las carreras París-Madrid, suspendidas después por los graves accidentes que ocurrieron antes de llegar a la frontera.

Mr. Houry haría el viaje con nosotros en el coche de la prensa: un magnífico Dietrich, conducido por el ilustre ingeniero Mr. Sorel.

Llega el día 13 y comienza desde muy temprano el desfile de los sesenta automóviles inscriptos en la caravana. La plaza de la Concordia está animadísima. El presidente de la República Mr. Loubet forma parte del numeroso público que se congrega para presenciar la salida. Con velocidades desconocidas en España pasamos por Chosy-le-Roy, Villeneuve-Saint Georges y Melún, y hacemos alto, para almorzar, en Fontainebleau. La carretera es



Fontainebleau

magnífica y Mr. Sorel, un gran conductor, pero a pesar de ello hubo momento en que pensé desistir del viaje, tal era la impresión que me causaba el ir a noventa kilómetros por hora. El recuerdo de mi periódico me hizo ser héroe por fuerza.

Dejamos atrás los bosques de Fontainebleau y de Montargis, y, entre panoramas encantadores, llegamos a Briare, y después de

detenernos un momento en el Canal, seguimos la ribera del Loire, admiramos los dos magníficos puentes que nos conducen a Cosne, atravesamos la Charité y Pougues, pernoctando en Nevers.

Reanudamos el viaje. En Saint-Pierre-le-Moutier, el pueblo entero nos ovaciona, y las aldeanitas nos arrojan flores.

Llegamos a Moulins, patria del Mariscal de Villars y de Theodoro de Bauville; atravesamos la ciudad pasando ante la catedral de Notre-Dame. El camino se presenta accidentado, con pendientes ásperas y pronunciadas curvas; cruzamos los poblados de Bresolles, Chemilly y Chatel de Neuvre, y entramos en Saint-Pourçain, salvando un brusco recodo.

A cien kilómetros por hora atravesamos Gannat y Riom y disminuyendo la marcha tocamos en Clermont-Ferrand. Estamos en plena Auvernia. El paisaje que se ofrece a nuestra vista es admirable. Seguimos hasta Royat, acreditado balneario, donde nos esperan con música y banderas. Por todas partes lucen gallardetes



Otro auto de la caravana

con los colores nacionales. Volvemos a Clermont-Ferrand donde los hermanos Michelin nos ofrecen un lunch en su gran fábrica de neumáticos. Sus talleres son notabilísimos, nos obsequian con poleas para hacer gimnasia y vemos en su magnífica exposición el árbol de la goma y sus transformaciones. Con tres excursionistas

visito el sitio donde Pedro el Ermitaño predicó la primera cruzada. Galantemente invitado asisto a una fiesta de arte en el Teatro, organizada por el Automóvil-club de la Auvernia, que resulta brillantísima.

Dejamos a Clermont, llegamos a Condes y pasando por



Saint-Flour

Lempdes entramos en el sinuoso y bellissimo valle de Allagnon. En Lécotoing visitamos las soberbias ruinas del castillo. La vista de



LIÒRAN.—Hotel de los turistas

Massiac es admirable, tan admirable como la que después contemplamos desde el escarpado cerro en que se asienta Saint-Flour.



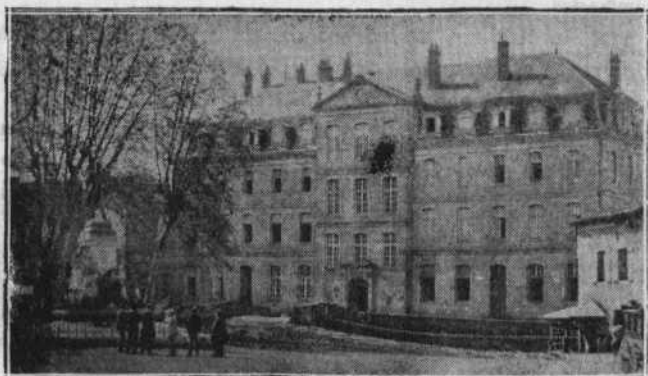
Mr. Sorel y Mad. Fussien

Almorzamos en este pueblo y nos vamos a ver el viaducto de Garabit, grandiosa obra de Mr. Eiffel, construída en 1882 sobre



Aurillac

las gargantas de la Truyère, a 122 metros sobre el nivel del río, con una extensión de 564 metros. El tablero está sostenido por



Saint-Cère

un arco doble de hierro de 165 metros de abertura.

Seguimos. La vista de Murat nos encanta. Al anochecer llegamos a Lioran, y nos apeamos en el Hotel de turistas construido por la Compañía de Orleáns. Se improvisa un baile. Abrimos corro. Mr. Sorel, el inglés que conduce nuestro auto, que es un muchacho muy distinguido, baila un vals con Mod. Fussien, bella joven parisina, y las dulces cadencias del vals lento producen un mareo a la gentil dama. Achácala ella al movimiento que ha traído en su coche y desde aquel momento sigue el viaje en el nuestro al lado de Mr. Sorel, y Paco Delgado, el otro periodista español, se sacrifica y ocupa un puesto en el auto de Mr. Fussien.



Padirac

A la salida de Lioran entra la carretera en un enorme túnel de 1.410 metros. Para evitar las corrientes de aire tiene vidrieras encontradas.

En Aurillac nos aprovisionamos de moto-nafta; almorzamos en Saint-Cère, visitando después el Cirque d'Autoir y la gruta de Padirac, enorme sima de 75 metros de profundidad, a la que se baja por 600 escalones, y en cuyo fondo corre un río subterráneo. Estas visitas nos entretuvieron más de lo debido, no llegando a Cahors hasta las once de la noche. Nos esperaban el



Llegada a Pau

El día 17 a la una de la tarde entramos en Agen, haciéndonos entusiástico recibimiento. El Automóvil-club había levantado una tribuna ante el café de Rusia. La curiosidad del público Obispo y otras autoridades y los socios del Veloz-sport, es enorme. Agen está de fiesta. Por la noche nos obsequian con una función **teatral**.

Reanudamos el viaje. En Condom nos aplauden y nos arrojan flores y palomas.

En Saint-Christie-d'Armagnac nos reciben con cruz alzada y nos bendice el párroco.

A las once entramos en Pau, entre aplausos y vivas. El Automóvil-club bearnés nos agasaja con delicada soirée. Visitamos Lourdes y organizamos una excursión al Cirque de Gavarnie, internándonos en el Pirineo, y utilizando para llegar hasta la hospedería pequeños caballos de montaña. Deliciosísimo e incomparable

es el panorama que contemplamos ante las montañas nevadas. Vemos también la brecha que, se dice, abrió el heroico Rolando.



Carretera de Gavarnie

Nos sorprende la lluvia y volvemos a Pau, donde pernctamos para entrar al día siguiente en nuestra querida España.

XXXVIII

Entra en España la caravana de turistas.—Vivas y aclamaciones en San Sebastián.—Camino de Bilbao.—Agasajos.—Bailes populares en Portugalete.—Fiestas en Vitoria.—Brillante recepción en Burgos.—Hidalga acogida en Valladolid.—Entusiasmo en Salamanca.—Homenaje en Avila.—Entrada en El Escorial.—Visita al Monasterio.—Llegada a Madrid.—Lunch en el Automóvil-club. Páginas de mi álbum.—Máxima rimada de Rodríguez Miguel.—Un pensamiento de Brusi.

El día 20 después de almorzar en Biarritz entramos en nuestra patria gritando ¡Viva España! Los excursionistas se suman a nuestros vivas y aclaman también a la mujer española. El recibimiento que nos hace San Sebastián es magnífico, entre aclamaciones delirantes. El 22 salimos para Bilbao. Son las diez de la

mañana. Almorzamos en Zarauz. En Deva y Motrico nos aclaman. Ondarroa ha colgado sus balcones para recibirnos. El pueblo de Lekeitio sale a saludarnos con músicas y banderas. La carretera por sus curvas y pendientes es peligrosa, pero los autos no disminuyen la marcha. Todos los excursionistas tienen deseos de asistir a la corrida de toros. Pasamos por Algorta. Son las cuatro menos cinco. Un disparo de cohetes anuncia nuestra llegada. A la entrada han levantado un arco monumental. Todos ondean banderas nacionales. Pasamos el puente de Vizcaya para ir a Portugalete. Nuestro auto con una de sus aletas derriba a un obrero. Paramos en seco, y aunque Mr. Sorel ve que no le ha



Salida de Bilbao

hecho nada da veinte duros al obrero derribado. La corrida, animadísima. Por la noche se organizan bailes populares en Portugalete, repitiéndose los vivas a España, Francia y Vizcaya. Mad. Raimond Wog, una cubana guapísima y la Baronesa de Zuylen me dicen que están encantadas de España. El Conde de Fontaneilles me muestra su entusiasmo.

Salimos para Vitoria. Los alaveses nos dispensan entusiasta acogida dando facilidades para el alojamiento. Por la noche el Ayuntamiento nos invita a los *toros de fuego*, espectáculo pirotécnico que agrada mucho a los expedicionarios.

El 23 marchamos a Burgos. Almorzamos en Miranda. Burgos

nos recibe con su proverbial hidalguía. Visitamos la Catedral, la Cartuja de Miraflores y el Monasterio de las Huelgas. En la Cartuja adquiero un típico rosario construido por los frailes con huesos de frutos olorosos para la señora de Ortega Munilla. El Ayuntamiento de Burgos nos obsequia por la noche con un esplén-



VITORIA.—Arcos de follaje

do lunch y un gran baile en el "Salón". Quedamos sumamente reconocidos a los agasajos de Burgos.



Llegada a Burgos

En las primeras horas del 24 salimos para Valladolid. La carretera es magnífica. Al pasar por Villazopeque un zulú nos larga un latigazo que gracias a las banderas que llevábamos en la parte trasera del coche no nos alcanza. Otros brutos tiran bolas



Torquemada

nada olorosas. Estas cafrerías nos avergüenzan. Al entrar en Valladolid la hidalguía castellana se manifiesta rebotante. Nos reciben con delirante entusiasmo y aclamaciones frenéticas. Todos los expedicionarios son invitados a la novillada. A las francesas, principalmente, les desagrada la suerte de varas y muestran su horror



VALLADOLID.—Fiesta en el patio de San Gregorio

cuando cae herido el caballo. El Ayuntamiento, la Diputación y la Junta de festejos nos ofrecen un lunch en el notable patio del

histórico Convento de San Gregorio. Asisten a la fiesta el Nuncio de Su Santidad, el general Ortega, el gobernador y lo más selecto de la sociedad valisoletana.

El 25, a las nueve de la mañana entramos en Salamanca, y ¡claro! mi Salamanca nos recibió también con gran entusiasmo, con su típica hospitalidad, obsequiando a los expedicionarios con fotos y postales de los principales monumentos. Los expedicionarios están encantados de las bellezas arquitectónicas que encierra la ciudad del Tormes. Les sirvo de guía y embargado con la emoción de mis recuerdos les explico todo, les hablo de todo para hacerles comprender lo que vale mi Salamanca. Por la noche existimos a una función teatral de gala dada en honor de los expedicionarios.



EL ESCORIAL.—Esperando a los excursionistas

El 26, a las siete de la mañana, salimos para Avila. La carretera, ya no es tan buena. En dos horas llegamos a la ciudad de Santa Teresa.

Las autoridades y el pueblo todo nos aguarda. Las calles están engalanadas con colgaduras y banderas. Almorzamos y enseguida tomamos el camino de El Escorial donde nos reciben con música. Son las tres de la tarde. Visitamos a la ligera el Monasterio y a las cuatro y media emprendemos la marcha a Madrid. A la caravana se incorporan otros autos llegados de la corte. La carretera está llena de curiosos que aplauden a nuestro paso, aplausos y aclamaciones que aumentan al acercarnos a la villa coronada. A las cinco y diez llegamos a la Puerta de Hierro, entran-

do seguidamente en Madrid. La capital de España no podía ser una nota discordante. Se nos recibe con efusivo afecto. En la calle de Alcalá, sobre todo, la gente forma dos nutridas filas para ver nuestro paso. Entonces tantos autos era una gran novedad. Llegamos al Automóvil-Club donde se nos sirve espléndido lunch y se prepara el alojamiento de todos.

De esta expedición guardaré siempre grato recuerdo por las imborrables atenciones que el comisario Mr. Houry, Mr. Sorel y todos los expedicionarios guardaron en todo momento a este modesto redactor de "El Imparcial".

Aunque la carrera de automóviles fué suspendida por las causas que antes indiqué los expedicionarios permanecieron en Madrid dos o tres días y quedaron muy satisfechos de su permanencia en la Corte.

El catedrático de Literatura de la Universidad de Salamaca, D. Luis Rodríguez Miguel, mi querido maestro, se dignó escribir en mi álbum la siguiente máxima rimada:

"La dicha, como el humo—
se desvanece
y a las cabezas huecas—
las ennegrece.
El sabio, convencido que todo es humo,
desprecia y no le inquietan dichas del mundo."

El catedrático de Derecho de la misma Universidad, D. Federico Brusi, mi buen amigo, escribió el pensamiento siguiente:

"¡Qué pronto pasa el placer para los amadores del mundo!
Qué corta les parece la vida, y cuán terrible la muerte.

"Para el hombre espiritual la vida significa privación, la gloria y los honores vanidad, el talento responsabilidad, la riqueza una carga. Con la fe y la esperanza, fija la vista en el Cielo, juzga amarga la vida y dulce despertar la inuerte.—*Federico Brusi Crespo.*—Salamanca 21 de mayo de 1894."



XXXIX

La catástrofe del puente de Montalvo.—Al lugar del suceso en tren especial.—Horroroso espectáculo.—Una heroína.—Muerte de León XIII.—El Embajador de Austria quiere interpretar bien la lectura del "Quijote".—Bugallal, ministro.—Viaje a Galicia.—Consigo una mejora en el sueldo de los Auxiliares de Instituto.—Viaje a Zamora.—Juicio oral por el crimen de Fermoselle.—Días inolvidables.—Precauciones del Gobernador.—Las truchas asalmonadas de la Puebla de Sanabria.—Dos bellezas zamoranas.

Encontrábame examinando en el Instituto de San Isidro cuando recibí un aviso de Ortega Munilla para que me pusiera al teléfono:



El puente de Montalvo después de la catástrofe

—Ha ocurrido—me dijo—una tremenda catástrofe en la vía férrea del puente de Montalvo. Hay numerosas víctimas. El director de Obras Públicas señor Burgos Mazo con ingenieros y periodistas va a salir en tren especial para el lugar del suceso. E.

menester que vaya usted por "El Imparcial" y que mande telefógraficamente amplios detalles. Si necesita fondos en la Administración se los darán.

Pedí permiso al director del Instituto, recogí en mi casa el maletín de viaje, pasé un momento por el periódico y me dirigí rápidamente a la estación para incorporarme a los expedicionarios. Ya en el tren me enteré de la magnitud de la catástrofe. Un tren de viajeros arrastrado por dos máquinas descarriló al pasar el puente y con el hundimiento de los tramos de éste, sobre que gravitaba, cayó despeñado al río Najerilla, importante afluente del Ebro. Esto ocurrió en la línea del Central de Aragón. Burgos Mazo estaba impresionado y hablaba de enérgicas medidas para exigir responsabilidades. Sabíase que resultaron numerosos muertos y heridos.

El viaje, no obstante llevar marcha de exprés se hacía interminable. Por fin llegamos. Y el espectáculo que vimos horrorizó nuestra vista. Los coches convertidos en astillas y hierros doblados. Cerca de allí un montón de cadáveres y una caravana de heridos, y aprisionados entre los restos del tren otros varios que aún no se habían podido sacar. Recuerdo aún los gritos desgarradores de un sacerdote cogido por la pierna izquierda entre los hierros y ruedas de un coche, y otro que perdió la razón y pedía cosas imposibles. De los primeros en acudir al sitio de la catástrofe fué una hermosa y linajuda señorita: Concha Manso de Zúñiga, hija de los Condes de Hervias, y varios vecinos de Cenicero y Torre Montalvo que rivalizaron en prestar auxilio a las pobres víctimas. Conchita, sobre todo, fué una verdadera heroína en el desempeño de tan noble misión. Los médicos de los pueblos inmediatos y la Guardia civil—jésta como siempre!—hicieron también verdaderas proezas. Cuando llegamos estaban los ingenieros militares terminando una pasarela para suplir provisionalmente al puente destruído. En esta catástrofe hubo numerosas víctimas, entre ellas mi antiguo amigo y paisano Juanito Shaw de Lara.

Impresionado por el panorama horrible me descuidé en llevar mi información a Telégrafos y cuando lo hice ya se había anticipado otro periodista, pero como entonces "El Imparcial" no escatimaba gastos cuando del interés público se trataba, al saberlo yo, puse mis despachos con tasa urgente y con tal oportunidad que fueron los únicos completos que llegaron a tiempo.

Cuando se creía que mejoraba la salud del Sumo Pontífice

nos sorprendió el telégrafo con la noticia de su muerte. A Ortega Munilla le impresionó mucho porque tenía mucha veneración a León XIII, recordando su viaje a Roma y la crónica que hizo de la misa que le escuchó en la basílica de San Pedro. El año 3 iba a ser señalado como fecha triste en la Historia de la Humanidad. En enero murió D. Práxedes Mateo Sagasta, ilustre jefe del partido liberal; en febrero fallecieron el duque de Tetuán y Eusebio Blasco, y en junio, Gaspar Núñez de Arce, el notable poeta, y Antonio Pirala, el gran historiador. En la información de estas desgracias no intervine por mis ausencias de Madrid, no así en la referente a la muerte del Vicario de Cristo. Ortega Munilla le dió toda la importancia que merecía y me dictó una copiosa información de los telegramas que llegaron de Roma.

Un buen amigo proporcionóme un excelente alumno de castellano: el Conde de Werseisem, Embajador de Austria en Madrid. Quería este ilustre diplomático interpretar bien la lectura del "Quijote" y me encargó de esta misión. Iba todos los días de ocho a nueve de la mañana a su Palacio de la calle de Segovia y tenía que hacerlo en traje de levita, percibiendo como honorarios doscientas pesetas al mes. El Conde de Werseisem, era un señor alto y delgado, con ojos azules y muy inteligente. Al saber que yo era Profesor de San Isidro y manchego se alegró mucho y espontáneamente me subió cincuenta pesetas, haciéndome muchas preguntas acerca del país del Gran Caballero. La clase me duró dos meses pues en septiembre cesó en su elevado cargo el Conde de Werseisem.

En 20 de julio tomó posesión de la cartera de Instrucción Pública D. Gabino Bugallal. Hombre inteligente y modesto tenía suma complacencia en hablar a diario con los periodistas. Un día me dió cuenta de un proyecto de escala gradual que le había llevado una comisión de catedráticos de Instituto.

—Lo que es una vergüenza, señor ministro—le dije—es que haya Auxiliares con sueldo de mil pesetas, sueldo en muchos casos inferior al de los porteros.

Nada me contestó el ministro, pero parecióme que le había preocupado mi apuntamiento.

Pasó septiembre y Bugallal decidió presidir la apertura de curso en el Instituto de Orense y en la Universidad de Santiago, como homenaje a los centros culturales en que él había estudiado. Para que le acompañáramos nos invitó al sabio catedrático señor

Rodríguez Carracido; a D. Arturo Alvarez, redactor de "España Nueva" y a mí, como redactor de "El Imparcial". Utilizamos el breac de Obras Públicas. Don Gabino y su secretario Modesto Ojea, nos atendieron exquisitamente. Fuimos primero a Santiago de Compostela. La Universidad se vistió de gala para recibir a su hijo ilustre. El Ayuntamiento santiagués le obsequió con espléndido banquete, y ante las deferencias y cariñosa alusión que hizo a la Prensa el Sr. Alcalde, levanté mi copa para dar gracias por tanta gentileza. Y por lo que a mí respecta—añadí—estoy henchido de orgullo y entusiasmo al encontrarme en esta Casa que por lo que es y por lo que representa es la Casa Solariega de "El Imparcial" y cuenta en todo momento con nuestro fervor admirativo.

Desde Santiago fuimos a Orense y se repitieron los obsequios y las aclamaciones al ministro, siendo apoteósico el recibimiento que se le hizo en Puenteareas, su pueblo natal y residencia de su madre.

En el manicomio de Conjo nos dieron otro banquete y después regresamos a Madrid. Ya en la Corte me enteré de una noticia gratísima que por delicadeza no me quiso decir antes el señor Bugallal: que por complacerme había firmado una disposición por la que el sueldo menor de los Auxiliares de Instituto sería el de mil quinientas pesetas y quinientas más para los de Madrid en concepto de residencia.

Y como tal mejora era el vivísimo anhelo del Cuerpo de Auxiliares celebré muchísimo haberlo conseguido.

En octubre recibí la visita en "El Imparcial" de un pobre viejo que entre sollozos me refirió el horroroso crimen cometido en Fermoselle en la persona de su hijo Gabriel, añadiéndome que el caciquismo intentaba la absolución de los procesados, y conociendo el espíritu justiciero de "El Imparcial" acudía al director del periódico en súplica de que un redactor fuera a las sesiones del juicio oral, para evitar que el crimen quedara impune.

Se lo dije a Ortega Munilla y en el acto tranquilizó al buen viejo diciéndole que "El Imparcial" respondería a su historia y que un redactor iría a Zamora, al juicio oral. Fuí yo el designado y en noviembre emprendí el viaje dos días antes. ¡Y qué frío pasó! La presencia de un periodista de Madrid produjo sensación. Debo advertir que la opinión de Zamora la encontré favorable a que se hiciera justicia: no así la del pueblo de Fermo-

sele que casi en masa vino al juicio. El hecho fué el siguiente: Un joven que habia estado en América y que tenia fama de bravucon regreso a su pueblo y le daba por sentirse autorizado, sin hacer caso a nadie. Un dia cacheaba a los jóvenes, otro regano a un mal hijo que saltaba a su madre. Estas intromisiones en un pueblo donde no había respeto a nada, ni a nadie le acarrearon antipatías generales, incluso de la fuerza pública, y un dia reunidos los mozos y a la voz de ¡vamos por él! le cercaron, le hirieron, se refugió en una corraleja y tapiando rápidamente la puerta, le acerbillaron a heridas con largos pinchos hasta que le ocasionaron la muerte, ensañándose después en el cadáver. Nadie trató de evitarlo. Intervino la política, y aunque la prueba era tremenda por las primeras declaraciones, después todo se mixtificó, dando lugar a que el público de Zamora que asistía a la vista tosera marcadamente al ver estas cosas. El Presidente de la Audiencia Sr. Velasco, un pobre señor, se conformaba con decir entonces:

—Dos minutos para toser.

Arrecié en la campaña. Una de las crónicas que me valió muchas felicitaciones era una supuesta interview con un pardillo de Roelos. Se suspendió el juicio. A pesar de mi inflexibilidad los defensores eran muy amigos míos. Con D. Evaristo Díez, presidente de la Diputación, y aun con D. Sixto Morán, que luego fué gobernador de Guadalajara, me reunía por las noches para ir a comer las ricas truchas asalmonadas de la Puebla de Sanabria, que en Zamora las guisan estupendamente. Por cierto que a diario éramos seguidos por un embozado. El primer día, y aun el segundo no nos llamó la atención pero al tercero el mismo D. Evaristo se dirigió a él para saber quién era, y entonces nos enteramos que se trataba de un policía que el caballeroso gobernador D. Víctor Ebro, que me conoció en Ciudad Real, mandó que me siguiera a todas partes para mi seguridad personal.

En Zamora, aparte la enojosa labor profesional, pasé días inolvidables. Había una confitera, Elvira Parrilla y una modista, su amiga, Manuela Barreña, morena y rubia respectivamente, dos verdaderas preciosidades, que me honraron con su trato, y de las cuales guardo imborrable recuerdo.



XL

Sensibles bajas en el periodismo.—Suárez de Figueroa y Ferreras.—Oposiciones a cátedras.—Consejo de Ortega Munilla.—Mi ingreso en el profesorado.—Los escolapios de Ubeda.—La Marquesa de Bussianos.—Fiesta en la Cañavera. De Baeza a Jaén.—La ciudad hidalga.—En un banquete romanonista un comensal se pronuncia contra la Monarquía.—Contestación de Romanones.—Traslado a Ciudad Real.—Otro intento de “caricia” de “mi” Claustro.—El centenario del “Quijote”.—Homenajes a Cervantes.

El año 1904 empezó mal para la Prensa. Con pocos días de diferencia murieron don Augusto Suárez de Figueroa y don José Ferreras. El primero fundador de “El Resumen” y del “Diario Universal” y antiguo redactor de “El Imparcial”, encargado en mi época de la edición de Andalucía. Periodista brillante y escritor ingenioso fué uno de los paladines del periodismo moderno. Y el segundo, el maestro Ferreras, como todos le llamábamos, director de “El Correo” y antiguo y leal amigo de Sagasta. Sus comentarios políticos eran siempre muy buscados.



Ambas pérdidas fueron sentidísimas. Augusto S. de Figueroa

Había yo firmado unas oposiciones a cátedras de Literatura, y a principios del 1904 supe que iban a ser convocadas enseguida, y francamente pensé no hacerlas, porque aun ganándolas perdería en población y en ingresos, aparte de la consideración social que representaba mi puesto en el periódico y mi cargo de San Isidro. Comunicué tal propósito a Ortega Munilla y éste no lo aprobó. Hay que hacerlas y ganarlas—me dijo—tanto es así que desde

mañana se consagra solamente a la Secretaría del periódico, trae libros y estudia aprovechando el tiempo. Así lo hice. ¿Es que el insigne maestro creyó de mi conveniencia una cátedra aunque fuera en provincias o que veía oscuro el porvenir de "El Imparcial"? No lo sé, pero como de su sincero afecto estaba convencido, al aconsejármelo lo haría pensando en mi bien. Por entonces se despidió del periódico, para descansar en la vida privada, el redactor jefe don Manuel Troyano, "jubilación" que fué muy comentada en la casa.

Llegó marzo y acudí a los ejercicios de oposición y por la extremada benevolencia del Tribunal calificador, formado por López Muñoz, Padre Mir, Giner de los Ríos, Rodríguez Miguel, Ortega Mayol, Ferraz (D. Vicente) y Alfaro, y su voto unánime, obtuve la cátedra del Instituto de Baeza. Sólo tres meses estuve en este simpático pueblo, y aún menos, porque hice frecuentes viajes a Ubeda y allí



Don José Ferreras

traté a los nobles escolapios, beneméritos de la enseñanza, recordando entre ellos al hijo ilustre de Villacañas D. Antonio García del Pozo, ya fallecido. ¡Cómo olvidar aquellas tardes de la Yedra con la familia Chinchilla y aquella encantadora chilena, incomparable flor del valle de Arauco, que con su sola presencia hacía a uno congraciarse hasta con Capoulicán aquel cacique indio que tanto dió que hacer a los españoles! ¡Cómo olvidar a la marquesa de Bussiano, Anita Olivares, la bella aristócrata, exquisita organizadora de gentiles fiestas en su casa de Ubeda y en su finca "La Cañavera"! Pero quedó vacante Jaén y a Jaén me fuí y no me pesó porque la tierra del "ronquío" es ciudad de hidalgos y como hidalgos me recibieron todos: periodistas, centros culturales, sociedades de recreo, compañeros del Instituto y entidades populares.

Estando ya en Jaén fué Romanones, por haber muerto D. Juan Montilla, a encargarse de la jefatura del partido liberal de la provincia. Desde Madrid le acompañaban redactores de varios periódicos. "El Imparcial" me encargó la información. Romanones hizo un discurso metiéndose con Canalejas, pero después

dijo "que aquello era para la galería" y que no lo comunicáramos a la Prensa.

Por cierto que en el banquete que le dieron hubo una nota muy curiosa. Uno de los que brindaron, D. Lucas San Juan, comenzó diciendo:

—Hay que derrocar el régimen.

Romanones que estaba cerca del orador no pudo contenerse y exclamó:

—El régimen no, el Gobierno—. Y a media voz y sonriendo, volvió a repetir—: el régimen AUN NO—y recalcó la frase.

Rogelio Sánchez ganó en concurso la cátedra de Guadalajara, dejando vacante la de Ciudad Real. Al saberlo Ortega Munilla me escribió:

—Rafael tiene interés en que vaya usted a su pueblo.

Y yo, aunque estaba contentísimo en Jaén, la noble, la hospitalaria ciudad, había ya pensado en ello, por reunirme con mi madre querida y estar cerca de mi Virgen del Prado y por el gran cariño que siempre tuve a la patria chica, pero de otra parte el recuerdo de las "caricias" de "mi" Claustro convidaba a la meditación. Con el interés de Ortega no lo dudé un momento y a Ciudad Real me trasladé. La Prensa recibióme muy bien, especialmente "La Tribuna"; el Instituto en forma protocolaria. Poco después un hecho vino a justificar mis pesimismos. El año cinco había de conmemorarse el tricentenario del "Quijote". Reunióse el Claustro y uno de los presentes, acaso sin derecho a voz, ni voto, propuso que en la sesión-homenaje acordada por el Instituto el discurso doctrinal corriera a cargo de cierto catedrático. El director interino, un hombre ecuánime y justiciero: D. José María Malaguilla, no le dejó terminar, y en el acto contestóle:

—Tratándose del "Quijote" le corresponde al de Literatura. Así se acordó.

Y yo, que permanecía callado, callado seguí.

Marché a Madrid y conté lo sucedido a Ortega Munilla y éste me replicó al momento:

—Mejor. Hágalo usted, perfílelo bien, y lo imprime para repartirlo después en la fiesta. Y será la mejor contestación a esas tristezas del bien ajeno.

Hice, como siempre, lo que quería Ortega. Y llegó por fin el día en que el Instituto de Ciudad Real celebró la fiesta de homenaje a Cervantes para conmemorar el tercer centenario de

la publicación de "D. Quijote de la Mancha".

La fiesta fué muy solemne. Había precedido a ella un certamen literario con premios de corporaciones y particulares. Presidió el gobernador civil Sr. Castillo y Soriano y asistieron todas las autoridades y representantes de entidades corporativas, mas un selecto núcleo de distinguidas damas.

El director interino D. José María Malaguilla leyó un discreto trabajo alusivo al acto que fué muy aplaudido. El auxiliar de Letras D. Aureliano García Serrano dió lectura al siguiente soneto premiado del inspirado vate Joaquín Aguilera, que recibió muchos aplausos:

Es el "Quijote" el libro más humano,
instructivo, profundo y elocuente,
culto, ameno, satírico, vehemente,
festivo, original, fácil, galano.

Espejo del romance castellano,
como le llama el mundo inteligente,
gira, cosmopolita, libremente
de nación en nación, de mano en mano.

El guarda el ideal puro y sincero
que vive, que palpita y centellea
inundando de luz el mundo entero:

Por él la grey humana se codea...
con el loco y sublime caballero,
el admirable Sancho y Dulcinea.

A continuación leí mi discurso que es como sigue:

Excmo. Señor—Señoras y Señores:

El encargo que doctos jueces me dieron un día, con harta benevolencia por su parte cuanta es la escasez de mis méritos, de amaestrar a la discreta juventud de estas aulas en el conocimiento del idioma castellano, de sus galas y de sus glorias, y el de referirles la interesante historia brillantísima del ingenio nacional, obligame a ocupar, en esta solemnidad inolvidable, puesto que no me corresponde; por que hablar de letras en el día de hoy, en la capital de la tierra manchega, donde se engendraron los personajes del *Quijote*, donde su autor vivió, donde hubo de conocerlos llevándolos de la realidad al libro, sólo puede ser ejecutable por algún grande entendimiento saturado de sabiduría, repleto del es-

tudio de esa biblioteca cuyos volúmenes atraen la atención de los pueblos extraños para honor y prez de la raza española.

Y como no por propia iniciativa, sino en cumplimiento de un deber, surge mi voz en este instante, seguro estoy de que habréis de otorgarme benevolencia y disculparéis la parvedad de mi obra: pondrá en ella vuestra indulgente cortesanía cuanto a mí me falte para complaceros. Es decir, que habréis de ponerlo todo.

Al mismo tiempo que en Ciudad Real, celébranse en todas las capitales de provincia de la nación, en los centros docentes, en las academias literarias, en las sociedades de propaganda de la cultura, fiestas como la que dedicamos ahora a la fama inmortal del libro único. Maestros de las letras divierten, entretienen o entusiasman a sus auditorios con sus conceptos sobre las aventuras del Ingenioso Hidalgo. La labor constante de los más preclaros talentos españoles y extranjeros tiene agotado el tema. Hablar de *Don Quijote* es cernirse sobre un abismo, abismo luminoso, inmenso, que contiene toda el alma española, toda la historia, toda la filosofía, todo el sentimiento estético de la raza. Flota en él como las nieblas sobre los mares cuanto España dió de sí a través de las generaciones; porque el *Quijote* es la raza hispana impresa, nuestro espíritu interpretado en letras de molde, nuestros errores sintetizados en las tristes lides del caballero noble y sin fortuna, nuestros aciertos en la elevación suprema y constante de su ánimo, el cual se mantenía enhiesto contra todas las adversidades y así los golpes tundiesen el cuerpo del buen Alonso, su voz proclamaba sin miedo el daño, ni al dolor, ni a la muerte, la eterna lección de lo bueno, para enseñanza de los ignorantes, para confortación de los débiles, para exaltación y premio de los valerosos y denodados.

Túrbase mi mirada ante la complejidad de tanto problema como Cervantes condensó en nuestro libro. Discurrir sobre el conjunto, sería entregarse al naufragio de un mar agitado en navecilla pobre y sin timón. Pero algo he de decir con que cumpla mi compromiso.

Y voy a hablaros de aquella escena que en el capítulo LIV de la segunda parte de *Don Quijote de la Mancha*, narra Cervantes con prodigiosa y nunca superada maestría. "Nunca segundas partes fueron buenas", dijo el autor cuando daba a la estampa la continuación de las desventuras de Quijano; pero en esto padeció error, si no fué rasgo de ironía, el dictamen del maestro,

porque la segunda parte del *Quijote* es tan superior a la primera, siendo la primera superiorísima, que hay que reconocer que a medida que el trabajo avanzaba iba perfeccionándose con los años el ingenio, ensalzándose en depuración definitiva, llegando a lo inverosímil en la pureza de la idea, en la divina concreción de la forma, en el triunfo nunca logrado por ningún escritor en ningún idioma, ni en ninguna raza, ni tiempo.

Pues bien, aun dentro de lo que es absolutamente perfecto, hay matices apreciables al ingenio de los hombres. El lapidario a quien se entrega rica colección de brillantes, a primera vista puede hallarlos todos iguales por la pureza de sus aguas, por el relumbrar de sus cristales, por la armoniosa, geométrica traza de los planos; pero luego destacará unos de otros, y al fin del análisis, colocará alguna de aquellas piedrecillas refulgentes en primer término.

Así la crítica, de entre la muchedumbre de sublimes bellezas que atesora el *Quijote*, considera como punto esencial de maravilloso acierto esa escena a que antes me refería.

Es cuando Sancho Panza volvía de la Insula Barataria, lleno de desengaños y de golpes. Habíase venido a tierra todo su orgullo y ansiaba sólo verse al lado de su amo, el cual no le libraba, antes le conducía a los riesgos, pero amparábale con la señorial nobleza del alto espíritu.

Caminaba Sancho sobre su rucio, cuando topó con “una tropa de extranjeros”. ¿Quién no recuerda la aventura?

Allí encontró Sancho a su convecino Ricote el morisco, el cual andaba a las partes del mundo cumpliendo el decreto que expulsara de la península a los creyentes en la fe de Mahoma.

Ricote el morisco y sus compañeros de errabundez y de miseria huían de los alguaciles y de la autoridad, que perseguíanlos para que no quedase en España ni un sólo hombre a quien no hubiese deparado Dios la fortuna de haber nacido, de haberse criado, de vivir en la santa fe católica, en la única religión verdadera.

Y aquí es donde, rompiendo las densas nieblas que envolvían por aquellas edades el alma nacional, Miguel de Cervantes pone en boca del personaje que ha creado, de Ricote el morisco, la frase, hasta entonces no empleada por escritor alguno en hispánica lengua, la frase que nos hizo perder a Flandes, la frase que nos ha llevado a la pérdida de otros pueblos y territorios,

Esta frase es así:

La libertad de conciencia.

Pero oigamos a Cervantes, oigamos a Ricote el morisco, y con copiar aquí los párrafos de nuestro autor, habrá en este discurso algo digno de vuestra atención.

"Bien sabes ¡oh Sancho Panza! vecino y amigo mío, como el pregón y bando que su majestad mandó publicar contra los de mi nación, puso terror y espanto en todos nosotros: a lo menos en mí, le puso de suerte que me parece que antes del tiempo que se nos concedía para que hiciésemos ausencia de España, ya tenía el rigor de la pena ejecutado en mi persona y en las de mis hijos. Ordené pues, a mi parecer, como prudente (bien así, como el que sabe que para tal tiempo le han de quitar la casa donde vive, y se provee de otra donde mudarse), ordené, digo, de salir yo solo sin mi familia de mi pueblo, y ir a buscarla donde llevarla con comodidad, y sin la priesa con que los demás salieron; por que bien ví y vieron todos nuestros ancianos que los pregones no eran solo amenazas, como algunos decían, sino verdaderas leyes, que se habían de poner en ejecución a su determinado tiempo; y forzábame a creer esta verdad, saber yo los ruines y disparatados intentos que los nuestros tenían, y tales, que me parece que fué inspiración divina la que movió a su majestad a poner en efecto tan gallarda resolución, no porque todos fuésemos culpados, que algunos había cristianos, firmes y verdaderos; pero eran tan pocos, que no se podían oponer a los que no lo eran, y no era bien criar la sierpe en el seno, teniendo los enemigos dentro de la casa.

"Finalmente, con justa razón, fuimos castigados con la pena del destierro, blanda y suave al parecer de algunos, pero al nuestro la más terrible que se nos podía dar. Do quiera que estamos llorando por España, que, en fin, nacimos en ella, y es nuestra patria natural; en ninguna parte hallamos el acogimiento que nuestra desventura desea; y en Berbería y en todas las partes de Africa, donde esperábamos ser recibidos, acogidos y regalados, allí es donde más nos ofenden y maltratan. No hemos conocido el bien hasta que lo hemos perdido; y es el deseo tan grande que casi todos tenemos de volver a España, que los más de aquellos, y son muchos, que saben la lengua como yo, se vuelven a ella, y dejan allá sus mujeres y sus hijos desamparados; tanto es el amor que la tienen: y agora conozco y experimento lo que

suele decirse, que es dulce el amor de la patria. Salí, como digo, de nuestro pueblo, entré en Francia, y aunque allí nos hacían buen acogimiento, quise verlo todo. Pasé a Italia, llegué a Alemania, y allí me pareció que se podía vivir con más libertad, porque sus habitantes no miran en muchas delicadezas; cada uno vive como quiere, **PORQUE EN LA MAYOR PARTE DELLA SE VIVE CON LIBERTAD DE CONCIENCIA.** Dejé tomada casa en un pueblo junto a Augusta, juntéme con estos peregrinos, que tienen por costumbre de venir a España muchos dellos cada año a visitar los santuarios della, que ellos tienen por sus Indias y certísima granjería y conocida ganancia."

Ved cómo, el poeta de la fe española, el mantenedor del idealismo religioso, que puso en su héroe melancólico y malaventurado el espíritu de abnegación del místico, deja comparecer entre frases tiernas y benevolentes a aquel Ricote el morisco, perseguido en su persona y en la de su mujer y en la de sus hijos, porque nació en otra fe, que no la nuestra, y huyó por ello de su casa, y anduvo en mares con navegaciones peligrosas y peregrinó por extrañas tierras, llevando en la turbación de su ánimo la amargura de verse maltrecho por el sólo crimen de no haber merecido de la Providencia la gracia de la fe en la religión verdadera. De este modo la grande alma de Cervantes puso en el libro inmortal una protesta que en manera alguna contradice la fe, sino que la exalta y la eleva sobre las disputas de los hombres, queriendo que sea respetado el que yerra, si es su error puramente intelectual y dispensando al equivocado la mansa benevolencia del perdón.

Recordad que Miguel de Cervantes ni por ésta, ni por ninguna de sus obras, fué requerido del Tribunal de la Inquisición, ni sus escritos sufrieron las andanzas de otros grandes maestros del pensamiento hispano, a muchos de los cuales no les valió el ser ornamento de las órdenes religiosas, ni vestir hábitos sacerdotales, ni gozar de justificada reputación de piadosos. No pocos de éstos fueron perseguidos y aun encarcelados, viéndose sus libros retenidos por el fuero inquisitorial.

Para honra de España, la Providencia impidió que osara el estrecho espíritu dominante en aquellas edades, sujetar a su férula la creación prodigiosa del Hidalgo manchego.

Y permitidme que, falto yo de la erudición y del estudio precisos para tamaña empresa, solicite de los maestros un análisis

comparativo de lo que entonces podrían llamarse atrevimientos del espíritu, contra el sojuzgado e imperioso dictamen de la intransigencia religiosa, estudio mediante el que habría de verse que Cervantes llegó a donde ninguno y pasó por donde nadie y escribió lo que jamás otro había escrito en lengua española en defensa del humano albedrío. Veríase, mediante este análisis, cómo el *Quijote* es la íntegra expresión del alma nacional, no tan intimidada por los castigos ni tan arredrada por las persecuciones que dejase de levantarse contra ellas. Miguel de Cervantes Saavedra, que vivió y murió en el seno de la única fe verdadera, supo separar el dogma intangible de la humana y mudable disciplina eclesiástica, y así fué el poeta del espiritualismo católico y el adversario de toda intransigente mogigatería.

Véase cómo a través de las páginas del *Don Quijote* pasan las venerables figuras de sacerdotes ungidos por la virtud, perfectos en su ministerio, santos en la vida y en la doctrina, pero en manera alguna encadenados por la ruin superstición. Y así tenéis en vuestra memoria al cura de la aldea en que vivía Alonso Quijano, el bueno y el sabio canónigo que en otras aventuras del Caballero andante interviene.

De aquel cura del castizo pueblo, que algunos quieren que sea Argamasilla, aunque otros opinen que fué Alcázar de San Juan, hizo Cervantes el prototipo de la discreción. Sin vanas ostentaciones de piedad curaba de la paz moral de sus feligreses y por eso intervenía tan diestramente y con eficacia tanta en regular los desvaríos del denodado aventurero. Infinitas molestias se procuraba por reducir a *Don Quijote* a un vivir tranquilo y cristiano, y en ningún punto de la historia de estos hechos refulgen tan esplendorosamente el saber y la amplia doctrina del sacerdote, como en el "donoso escrutinio" que aquel tonsurado hizo de la biblioteca del generosísimo desfacedor de entuertos. Releed este capítulo del *Quijote*, deteneos en cada una de sus palabras y admirad la justicia con que este libro es apartado para que se conserve como bueno, y otros, en ciento, son arrojados al corral para que el fuego los destruya. Suponed que quien ejerce tal crítica es un cerebro empequeñecido por la exageración supersticiosa y habréis de asistir a un auto de fe, no menos injusto que otros en que eran llevados a la pira, no ya volúmenes, sino personas, y no libros de caballería, sino caballeros. Pero Cervantes quiso que el representante de la fe católica en la aldea donde nació

el Ingenioso Hidalgo, fuese la discreción misma, despreciador de los dogmatistas sin seso que pululaban en aquellas edades para daño y vergüenza de los españoles.

No han variado mucho en esto los tiempos, antes parecen haber empeorado sensiblemente, y ante la violenta diatriba con que ahora se ataca toda especie de discusión sobre lo que está sometido al dictamen humano, si por ello se enoja a los que se han alzado con la exclusiva de la verdadera ciencia, habrá que regocijarse de que hoy asistamos al centenario del *Quijote* en vez de asistir al hecho glorioso de su primera impresión en letras de molde.

De esas exageraciones dogmáticas, de esa vulgaridad cruel que no quiere que se hable, ni se escriba, ni se piense respecto a lo que no esté discurrido, hablado y escrito por los definidores *ex equo* hace graciosa sátira Cervantes en esta escena del escrutinio. Porque la sobrina de Alonso Quijano y su ama de llaves quieren que todos los libros encerrados en la biblioteca de *Don Quijote* sean entregados al fuego; y aún el ama añade, poniendo cerca del cura una escudilla con agua bendita y un hisopo:—"Tome vuesa merced, señor licenciado, rocíe este aposento; no esté aquí algún encantador de los muchos que tienen estos libros, y nos encante, en pena de la que les queremos dar echándoles del mundo".—Causó risa al licenciado esta simplicidad del ama y mandó al barbero que le fuese dando de aquellos libros, uno a uno, para ver de qué trataban, pues podría ser hallar algunos que no merecieran castigo de fuego.—"Nó, dijo la sobrina; no hay para qué perdonar a ninguno, pues todos han sido los dañadores..." Lo mismo dijo el ama. Mas el cura no vino en ello sin primero leer siquiera los títulos..."

Fué respetado *Amadís de Gaula*. Cayeron al corral *Las Sergas de Esplandían*, *Amadís de Grecia*, *Don Olivante de Laura*, *Florismarte de Hyrcania* y *El Caballero Platir*. Con todo ello comenzó la hoguera en la que las llamas y el humo parecían difundir en el estrecho recinto de la corraliza los ensueños y las tristezas del Caballero de la Triste Figura.

"Abrióse otro libro—sigue diciendo el texto—y vieron que tenía por título *El Caballero de la Cruz*..."

.....Por menos que por ese título, los libros que avergüenzan a la humanidad, han sido conservados en la obligada consideración de los hombres... Pero el cura de la aldea de *Don Quijote* no respetó la falsa cubierta y dijo:

—"Por nombre tan santo como ese libro tiene, se podría per-

donar su ignorancia. Mas, también se suele decir: tras de la cruz está el diablo. ¡Vaya al fuego!"

Y en la hoguera cayó el volumen.

Sostenía, no hace muchos años, en centro doctísimo y ante alentada juventud escolar, sus puntos de vista sobre la enseñanza, un profesor de aulas oficiales, y defendía que habían de ser conservados en las bibliotecas y entregados a la curiosidad de los alumnos cuantos libros "con mejor o peor talento" tendiesen a ensalzar la religión católica y sus misterios; y añadía que habían de apartarse de esa curiosidad de los tiernos entendimientos "todas las obras, hasta las clásicas de mayor pureza retórica, en que se dignificaban los amores de la naturaleza"; con lo que procuraba el disertante un nuevo escrutinio, que hubiera entristecido a los doctos, para los preciosos libros que guardamos aquí como tesoro del númen del Lacio; y Virgilio, y Ovidio, y Horacio, y Cátulo y todos los poetas romanos, grandes y menores, hubiesen ido a buscar las llamas de la destrucción.

Pero el cura de Cervantes, el docto crítico del escrutinio involvible, habríase ido a las barbas con aquel profesor a quien me refiero y le habría dicho lo que cuando cansados los que intervenían en el exámen de los volúmenes que recreaban a *Don Quijote*, disponíanse a arrojar "a carga cerrada" cuanto quedaba en la biblioteca, y el barbero tenía ya abierto un libro que se llamaba *Las lágrimas de Angélica*.

—“Llorarlas yo, dijo el cura en oyendo el nombre, si tal libro hubiese mandado quemar, porque su autor fué uno de los más famosos poetas del mundo, no solo de España, y fué felicísimo en la traducción de algunas fábulas de Ovidio”.

Lo cual bastó para que *Las lágrimas de Angélica* quedara donde y como se debía.

Cuando ahora asistimos a esa guerra dura y cruel con que unos espíritus persiguen a otros, y con que estas doctrinas pretenden acabar con aquéllas, los ejemplos que os he citado y otros muchos que os citaría, si no temiese abusar de vuestra atención, prueban cómo la obra de Cervantes no es sólo un monumento de las letras y un alcázar de la filosofía, sino además una lección de piedad, un ejemplo de misericordia, un homenaje a la libertad del entendimiento, un templo a la suprema, a la indestructible religión de las ideas. Apártense con vergüenza de los aplausos que hoy tributamos a Cervantes cuantos representen el indomable orgullo de su propio pen-

samiento; porque éstos serán, aunque el azar les valga y les conceda el triunfo, como los molinos de Campo de Criptana. Giraban ellos con sus alas de lona y sus entenas de madera e hicieron caer del caballo al gran mantenedor del espíritu independiente. Maltrecho y roto quedó en el suelo *Don Quijote de la Mancha* y los molinos siguieron girando con la fatua y estéril vanidad de los imbéciles triunfos. Pero el soplo de los aires se detiene: los molinos se paran y en su maderamen y en sus lienzos se posan con desprecio las aves. El grande y largo cuerpo de *Don Quijote*, tendido en el campo cerca de las toscas máquinas triunfadoras, produce en nuestro espíritu la impresión de amargura del mártir de la fe, rendido y muerto entre los sayones del odio y la indiferencia. He dicho.

Terminó el acto con elocuentes palabras del señor Castillo y Soriano.

El magisterio primario conmemoró también el tricentenario del libro excelso con una fiesta escolar que celebró en el salón de sesiones de la Casa Consistorial, en la que leyeron muy bien trozos del "Quijote" los alumnos normalistas Rosalía Coello y Ramón Nieto, y los de las Escuelas públicas Calixta Prado y Carmelo Moreno, y en la que pronunciaron discursos el inspector D. Vicente Alcañiz, el profesor de religión Sr. Delgado Merchan y el gobernador civil. Todos fueron muy aplaudidos.

La banda municipal amenizó ambas fiestas.

XLI

Unos meses en Ciudad Real.—"La Tribuna".—
Recuerdos.—Foto olvidada.—Trabajo al carbón
de Carlos Vázquez.—Regreso a Madrid.—Verane-
o en El Escorial.—Eclipse de sol.—Copioso
reportaje de "El Imvarcial".—Los astrónomos
que estuvieron en Cistierna.—Fiesta popular.—
Viaje a Castilla.—Inauguración de las obras del
puerto de Guadalcacín, en Jerez de la Frontera.
Gasset y los obreros.—Cómo se hizo morfínómano
Luis López Ballesteros.—Detalles curiosos.

Las tareas de la cátedra me retuvieron unos meses en Ciudad Real y con tal motivo frecuenté otra vez la redacción de "La Tribuna", ya muy cambiada de cuando yo formé parte de ella.

antes de entrar en "El Imparcial". De aquella época inolvidable me proporciona ahora un amigo una foto que ya tenía olvidada y que inserto en mis MEMORIAS como nota gráfica. Era director Leopoldo Acosta (1), y de la redacción formábamos parte Luis Barreda (2), eximio poeta montañés; Rafael López de Haro (3), que tanta nombradía había de adquirir después; D. José Aliaga (4), cura párroco de San Pedro, de gran cultura y de una modestia encantadora; Joaquín Aguilera (5), el popular poeta manchego; Paco Rubio (6), Ayudante de Montes; Juanito Enriquez de Salamanca (7); mi hermano Gabriel (8) y yo (9). Fuí en



La redacción de "La Tribuna" en 1898

ella el creador de la página "Los lunes de La Tribuna" y al evocar aquellos tiempos se vienen a las mientes notas de fraterno compañerismo. Leopoldo Acosta, en la segunda época, seguía siendo el mismo de siempre: un buen amigo, espléndido y generoso en todo momento y de un mancheguismo sano. Antiguo periodista, había dirigido en su juventud "La Voz de la Mancha" y cuando se hizo cargo de "La Tribuna" lo hizo para modernizar la Prensa manchega siendo entusiasta acogedor de toda iniciativa en tal sentido. Su despacho era un casinillo o centro de tertulias amenas. De carácter expansivo y buen humor gustábanos escuchar

sus charlas y sus proyectos para cuando la diosa Fortuna le mimase alguna vez. De noble corazón, ejercía la profesión de abogado con gran entusiasmo y su anecdotario era famoso. Oírle contar los apuros que pasó cuando se le presentó el Borqueta al escaparse de la cárcel causaba risa y espanto. Manejaba como nadie los adjetivos y sin reparar en apuros económicos organizaba fiestas en su casa que resultaron muy brillantes. El humorismo más puro había encarnado en Leopoldo Acosta, que en suma era eso: un gran humorista.

Recuerdo un día en que estaba Acosta de muy mal humor. Por debilidad con su sobrino Roberto tenía en casa un perrito que no cesaba de aullar. Cayó enferma la suegra con una parálisis que le dió mucho que hacer. Y por otra parte "habíala tomado con su escribiente Paco Heras, no obstante los buenos servicios que le prestaba.

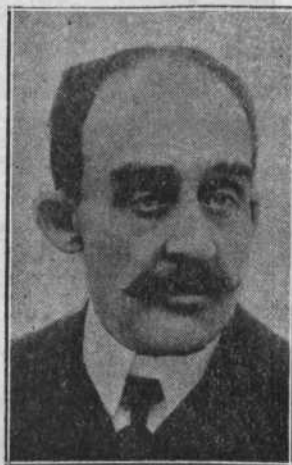
—Me están quitando la vida—decía Leopoldo todo amargado—y vociferaba descompuesto.

Uno de los amigos que le escuchaban marchó al Casino, próximo a la redacción, entró en la biblioteca enviándole en sobre cerrado y con el aditamento de "muy urgente", la siguiente advertencia rimada:

Leopoldo, aunque tú no quieras,
tendrás perro, suegra y... Heras.

Al leerla Acosta soltó un terno, acabando por reír la ocurrencia, como nosotros cuando nos enteramos de ella.

Otro día tuvo otro golpe de gracia. Uno de los que a diario visitaban la redacción sin ser periodistas era Erico Shaw, joven enamorado de una hija del Gobernador y que por vivir enfrente tomaba la casa de Leopoldo como punto de mira. Audaz en demasía lo mismo usaba las habitaciones del piso bajo que las del principal, según convenía a sus deseos. Muchas veces se lamentaba Leopoldo de su debilidad en tolerar tales abusos. Pero un día colmó su indignación cuando le espetó Erico:



Leopoldo Acosta

Director de "La Tribuna"

—Don Leopoldo me han dicho que para asuntos profesionales va mañana a Valdepeñas y espero que los días que esté fuera ordene a los suyos que me permitan seguir usando de sus balcones.



Srta. Dolores García de Viedma

—Muy bien don Erico—le replicó Leopoldo—será “usted” servido. Y muy serio se entró en las habitaciones interiores y salió a poco con un manojito de llaves, y tuteándolo entonces como había hecho siempre le dijo:

—Erico, esta llave es del corral, esta de la despensa, este el llavín de la puerta de entrada, esta otra de la sala y esta más pequeña la de la alcoba de mi mujer; ¿quiéres algo más? Puedes entrar, salir, acostarte..... lo que te venga en gana. ¿Te parece bien?



Y ¡claro! Erico comprendió su imprudencia y disculpándose como pudo ante la lección recibida, no volvió a intentar el telégrafo de señales amorosas donde no debía.

En los tiempos aquellos había en Ciudad Real un grupo de bellísimas señoritas que eran luz espléndida de la buena sociedad. Reproduzco en estas memorias la foto de una de ellas, hija del

señor Presidente de la Audiencia: Dolores García de Viedma, de hermosura sin igual, cuyos encantos recordamos aún con gusto cuantos tuvimos la dicha de tratarla.

También a la época aquella pertenece la caricatura que me hizo al carbón el ilustre pintor, gloria de la tierra hidalga, Carlos Vázquez, y que reproduzco asimismo en estas páginas, como prueba de estimación al genial artista.

Mediaba el año 1905 y terminados los exámenes de junio regresé a Madrid y seguí ayudando en sus tareas a mis compañeros de "El Imparcial", a las órdenes siempre del entrañable maestro. En julio realicé una excursión veraniega a El Escorial, invitado por don Santiago Gasset y su distinguida señora, y de dicha excursión hice tres o cuatro crónicas. Para el 30 de agosto estaba anunciado un eclipse de sol visible en España y para estudiarlo habían anunciado su llegada los más afamados astrónomos extranjeros. Ortega Munilla envió redactores a varios sitios estratégicos: a Burgos, Paco Barber; a Sigüenza, Sánchez Calvo; a Almazán, Vicente Vera; a Alcosobre, Nicolás Leyva. Yo fui a Cistierna, en la provincia de León. A este sitio habían acudido Mr. Puisieux, ilustre astrónomo de París; Mr. Lebeuf, director del Observatorio de Besançon, y los notabilísimos astrónomos ingleses Baskh-Ouse y Sharp.

El día 30 de agosto amanece despejado. En los primeros trenes llegan numerosos forasteros. Desde las cinco de la mañana están los astrónomos al lado de sus aparatos. A las nueve aparecen varias nubes y desde entonces empieza a generalizarse el temor de que el fenómeno no sea visible con toda la claridad que se desea. Toda la mañana han estado jugando al escondite el sol y las nubes. La emoción de los astrónomos es incalculable. Minutos antes del señalado para el primer contacto el sol reaparece, y un murmullo de alegría circula por el campo del Observatorio. ¡Llega el momento solemne: se da la voz de atención. En aquel punto, una espesa nube cubre por completo el sol, cuando había llegado la ocasión esperada con tanta impaciencia por los astrónomos. La luz desaparece, la oscuridad es completa. No brilla ninguna estrella. El fracaso es absoluto. Las observaciones principales, las de las rayas del espectro, han quedado defraudadas. Sólo ha funcionado la instalación magnética sistema Mascart.

Los astrónomos ingleses Baskh-Ouse y Sharp presenciaron el eclipse en la cima de Peña Corada y sufrieron igual contrariedad.

El Ayuntamiento de Cistierna obsequió a la comisión francesa con un artístico ramillete de dulces y música de dulzaina y tamboril, que entonó "La Marsellesa".

Los astrónomos, agradecidos, saludaron al Municipio pronunciándose entusiastas brindis por España y por Francia.

Al regresar a Madrid supe que estaba nombrado vocal de un tribunal de oposiciones a cátedras, y propuesto para presidente de uno de escuelas. La noticia me agradó por las temporadas que iba a pasarme en Madrid.

Acompañé a Gasset, ministro de Fomento, al viaje que hizo a Burgos, Aranda de Duero y Valladolid y a los actos que se hicieron en su obsequio.

Y luego en febrero del 6 a la inauguración de las obras del pantano de Guadalquivir, en Jerez de la Frontera. Esta excursión fué un gran triunfo para Gasset, porque era la viabilidad de una promesa, la realización de una gran obra tan deseada por los jerezanos.

Entre los periodistas iba con nosotros Carlitos del Río, redactor de "El Liberal", empedernido morfinómano, que siempre llevaba consigo un bolso de mano con la famosa jeringuilla. En Sevilla paramos unas horas en el Hotel Madrid hasta donde nos acompañó el gobernador Luis López Ballesteros quien al pasar un momento a la habitación ocupada por Carlitos y verle inyectarse morfina le entró ganas de conocer los "paraísos artificiales" dándose dos pinchazos, y el efecto que le produjeron fué que estuvo durmiendo todo el día siguiente sin poder ir a Jerez, y la consecuencia, que se hizo un entusiasta morfinómano, vicio que tardó mucho tiempo en desterrar.

La inauguración de las obras del pantano de Guadalquivir fué un acontecimiento. Llegamos a Jerez en tren especial. La estación estaba abarrotada de comisiones oficiales y numeroso público que prorrumpió en vítores y aclamaciones al descender del tren el señor Gasset. Este ocupó el magnífico coche particular del ministro de Estado señor Duque de Almodóvar, con el Alcalde de Jerez señor González Hontoria, hospedándose en su casa. Al joven ministro de Fomento le tributó honores un escuadrón de caballería, batiendo marcha real la banda de trompetas. A la llegada al domicilio del Alcalde, éste le obsequió con un té. Por la noche se le dió un banquete en el Hotel Los Cisnes y al día siguiente otro oficial en el salón alto de sesiones del Ayuntamiento. Hubo

recepción brillante e iluminaciones espléndidas en todo Jerez, repartiéndose a los pobres por el municipio, para solemnizar la fecha, 12.000 kilos de pan y 6.000 raciones de comida. El popular periódico de Jerez "El Mensajero" publicó un artículo mío haciendo la historia del pantano, artículo que pedido por el colega jerezano les envié desde Madrid. En dicho artículo terminé así:

"Los anhelos de Jerez van a ser una realidad. Las obras del pantano de Guadalquivir se inaugurarán dentro de dos días. Va a solucionarse uno de los problemas más trascendentales de Andalucía. Va a cumplirse el deseo del presidente de la Cámara Agrícola, señor García Gil, porque D. Rafael Gasset irá como ministro a inaugurar las obras del pantano que como propagandista defendió. Jerez está de enhorabuena. Recíbanla todos los jerezanos. También yo participo de ella, por haber seguido paso a paso y con verdadero interés el desarrollo de la feliz iniciativa que tanto enaltece a los nobles hijos de la ciudad del vino de oro."



Don Julio G. Hontoria

Era un nombre de gran prestigio, sin duda alguna, el alcalde de Jerez de la Frontera don Julio González Hontoria. Entusiasta de su pueblo, y de ideas liberales contribuyó con todo empeño a la realización de la obra que tanto había de favorecerles, y facilitó el desarrollo del plan hidráulico de don Rafael Gasset. Lo mismo en el llamado meeting del pantano de Guadalquivir que luego en la inauguración de las obras tomó parte muy activa y se destacó brillantemente su personalidad. A González Hontoria se le debe el arreglo de la Deuda Municipal de Jerez con la aprobación unánime del Ayuntamiento y de los diferentes acreedores del municipio, con beneficio de todos movilizándolo buen número de pesetas improductivas.

Entusiasmo desbordado. El señor Gasset y sus acompañantes fuimos al sitio de la presa en seis automóviles. Millares de personas distribuidas por las alturas de aquél paraje le recibieron con vivas entusiastas. Ya en la tienda de campaña dispuesta para la cere-

monia, el Sr. Gasset pronunció breves palabras manifestando la satisfacción que experimentaba y añadiendo que el pantano de Guadalcacín era una obra de redención, porque con ella se salvarían los propietarios y los obreros. Terminó con un viva al Rey que fué contestado con entusiasmo.

Luego se encendió la mecha de los barrenos y se dispararon los cohetes. Los alcaldes de Jerez y de Arcos obsequiaron con champagne al ministro; y éste, antes de beber, cedió una copa a un obrero, acto que provocó estruendosos aplausos. El pantano de Guadalcacín regará diez mil hectáreas de terreno. Es autor del proyecto el ingeniero de caminos D. Pedro González Quijano.

Gasset regresó muy satisfecho. Los jerezanos le hicieron una despedida apoteósica diciéndole repetidas veces: ¡Viva el político honrado que realiza en el Poder lo que promete en la oposición! ¡viva! ¡viva!

XLII

Una información en Ontaneda.—Estancia de Maura en el famoso balneario.—Temores de un atentado.—Precauciones del Gobierno.—El capitán Pons.—Las mañanas de Maura.—Azorín en peligro.—Excursión a Entrambasestas, pueblo de barquilleros.—Páginas de mi álbum.—Un pensamiento de Sánchez Asensio.

Veraneaba yo tranquilamente en Santander cuando me ordenó Ortega Munilla que me trasladase a Ontaneda para hacer información durante la estancia en el famoso balneario del presidente del Consejo de ministros, D. Antonio Maura.

Antes de emprender la marcha llegaron hasta mí los rumores de que se preparaba un atentado contra el ilustre político. El mismo gobernador civil, mi paisano D. Andrés Gutiérrez de la Vega, estaba seriamente preocupado, y sin embargo en mis investigaciones no encontré fundamento serio para creerlos.

Llegué a Ontaneda y ante el lujo de precauciones que observé llegué a dudar de mis optimismos. Diez guardias civiles vestidos de paisano a las órdenes del capitán Pons y cinco agentes de vigilancia a las del inspector de la presidencia D. Antonio Pérez estaban encargados de la seguridad personal del Sr. Maura.

Fícele mi presentación al jefe del Gobierno, quien me recibió con su acostumbrada bondad y simpatía. Supe que madrugaba mucho y desde el día siguiente madrugué yo también, y cuando iba a tomar el baño ya estaba yo por las galerías para hacerme el encontradizo.

—Buenos días, D. Antonio, ¿hay algo nuevo?

—Nada, amigo Balcazar, sino que hoy va a llover bastante.

Y al decir esto me llevó hasta el ventanal y señalando a las alturas exclamó:

—Cuando los ojos del fraile están cubiertos es segura la lluvia.

Los ojos del fraile eran dos cerretes que se alzaban en la montaña.

Mientras D. Antonio tomaba el baño, estaba en la habitación inmediata una pareja de la Benemérita.

Después del reposo consiguiente se desayunaba a diario con un plato de frutas del tiempo y luego a las diez de la mañana con algo más positivo: lonchas de jamón, pasteles o algo de sobreasada de Mallorca, de la que era un entusiasta.

Si el día amanecía despejado se internaba después en el valle de Toranzo para pintar acuarelas, en cuyo caso a su espalda, por aquellos parajes había una o dos parejas de civiles. El capitán Pons, un hombre alto y fornido y muy simpático, que llegó a general de la Guardia civil, dormía en la habitación inmediata a la del Presidente.

Dos días después que yo llegó al balneario Eduardo Mendaro, redactor de "A B C", quien también estuvo hasta el final para servir a su periódico.

Respirábase en Ontaneda la más absoluta tranquilidad cuando un hecho vino a descomponerla. Se presentó un hombre joven pidiendo habitación en el hotel e inscribiéndose con el nombre de J. Martínez. La dueña de acuerdo con Pons se la dió en el edificio viejo. En la puerta de la habitación había un agujero imperceptible por donde se podía observar al viajero. Este permanecía solitario, sin entablar conversación con nadie y por su aspecto y por su aislamiento infundió sospechas. Coincidió su presencia en el balneario con la llegada al día siguiente de D.^a Constanza Gamazo, la ilustre esposa del Sr. Maura. A esperarla salió D. Antonio y salimos todos. El misterioso viajero fué también a la estación y su actitud, llevando constantemente la mano derecha

en el bolsillo de la americana, dió mucho que pensar, pero Pons estaba prevenido y había ordenado a dos de sus esbirros que con gruesos garrotes estuvieran constantemente junto al sospechoso dispuestos a tumbarle en tierra al menor movimiento, y su suerte fué que no sacó la mano del bolsillo.

A la llegada de la Prensa de Madrid un telegrama inserto en "El Español" nos sacó de dudas.

Decía el telegrama:

"Llegó la ilustre viajera. Al detenerse el tren suena un ¡viva Maura! Aplauden los amigos. Doña Constanza sonríe. El cielo se desgaja en finísima lluvia.—*Azorín*."

Un acto de excentricidad del ilustre escritor, entonces poco conocido personalmente.

Y luego me decía Pons: Que Azorín no olvide nunca esta fecha, pues hoy ha salvado la vida milagrosamente.

Por cierto que al día siguiente de llegar al balneario Doña Constanza, tuvo Pons que cambiar de habitación porque teniendo la fatalidad de roncar fuerte no la dejaba dormir.

Por Ontaneda desfiló la plana mayor del maurismo cada vez más importante, bien es verdad que el gran orador tenía don de gentes, y cautivaba a todos con su talento y con sus simpatías. De entonces data la admiración que siempre sentí por él y la noble amistad que me dispensó en todo momento.

Un día le interrogué a la hora de la comida acerca de la campaña que Burell venía haciendo en "El Gráfico" sobre lo de Alcalá del Valle, y le molestó bastante la tenacidad infundada del gran escritor y al preguntarle yo por qué no se nombraba un juez especial para dilucidar el asunto, me contestó:

—Por mí que lo haya, pero eso es cosa del ministro de Gracia y Justicia Sr. Sánchez Toca, y éste lo designó enseguida al conocer la opinión del Presidente por el telegrama que envié a "El Imparcial".

El hecho tan debatido de Alcalá del Valle era el creer que la Guardia civil había hecho objeto de malos tratos a ciertos presos. Nada. Ganas de llamar la atención.

Desde Ontaneda hice excursiones al valle de Pas y visité varios pueblecitos de la montaña, uno de ellos, Entrambasestas, por muchos motivos interesante. En este pueblo sólo había mujeres y algunos ancianos y niños y al preguntar yo la causa, supe que desde los ocho años son todos barquilleros y recorren Europa

y América, especialmente en el estío. Y esa estancia y convivencia en otros países les da cierto carácter políglota y luego en el invierno al regresar al pueblo constituyen una segunda torre de Babel por las variadas palabras que emplean en sus conversaciones. Entrambasmestas es una villa muy limpia de casucas pardas, con buenos prados y excelente ganado vacuno, donde se nota cierto desahogo en el vivir. Tanto produce por lo visto la industria barquillera.

El infatigable maestro del periodismo católico y director de "La Información" de Salamanca D. Manuel Sánchez Asensio, escribió en mi álbum el siguiente pensamiento:

"*De re periódica.*—No es el periódico solamente la fotografía instantánea de la vida, ofrecida a la curiosidad o interés de las gentes, es además página de la Historia y tiene la influencia que la Historia en la humanidad: así el periodismo es útil y necesario.

"Mucho se ha declamado contra la parcialidad y los funestos resultados del periodismo. No podrá negarse que existan motivos; pero siendo los acontecimientos, como la materia de la labor periodística siempre hay en ellos—lo nota Balmes—algo tan de bulto que jamás conseguirá raerlo el más parcial periodista; a más de esto el periodista es un historiador que escribe la *historia contemporánea* a la vista de los personajes que en ella juegan sus papeles y ante miles de testigos presenciales cuyos testimonios invalidan la parcialidad y la reducen a lo inverecundo de la mentira. En cuanto a los resultados del periodismo, ciertamente que los periódicos malos producirán malos resultados, mas los periódicos buenos los producirán buenos y saludables: si no, ni Pío IX ni León XIII recomendarían tanto la buena prensa a los cristianos.

"Háse dicho que el periodismo recoge a aquellos que no sirven para otra cosa. Esto es una vulgaridad o un ridículo alarde de los que quieren fama de doctos y serios aparentando desdén con el periodismo, por baladí y sin sustancia, sin perjuicio de buscarlo y demandarle elogios y pagarse de ellos como el cuervo de la fábula con los de la raposa!

"El periodista digno de este nombre, y al servicio de la verdad y la justicia junta con la cultura necesaria para su profesión una entereza de carácter que por desgracia no revelan los más *condecorados científicos*, salvo tan honrosas como pocas excepciones. Esto bien merece el respeto de los hombres de bien, ya

que no mayor y más justa recompensa para el periodista que lucha con fe de apóstol y arrojo de mártir para que triunfen las buenas causas. ¿Que no se discute en el mundo? Mas he aquí lo que enseña la experiencia: el juicio *individual* del periodista, es como la piedrecilla que cubre el polvo del trillado camino y huella indiferente el viajero; mas la labor del periodista en el periódico es como esa misma piedrecilla que puesta en la honda y disparada con ojo certero y pulso firme, derriba al Goliath membrudo, le conquista las armas y hace posible que con las propias armas lo descabezen!!—*Manuel S. Asensio*.—Salamanca, 8 de junio de 1894."

XLIII

Después de la tragedia de Terrero de Pazo.—Un viaje a Lisboa.—Infructuosa tentativa de interview con la reina Amelia.—Sorpresa agradable.—Enriqueta la malagueña.—De corredora de un tiro al blanco a vizcondesa.—Atenciones inolvidables.—Recorriendo Portugal.—La praia das maças.—La ruleta de Caxias.—Otras notas.—Páginas de mi álbum.—Unas quintillas de López Alonso.

Apenas se conoció el asesinato del rey de Portugal D. Carlos I y del príncipe Luis Felipe pensé hacer un viaje a Lisboa, pero hasta el verano siguiente no pude realizarlo. A Ortega Munilla le pareció de perlas mi idea y hasta me indicó la conveniencia de solicitar audiencia en Palacio para visitar a la reina Amelia y hacer dos o tres crónicas de mis impresiones.

Hice el viaje entusiasmado. Me hospedé en los altos del Café Suizo y visité enseguida al representante de España que era el marqués de Güell, por ausencia del Embajador Sr. Conde de San Luis. Me facilitó una entrevista con el Presidente del Consejo de Ministros a quien le indiqué mi pretensión de ser recibido como redactor de "El Imparcial" por la reina viuda. Prometió hacer las gestiones necesarias y me indicó que volviera a verle cinco o seis días después. Así lo hice y de sus labios escuché la imposibilidad de conseguir mis deseos pues la augusta señora había suprimido terminantemente todas las audiencias, fuera de las ofi-

ciales. Insistí aduciendo el carácter de "El Imparcial" y las simpatías y respetos que siempre tuvimos por la familia real portuguesa. Inútil todo empeño; la negativa era rotunda.

Le dí las gracias por sus buenos propósitos en ayudarme y lamentando la ineficacia me despedí de él para hacer un recorrido por las playas portuguesas.

Almorcé contrariado y al adquirir unos cigarros en la "tabacaria" instalada al lado del Suizo me topé con una elegante y bella dama que al verme vino a mi encuentro diciendo muy ufana:

—Pepe, ¿tú por aquí?

Me quedé absorto. ¿Quién era aquella señora? Yo no la conocía. Debía estar equivocada. Pero ella, muy serena, estrechó mi mano añadiendo:

—¿Pero ya no te acuerdas de mí? ¿Tan desconocida estoy? Y lo decía con un acento marcadamente andaluz y una melosidad encantadora.

Seguía sin recordar. Entonces se acercó más a mí preguntando:

—¿Te has olvidado ya de "un asú"? y al repetir la frase que tanto me gustaba en otros tiempos, miré a sus ojos negros y brillantes y musité interrogando:

—¿Enriqueta?

—La mismita que viste y calsa.

Y al remontarnos a una época inolvidable me lo aclaró todo. Aquella bella y elegantísima dama casada con un vizconde portugués había sido corredora en el tiro al blanco y juego de billar de la calle de la Montera número 10 y, era Enriqueta, la mala-gueña, que nos encantaba a todos cuando le pedíamos *un azul* y ella repetía en su lengua: "un asú". ¡Y cuánto dinero les costó a algunos, como el marqués de Salinas, que buscaban sus "azules" y sus negros... sus negros ojos! Por que Enriqueta tan bonita, y tan andaluza sólo contaba entonces quince abriles.

Ventiocho tendría ahora y parecióme que había ganado en belleza.

—Mi palacio, Pepe, está cerca de aquí—y me dió las señas—y espero que vayas mañana a tomar café. Te presentaré a mi esposo y recordaremos aquellos tiempos. ¿Irás?

—Iré—la contesté.

Me despedí de ella con fuerte apretón de manos y entré en

el Suizo donde discretamente pregunté al camarero español que me servía, quien me confirmó cuanto ella me había dicho. El vizconde, su esposo, era muy rico y de la más rancia nobleza de Portugal.

Aplacé con este motivo el viaje a las playas de moda y al día siguiente fui al palacio de Reguengos. En cuanto me anuncié franquéome el paso un portero de librea, y una linda doncella con cofia y delantal blanco me guió a un gabinetito turco. Euriqueta apareció enseguida, ataviada con un valioso kimono rojo y blanco que realzaba más y más su hermosura.

—Siento que no conozcas a mi marido—me dijo—pero en su carta de hoy dice que no llega hasta pasado mañana.

Tocó el timbre y la misma doncella sirvió el café en bandeja de plata repujada, más unas copitas de viejo licor y un porta-cigarros y cigarrillos americanos, todo en veladores individuales. Y entre sorbo de café y chupada de cigarro hablamos de aquellos tiempo ya pasados.

—¿Te acuerdas—preguntóme—de aquel día en que te dije al oído que no jugaras por los azules y la gracia que te hizo el acierto de mi “corazonada”?

—¿Vive todavía aquel marqués vejete que se sentaba en mi turno a diario? ¡Qué espléndido era! Cuando le llamaba Agatino a secas, su nombre, me daba un duro de propi y un día que le dije “mi arma” me dió cinco y al no querer aceptarlos se deshizo en cumplimientos, diciéndome: Yo sólo gusto de tus simpatías.

Hízome otras preguntas y me refirió cómo conoció a su esposo y lo feliz que era en su matrimonio, y al felicitarla yo prometí volver a verla cuando regresase a Lisboa.

—También yo lo deseo—repitió ella—ya que siempre fuimos muy buenos amigos.

Con Güel visité Cascaes y Estoril y después estuve en la playa de las manzanas (la praia das macás) que es la más oriental de Europa, y por último recorrí Caxias, con notable Casino en la misma playa y en su terraza una ruleta con un sólo punto: la dueña del edificio, que llevaba perdida una fortuna; Paso d'Arcos, Figueira da Foz y otras.

Desde Figueira hicimos el elemento joven una excursión en burro a Bussaco, pasando un día agradabilísimo, regresando a Madrid al día siguiente.

Y ya en Madrid supe que había estado vigilado en Portugal

hasta que Güel tuvo noticia del ministro de Estado español acerca de mi persona. Y esto me lo contaba muerto de risa Mariano Pozo, mi antiguo amigo, que como secretario particular de Allende Salazar fué quien recibió el telegrama. ¡Si habría miedo en Portugal!

El poeta salmantino y culto catedrático de Medicina de la gloriosa Escuela D. José López Alonso hizo para mi álbum las siguientes quintillas:

NOSTALGIA ETERNA

Dice un antiguo centón
que nadie es feliz jamás,
y que siempre el corazón
late en el pecho al compás
de una eterna aspiración.

Idolatraba María
a su amante de tal suerte,
que cuanto más le quería
más y más ella sentía
la nostalgia de la muerte.

Pues fija en sus ideales
pensó que en la sepultura,
al hacernos inmortales,
por ser ya todos iguales
el amor nunca perdura.

Y presa de esta obsesión
yendo en pos de su ideal,
con viril resolución
hundióse en el corazón
la hoja aguda de un puñal.

Cayó la infeliz inerte
de acerbo dolor transida,
y sintiendo su alma fuerte
a las puertas de la muerte
la nostalgia de la vida.

¡Qué bien dice aquel centón,
que nadie es feliz jamás,
y que siempre el corazón
late en el pecho al compás
de una eterna aspiración!!

Salamanca, 14 julio 1894.

XLIV

**El trust.—¿Se beneficiaba “El Imparcial”?—
Malestar entre sus redactores.—Optimismos de
los dirigentes.—A pesar de todo...—Filosofía del
vulgo.—La opinión pública, reina y señora.**

No quería hablar nada acerca de la formación de la Sociedad Editorial de España, más conocida por el calificativo de “trust”. Y quería silenciar mi opinión por respeto a las personalidades periodísticas que la fundaron y dirigieron. Por eso va este capítulo después del de Portugal. Pero después de largas meditaciones desisto de mi propósito por entender que unas MEMORIAS son como la confesión de cuanto uno ha visto y oído.

Cuando se supo en “El Imparcial” que estaban acordadas las bases de su constitución se produjo cierto malestar entre algunos de sus redactores. No veían bien aquel conglomerado periodístico. Y opinaban así porque aunque se “respetó” en los estatutos la “independencia” de cada uno de los periódicos que entraron en la unión, no cabía duda de que siendo el mismo eje para todos al fin y a la postre tenían que formar un conjunto armónico.

Se constituyó la Sociedad siendo presidente el director de “El Liberal” y gran periodista D. Miguel Moya y vice-presidente, el director de “El Imparcial” mi querido maestro D. José Ortega Munilla. Otro de los cargos más importantes fué para D. Antonio Sacristán y la secretaría para un Gasset.

A Moya le sustituyó en “El Liberal” Alfredo Vincenti, y a Ortega en “El Imparcial” Luis López Ballesteros.

Los dirigentes de la Sociedad, entre ellos Ortega, manifestaban claramente su optimismo. Si con un periódico se tenía importancia, con tres en Madrid y varios en provincias crecería su poderío. Y esto que dicho y sentido así era una verdad, cambiaba de aspecto al escuchar las filosofías del vulgo, los juicios de la opinión pública, reina y señora en todo momento.

Antes un suceso, un telegrama, un artículo, respondían al sello personalísimo del periódico. Había estímulo en los redactores para “pisar” una noticia de interés, para que no se adelantasen las informaciones en otro periódico, pero ahora, aunque se preten-

diese seguir haciendo lo mismo sabían que "El Imparcial", "El Liberal" y el "Heraldo" eran de los mismos dueños y que sus lectores tenían iguales derechos a ser bien servidos, no bastando que mientras uno dijera blanco, el otro lo calificara de negro, porque aunque lo hicieran creyéndolo así, para muchos el interés periodístico quedaría convertido en negocio industrial.

Un día hablando con Ortega le manifesté mi opinión contraria al "trust" por creer que se perjudicaría "El Imparcial", periódico de incomparables informaciones y de sereno criterio. Ortega se sonrió, diciéndome:

—Eso no, porque "El Imparcial" seguirá siendo lo que ha sido.

—Y aunque así fuera, D. José—le repliqué yo—no concibo "El Imparcial" sin usted. Sin adulaciones, he de insinuarle que para muchos y para mí, Ortega Munilla dirigiendo "El Imparcial" es su alma, su espíritu, su vida... Y si usted lo deja...

—En efecto—añadió él—dejo la dirección pero como vicepresidente de la Sociedad tengo a mi cargo la alta inspección de este periódico y seguiré viniendo por las noches y haré artículos y telegramas como antes.

—¡Ojalá sea así!—contesté yo.

Otra noche comentaban los compañeros esta unión de periódicos antagónicos y no faltó alguno que decía:

—Yo, la creo conveniente, porque la vida de "El Imparcial" no era ya tan desahogada como antes. Y además porque es útil para los intereses políticos de Rafael Gasset.

Recogí esta opinión y la silencé. Para mí estando en la Sociedad Ortega Munilla era bastante y con todo interés la serviría en cuanto pudiera. Y al poco tiempo recogí en la Mancha dos planas de artículos-reclamos para "El Liberal", por lo que me felicitaron Moya y Sacristán.

Ortega Munilla seguía yendo por las noches a "El Imparcial" y yo también, pero una de ellas pasé un mal rato. Mostró Ortega su disconformidad con un trabajo del redactor-jefe Félix Lorenzo y al decírselo a López Ballesteros, éste salió con un exabrupto, diciendo que él era director y se marchó dando un gran portazo.

Después supe que otras noches tuvo que soportar también estas faltas de respeto.

Porque Ernesto López llamó en un periódico a Ballesteros "López guión" le contestó éste con agresividad en "El Imparcial",

como si su cargo le diera derecho a convertir las columnas que le estaban encomendadas en algo íntimo y personal sin ningún interés para el público.

Y "El Imparcial" bajaba y perdía lectores y anunciantes.

¡Qué lástima de periódico!

Muchas mañanas iba por el local de la Sociedad para ver a Ortega, que tenía un despacho suntuoso.

En aquel verano hice crónicas veraniegas de pago en Santander para "El Imparcial" y "El Liberal" y con el mayor gusto puse a su devoción mis actividades y deseo de serles útil.

Pero sobre ellos y sobre todos ha estado siempre la opinión pública que es menos tornadiza de lo que algunos suponen, al contrario, que dentro de su anónimo vivir suele pensar y razonar muy bien.

Y, así como a veces una sola información eleva a las nubes el prestigio del periódico, en otras una campaña equivocada lo echa por el suelo, sin que valgan cálculos, ni buenas direcciones.

Y eso que la figura del ilustre presidente de la Sociedad editorial de España era cosa seria. De gran talento y muy culto, con fácil pluma y un gran entusiasmo por la profesión, contaba con simpatías generales y el respeto de todos. Excelente organizador de periódicos y de una gran austeridad, su dirección en esta clase de asuntos inspiraba confianza.

Y no digo nada de D. Antonio Sacristán, insigne economista español que aún vive, eucauzador admirable de la marcha administrativa de "El Liberal", y verdadero prestigio en la vida financiera. Con ambos nombres y el de Ortega se creía seguro el resurgir próspero de los distintos diarios que entraban como base en la nueva Sociedad.

Pero en las cosas de los periódicos, en su difusión y crecimiento no bastan mejoras, ni buenas direcciones, sino que el público quiera o no. Que se le convenza.

Es un soberano que no admite consejeros.

Obra siempre por cuenta propia.

Y en eso estriba el éxito: en lograr su conquista.



X L V

Los viajes de Gasset a Ciudad Real.—El de julio de 1907.—Contrariedades de un ex-diputado. Un incidente.—Organizando el meeting.—Una carta de Gasset y dos mías.—Recibimiento entusiasta.—Almuerzo en casa de Acosta.—Meeting en el Teatro de Verano.—Banquete en el de Cervantes.—Ovaciones a Gasset.—El de agosto del mismo año.—Paella salvadora en la huerta de Rubisco.—Bagatelas.—Otro viaje de Gasset.—El meeting del bloque.—Melquiades Alvarez.—Sus destemplanzas.—Notas jocosas.—Excursión con Francos Rodríguez.

Desde que dejó el Poder D. Rafael Gasset pensó en continuar sus propagandas políticas, y un día me llamó para decirme que deseaba comenzar por Ciudad Real. Encariñado con este pueblo quería darle la preferencia y señaló el mes de julio para celebrar el meeting. Antes de ir a Ciudad Real—me dijo—visite a Moret, pues tiene que darle un encargo. Así lo hice. Recibido en el acto, me dijo D. Segismundo que me llamaba para que en su nombre visitase a D. José Cendrero con objeto de que prestara su ayuda al acto de Gasset en Ciudad Real, el cual tenía su plena conformidad. Prometí hacer su encargo y salí para la capital de la Mancha. El mismo día en que llegué ví a Cendrero en el café del Pilar, que estaba instalado en lo que ahora es almacén de muebles de Marino Fernández. Cendrero consumía una copa de cognac y al trasmitirle el deseo del jefe soltó un terno achacándome la idea de ese meeting. Le contesté respetuosamente diciendo que yo era muy poco para disponer de la voluntad del jefe y de un ex-ministro del partido y que me había limitado tan sólo a trasmitir las órdenes recibidas. Cendrero estaba verde y amarillo y como cuando las secreciones biliares obstaculizan la circulación y el cerebro no razona me despedí de él y lo dejé.

Comuniqué a Gasset lo ocurrido y le di cuenta de los trabajos realizados. Echaba de menos, naturalmente, al inolvidable Conde de la Cañada, porque en los nuevos amigos de Gasset fal-

...a disciplina y unión espiritual. Hay que decir sin embargo que en todos los pueblos se acogio con entusiasmo el proyecto. Y es que el nombre de Gasset inspiraba entusiasmo y confianza. D. Diego Rizarroso ofreció su Hotel desinteresadamente, pero la comision organizadora convino en que Gasset se alojase en casa de Ceferino Sauco, ofrecida por éste, donde en otros tiempos estuvieron también D. Alberto Bosch y D. Juan Navarro Reverter. Muy pocos—seguramente—sabrán hoy quién era dicho señor. Yo le conocí allá por el año 1888 ¡hace 47 años! Tenía un periódico, "El Labriego", que por entonces lo hizo diario, un diario pequeño e inolvidable para mí porque en él hice mi bachillerato de Prensa. Contaba con buenas plumas: Alberto Lozano, Fernando Ulloa, Esteban Mendoza, un joven de gran entendimiento, Joaquín R. Lucas, Emilio Enríquez (Revuelos), el gran revistero de gallos y José Arcediano. De aquella redacción sólo vivimos Revuelos y yo. Ceferino Sauco era muy vivo y muy listo. En su juventud fué conservador y según decía Jorquín Zaldívar en la semblanza que le hizo:

".....
pasó sus primeros años
emborronando papel
y ahora que manda su gente
es cuando precisamente
todos mandan menos él."

Y acaso por esto abrió los ojos y cambió de táctica. Tenía farmacia y combinaba los específicos con anuncios en el periódico y como le halagaba un gobierno civil organizó unos famosos juegos florales para traer de mantenedor a Bosch y Fustegueras, insigne político que estaba en vísperas de ser ministro. Su propósito se realizó y al ocupar Bosch una cartera le hizo gobernador de Tarragona. Repitió la suerte a los pocos años invitando a Navarro Reverter a un acto político y obtuvo el mismo resultado. Pero lo gracioso del caso es que teniendo muy poca gente a su lado presentaba comisiones y comisiones de los pueblos haciéndoles cambiar de ropa y hasta de nombre para aparentar que eran muchos los adeptos que Navarro Reverter tenía en esta provincia.

Hizo más, buscó a limpiabotas y obrerillos ofreciéndoles diez pesetas a cada uno para que dieran vivas al paso de D. Juan

por las calles de Ciudad Real, como así lo hicieron, pero precisamente cuando Navarro Reverter comentaba en el despacho de Sauco el entusiasmo del público, entró la criada de D. Ceferino y dirigiéndose a éste le dijo en alta voz:

—Señorito ahí están el "Costras" y otros dos limpiabotas que vienen a cobrar los vivos.

El "acabóse". Aunque la "bomba" de la doméstica arreglóse lo mejor posible, D. Ceferino se llevó serio disgusto.

Ahora no podía ocurrir eso. Sólo el nombre del mantenedor de la política hidráulica aseguraba el éxito. Yo escribí a Gasset la siguiente carta:

Querido D. Rafael: aún no se han recibido contestaciones a mis cartas enviadas, pero se tienen noticias particulares de varios pueblos y son muy favorables.

"Cendrero sigue en esa. Nada se sabe de él. Unicamente uno de los amigos ha dicho que ha tenido carta suya y le dice que visitó a Romanones y Moret, y que a éste último *le parecía muy bien* que usted viniera en la feria y NO AHORA. Sus palabras sin embargo, aunque intencionadas, no producen efecto.

"Para darle idea del entusiasmo que despierta su venida baste decirle que la inmensa generalidad de los vecinos que viven en la carrera que usted ha de recorrer hasta su hospedaje, se han ofrecido gustosos a engalanar sus balcones. Debo advertirle que muchos de ellos son conservadores. Está ya acordado que se aloje usted en casa de Sauco, donde sólo dorminará la noche de llegada, pues supongo que aceptará el almuerzo que le ha ofrecido Acosta, al que también serán invitadas las personas que le acompañen desde Madrid y algunas de esta localidad.

"Por la noche después del meeting, se dará a usted un banquete en el Teatro Cervantes.

"Urge que me diga quiénes vienen con usted.

"Siempre suyo buen amigo, J. Balcázar."

Gasset, con fecha 2 de julio me contestó lo siguiente:

"Amigo Balcázar: veo que ahora como siempre trabaja usted mucho y bien.

"Gracias mil a usted y a todos los amigos que por mí se afanan.

"Supongo que entre acompañantes y periodistas irán conmigo unas 6 u 8 personas.

"Desde luego me alojaré en casa de Sauco, si usted, conecdor

de la población y de sus pobladores, estima que es lo mejor. Escribo a Acosta aceptando su almuerzo.

"Pizarroso pone, según usted me anunció, a mi disposición su Hotel. Le contesto agradecido pero rehusando.

"Siga teniéndome al corriente de todo. Envieme una nota concreta de los intereses locales a que debo aludir en mi discurso sin comunicarle a nadie que me la ha remitido.

"Siempre suyo affmo. amigo, *R. Gasset.*"

Madrid 2 julio 1907.

Esta carta se cruzó con una mía en la que le decía lo siguiente:

"Querido D. Rafael: Sigue cundiendo el entusiasmo y continúan recibiendo adhesiones al meeting. De casi todos los pueblos anuncian el envío de nutridas comisiones. Hoy han escrito el ex-diputado Hervás y Fontes, los diputados provinciales Pinilla y Caravantes, el ex-diputado Trujillo y otras personalidades importantes.

"La Prensa viene haciendo una campaña de simpatía, y la comisión organizadora no omite medio para que el acto resulte brillantísimo.

"El trayecto que usted ha de recorrer desde la estación a casa de Saucó estará engalanado y se iluminará con luces de bengala.

"Siempre suyo leal amigo, *J. Balcázar.*"

Gasset y sus acompañantes llegaron a Ciudad Real en la noche del sábado 6. Se le hizo un gran recibimiento, saliendo de los andenes entre aplausos, vivas y acordes de la música.

Al día siguiente hubo recepción general en las Casas Consistoriales, que resultó muy nutrida y brillante.

Después oyó misa en la Catedral y a la una fué el almuerzo en la casa de D. Leopoldo Acosta, almuerzo espléndido al que asistieron distinguidas personalidades y una lucida representación del bello sexo.

Se hizo a continuación una rápida visita a los terrenos de la Granja Agrícola y a las seis de la tarde comenzó el meeting en el Teatro de Verano, que resultó grandioso, con todas las localidades ocupadas y un entusiasmo loco en el público. El señor Gasset principalmente fué objeto de delirantes ovaciones durante su discurso.

Y por último a las nueve de la noche se celebró el banquete dispuesto en su honor en el Teatro Cervantes. El teatro presen-

taba soberbio golpe de vista. Todos los palcos y plateas ocupadas por distinguidas damas y muy bellas señoritas. Hubo trescientos comensales, teniendo que limitar el número. El banquete fué admirablemente servido por el Hotel Pizarroso.

Gasset quedó muy satisfecho y al comentar el interés de Cendrero en que viniera por la feria, dijo:

—Como deseo la convivencia con los pueblos no hay inconveniente en darle gusto. Así, pues, vendré también por la feria.

La despedida fué como el recibimiento: apoteósica.

Ya desde Madrid escribió Gasset a los individuos que formaron la comisión organizadora agradeciéndoles expresivamente el interés que habían mostrado en su favor.

Llegó agosto y volvió Gasset. Preguntó por Cendrero y estaba veraneando y a no ser por una paella improvisada en la huerta de Rubisco, a la que asistimos unos pocos amigos, entre ellos Carlos Vázquez, no se le hace ningún obsequio, aparte del palco que le envió para una corrida de toros el alcalde. Por cierto que asistí yo con Gasset a la fiesta taurina y no faltó escritor festivo que dijera que "un joven de barba bien cuidada y cuello de almidón" había entrado de tifus en los toros. Pero lo estupendo del caso es que el autor de tal noticia venía siendo escribiente de la oficina de una entidad benéfica de Ciudad Real y barrendero en Madrid y ¡claro está! que ni escribía, ni barría, pero cobraba los dos sueldos, con la particularidad que como escribiente ni siquiera firmaba la nómina: lo hacía el padre con el nombre del hijo. Y de este modo seguía una carrera sin ser gravoso a los suyos, mejor dicho seguía dos, porque aprendía también el oficio de "enchufista", que tan de moda se había de poner andando los tiempos. Hay quien ve la paja en el ojo ajeno y no ve la viga en el propio.

Uno de los últimos días de feria llegó Cendrero y fué a buscar a Gasset a la kermesse benéfica que se celebraba en el Instituto y con él estuvo hablando breves momentos en uno de los claustros. Al marchar después Gasset a la casa de D.^a Teresa Rosales, viuda de Medrano, donde se hospedaba, me llamó a su habitación para contarme lo que le había dicho Cendrero:

—Cómo quiere usted, D. Rafael—insinuóme—que estemos a su lado junto a Julián Arredondo.

Y Gasset no se explicaba el motivo de este veto, y quedó extrañado de que esto se lo dijera Cendrero con medrosidades

y balbuceos como si le embargara la emoción o no estuviera en estado normal.

—Sí que es extraño—le repliqué yo—porque Arredondo es del distrito de Almodóvar y figura siempre en la candidatura para diputados provinciales con el apoyo decidido de Cendrero.

Hablamos de otras cosas y al bajar yo la escalera para ir a mi domicilio me esperaba D.^a Teresa, toda alarmada, por suponer que el llamamiento de D. Rafael obedecía a deficiencias de la casa, y me ví negro para convencerla de su equivocación por no poder decirle el motivo que ahora hago público.

Recuerdo de otro viaje de Gasset a Ciudad Real. Fué cuando el meeting del bloque en que también tomó parte D. Melquiades Alvarez. Ambos oradores venían juntos desde Madrid. Les acompañaban, entre otros periodistas, Tomás Romero. Unos cuantos amigos salimos a esperarles a Malagón. Entramos en su departamento y al llegar a Fernancaballero todo el pueblo esperaba el paso de Gasset para saludarle. Y mientras esto ocurría D. Higinio Agustín Peñuela se asomó a la ventanilla y dió un ¡viva la República! Los fernanducos contestaron con vivas a Gasset, pero éste, muy molesto, se volvió a D. Melquiades y sus amigos, diciéndoles:

—Como yo no puedo olvidar que soy ex-ministro de la Corona si oigo otro viva de esa clase daré un ¡viva el rey! con todas sus consecuencias.

Al llegar a Ciudad Real hubo otro incidente desagradable. Apenas instalado Gasset en el domicilio de la Sra. Viuda de Medrano, instalado frente al Obispado, se asomó a uno de los balcones Tomás Romero y, llevado de sus ímpetus, exclamó señalando al palacio vecino:

—¡Abajo el clero!

El grito no gustó a nadie y se hicieron muchos comentarios por el sitio elegido para darlo.

Se celebró el meeting con gran concurrencia. Comenzó con una nota cómica. El primer orador, un jovenzuelo inexperto y sin representación, entró en materia diciendo:

—Ya estamos aquí ¡pobrecito Maura!

Y un chusco contestóle desde las alturas:

—No le mates, perdónalo.

Habló en nombre de los canalejistas D. Pablo Plaza y como

fuera un poco extenso, le dijo D. Melquiades Alvarez, por dos veces y algo descompuesto:

—Corte, corte.

Y D. Pablo le echó una mirada que fué como el principio de una tormenta.

El público no cesaba de fumar y D. Melquiades muy molesto se acercó a las candilejas y con voces destempladas exclamó:

—¡No fumar, no fumar!

Y al verle en esa actitud uno que estaba en el anfiteatro contestóle en alta voz:

—Con esos modales pareces un autócrata.

Y la salida produjo grandes risas.

Aunque Gasset usó de los resortes oratorios que tanto enardecían a los manchegos, y D. Melquiades Alvarez tuvo períodos elocuentes, el meeting resultó poco lucido.

A los pocos días iba yo a Valencia y en la Encina me encontré con Francos Rodríguez y Eduardo Ortega Gasset que se dirigían a Alicante a dar otro meeting del bloque y me hicieron acompañarles en su excursión política. Después del acto fuimos a Elche y en la huerta del Cura nos dieron un arroz en caldereta que aún paladeo al recordarlo.

XLVI

Las elecciones provinciales.—Una zancadilla inútil.—Mi triunfo por Ciudad Real-Piedrabuena. Un gran electorero.—Se constituye la Diputación. Deshaciendo una “maniobra”.—Acuerdo en pro de los intereses manchegos.

Se acercaban las elecciones provinciales. Ortega sin decirme nada habló a su cuñado de mi candidatura. Gasset la vió muy bien y le contestó que fuera yo a verle para concertar el plan.

La noticia cundió por Ciudad Real. Y la Providencia, velando por mí una vez más me inspiró la idea de ir cierta tarde a casa de D. Rafael Gasset, cumpliendo sus deseos. Era temprano y fui dando un paseo. Al llegar a la esquina de la calle de Velázquez estaba en ella Ceferino Sauco. Me hizo un gesto como indicando que estaba de aventura amorosa. Le saludé y sin decirle donde iba continué mi camino. Al llegar al domicilio de D. Rafael

pasé al despacho de Lezaun, su secretario. Este le pasó recado. Gasset tenía visita y le contestó que enseguida me recibiría. Se fué su visitante, salió a despedirle hasta la puerta y en aquel momento llegaron Ceferino Sauco y Ramón Medrano. Obligado por esta circunstancia les hizo pasar.

—¿Qué hay señores?—preguntóles Gasset.

Yo, apercibido de quiénes eran, me enteré de todo.

—Pues nada y mucho—le contestó Ceferino—. Venimos a verle porque acercándose las elecciones provinciales y mirando por sus intereses políticos nos parece conveniente que en vez de Balcázar sea su candidato Ramón Medrano. Joven éste de gran fortuna, contaría además con las fuerzas de D. Luis del Rey, y siendo bien visto de todos, su triunfo sería seguro. No pudiendo asegurarse lo mismo si es Balcázar, que por sus campañas de prensa cuenta con no pocos enemigos.

D. Rafael comprendió en el acto lo que significaba aquella zancadilla y en vez de contestarle dijo en alta voz:

—Balcázar, pase usted.

Los "caros amigos" se quedaron estupefactos. Gasset me repitió lo dicho por Ceferino con el asentimiento de Ramón Medrano.

Y Ceferino queriendo dulcificar su modo de proceder, añadió entonces:

—Al darle mi opinión fué sólo pensando en el éxito, pues soy el primero en reconocer en otro orden de cosas los méritos de Pepito Balcázar.

—¿Y usted qué dice a eso?—preguntóme entonces D. Rafael, asqueado con lo que oía.

—Que tal como está a su favor el distrito de Ciudad Real-Piedrabuena puede usted sacar diputado incluso al moro Muza, si ese fuera su capricho, y que eso de las fuerzas de D. Luis Rey son negativas desde hace mucho tiempo.

—Bien, bien señores—replicó don Rafael—tomo nota de sus consejos y resolveré lo que sea mañana mismo.

Despidiéronse los "bien intencionados" consejeros y en cuanto a mí me hizo una seña para que me quedase. Y en cuanto se fueron aquéllos me dijo:

—Dicte usted las cartas que quiera para qué recomiende su candidatura y dígame lo que le parece que en cada carta he de poner de mi puño y letra.

Volví al despacho de Lezaun y a uno de los mecanógrafos le

hice escribir treinta y dos cartas y de éstas separé unas cuantas para que pusiera don Rafael una postdata.

Del éxito obtenido baste decir que tuve el primer lugar con mil ochocientos votos de mayoría sobre el que más. Se llegó a un acuerdo en casi todos los pueblos, dándome en ellos el primero o el segundo lugar, y en los que hubo votación; Ciudad Real, Carrión y Ballesteros, obtuve abrumadora mayoría.

Pero al dar ahora cuenta de estas elecciones quiero sacar a la palestra un gran electorero que actuó entonces por primera y única vez y que dirigió tan bien las elecciones que sacó triunfantes a los cuatro que él patrocinaba derrotando las enormes y tradicionales fuerzas de don Pablo Plaza. Me refiero al actual Conde de la Cañada don Rafael Acedo Rico y Jarava que aunque siempre desdeñó las actuaciones políticas, y se negó a intervenir en ellas, demostró entonces su gran valía organizando tan metódicamente la lucha que el éxito fué rotundo.

¡Cómo olvidar las horas que siguieron a la elección! El Conde, Felipe Velasco y yo en una de las habitaciones del Hotel Pizarroso, recibíamos los resultados. Felipe que era otro de los candidatos estaba nervioso. Llegó la nota de Miguelturra donde Inocencio Mora tuvo mil votos de mayoría sobre los demás. Después Malagón con igual número de votos para Servilio Martín Toledano y para mí. Felipe se iba descomponiendo y Rafael que estaba en el secreto no podía contener la risa. Vino el resultado de Carrión: yo en primer lugar, después Plaza, Mora, Toledano y Felipe. A continuación recibióse un telegrama de Felipe García dando cuenta del resultado de Torralba: primer lugar Toledano, por un compromiso de honor; segundo, yo; después Mora y por último Velasco. Este entonces todo descompuesto se alza sobre el pie bueno y exclama quejumbroso:

—Hasta mi tocayo me quita votos.

Rafael y yo no cesábamos de reir por saber de antemano que Felipe Velasco estaba seguro. Y así fué, yo saqué en la suma total el primer lugar, Felipe el segundo, Toledano el tercero, y Mora el cuarto. Las fuerzas estaban bien combinadas y el plan resultó a maravilla. Hubo en la llanura que quitarle votos a Felipe Velasco porque tenía de más en Piedrabuena y los Montes.

Gasset agradeció mucho la votación que se me hizo y así lo hizo constar en el telegrama que dirigió a "La Tribuna".

Al día siguiente de las elecciones entró en el poder el partido

liberal y don Rafael Gasset juró el cargo de ministro de Fomento.

Nombrose Gobernador de Ciudad Real a don Francisco Ruano, hijo político de Alberto Aguilera. El saliente señor Fernández Vicente, conservador salmantino fué un caballero que dejó gratos recuerdos en la capital de la Mancha.

Se constituyó la Diputación eligiendo Presidente a don Sacramento Hidalgo y a mí Vicepresidente de la Comisión permanente. No era halagüeño este cargo porque en el primer turno figuraban tres conservadores y sólo dos liberales, D. Facundo Gómez y yo, mientras que en los demás turnos tendrían mayoría. El mismo Gobernador me alentó a ello diciéndome que cuando fuera precisa su presencia para presidir la sesión acudiría enseguida. Había que deshacer la "maniobra" de los antiguos de la casa. Me puse al habla con Paco Martínez, diputado conservador por Almadén y le propuse un pacto: atender sus intereses políticos en Almadén-Almodóvar y que él votara también con nosotros. Así lo convinimos y desde aquel momento ya tuve mayoría en la Comisión provincial. Por eso quizás al hacer Rueda la semblanza de Paco Martínez decía de él:

"...y asegura quien lo entiende
que las cosas que pretende
las cuela con vaselina."

Uno de los primeros acuerdos que tomó aquella Comisión fué dirigir a D. Rafael Gasset, como ministro de Fomento la siguiente exposición, en pro de los intereses manchegos:

"Excmo. Sr. D. Rafael Gasset, ministro de Fomento.

Entienden los diputados que suscriben que no basta para corresponder a la confianza de sus electores y a la delegación de sus compañeros, con resolver en este o en otro sentido tal o cual expediente electoral; que no se concreta su misión al ejercicio monótono del ajetreo burocrático, por el contrario, creen que tienen otros deberes que cumplir: consideran como precisas obligaciones determinadas iniciativas que, aun tomadas particularmente, tiendan a beneficiar los intereses de la comarca que les otorgó su representación.

En este sentido, Excmo. Sr., nos dirigimos a V. E., celoso siempre de la cosa pública, protector decidido de la Mancha, según ha expresado repetidas veces en sus discursos de propaganda,

queremos darle motivo para que realice sus promesas y para que el país haga justicia a la sinceridad de sus palabras. Arduos problemas, como el del abastecimiento de aguas a la capital, se presentan en perspectiva. Todos son de grande importancia; ninguno responde a un egoísmo personal; los engendró el interés común, el unánime deseo de los que buscan su propia prosperidad en la prosperidad de todos.

Por hoy trataremos solo de uno: del punible abandono en que tiene a esta provincia la Compañía ferroviaria de Madrid, Zaragoza y Alicante. Quien viaje por todas las líneas de su red de ferrocarriles habrá visto que sólo en la de Madrid a Ciudad Real y Almorchón y en la de Ciudad Real a Manzanares háse acumulado el material de deshecho: coches inservibles, con goteras en los techos, que hace insoportable el viaje en época de lluvias; portezuelas que con la humedad encajan tanto que dificultan, si no imposibilitan, la entrada y la salida; timbres de alarma que no funcionan; coches de primera que ni siquiera tienen timbre de alarma; departamentos de segunda alumbrados por medio de farol de luz mortecina; asientos mugrientos, y, por si esto no fuera bastante, a pesar de los infinitos Reales decretos, Reales órdenes y conminaciones de todo género, son los únicos trenes de la red que no tienen calefacción en los departamentos de tercera ni en los de segunda, ni siquiera cuando se trata de unidades del llamado tren rápido.

Más de quinientas firmas de todas las clases sociales de Ciudad Real pidieron a la Dirección general de dichos ferrocarriles que se estableciesen billetes de ida y vuelta a la villa y corte, concesión que hace años disfrutaban Toledo y Guadalajara; un no, seco y agrio, como contestan los poderosos a los humildes, a los indefensos, fué la respuesta que se obtuvo.

Existe en las afueras de la puerta de Alarcos de Ciudad Real el paseo de invierno, el único sitio de tránsito que ofrece alguna amenidad al viandante manchego; cruza este paseo la línea férrea de Madrid y lo cruza irregularmente, porque a veinte pasos tienen los trenes que hacer un cambio de vía para entrar reculando en la estación. Hace tiempo que la Compañía ferroviaria, teniendo en cuenta que es raro el año que no ocurre en dicho sitio alguna desgracia y más que nada la conveniencia del servicio, proyectó llevar la vía por lo más recto a unirla con la línea general de Miguelturra. Solicitó el Ayuntamiento permiso para ampliar los paseos

públicos en la puerta de Alarcos, y no sólo se le negó, si no que se estancó el proyecto ferroviario que tanto beneficiaba a todos.

¿Y las tarifas de transportes? Las tarifas de transportes merecen párrafo aparte. Son tan escandalosas que hacen imposible la exportación en buenas condiciones de los productos manchegos. De Ciudad Real a Madrid cuesta el transporte del vino, por tonelada, 22'81 pesetas, siendo la distancia de 173 kilómetros. De Alicante a Madrid apenas llega a 34 pesetas, no obstante ser el recorrido de 455 kilómetros, y de Ciudad Real a Badajoz, con 338 kilómetros de recorrido, importa 44'33 pesetas. De aquí que el vino manchego, que es la principal riqueza del país, no pueda competir con el vino de otras comarcas por el gravamen que sobre él pesa con las tarifas puestas en vigor por la Compañía ferroviaria antes citada.

Los carbones de Puertollano, inmejorables en calidad, sufren también el rigor del excesivo precio de transportes, haciendo imposible toda competencia con los carbones asturianos, que por privilegio de tarifa son puestos en Madrid con menos gastos que los de la región manchega.

El transporte de las patatas, por tonelada, cuesta de Ciudad Real a Badajoz, con 338 kilómetros de recorrido, 25 pesetas; de Ciudad Real a Mérida, con 278 kilómetros, 20 pesetas, y de Ciudad Real a Madrid, con sólo 173 kilómetros, 22'30 pesetas. Otro tanto pudiera decirse respecto al aceite y a la cebada, pero hasta con los datos apuntados para demostrar los grandes perjuicios que vienen ocasionándose a esta desdichada región, verdadera cenicienta de España.

Pues bien, Excmo. Sr., esa Compañía ferroviaria que tanto desdeña a la Mancha, tiene en su línea férrea estaciones como Puertollano que le produce más de veinte mil pesetas diarias, y otras, como Valdepeñas, Manzanares, Daimiel, Argamasilla de Alba, Alcázar y Almagro, que son ricas fuentes de ingresos.

Así las cosas, Excmo. Sr., llega el momento de que rebose el vaso de la indignación, y al elevar nosotros nuestra firmísima protesta, lo hacemos recogiendo el eco unánime del país y confiados en que V. E., con su rectitud y sanos propósitos, sabrá remediar tales daños y hará cumplir a la Empresa ferroviaria lo estatuido en las disposiciones vigentes, desatendidas hasta ahora por inercia de los unos y despectivo carácter de los otros.

Ciudad Real, 27 de enero de 1910.—*José Balcázar y Saba-*

riegos, diputado provincial por Ciudad Real-Piedrabuena y vicepresidente de la Comisión Permanente; *Francisco Martínez Romero*, diputado provincial por Almodóvar-Almadén, y vocal de la Comisión Permanente; *Facundo Gómez y Sanz*, diputado provincial por Daimiel-Almagro, y vocal de la Comisión Permanente; *Miguel González y Gallego*, diputado provincial por Manzanares-Alcázar y vocal de la Comisión Permanente, y *Joaquín González y Távira*, diputado provincial por Valdepeñas-Infantes y vocal de la Comisión Permanente."

XLVII

Aguilera, general de división.—Júbilo en Ciudad Real.—Un banquete en el Casino.—Cólicos a gran-nel.—Hermoso brindis de Gandásegui.—Una carta de Ortega Munilla.—Don Alberto Aguilera.—Evo-cando tristes recuerdos.—El general en la intimi-dad.—Páginas de mi album.—Lo que escribió don Antonio García Maceira.

La noticia del ascenso a general de división de don Francisco Aguilera y Egea produjo en Ciudad Real, su pueblo, enorme júbilo. Todo el mundo recordaba la brillante historia militar del valeroso manchego, su actuación en la guerra carlista y en las de Cuba, su meritoria labor en los campos de Africa, su temeridad en cuantos hechos de armas había intervenido. Sus paisanos esperaban mucho de él.

Había nacido el general en Ciudad Real el 21 de diciembre de 1858, en una modesta casa de la calle de la Libertad. Su padre don Domingo Aguilera, era de rancia cepa manchega, y su madre doña Matilde Egea, de origen murciano. El 23 del mismo mes y año fué bautizado en la Parroquia de San Pedro por el teniente cura don José Carrión, siendo padrino de pila el capitán retirado don Pedro Oliva. A los diez años, el 2 de septiembre del 68, ingresó en el Instituto provincial, previos ejercicios aprobados por el tribunal que formaban los catedráticos don Genaro López, don Maximino García Herráiz y don José María Pérez. Fué un estudiante revoltoso y poco aplicado. Tuvo dos suspensos en Latín y uno en Aritmética y la calificación de aprobado en las demás asignaturas, excepto en Geometría que le dieron Notable.

Se hizo bachiller el 22 de septiembre del 73, aprobando el ejercicio de Letras con D. Genaro López, D. Francisco Gómez Pastor y D. Luis María García, y el de Ciencias con D. Ricardo de Urrutia, D. Francisco Domenech y D. Baldomero San Martín.



El general Aguilera

Después en siete meses pasó a oficial del Ejército aprovechándose de aquellos famosos cursos abreviados. Enseguida fué incorporado a uno de los regimientos que operaban en el Norte de España contra los carlistas. Recibió dos heridas graves, de las que curó muy bien y le valieron dos ascensos.

Cuando sólo contaba diez y nueve años era ya comandante. De aquí que en todos los empleos figurase siempre como el más joven del escalafón.

Al conocerse el ascenso a divisonario desfiló por su casa todo el pueblo para felicitarle, y entre otros homenajes se le dió un gran banquete en el Casino.



CIUDAD REAL.—Casa número 12 de la calle de la Libertad, donde nació el general Aguilera

A este acto nos sumamos su lejano pariente D. Alberto Aguilera, ex-alcalde de Madrid; Torres Guerrero, diputado a Cortes; el Obispo-Prior, Sr. Gandásegui; el Marqués de Treviño; el gobernador civil, Sr. Ruano, el alcalde y yo, que llevaba la repre-

sentación de la Diputación provincial. Asistieron doscientos comensales.

Hubo brindis patrióticos y entusiastas, destacándose el pronunciado por el ilustre Prelado, modelo de sencillez y de elocuencia.

Yo leí la carta que a tal fin me envió Ortega Munilla, en la que se enaltecía con entusiasmo la figura del general. Este contestó emocionado.

La fiesta resultó muy bien, exceptuando un plato de ternera con guisantes que proporcionó serios cólicos a los que de él comieron. Yo fui de los abstenidos, afortunadamente para mí.

Tuve ocasión de departir un rato con D. Alberto Aguilera. Este me recordó un hecho triste del año 1870, fecha en que él era gobernador civil de Ciudad Real, y mi buen padre de Alicante. Contábame D. Alberto que en una de las últimas madrugadas de diciembre recibió la noticia oficial del asesinato del general Prim y a las ocho en punto de la mañana fué a mi casa, donde se encontraba el autor de mis días con licencia, a comunicarle la mala nueva, añadiéndome que para llegar cuanto antes mi padre a la capital de su mando tuvo que ir en un mercancías hasta Alcázar. Y al reprobar D. Alberto aquél infame atentado



CIUDAD REAL.—Casa número 52 de la calle de Toledo, habitada por el general hasta que fijó su residencia en Madrid

exclamó: —¡Fué un desastre para la Historia de España!

Ibamos por las noches de tertulia a la casa del general. Era

éste muy cariñoso con sus íntimos, aunque aparentemente parecía brusco y de carácter fuerte.

Adoraba a su familia y su familia le adoraba con veneración. Casado con una virtuosa y distinguida dama granadina, vino a poco la separación pedida por ella. Cuando venía a Ciudad Real, vivía con su madre, D.^a Matilde Egea, aquella gran señora, testigo impasible de tantas emociones distintas, y con sus hermanos Antonia y Felipe. La primera, casada con el médico militar D. Rufino Lomo. Las hijas de este matrimonio, sobre todo la mayor, Matilde, esposa a su vez del Dr. D. José Martín Serrano, eran también de la predilección del general.

Fumaba mucho y le gustaba rociar el puro con cognac. Como buen manchego y rico terrateniente soñaba con las cosas del campo. Dió gran impulso al fomento de sus viñedos, y creó cerca de Argamasilla de Alba una gran finca: "Los cerrillos".

Demostraba en las conversaciones su amor al terruño que le vió nacer y se condolía del abandono en que se encontraba Ciudad Real por parte de los poderes públicos, dando a entender que ya cambiaría todo como si abrigara el propósito de hacer política, la difícil ciencia que tan pocos llegaron a dominar.

Le gustaba enterarse de todo y en alguna ocasión dió rienda suelta a su genio fuerte por haberse identificado con la opinión ajena.

Nombrado gobernador militar de Barcelona, cargo muy difícil entonces, lo aceptó gustoso y una de sus primeras órdenes fué para que no tolerasen las fuerzas del Ejército el más pequeño menosprecio a la bandera de la patria, ya que los catalanistas asomaban la oreja de vez en cuando.

Esta enérgica actitud le valió la simpatía de la gente sana de Cataluña.

En la vida del general Aguilera se aprecian tres épocas distintas. Desde que es comandante hasta que asciende a teniente coronel, apenas sale de Ciudad Real y su vida es casinera con todo el halago de la juventud en la que el espíritu no tiene freno y se obra a veces con ligereza. En aquel entonces, por que su hermano Felipe no consigue ser nombrado Recaudador de Contribuciones, abofetea en plena plaza mayor a D. Luis del Rey, político en candelerío, y luego lo hiere en desafío.

Poco después de ascender a teniente coronel va a Cuba y en las Lomas del Grillo y en otros hechos de armas se distingue con

gran brillantez, comenzando su segunda época; vuelve de coronel y le dan el mando del regimiento de León. Forma parte de la comisión de jefes y oficiales que van a Viena a entregar al Emperador el título de coronel honorario. La reina Cristina le tenía en gran aprecio y por su iniciativa asciende a general de brigada. Al frente de los regimientos del Rey y León va a Melilla, a raíz de lo del Barranco del Lobo y logra un gran triunfo. Ya general de división pasa a Barcelona donde deja un nombre envidiable. Vuelve a Melilla mandando la división reforzada y aunque empieza su actuación muy bien, vuelve dimitido, dando comienzo a su tercera época, la de sus desaciertos, que se convierten en enormes fracasos al hacerse político. En el general Aguilera se da claramente la paradoja de la visión: se agranda su figura desde lejos y se achica desde cerca.

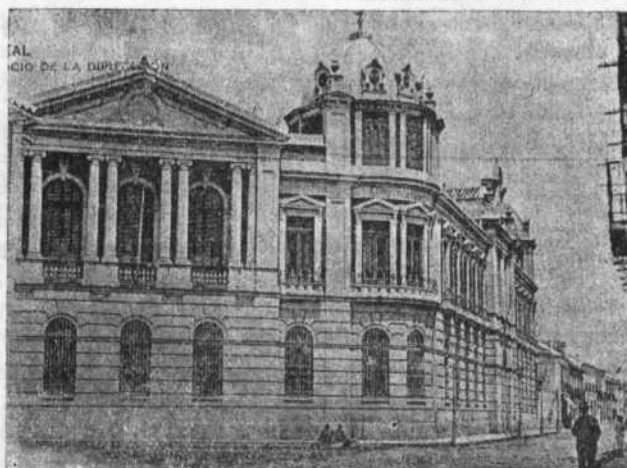
El insigne escritor salmantino D. Antonio García Maceira dió a mi álbum el siguiente pensamiento:

"Cuando logramos, tras largas observaciones y análisis, descomponer el conjunto de la naturaleza en una serie de movimientos, de fuerzas latentes y de materias combinadas, la belleza y la sublimidad ciegan nuestros ojos y desbaratan nuestros esfuerzos: es el destello de Dios que pasa, como decía comovido el gran naturalista Linneo, al sentir la palpitación de la idea en los gérmenes, y al admirar la gallarda arquitectura del insecto, después de la misteriosa noche de la crisálida.—*Antonio García Maceira.*—Salamanca 17 de mayo de 1894."



XLVIII

Asuntos de la Diputación.—Mejoras en el Hospital.—El sueldo de los médicos—Creación de la galería de hijos ilustres de la Mancha.—El ruego de un ángel.—Un madrigal.—La política española.—Canalejas en auge.—Natalio Rivas, subsecretario de Instrucción Pública.—Elecciones generales.—Cendrero derrotado en Almadén.—Su desquite.—Disgustos en el campo gassetista.—Dificultades para constituir la Diputación.—Criado, presidente.



CIUDAD REAL.—Palacio de la Diputación

La Comisión Provincial que tuve el honor de presidir, subsanó una falta que se venía notando en el magnífico Hospital: la creación de una sala de distinguidos o de pago, que hay en todos los hospitales. Y al mismo tiempo acordó llevar a los próximos presupuestos de la Diputación el aumento de los sueldos en el personal facultativo pues era irrisorio que cultísimos médicos tuvieran menos remuneración que algunos escribientes de las oficinas. Dicho justificado proyecto lo defendí yo en el pleno de la Diputación sin conseguir nada, aunque alabaron mi proceder los viejos compañeros de la casa.

Conseguí en cambio que se formara en el salón de sesiones la galería de hijos ilustres de la Mancha para que sirvieran de estímulo sus talentos o proezas. Como ya contábamos con los retratos al óleo del general Espartero y del Cardenal Monescillo se acordó que hiciera uno de Hernán Pérez del Pulgar, el de las hazañas, el inspirado pintor manchego Carlos Vázquez. Posteriormente se hicieron los del Beato Juan de Avila y general Aguilera, y más recientemente, y también por iniciativa mía el de Bernardo de Balbuena, que pintó Palmero.

Recuerdo ahora una nota muy agradable de mi vida. Se trata del ruego que me hizo una angelical señorita: Elisa Cendrero de Arias, para que le escribiera una poesía en su álbum. Y aunque yo no soy poeta, inspirándome en su extraordinaria belleza y por complacerla le puse el siguiente madrigal, muy malo por ser mío:

“Yo sé, bella Elisa,
yo sé por qué goza
la miel de la Mancha
fama de sabrosa.
Es que las abejas
su jugo elaboran
libando en tus ojos,
libando en tu boca;
que el mirar de tus ojos azules
y el reir de tus labios de rosa
¡si bien nos fijamos!
a las mieles más dulces evocan.”

La política nacional aparecía muy revuelta. Los componentes de la gran familia liberal se llevaban como perros y gatos. Todo eran envidias y celos. Canalejas, el ilustre orador, tuvo una subida tan rápida como la de Maura y supo hacer el firme en el camino de la Jefatura.

Hubo por aquel entonces verdaderos aciertos en la provisión de cargos. Sólo de uno hablaré en este capítulo que era gran amigo de “El Imparcial”. Me refiero a Natalio Rivas, subsecretario de Instrucción Pública, con cuyo nombre honro las páginas de estas MEMORIAS, al recordar aquella época. De gran talento y erudición y conocedor como pocos del problema de la enseñanza,



contaba además con una brillante historia en el partido liberal y con méritos sobrados para ser ministro como luego lo fué; y además de todo esto, que no es poco en los anales de la política, era y es Natalio Rivas—que aún vive y que Dios le conserve la vida muchos años—la encarnación de la simpatía y de la cordialidad: un hombre de sano corazón y de bondades infinitas.



D. Natalio Rivas

Recuerdo que un día le pedí un permiso de quince días y en el acto me lo concedió, pero abusando de su afecto le demandé en aquel curso otro permiso y me contestó enseguida:

—Amigo Balcázar, por los amigos llego hasta las puertas de la cárcel pero no paso dentro.

Y me lo negó y quedé muy conforme

Así se obraba en aquellos "ominosos" tiempos.

Llegaron por fin las elecciones generales. En la provincia de Ciudad Real hubo gran lucha en el distrito de Almadén triunfando el canalejista D. Aquilino Sanguino sobre el moretista D. José Cendrero, pero éste, con su temperamento bilioso y sus odios africanos, que dijo Zaldívar, preparó el desquite. Buscó la ayuda de Gasset para que se le incluyera en la candidatura de sena-

dores y luego con objeto de conseguir la derrota de los otros dos que figuraban en ella, D. Salvador García de la Lama, canalejista y D. Daniel López, romanonista, apeló al tema del regionalismo para salir con el Conde de las Cabezuelas y D. Gaspar Muñoz, con lo cual logró que se quedara sin acta el amigo del señor Canalejas, que es de lo que se trataba, importándole poco que los conservadores tuvieran un senador más, pues Romanones si no sacó a D. Daniel López, quedó compensado con el triunfo de D. Gaspar Muñoz. A esta derrota contribuyó no poco el gobernador civil D. Purificación de Cora que entendía más de otros menesteres que de elecciones. D. Daniel López tuvo un elector que le votó a palo seco, hecho que intrigó a todos menos a mí.

Las cosas en el campo gasetista no se hacían bien. No había ideales, ni nada sino posturas acomodaticias. Yo le escribí a D. Rafael Gasset la siguiente carta:

"Querido D. Rafael: De mi lealtad no puede usted dudar y de mi desinterés tampoco. Acaso sea el único mortal en contra del precepto de Horacio "que está contento con su suerte" pero me molestan ciertas habilidades sanchopanzunas por lo que tienen de burla para usted, y lamento que vayan a recoger el fruto los que trataron de impedir la siembra del gasetismo. Soy muy poco para imponerme pero lo suficiente para recabar mi independencia y presenciar estatuariamente el curso de los acontecimientos. Celebraré equivocarme y que usted acierte, pues, después de todo, sólo deseo, con toda sinceridad, las mayores prosperidades para usted.

Con todo respeto queda suyo affmo. buen amigo q. e. s. m.,
José Balcázar."

D. Rafael no contestó a mi carta, pero a los pocos días colmó la medida una circular que envió D. Francisco Prieto Mera diciendo que para todos los asuntos políticos del distrito se dirigieran a él, que él resolvería en nombre de Gasset. A esta carta-circular fui yo el que no contestó.

Se acercaba la nueva constitución de la Diputación. Antonio Criado que comenzó siendo canalejista, y más tarde de Melquiades Alvarez, se hizo de Gasset, y poco después supimos en Ciudad Real que era el candidato a la presidencia. Sus cubileteos políticos me hicieron dudar de su constancia en el nuevo cambio que yo conceptué transitorio.

Dicha candidatura me la confirmó Prieto Mera y después

Gasset en cartas que yo dejé sin respuesta, porque fiel a mi determinación había pensado no actuar, pero me visitaron D. Facundo Gómez y don Aurelio Ruiz, diputados liberales de Almagro, a comunicarme su completa identificación conmigo, anunciándome que solo votarían lo que yo les dijese. Y más por ellos que por mí me puse al habla con los diputados conservadores con el solo objeto de retrasar la constitución, y esto no debe dudarse porque de aceptar la presidencia que ellos nos proponían su triunfo hubiera sido **seguro**.

Lo cierto es que por dos veces se convocó a sesión sin resultado por falta de número y eso que se apeló a toda clase de procedimientos.

Uno de los días recibí un telegrama del Sr. Gimeno, ministro de Instrucción pública, llamándome con urgencia. Fui a Madrid para ver que quería, y me dijo:

—Puede estar aquí todo el tiempo que quiera pero haga lo que desea don Rafael Gasset.

Visitó a Ortega y se lo comuniqué y exclamó con extrañeza:

—¡Hombre, no está mal!

Volví a su casa al día siguiente y aún no se había levantado. Entré en el comedor y con Doña Dolores Gasset estaba su hermano D. Eduardo, a quien saludé afectuosamente y él a mí, pero al verme se levantó diciendo:

—Como está Pepe despierto voy a decirle una cosa porque tengo que marcharme.

Salió a poco y aún estuvo unos momentos con nosotros.

Media hora después salió Ortega y cuando quedamos solos me lo contó todo. D. Eduardo había entrado a decirle que Gimeno estaba dispuesto a buscar el medio de formarme espediente si no votaba la candidatura señalada por don Rafael. Pero a Ortega le indignó la amenaza y contestó a su cuñado:

—Si Gimeno hace eso yo le contestaré en *El Imparcial* y pase lo que pase. Pues no faltaba más.

Así, pues,—me añadió—yo no le aconsejo nada, ni quiero averiguar si tiene o no razón, pero no se amedrente con esas amenazas tontas.

Por estos detalles comprendí que D. Rafael estaba muy enfadado y conociendo su carácter fuerte desistí de ir a verle como pensaba.

Pero por la tarde saludé a Manolo Gijón cuando yo iba a

visitar unas bellas señoritas amigas de Fernández Bernal, juez de Manzanares, que vivían en la calle de San Bartolomé, y mi sorpresa no tuvo límites al ver media hora después que llamaba a la casa Eduardo Ortega y Gasset, secretario de su tío Rafael que venía por mí en el auto del Ministerio.

Siento no acompañarle—le dije—pues entre estas lindas señoritas, de trato tan agradable, y el ceño hosco que tendrá su tío no hay duda: me quedo.

Lo mismo haría yo—contestó Eduardo—y se marchó riendo.

No paró en esto la cosa. No se por donde se enteraría Ricardo Gasset de que yo vivía en unas de las habitaciones nuevas de la Posada del Peine, en la calle de Postas, y por la mañana no muy tarde se presentó a rogarme que le acompañara pues quería hablarme su padre. Y fuí. Don Rafael estaba en su casa jugando al billar y me recibió sonriente diciendo:

—¡Pero creía usted que le iba a tratar mal!, ¿por qué no quería usted venir?

Yo entonces le conté todo y el insistió en que votara a Criado.

—Eso no, D. Rafael—le repliqué—yo haré que los dos amigos que me siguen lo hagan y con ello se acaba la conjura pero de hacerlo yo quedaría muy mal.

—Bueno, bueno—añadió D. Rafael—el caso es que se constituya la Diputación que es la única en España que aún no lo ha hecho.

Regresé a Ciudad Real y a los dos días las cosas se hicieron como yo pensé y el único voto que le faltó a Criado fué el mío. Fué una terquedad y una equivocación. Si yo hubiera sabido que andando el tiempo Antonio iba a ser el salvavidas político de Gasset en la provincia jamás hubiera dejado de votarle.



II

Me aparto de la lucha política permutando la cátedra con el compañero del Instituto de Huesca.—Unos días en Madrid.—Afortunado encuentro con Ortega Munilla.—Viaje tentador.—Lo realizo al fin.—Barcelona, punto de salida.—Deliciosa excursión en el “Cartagena” por la costa marroquí.—De Barcelona a Valencia.—Cuartillas del maestro.

Un ilustre escritor de la meseta castellana hace, en uno de sus libros, atinadas observaciones acerca de los seres ambiciosos.

—Pululan en no pocos pueblos—dice—dos clases de hombres ambiciosos. Unos que tienen méritos propios para escalar las alturas, y otros, los más, que faltos de personalidad para encumbrarse, carentes de talento para abrirse paso, sin nombre en el activismo político, sin palabra y sin ingenio buscan en la injuria encubierta, en el infundio ó en el chisme el medio de apartar a los demás, por aquello de que calumniando se da paso al descrédito. Los primeros producen respeto, los segundos, asco. Y menos mal cuando el que escucha desprecia esas bajas pasiones...”

El autor de las líneas que anteceden tuvo que conocer Ciudad Real en la época de que hablo porque parecen escritas para este pueblo. Tales cosas se hacían y se decían entonces.

Confiado en el acierto de mis predicciones respecto al engaño político que había de sufrir D. Rafael con algunos de sus amigos de este distrito, decidí trasladarme de residencia, para que me dejaran en paz, y permuté mi cátedra con el que la desempeñaba en el Instituto de Huesca. Eran los últimos días de junio de 1911. Fuí a Madrid y al pasar una tarde por la Puerta del Sol tuve la suerte de encontrarme con Ortega Munilla. Pasé con él al café de Levante y me refirió el viaje que iba a realizar hasta Agadir .

—Ayer mismo, (el 4 de julio)—me dijo—sesteaba yo en mi casa, descansando de las fatigas del trasnoche periodístico, en que he consumido lo mejor de mi vida, cuando se me anunció la visita del Sr. D. Trinidad Rius y Torres. De este ilustre catalán,

ejemplarísimo rasgo de aquella raza tan digna de admiración, tenía yo vagas noticias de sus felices empresas comerciales en Fernando Poó, mediante las que, lejos de toda protección oficial, se habían creado para España nuevos centros de producción, y se había ensanchado el plano de nuestra Geografía comercial, harto pobre y limitado. Por haber yo combatido siempre los anhelos particularistas, ya que no secesionistas del catalanismo político de Barcelona, a pesar de mis frecuentes viajes a aquella gran ciudad, la más europea de España y una de las más hermosas de Europa, no tenía ni tengo relación alguna con los personajes barceloneses. Así fué tan grande mi sorpresa cuando el señor Rius y Torres, me invitó a acompañarle en un viaje que iba a hacer por el litoral de Marruecos, a fin de estudiar los mercados de la costa, desde Melilla a Agadir. Otras personas más calificadas que yo, habíanse negado cortésmente a la invitación que se me dirigía. Yo la acepté con gratitud tanto mayor cuanto que desde hace muchos años deseaba ocasión para visitar esas tierras costeras de Africa en las que portugueses y españoles habíanse anticipado en tres siglos a la obra presente de Francia, dejando un historial que podía y debía ser fundamento de una política internacional del pueblo hispano. El señor Rius y Torres me anunció que el día 16 saldría de Barcelona la expedición en el vapor de su propiedad titulado el "Cartagena", que manda el capitán D. Isidro Plá, y que haríamos escalas en Valencia, Melilla, Chafarinas, Cabo de Agua, Ceuta, Gibraltar, Tánger, Larache, Rabat, Salé, Casablanca, Saffi, Mogador y Agadir, sin perjuicio de prolongar el viaje más al Sur si lo decidíamos a bordo los viajeros. La invitación era tan generosa que el esclarecido organizador del viaje no buscaba en mí al cronista cuya pluma narrase las aventuras de la navegación.

—Puede usted venir sin el violín—me dijo aludiendo a aquella anécdota que se complacía en narrar Sarasate cuando recordaba cómo cierto improvisado ricacho le había convidado a comer y a los postres le pidió que "tocara algo". —No puedo—contestó el inolvidable artista navarro: no he traído el instrumento, porque usted me ha invitado a mí, pero no ha invitado a mi violín. Otra finalidad del viaje es atender una indicación del Rey y comprar terrenos en Agadir para establecer un depósito comercial en dicho puerto. El viaje durará un mes.

—De buena gana iría con usted—
le interrumpí.

Se sonrió Ortega, contestándome
bondadosamente:

—Bueno, lo intentaré, pero guarde
completa y absoluta reserva, pues
"otro" también lo deseaba y habiéndome
librado de su acompañamiento,
si se enterara de que venía usted, tendrí-
a yo serio disgusto. Y luego cuando
lo sepa, todo se reduce a que diga usted
que estaba en Barcelona cuando yo
embarqué y al despedirme en el
puerto le invitó el armador y usted
accedió. Hoy mismo escribiré a Rius
Torres y si no hay inconveniente, le
enviaré los billetes del ferrocarril y me
espera en Barcelona.



D. T. Rius y Torres

Tan bien hice el encargo del maestro que no dije nada a mi madre, hasta el momento de partir, ni fui a la casa de Ortega para hacer más completo mi mutismo. El 10 de julio recibí los pases y me marché a la ciudad condal. Ortega llegó el 14 y me presentó al Sr. Rius Torres. Era este señor una excelente persona. Poseía grandes bienes en Fernando Poó y un gran negocio naviero. En su casa de la calle de Moncada tenía montada la oficina con personal muy apto. Rius Torres demostraba ser un hombre cultísimo y de un trato acogedor y simpático. El día 15 obsequió a los expedicionarios con un gran banquete en el jardín de su magnífica finca de Alella. La salida del puerto de Barcelona se efectuará el día 16, festividad del Carmen, a las cuatro de la tarde, a bordo del "Cartagena", buque mandado por el capitán D. Isidro Plá, expertísimo marino. Iremos en la expedición, además del armador del buque D. Trinidad Rius Torres, los Sres. Ortega Munilla, el exministro D. Felipe Rodés, el oficial del Consejo de Estado D. Manuel Durán; el taquígrafo del Senado D. Manuel Feltrel, el profesor de la Escuela de Ingenieros Industriales de Barcelona D. Francisco Gómez, D. José Esteve, D. Félix Ortiz y el autor de estas MEMORIAS.

Llega la hora de la salida. Subimos a bordo. Gran emoción experimentamos todos, emoción que vuelvo a sentir ahora, porque

la descripción del viaje hasta Valencia, no es mía, es del maestro insigne, está hecha por Ortega Munilla, y estaba sin publicar. Es lo único que tenía hecho de aquella expedición el maestro inolvidable. Ignoro el por qué no cuajó su idea de hacer un libro sobre este viaje. Antes de embarcar en Barcelona me entregó un block de cuartillas y una pluma estilográfica para que tomara notas, algunas de éstas dictadas por él, y luego pasó el tiempo sin realizar su propósito. Y al devolverme ahora la ilustre viuda del llorado maestro mis notas, me entrega también las cuartillas suyas del viaje de Barcelona a Valencia y que con emoción publico.

Dicen por:

"En una ardorosa tarde del mes de julio (1911) salimos de Barcelona a bordo del "Cartagena" con rumbo a Valencia. El mar sereno, las olas en calma, el viento dormido. Relucen las aguas como una superficie de plata y de ellas el sol poniente arranca una evaporación blanquecina que parece la exudación del mar. Barcelona se pierde de vista. Sólo se descubren ya las altas torres, las cimas del Tibidabo cubiertas de pinos y más cerca el cerro de Montjuich al que debe la ciudad sus mayores desgracias y siniestras e inolvidables leyendas. Centenares de lanchas de pesca permanecen inmóviles en la suprema calma y sus blancas velas se destacan en lo azul como pinceladas luminosas. Se oye aún el rumor de la urbe y los ecos de una canción italiana que entonan los marineros de un barco napolitano anclado en los peñascos del rompeolas. Pasa a nuestro lado con velocidad vertiginosa un enorme trasatlántico, el "Citá di Firenze". Va cargado de emigrantes de todas las naciones y en el puente posterior hormiguea una muchedumbre en la que predominan las cabezas peludas de los húngaros. Allí marchan a buscar ventura en la Argentina los hambrientos y los ambiciosos de España, Italia, Austria, Hungría, confundidos en la común esperanza hablándose los unos a los otros sin entenderse. Es la torre de Babel navegando.

"Pronto llega la noche. El silencio cortado por el ritmo isócrono de la máquina se apodera del espíritu produciendo una somnolencia grata. Un poeta ha dicho que en estas soledades del mar, cuando las aguas y el viento callan, parece como que la vida se pone en contacto con las misteriosas playas del infinito vacío. Pero sobre esta impresión predomina el júbilo del viaje deseado que se comienza. Hablamos de las escalas convenidas, de los días que permaneceremos en cada una de las paradas de la

ruta, anhelando que el vapor avive su marcha y nos lleve pronto a la costa africana en la que nos aguardan las emociones de lo imprevisto. Hablamos de los arduos problemas internacionales que se ventilan en el Mogreb donde las codicias del predominio, los odios de raza y las emulaciones de la hegemonía de las potencias europeas preparan el sangriento campo de batalla. ¡Qué interés tan enorme y tan dramático ofrecen los sucesos que van a desenlazarse en Marruecos!—dice alguien. Grande es el interés que despierta el porvenir de Marruecos en todas partes menos en España donde nadie se ocupa de tal asunto. Pero ¿es que a España le interesa algo? Su indiferencia para todo sería la más triste señal de decadencia si no fuera mayor la de que se produce con motivo de cualquier incidente de la vida interior una agitación tan viva como pasajera seguida presto de una imbecil desidia. Sin embargo después de perdidas las colonias no puede haber para los españoles problema de mayor trascendencia que el marroquí. Allí está la llave de nuestra nacionalidad y no por engrandecer el territorio patrio, sino por conservarle hay que dedicar a Marruecos toda atención. Si resolvemos con dignidad o con habilidad al menos, el pleito hispano-marroquí podremos acometer otras empresas; si no habremos llegado al epílogo de la horrenda tragedia que comenzó en Cavite.

"Y sobre este tema la conversación nos entretiene hasta que el sueño nos va rindiendo.

"Al amanecer del día siguiente se descubren a la derecha las costas valencianas. Sagunto, Alcira, Denia, destacan a lo lejos entre palmeras las torres relucientes de sus iglesias. Un soplo cálido y perfumado llega de las huertas llenas de flores y se adivina el olor de los naranjales, el de los mirtos y lentiscos. Una curva graciosa y dilatada de vivo color verde señala el comienzo de aquella tierra feliz donde el arte es espontáneo y donde Dios ha derramado todos sus dones menos la paz.

"Pronto descubrimos el cabo de San Antonio, gigantesco mullón cortado a pico en cuya base y al nivel de las olas se ven profundas grutas de misteriosos álveos en las que entran y de las que salen en volar incesante legiones de gaviotas y de palomas salvas. En lo alto del peñón se halla el semáforo. El "Cartagena" le saluda con sus banderas y le envía un telegrama para Barcelona. "Vamos bien. Viaje felicísimo. Salud a los amigos". Los tembladores guñapos multicolores que van siendo izados en la driza

hasta llegar al tope del alto palo deletrean el despacho. El semáforo contesta con el signo de "Enterado y conforme"; y una vez cumplida su misión oficial el encargado del servicio y su familia, una mujer y dos niñas, se acercan al borde de la meseta en que el humilde edificio se halla, curioseando el barco. Triste suerte la de estos seres aislados entre la montaña y el mar que no hablan con los demás hombres otro idioma que el de las banderas y que recuerdan al infeliz cautivo de los Plomoz de Venecia de que habla Saintine y que durante cincuenta años no tuvo otra comunicación con el mundo que las señas que hacía con su pañuelo a las gentes que pasaban por el puente de Rialto.

"En torno del "Cartagena" pulula el inmenso enjambre de peces que ya suben a la superficie brillando un momento a la luz del sol, ya se hunden de improviso en lo profundo, produciendo chispeos misteriosos. Se diría que eran semillas de agujas de plata que viven y que nadan.

"Llegamos a Valencia. Media el día 17."

Hasta aquí habla el maestro inolvidable.

Sube al buque la inspección de sanidad y a poco desembarcamos, para hacer algunas compras adquiriendo entre otras cosas unas alpargatas especiales y muy cómodas para la vida de a bordo. Por la noche después de comer volvemos a tierra visitando el ferial de la hermosa ciudad del Turia, yendo acompañados por el consignatario del buque señor Guardiola, el cual vendrá con nosotros hasta Melilla, habiendo tenido la atención antes de embarcar de enviarnos riquísimas cerezas y exquisitos melones de la huerta valenciana.

L

Melilla.—Tres días visitando la plaza y los puestos avanzados.—**Chafarinas.**—Cabo de Agua.—**Obsequios y atenciones.**—**Delicado brindis de Ortega Munilla.**—**Regreso a Melilla.**—**Continuamos el viaje.**—**Ceuta.**—**La fiesta de Santiago.**—**El Hacho.**—**Banquete cocinado por un envenenador.**—**Algeciras.**—**Gibraltar.**

El 18 a mediodía salimos para Melilla. El sol cae en toda su plenitud. El "Cartagena" levanta anclas y se aleja del puerto. Todos vamos bien. Don Isidro, el capitán, nos relata incidentes

de la navegación: interesantes episodios sobre el mar. Se levanta ligera brisa que refresca la temperatura. Los delfines nos siguen esperando acaso los restos del almuerzo. A bordo se vive bien y se come mucho: con el desayuno y la merienda cinco comidas. Nadie se ha mareado todavía, pero pronto al atravesar el Estrecho "cambiamos la peseta". Aumenta el oleaje, y temprano nos vamos a las literas. Llegamos a Melilla el 19 a las once y cuarto de la noche. Divisamos los potentes reflectores del faro de Tres Forcas. Entramos en el puerto y no desembarcamos. La luna nos alumbra.



MELILLA.—Vista de la plaza antigua

El recuerdo de la campaña de 1909 nos obsesiona cuando descubrimos la tétrica mole del Gurugú. Ahora está pacífico y como dormido el gigante pero su presencia trae a la memoria días de horror y de sangre, aquellos en que el Barranco del Lobo era para los españoles una trágica tumba guardada por el alma fiera y vigilante del rifeño. El faro de Tres Forcas lanzando en la noche sus dos radiaciones anuncia que se ha vencido y se ha dominado y que la primera jornada se ganó con gloria aunque con sacrificio. Pensamos en los que han muerto y en los que acaso no acertaran a conseguir para la patria los frutos correspondientes al sangriento holocausto de tantas vidas. Pensamos en el general Marina al que no falta para ocupar honroso lugar en nuestra historia, ni el haber sufrido la clásica ingratitud con que España premia a sus servidores. Pensamos en los horrores cometidos y en las contiendas que se avecinan pareciéndonos ver detrás del Gurugú:

nubes de revolución y presagios de trastorno. Desde hace años esa montaña pelada y pétrea pesa sobre España.



MELILLA.—Subida a la plaza antigua

El 20 muy temprano saltamos a tierra, yendo de paseo hasta la Posada del Cabo Moreno, visitando al regreso los adelantos de la ciudad. Almorzamos en tierra y volvemos a bordo. Después de la comida vamos al Parque Hernández a oír la música y después al Teatro. Al día siguiente llegamos en auto hasta el zoco del Had pasando por varios puestos militares. Visitamos el cuartel de policía indígena, y en un fortín nuestro donde hay infantes y artilleros se les sirve el rancho en nuestra presencia. En ese fortín fué donde murió heroicamente el cabo Noval. Regresamos a Melilla y después de comer a bordo volvemos al Teatro.

Hacemos el plan a seguir el 22, organizando una expedición en camión-automóvil a Nador y Zeluán pero en la mitad del camino sufre una avería nuestro vehículo, regresando remolcados por otro. Comemos una bien servida paella en el ventorro "Cinco minutos" y tomando el tren español nos dirigimos a Nador y Senganga, pero en esta última estación sufrimos otro percance: que se inutilizó la locomotora y nos obligó a tornar a Nador en un volquete del capitán Romagosa, y ya en Nador regresamos en el tren francés. Por la noche no salimos del barco. De madrugada marchamos a Chafarinas. Nos acompaña el coronel de

ingenieros señor Montero, dos hijos suyos que son alumnos de Infantería, y el teniente de Ingenieros señor Carcaño.

A las cinco nos despiertan las campanas que se tocan en la iglesia de la isla Isabel II. Lllaman a misa. Desembarcamos. Subimos la pequeña rampa que da acceso a la isla. Un grupo de soldados de San Fernando, de los 150 que guarnecen la isla, van hacia el baño. En la parte alta de la isla se levanta la torre de la conquista. El pabellón nacional ondea en el edificio. Recorremos la calle del general Serrano y la del Gobernador. No podemos oír misa. La iglesia permanece cerrada. La única huerta que hay en la isla está en lo alto: sólo tomates ofrece. El único jardín, en la casa del gobernador, que es un teniente coronel de Infantería.

En la parte baja de la isla se ven obras recientes en la escollera para unir las tres islas (la del Rey y la del Congreso). La del Congreso está a la derecha mirando al mar y sólo tiene una casita o fortín con cuatro soldados y un cabo. La vida en estas islas es muy original. Carecen de agua potable, y tienen que llevarla de Málaga; no hay pastos y por tanto ni criadero de reses, pasándose los habitantes hasta diez y quince días sin comer carne. No tienen verdura, ni con frecuencia pescado. El arroz y el bacalao son los principales alimentos.

En las Chafarinas pudiera hacerse un gran puerto militar ya que es el puerto obligado de los barcos que van a Melilla cuando sopla Levante.

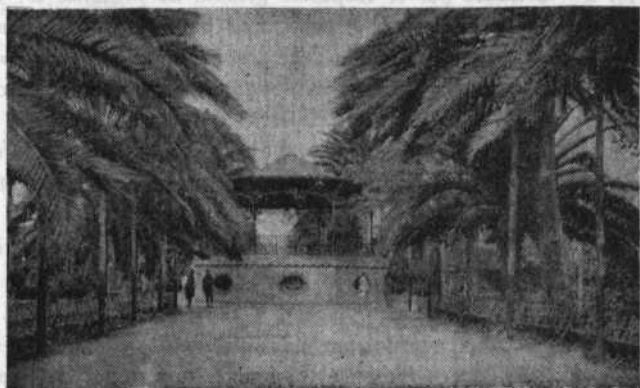
Comemos a bordo, frente a Chafarinas, y continuamos después a Cabo de Agua. Dominamos con la vista los cien barrancos de Quebdana, y desde el puente la frondosa región de las orillas del Muluya.

Desembarcamos en Cabo de Agua. Nos espera el gobernador, comandante Cibantos, y la brillante oficialidad del regimiento de San Fernando, que está allí de guarnición, y el jefe de policía indígena señor Santa Cruz.

En una tienda de comestibles convertida en café tomamos té moro y cognac, y después por la costa entre arenales vamos a las alturas visitando el Hotel del Muluya, la casa del Jorro, donde adquirimos riquísimas brevas fabricadas en ella, y luego el fortín y campamento español en donde nos obsequian con champagne los dignos oficiales y el comandante-gobernador señor Cibantos.

En nombre de todos saluda Ortega Munilla a la pequeña guarnición y dedica un recuerdo a Alvarez Cabrera, Fernández Cuevas, Ibáñez Marín y los demás que en el mismo día hace dos años murieron en el campo de Melilla, unos en Sidá Musa y otros en el tristemente famoso Barranco del Lobo.

A las tres de la tarde regresamos a Melilla, llegando a las cinco. Por la noche asistimos a la sesión musical del Parque Hernández, que estaba brillantísimo. La temperatura ideal y un gran núcleo de mujeres hermosas. Fiesta inolvidable.



MELILLA.—Parque Hernández

El 24 a las tres de la tarde salimos para Ceuta.

Al entrar el "Cartagena" en el puerto de Ceuta nos despierta el tronar de los cañones. Es el amanecer del 25, festividad de Santiago, y la plaza celebra los días del infante D. Jaime. El mar está tranquilo pero sopla fuerte Levante. Desciende la temperatura. A las ocho desembarcamos en la lancha de la Junta de obras. Nos espera el consignatario del buque Sr. Blond, que es el alcalde de Ceuta. Con él vamos al Casino Militar y nos sentamos en cómodas mecedoras en la acera de la calle de Camoens. Por allí pasa "todo" Ceuta. Tropas que van a misa con traje kaki y salacof blanco; presidiarios que pasan y cruzan quitándose el gorro ante el Casino Militar. Mujeres muy hermosas que vienen del Mercado o de la iglesia. Ceuta es una plaza muy alegre y animada, no obstante su triste característica.

Comemos en la Fonda española, donde después nos dicen que

el cocinero, tan alabado por nosotros, es un presidiario condenado por envenenador. La noticia es una bomba para el tubo digestivo.

Damos un paseo en coche por la carretera de Tetuán, hasta el Tarajal, regresando por el camino del Serrallo. El panorama interesante, bastante vegetación, viñedos, piteras, chumberas y pocos árboles, y aquí, allá y acullá cafés morunos donde vemos oficiales que toman el té.

Por la noche asistimos al concierto que en la Plaza de su nombre da la banda del Regimiento de África.

El 26 invitados por el Inspector general de prisiones D. Fernando Cadarso, visitamos el Hacho. Las palomas militares instaladas allí tienen mejor aposento que los presidiarios y los soldados. Quedan ya pocos presos por estar trasladándolos a diferentes penales de la Península. Cadarso nos enseña uno que está en celda de castigo. Es menudo y bajito y tiene cara de infeliz. Desde que está en presidio ha hecho cuatro muertes y al preguntarle yo el motivo de su saña, me contesta:

—La fatalidad. Yo no quería pero se echaban encima y ellos solos se clavaban la navaja.

Y lo decía sin darle importancia.

De otro hecho recuerdo que me impresionó bastante. Al salir de la fonda donde nos dieron el banquete, una mujer de tipo señorial, muy guapa y ya cuarentona preguntó por Ortega Munilla. Este la hizo pasar a una de las habitaciones, preguntándole qué desea.

—Saludar al ilustre periodista y pedirle un gran favor—contestó con voz velada por la emoción.

—Usted dirá—insinuó el maestro.

—Pues muy sencillo—replicó la pobre mujer—. Soy la esposa de un contador de navío que en Cuba y en hora loca cometió grave delito que está purgando en este presidio, donde dentro de las limitaciones reglamentarias estamos bien. Se quedó en traspaso con el taller de fotografía de Vázquez Varela y trabaja bastante, pero es el caso que ya ha recibido la orden de traslado al penal de Cartagena y allí no puede tener la libertad de que goza aquí... Señor Ortega, por mí, por mis hijos, haga lo que pueda para impedirlo, que bastante castigo hemos tenido con los años que lleva en presidio.

Y la pobre señora limpió el llanto de sus ojos, y su hermoso

pelo negro dividido por un gran mechón ya blanco parecía grisear todo él por la intensidad de sus dolores.

Ortega habló a Cadarso y me parece que al año le concedieron el indulto.

El paseo nocturno en la plaza del Rey, en los días festivos, es para Ceuta un acontecimiento y yo puedo certificar que son numerosas las mujeres bellísimas que en él se congregan.

Al día siguiente, el 27, fuimos de paseo a la bahía de Benzú, visitando sus famosas canteras, y al regreso el cuartel de tiradores del Riff.



ALGECIRAS.—Calle del Río

El 28 vamos a Algeciras, hospedándonos en el Hotel Anglo-Hispano, recorremos la población y después de comer asistimos en el Kursal al concierto que da la orquesta de damas francesas. El 29 regresamos a Ceuta en el "Virgen de Africa" y ya en nuestro buque nos sorprende fortísimo viento que obliga a los marineros del "Cartagena" a reforzar las amarras. Corremos peligro. El 30 amanece con mar tranquila y a las siete salimos para Gibraltar. Dos horas después llegamos a la plaza inglesa. En la puerta de entrada recogemos el tick. Hacemos algunas compras rápidamente porque a las diez cierra el comercio. A las once y media proseguimos el viaje a Tánger. El mar está agitadísimo. El "Cartagena" al atravesar el Estrecho baila alocadamente. Los que se marean las pasan "morás". Esta ruta se las trae. Por fin exclama un amigo: —¡Tánger a la vista! Y cesan los ahogos.

LI

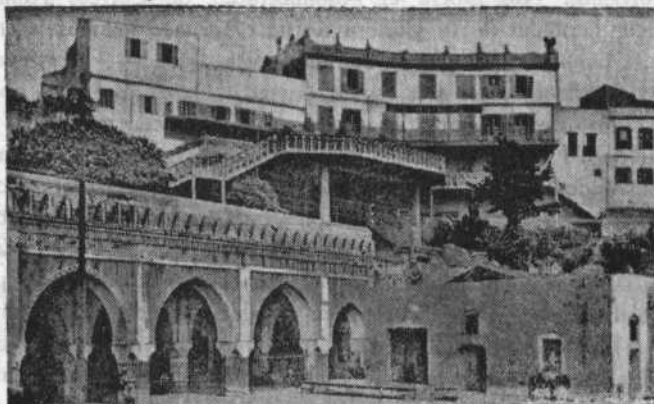
Tánger.—Impresión que nos produce.—La entrada.—Hospedaje en el Hotel Continental.—Paseo en burro por varias calles.—La Alcazaba.—El palacio de Justicia.—En el zoco chico.—Moscas y limpiabotas.—Moritos políglotas.—Boda moruna.—Curioso cortejo.—Cafés concerts.—Calles a oscuras.—A Larache.—Desembarco.—La ciudad azul.—Santuario de un Xejj andaluz.—Camellos comiendo en mesa redonda.



TANGER.—Vista general

La vista de Tánger nos produce a todos la más viva impresión. Casas de altura, una torre de bello corte y cierto aspecto de gran ciudad. Desembarcamos el 30 a las cinco de la tarde. Nos aguardan el consignatario del buque Sr. Atalaya, que es médico de la Sanidad del puerto, y el corresponsal de *El Imparcial* D. Ricardo Ruiz. De acuerdo con ellos decidimos comer y dormir en tierra. Nos hospedamos en el Hotel Continental, por no haber habitación en Bristol-Hotel. No hay autos, ni coches y como queremos recorrer la población nos tenemos que valer del único medio locomotriz: el burro. Ortega, Durán y Rius Torres se quedan en el Hotel. Los demás cabalgamos en rucios de paso largo y vamos por estrechas callejas a la Alcazaba. Nos dete-

nemos en la cárcel para ver sus inmundas mazmorras. Visitamos después el viejo Palacio de Justicia y la famosa casa del Menhebi



TANGER.—Entrada por el puerto

y vamos más tarde al zoco chico, que es la puerta del Sol de Tánger, donde están los cafés. Nos aposentamos en el Central y materialmente nos comen las moscas y nos aturden los vendedores de postales y limpiabotas que son más empalagosos que ellas.



TANGER.—Viejo Palacio de Justicia

Una turba de moritos nos ofrecen sus servicios de guías. Saben algo de todos los idiomas, lo suficiente para entenderse con los extranjeros. En el piso superior de un café moruno funciona un gramófono que molesta bastante. A la puerta de nuestro café eje-

cuta música española una comparsa de ciegos con bandurrias y guitarras. Son compatriotas nuestros y les socorremos. Cenamos y volvemos. Nos espera el Administrador de Correos Ramón Tubau, hermano de la gloriosa artista. Apenas tomamos asiento suenan tambores. Una boda moruna—dice Tubau—. Nos levantamos y vamos con él a la esquina inmediata. Se trata de la boda de un hijo de Urrahou, rico árabe de Tánger con una bella tetuaní de 14 años. El cortejo es una nota de color. Van delante los invitados: moros ricos, con espléndido vestuario; luego dos esclavos que sostienen enormes faroles; más moros ricos; otros dos esclavos con faroles y enseguida una especie de urna sobre una mula ricamente enjaezada. En la urna va la novia oculta por completo y encima de la urna los regalos del novio: collares y joyas. Después, inmediatamente detrás, marchan otros esclavos con faroles, las esclavas de la novia y una original música de dulcenas o chirimías, gaitas y tambores. La comitiva se dirige a casa del novio, donde espera éste, y mientras se hace la entrega de la novia, los invitados son obsequiados con golosinas, dulces, panales de miel y leche de almendra.

Cada moro puede tener cuatro mujeres, pero en los tiempos actuales sólo tienen una, por regla general.

Después Ortiz, Gómez y yo visitamos varios cafés concerts, yendo acompañados por un moro camarero del Hotel que se sirve de un farol para guiarnos por las oscuras callejas. Frecuentemente hay en las aceras moros durmiendo y tenemos que dar un salto para no pisarles. En un café concert moruno vemos a los indígenas que tocan el violín como si fuera el contrabajo apoyándolo en el suelo y ellos sentados. Un morito joven pulsa el gerbi, instrumento del país, al que arranca suavísimas notas de música mora que no deja de tener sus encantos.

Al día siguiente vimos el paso de un entierro. El muerto debía ser muy rico a juzgar por las grandes voces que daban los encargados de la oración.

Nos proveemos en casa de Naón del salacof, indispensable en estas tierras caliginosas; y con el P. Cervera, Obispo de Fessea visitamos el convento de Franciscanos, y en la capilla del Prelado ante la Virgen del Pilar, el maestro Ortega se emociona con el recuerdo de su madre que llevaba el mismo nombre que la Patrona de Aragón.

Hacemos las visitas de despedida y enseguida subimos a bor-

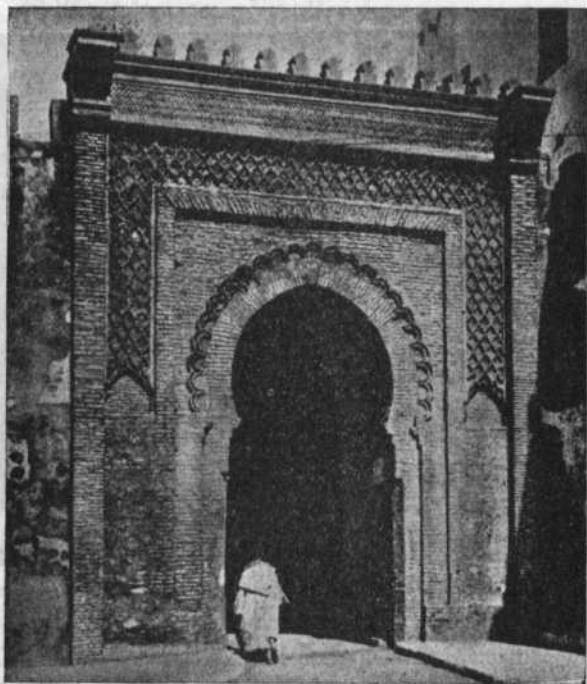
do y marchamos hacia Larache. Gran impresión nos causa ver el cabo Espartel. El "Cartagena" se balancea un poco haciendo molesta la travesía. Nos cruzamos con el cañonero "Terror". Le saludamos y nos contesta. Pasamos por Arcila. Desde el buque



ARCILA.—Puerta de Tierra

vemos la población, destacándose los edificios del Raisulí, Gobernador de Arcila. Es muy notable también la llamada Puerta de Tierra. A las cinco llegamos a Larache, y desembarcamos enseguida, aprovechando la buena disposición de la barra. Nos esperan dos hijos de la consignataria Sra. Viuda de Clarembeaux. El "Cartagena" queda fondeado al lado del "Cataluña". Entramos en Larache. Barra espumosa. El Lucus traza sinuosos meandros en la planicie y hay una extensión inundada entregada a las infecciones palúdicas. Larache se eleva en anfiteatro sobre alta colina. Sus cuestas empedradas. Calles en túnel. Patios sombríos. Domina la pintura azul. Torreones en forma de quilla. Recuerda un barrio de Córdoba. Calles en cuestas angostísimas por infinidad de esquinas que entran y salen como piezas de un mosaico que van a juntarse de improviso aplastando a quien se aventuró por la estrecha senda. Al pasar vemos en el fondo de estos patios bañados en una luz azulada rostros de judías con el pa-

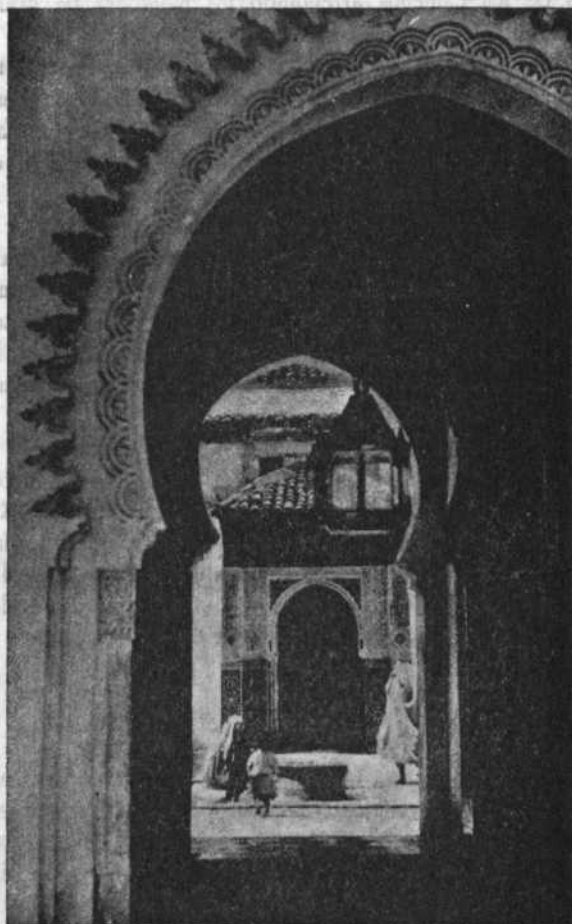
ñuelo de seda torpemente colocado sobre la cabellera. Un moro colosal sube a grandes zancadas la cuesta. Las tiendas son francesas, lo mismo que el monopolio del tabaco. Vemos un mísero



LARACHE.—Una de sus puertas más antiguas

café que se titula "Au bon coïn". El tabor español nos alegra. El palacio del Gobernador está en placeta risueña frente a cárcel lóbrega. Hacemos alto en la residencia de los franciscanos y después subimos al barrio de las chozas, donde hay un gran grupo de moros: rodean a un narrador de cuentos y escuchan con deleite su amena charla. En el zoco, con soportales de bajas columnas, dos moros contemplan extasiados una foto del Santuario de Sidi Ali-Bugaleb, de Alcazarquivir, Xeij que inspira mucha fe en estos contornos a pesar de que la patrona de Larache es la Lagmanana. Refiérenme que a la entrada de Alcazarquivir, frente al zoco y entre jardines, en ambiente de paz y de religión, se eleva dicho Santuario, y que el Xeij Sidi Ali-Bugaleb, el sabio teólogo y santo milagroso, Patrón de la ciudad, vino a ella a enseñar

lo que aprendió en Andalucía, su país natal. Con frecuencia los cabileños, muchos de ellos de rostro bronceado, van a visitar su



ALCAZARQUIVIR.—Santuario de Sidi Ali-Bugaleb

tumba orando fervorosamente y llevándole ofrendas, y añaden los alcazareños que el artista autor del monumento quedóse ciego al poner fin a su obra, sin duda para que su talento no pudiera ser ya puesto al servicio de ningún otro bienaventurado. Seguimos el paseo y observamos un curioso detalle: los camellos comiendo en mesa redonda, que a tal equivale ver a treinta de ellos sentados

en el suelo en círculo oblongo y teniendo en el centro grandes montones de cebada. Un morito de unos doce años anda entre las cabezas de los camellos arreglando los montones de grano que ellos en su torpe mascar desparraman.

La fortaleza de Felipe III y la de los Portugueses son típicas: los fuertes parecen la proa de un barco. Las inscripciones españolas y portuguesas están medio borradas en el granito. En cambio no ha sufrido deterioro alguno la lápida donde se dice el cruento castigo que sufrieron los moros que asesinaron a un médico alemán. Dicha referencia está escrita en árabe.

Frente al mar nos obsequia con un té la consignataria del buque. Mad. Clarembaux, es súbdita belga, y una dama muy inteligente. En su chalet no falta ningún detalle y posee cuanto desee el más delicado "gourmet". Sus hijos, de noble simpatía, la ayudan en sus obsequiosas atenciones, haciéndonos pasar unas horas encantadoras, inolvidables.

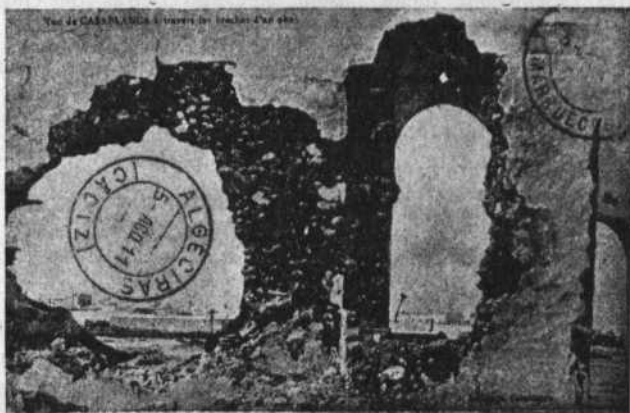
Proseguimos el viaje por el litoral. El "Cartagena" avanza majestuosamente. El mar, tranquilo. Se acerca Rabat, pero acordamos suprimir esta escala dejándola para el regreso. Rabat y Salé se ven muy bien con los prismáticos, admirando la torre gemela de la Giralda, que construyó el mismo artífice. Nos cruzamos con un enorme transatlántico y a la una y media de la tarde del 1.º de Agosto llegamos a Casablanca.

LII

Casablanca, la ciudad de los grandes infortunios.—Su estado actual.—Cómo la tratan los franceses.—Castigos especiales.—Los senegaleses.—El tabor español.—Una función de circo.—Agasajos de un comerciante indígena.—Banquete de nuestro cónsul.—Creación parisina.—Los cabarets.—La mora Hadús.—Un té en su casa.—Notas novelescas.—El peatón de Correos.

Estamos ante Casablanca, la ciudad de los grandes infortunios. Por su trágica historia sabemos que fué fundada con el nombre de Anfa por los bereberes y que en 1468 fué destruida por los portugueses, quienes la volvieron a edificar en 1515, aban-

donándola definitivamente años después. Entonces vienen a dirigir sus destinos los españoles, fomentando su comercio y acrecentando su esplendor, pero en 1755 un terremoto la destruye por completo, y ya no se reedifica hasta principios del siglo XIX. La famosa conferencia de Algeciras confía a España y Francia la misión de europeizarla, aunque a tal encargo se le da el mote de "conjunta acción de policía". España, según costumbre, crúzase de brazos, esperando órdenes de Madrid que no llegan, y en tanto los franceses lo acaparan todo, pero al tratar de construir una línea férrea por terrenos de un cementerio moro, los fanáticos musulmanes asesinan a ocho europeos el 30 de julio de 1907, y Francia se considera obligada a intervenir por medio de las armas, y envía con toda rapidez los cruceros *Du Chayla* y *Galilée*, que bombardean la ciudad el 5 de agosto. Se envalentonan los indígenas y mal lo hubiera pasado una compañía de desembarco si no se hace fuerte en el edificio del consulado, pero a los pocos días un cuerpo de ejército a las órdenes del general Drude ocupa la plaza y les inflige durísimo castigo, tan duro, que han de pasar muchos años para que lo olviden.



**CASABLANCA.—Huellas del bombardeo francés
de 1907**

Estos detalles y la simpatía con que recordamos la acción de nuestros antepasados aviva en nosotros el deseo de conocerla. Saltamos a tierra y nos hospedamos en el Hotel Central. La dueña de nombre Otilia, oriunda de Algeciras, y muy comunicativa por

cierto, nos deleita con notas de color referentes a las costumbres moras.

Visitamos el Anfa-Club donde somos muy agasajados. Allí mismo nos enteran que los franceses usufructúan y subastan todos los servicios del Magzen, incluso el Telégrafo.

Por todas partes se ven letreros en su idioma, siendo de advertir que todas las indicaciones están en francés y todas las prohibiciones en castellano.

En muchos sitios de la ciudad se conservan aún los efectos del bombardeo que sufrieron cuatro años antes. También están todavía los guerreros senegaleses que envió Francia, gente bárbara y cruel, máquinas de guerra, sin la menor idea del honor militar. Acompañados de un amigo vamos al campamento de estas milicias negras. Mezclados con los hombres están sus mujeres. Estas llevan los chiquillos a la espalda, y tienen el rostro surcado de cicatrices que son un adorno. Algunas de ellas, de facciones finas, no dejan de tener cierta belleza dentro de la raza negra.

Uno de los castigos que imponen los franceses a los presos es el de barrer las calles. Y a diario se les ve atados de tres en tres desempeñar dicha misión, llevando detrás de ellos, un guardián con vergajo.

Los nombres de las calles están escritos en árabe y en francés, y en este último idioma los letreros del comercio.

Por el más fútil pretexto, castigan los franceses a los indígenas, y están éstos tan sometidos que no protestan, ni se quejan por grandes que sean los atropellos de la autoridad. Es un caso moderno de esclavitud.

Se ven en Casablanca muchos uniformes del ejército francés, especialmente de spais y goumiers.

España tiene un tabor, perfectamente organizado. Visitamos su campamento y quedamos admirados de la labor realizada por el capitán de Artillería don Juan Lopera, que es el jefe del tabor, y los demás oficiales que están a sus órdenes. Y allí, lejos de la Patria, cuando vemos su funcionamiento con nuestro toque de cornetas y la marcha real española que sirve de himno al Sultán, el corazón se ensancha de orgullo y satisfacción.

Además hay en Casablanca un destacamento del regimiento de Infantería del Serrallo al mando del teniente D. Servando Gómez. En ambos Cuerpos nos obsequian con champagne, dedicándose sentido recuerdo a la madre patria.

Por la noche asistimos al Circo ecuestre donde se da una función en honor del general Moinier. Entre los números del programa figura la presentación de un magnífico caballo perfectamente amaestrado que perteneció a D. Manuel de Portugal. Entre los espectadores vemos al alemán Manesmann, que tiene en esta comarca grandes propiedades, y del cual nos dicen que días antes al ir a pasar a caballo por una de las puertas de la ciudad, quiso impedirle el paso el centinela francés, y Manesmann sin inmutarse le cruzó la cara con la fusta y siguió adelante, comentándose el hecho porque no le pasó nada, ni nadie hizo reclamación alguna, pugnando esta actitud de las autoridades francesas con el tiránico proceder que emplean con el moro.



CASABLANCA.—Calle moderna de la Estación

Los franceses subvencionan cuatro escuelas con más de 400 educandos. Nosotros sólo tenemos una de la misión franciscana con sólo 20 alumnos.

Un rico moro, naturalizado español, cuyo nombre no recuerdo, nos obsequia con un té en el magnífico patio de su casa, patio que no envidia en nada a los mejores de Sevilla. En las alturas se oyen voces femeninas: son las mujeres de la casa que hablan y miran sin ser vistas.

El cónsul de España D. Luis Ariño, muy nuestro y voluntarioso, que no en balde nació en Aragón, donde se hermanan la nobleza y el patriotismo, nos prestó desde los primeros momentos valiosísima ayuda, y por si era poco nos obsequió también con espléndido banquete, servido en el consulado, banquete donde Ari-

ño y su esposa, una distinguida dama, aragonesa como él, hicieron los honores con exquisita amabilidad. De tales atenciones guardaremos siempre imborrable recuerdo.



CASABLANCA.—Moras saliendo de la Mezquita

La gente joven de la expedición aceptamos el ofrecimiento de Servandó Gómez, el simpático teniente de las fuerzas españolas, para ir a uno de los cabarets, creación parisina que acusa la influencia francesa. Como hay varios vamos al mejor que real-